ELENA GARCÍA

CUPIDO, tenemos que hablar

Tentación

Biografía

Elena García nació el 17 de mayo de 1979 en Toledo y creció en Navahermosa, donde reside junto a su esposo y sus dos hijos.

Aunque siempre destacó por su talento en la pintura, a la temprana edad de siete años ganó su primer concurso de relatos. Desde entonces creció su amor por las letras y, aunque ha publicado artículos en diversas revistas, fue en 2015 cuando decidió escribir su primera novela: *Doctor Engel*, que se convirtió en un éxito de ventas, incluso se tradujo al inglés.

Posteriormente publicó *El tormento de Álex* (2016), que en los premios Wattys 2016 (el concurso *online* más grande del mundo) recibió el galardón «Lecturas voraces».

Sus otras novelas: *La marca de Sara* (2017), *Absolutamente única* (2019), *Con s de secretos* (2020), *¡Déjame verte!* (2021), *La manguera que nos unió* (2022) y *Corazón de tiza* (2023) han seguido los mismos pasos que las anteriores. En la actualidad está preparando nuevos proyectos que verán la luz próximamente.

Publicado por:
Editorial **Tentación**
www.editorialtentacion.com
info@editorialtentacion.com
© 2024, **Elena García**
© 2024, de esta edición: **Editorial Tentación**

Editora
Elena García @elenaggggggg

Portada:
Claudia Muñoz @ms.muar

Corrección
Carla Rubal @karlee_dawa

Primera edición: Febrero 2024

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ELENA GARCÍA

CUPIDO, tenemos que hablar

Tentación

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42

Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Epílogo

A mi hermano Javi, por alegrarme la vida.

Capítulo 1

Seco mis manos en el pantalón una vez más y camino temblando hacia la mesa donde cenaremos junto a la familia y amigos de Tomás, mi pareja. Me habría encantado que mi familia también estuviese aquí para tener a alguien a quien abrazar después de lo que acontecerá, pero viven a cientos de kilómetros y no puedo hacerles viajar durante horas solo para eso. No me lo perdonaría jamás.

Mientras que los demás engullen el guiso como si hubiesen estado atados varios días, yo apenas puedo probar bocado. Lo único que hago, aunque mi futura suegra no pare de mirarme molesta, es revisar el teléfono. Necesito saber que Julia y Nerea ya están fuera. Las conocí hace solo cuatro años, pero ya nos llevamos como hermanas, sobre todo porque desde que llegué a esta ciudad vivo con ellas. Tenía dinero suficiente para alquilar un piso, sin embargo, decidí buscar una casa compartida para no sentirme sola y tuve la gran suerte de dar con ese par de locas. No sé qué hubiese sido de mí sin su compañía.

En el momento en que me llega el mensaje que tanto espero vuelvo a secarme las manos, sudorosas por los nervios, y me pongo de pie. Ha llegado el momento. Cojo la copa de vino más grande que veo, me bebo el contenido de un trago y busco en la mesa algo metálico. Lo que más cerca tengo es la cucharilla de postre que Tomás está usando y no dudo en arrebatársela. Cuando comienzo a golpear la carísima pieza de la cristalería Crystalline con filos dorados de mi suegra, ella me mira aterrada, pero después de la gran cantidad de alcohol que he ingerido me da igual. Necesito llamar la atención de los invitados y pienso conseguirla como sea.

El molesto ruido no tarda en lograr el efecto que deseo y pocos segundos después todas las miradas están sobre mí.

—¡Holaaa! —saludo con efusividad. Las copas que me tomé antes en la cocina, aprovechando que nadie me veía, están haciéndome demasiado efecto, pero, en cierto modo, me alegro, me hubiese sido imposible dar este paso sin ellas—. Espero que lo estéis pasando bien. —Tomás se pone de pie a mi lado y sonríe.

Hace dos días me pidió matrimonio y ha organizado esta cena para contárselo a su familia. Todo esto habría sido genial si no fuese porque hoy, precisamente hoy, es el día de los enamorados y a mí me hubiese gustado celebrarlo de una forma más íntima con él. Y digo «me hubiese» porque después de esta noche todo será diferente.

—Ve a extender la lona de proyector, por favor —me susurra y obedezco.

Camino con cuidado por el césped para evitar que mis preciosos

tacones de aguja se claven en él y tiro de la tela plástica con delicadeza. Me convenció para que crease un vídeo bonito con las imágenes del momento en que se arrodilló y no me quedó más remedio que prepararlo a la carrera la noche anterior. Por suerte, llevo años trabajando como creadora de contenido en una empresa de *marketing* y no me robó mucho tiempo. Sonrío cuando me aseguro de que todo está bien y preparo el teléfono para inmortalizar el momento. El corazón me late tan rápido y estoy tan nerviosa que no quiero perderme ninguno de sus gestos. Cuando mi novio pulsa la tecla en el mando para iniciar el vídeo, meto la mano libre en el bolsillo y cierro los ojos con fuerza a la vez que inspiro. Ahora sí que empieza la fiesta.

—¡Dios mío! ¿Pero esto qué es? —grita mi suegra con las primeras imágenes y una gran sonrisa se dibuja en mi cara.

Los demás miembros de la familia arrugan sus rostros, impactados, y no puedo sentirme más complacida. Nadie esperaba hoy descubrir algo así. Tomás, rojo por la vergüenza, trata de pausar el vídeo, pero desconoce que he sido yo quien lo ha iniciado y el mando que creía estar utilizando no tiene pilas, las saqué mientras bebía en la cocina. Como último recurso, y para evitar que toda su familia siga viendo cómo se tira a su querida prima en mi coche, el cual le presté con gusto para que fuese a trabajar mientras el suyo estaba en el taller, lanza el proyector contra el suelo y los pedazos llegan hasta mis pies.

Comencé a sospechar cuando una mañana, mientras lo limpiaba, me encontré un pendiente bajo la alfombrilla. Tras asegurarme de que no era de mis amigas, decidí instalar una mini cámara en el espejo interior y no tardó en revelar el resultado. Es un maldito cabrón. Cuando me pidió matrimonio acepté con la única intención de vengarme. Todavía no sé de dónde saqué la fuerza necesaria, puesto que ya lo sabía desde hacía días, pero no me arrepiento de nada. Ha sido lo más reconfortante que he hecho hasta ahora.

—¡Valeria! —grita mi nombre—. Valeria, ¡no es lo que parece! — Corre hacia mí y estiro la mano frente a él para que se detenga.

—Si no es lo que parece, entonces ¿qué es? —le pregunto. Aunque me siento satisfecha por la forma en que lo he desenmascarado delante de todos no puedo evitar sentir unas terribles ganas de llorar y tengo que hacer un sobreesfuerzo para contenerme. Me ha partido el corazón en mil pedazos, pero lo último que quiero ahora mismo es derrumbarme delante de él. No pienso darle esa satisfacción—. ¡Que te vaya bien! —digo notando el sabor de las lágrimas en mi boca. Me giro para marcharme y me sujeta por el brazo.

—No te vayas. Tenemos que arreglar esto, no puede acabar así. ¡No

puedes dejarme! No delante de mi familia. —Alzo la mirada, todos nos están observando.

—¿En serio crees que esto se puede arreglar? —río con sarcasmo—. No quiero volver a verte en mi puta vida.

—Pero… ¡estamos prometidos! —Ya no sabe qué más decir para retenerme.

—¡Estábamos! —De un tirón logro sacar el anillo y se lo lanzo a la cara, delante de todos—. Métete esto por donde te quepa, o, mejor aún, póntelo en el pene, que es de tu talla.

Alguien ríe mientras me marcho y, aunque intuyo que es uno de sus tíos, evito mirar atrás, lo único que quiero es largarme. Cuando llego a la salida respiro profundamente y al abrir la puerta me encuentro de frente con mis amigas. Al verme gritan a la vez que aplauden, dando por hecho que lo que hemos estado planeando estos últimos días se ha cumplido a rajatabla y Julia abre la puerta del coche para que suba.

—Ya está, cariño —dice antes de cerrar y cuando suben conmigo empiezo a llorar. He logrado mantenerme firme delante de él como quería, pero ya no puedo más. Si ya de por sí el hecho de descubrir que tu pareja te ha sido infiel es duro, tener que ocultarlo durante tanto tiempo lo ha sido aún más, sobre todo cada vez que se me acercaba con la intención de tocarme. Por suerte, lograba quitármelo de encima con excusas.

—¿A dónde vamos? —escucho decir a Nerea.

—A casa —respondo con rapidez. Quiero cubrirme la cabeza con las mantas y llorar hasta quedarme dormida. Necesito soltar todo lo que llevo dentro.

—De eso nada —replica Julia—. Nos vamos de fiesta.

—Yo no me voy a ningún sitio. —Saco un pañuelo de papel del bolso y me sueno la nariz con él—. Llevadme a casa, por favor. Necesito lamerme las heridas en paz.

—¡Y una mierda! —exclama Nerea—. Sin necesidad de dietas, acabas de quitarte de encima ochenta kilos de carne inútil, y eso hay que celebrarlo.

—¿Os habéis vuelto locas? —pregunto con incredulidad. ¿Cómo diablos se les ocurre algo así?—. ¿Acaso no entendéis que lo estoy pasando mal?

—Claro que lo entendemos, pero ya tendrás tiempo de llorar y lamentarte mañana. Has estado días aguantándote, ¿no? Por unas horas más no pasará nada.

Protesto durante varios minutos, pero no sirve de nada y, sin darme

otra opción, aparca frente al *club* más caro de toda la ciudad.

—Es aquí —dice Nerea e intuyo que ya lo tenían planeado.

Seguro que han preparado todo esto con la mejor de las intenciones, pero no han contado con que es lo último que me apetece hacer. Solo me quiero ir a casa.

Julia baja del coche y al abrir mi puerta me observa.

—Um. Esto no está bien. Estás hecha una mierda.

—¿Y qué esperas? —respondo con sarcasmo—. He dejado a mi novio en la noche de San Valentín.

—Se te ha corrido todo el rímel. —Finge no escucharme, seca mis lágrimas con los dedos y, tras sacar el maquillaje que siempre guarda en su bolso, comienza a retocar el mío ignorando mis quejas. Viendo que no sirve de nada, me dejo hacer, derrotada, y, tras echarme un último vistazo, con un movimiento de cejas me da el visto bueno. Tira de mis brazos para sacarme del coche y al notar que no colaboro le pide ayuda a Nerea.

Cuando por fin lo consiguen entregan la llave a un asistente de aparcamientos y me arrastran hasta el local. Conociendo su cabezonería, sé que no puedo hacer nada más. Solo espero que la noche termine pronto, porque no veo el momento de llegar a casa y refugiarme entre las sábanas.

Capítulo 2

—Tres *whiskys* bien cargados —le pide Julia al camarero cuando se acerca a nuestra mesa.

—No me apetece beber. Además, aquí todo es carísimo —protesto.

—No te preocupes, hoy pagamos nosotras. —Nerea no tarda en salir a su encuentro—. ¡Vamos a pillarnos la cogorza del siglo!

—Pero…

—Nada de peros —dicen a la vez y, resoplando, me cubro la cara con las manos.

—Pero es que no quiero. ¿Cómo os lo explico ya?

—Pues vas a tener que querer —ríen y niego, vencida. Son imposibles y no tengo ánimo para discutir.

Dos horas después me sorprendo disfrutando con ellas. Con la primera copa han tenido que insistir, pero la segunda me ha entrado como el agua, y qué decir de la tercera. Son un par de locas, pero debo admitir que, a veces, aunque no sea de la mejor de las maneras, saben lo que hacen. Casi están logrando que me olvide esta noche de todos mis problemas.

—¡Mira! —Julia, desternillada, señala a un chaval de unos treinta años disfrazado de Cupido—. ¿Habéis visto a ese tío de ahí? —Nos giramos y las tres carcajeamos a la vez.

El chico, ajeno a nuestros comentarios, finge lanzar flechas a los clientes del *pub* mientras ríe con sus amigos.

—¡Dios santo! ¡Está buenísimo! —Nerea siempre se fija en lo mismo, aunque esta vez debo admitir que también lo he hecho yo.

La verdad es que el chaval tiene un físico impresionante. Para qué nos vamos a engañar, la genética ha sido muy generosa con él.

—Sí que lo está. —Julia comienza a babear mientras se pone de pie.

—¡Eh! ¿Dónde vas? —Casi me lo estoy imaginando, pero no quiero creerlo.

—A conocerlo —ríe y Nerea se levanta también.

—Oye… No. ¡No me dejéis sola!

—¿Sola? De eso nada, ¡tú te vienes! —Ambas tiran de mí hasta la barra.

—¡No seáis cabronas! —Mi rostro se tiñe de rojo a medida que nos acercamos—. ¡No me hagáis esto! ¡Acabo de romper mi relación!

—Pues por eso —bromean y cuando estamos a escasos metros veo que están pagando para marcharse y dejo de resistirme. Al menos esto no les va a salir bien.

—Jo, ¡qué mala suerte! —se lamenta Julia a la vez que me suelta y aprovecho para volver a nuestra mesa. Un par de segundos después ellas también regresan y se acomodan conmigo.

—Me hubiese encantado conocerlo. —Nerea suspira sin apartar la mirada de la puerta y solo cuando desaparecen nos devuelve la atención.

—Una pena —finjo lamentarme—. Lástima que esos chicos tengan cosas más importantes que hacer que aguantar a dos zumbadas.

—Tres —replican.

—Yo no estoy zumbada… —me defiendo y cuando el camarero se acerca para retirar nuestras copas vacías, Nerea aprovecha para pedirle otra.

Una hora después, mientras estamos dándolo todo en la pista de baile, algo me golpea en la espalda, sin embargo, decido ignorarlo. Un par de minutos después pasa lo mismo y obro de la misma manera; ahora que por fin he logrado desinhibirme y olvidarme de todo no quiero salir de mi estado.

De pronto, los ojos de mis amigas se abren como platos y, aunque estoy bastante borracha, sé que algo pasa, así que no dudo en darme la vuelta. Yo también quiero ser testigo de lo que sea que estén viendo. Al hacerlo mi rostro choca contra algo tan duro como suave y me aparto con rapidez.

—*Salut* —saluda, y al descubrir que la pared con la que acabo de chocar son los increíbles y tallados pectorales de Cupido, mis ojos se abren tanto como los de mis amigas. ¡Ha vuelto!

Alzo la mirada para contemplarlo mejor y descubro que tiene los ojos azules más intensos y expresivos que he visto en mi vida.

—Ho…la —acierto a decir y cuando me guiña uno mi respiración se corta.

Como si hubiese visto un fantasma, me giro con disimulo para encontrarme con mis amigas y estas parecen igual o peor que yo. De cerca es todavía más impresionante.

—Madre mía… —balbucea Nerea y le hago un gesto rápido para que se contenga. Cuando bebe pierde por completo el control.

—Hola, guapo —saluda Julia de un modo ridículo con la mano y cuando este intenta devolverle el saludo, pierde el equilibrio. Parece

que Cupido también se ha pasado con los tragos.

—Santa madre de Dios, lo que daría por quitarle ese… pañal, o como sea que se llame eso que lleva puesto.

—Cállate, joder —balbuceo entre dientes por temor a que la escuche, pero el único que parece haberse dado cuenta es el imponente chico de color que viene con él. Siempre he amado ese tono de piel y parece que Julia también por el gesto que me ha hecho con las cejas.

—Hijita, por Dios, ¿cómo me voy a callar? Pero… ¿tú te has fijado bien en él? Si no fuese porque sé que las alas son falsas creería que se ha caído del mismísimo cielo.

—*Veux-tu quelque chose à boire?* [1]

—Mierda, creo que no habla nuestro idioma —señala, decepcionada.

—No importa, querida, el idioma de la cama es universal —espeta Julia y las dos comenzamos a reír. Por suerte, Cupido parece no entender nada y, levantando el codo, nos hace un gesto con la mano.

—Creo que nos está preguntando si queremos algo de beber.

—*Oui!* —Julia mueve la cabeza en modo afirmativo y levanta tres dedos a la vez que nos señala—. ¡Qué emoción! —canturrea—. El adonis nos va a invitar.

—¡Qué nervios! —Nerea no puede contenerse y mientras Cupido se aleja para ir a la barra, da pequeños saltitos—. Es francés, ¿verdad?

—Parece que sí —respondo sin poder apartar la mirada de su espalda.

Es tan alto como su amigo, medirá alrededor de un metro noventa y parece tallado por los mismos dioses. No es de extrañar que Julia y Nerea estén babeando tanto. Creo que es la primera vez que nos cruzamos con un tipo así.

Le observo desde donde estoy y puedo apreciar que es bastante juguetón. Mientras se acerca a su grupo de amigos, al igual que hizo la primera vez que le vi, comienza a lanzar flechas a todo el mundo y en ese momento soy consciente de qué fue lo que me golpeó antes en la espalda. Cuando llega a la barra abraza y golpea a sus colegas con intención de molestarlos y estos le hacen lo mismo. Ríe con ellos antes de ordenar las bebidas y cuando alza la mirada en mi dirección el corazón me da un salto.

—Valeria —me saca Nerea de mis pensamientos—, Tomás me está llamando. ¿Qué hago?

—¿Tomás? ¿Quién es Tomás? —ríen al escucharme. Me lo estoy

pasando tan bien que ni siquiera me acordaba de él—. Seguro que el muy idiota ha ido a buscarme a la casa. No respondas. ¡Que le jodan!

—Pues…, con tu permiso, voy a bloquearle.

—Haces lo que debes —indico en el momento justo en que una copa aparece ante mis ojos. Cupido ha regresado.

—Uy, querida, creo que al hijo de Venus le gustas. —Julia no puede evitar soltar lo primero que pasa por su cabeza.

—No digas tonterías —respondo, acalorada, y solo me relajo cuando Cupido actúa como si nada. Tengo miedo de que conozca algunas palabras y sea capaz de hilar nuestra conversación.

—Solo tienes que ver cómo te mira. *¡Grrr!* —Coloca su mano en forma de garra y la golpeo con rapidez.

—¿Eres tonta? Una cosa es que no entienda el español y otra muy distinta, que no entienda los gestos —la riño.

—Perdón —carcajea—, a estas alturas ya no sé ni lo que hago. —Le da un buen sorbo a su copa y continúa bailando.

A medida que avanza la noche la gran cantidad de alcohol que corre por nuestras venas hace que terminemos de perder la poca vergüenza que nos queda y, aprovechándonos de que el pobre chaval ignora nuestro idioma, comentamos todo tipo de barbaridades sobre él con intención de divertirnos a su costa.

En un momento de locura Julia le quita el arco junto a las flechas de juguete que lleva cargando toda la noche a la espalda y comienza a disparar contra nosotras.

—¡Eh! —Nerea logra esquivar una. Ha estado muy cerca de darle en la cara.

—No te atreverás… —le digo al ver que es a mí a quien está apuntando ahora—. No se te ocu…

Antes de que pueda terminar la frase suelta la cuerda del arco y la maldita flecha acaba en mi frente.

—¡Idiota! —grito mientras muevo la ventosa de un lado a otro para que pierda el vacío y escucho que ríen de fondo—. ¡Ahora verás! —De un rápido movimiento, que no sé ni cómo logro coordinar, consigo arrancarle el arco de las manos y con la misma flecha que me ha lanzado, apunto hacia ella.

—¡No! ¡No! —Cuando tenso la cuerda se cubre escondiéndose detrás de Cupido y la jodida flecha no tiene otro lugar donde ir a parar que a su abultado paquete.

—*Oh!* —exclama sin más y, tras unos segundos en el más absoluto silencio, estallamos en carcajadas.

Sé que mañana me arrepentiré, pero ahora mismo me lo estoy pasando tan bien que no quiero que la noche termine.

Capítulo 3

El sonido de mi teléfono me despierta y, aunque estiro el brazo todo lo que puedo para alcanzarlo en la mesita, no encuentro ni una cosa ni la otra. Muevo una de mis piernas y noto que estoy colocada de una forma extraña. Debo de estar durmiendo del revés. Me siento en la cama tratando de enfocar, pero todo está oscuro y no veo nada. ¿Cómo diablos llegué a la habitación? No recuerdo nada.

Mi teléfono vuelve a sonar y esta vez lo encuentro gracias al reflejo de su luz. Parece que está debajo de las sábanas. Cuando lo saco el brillo se vuelve más intenso y mis ojos se abren como platos al descubrir que el cuarto en el que estoy no es el mío.

—¡Dios mío! —grito, espantada, y algo se mueve a mi lado—. ¡Dios mío! —vuelvo a gritar y cuando la luz se enciende no doy crédito a lo que veo.

—*Mon Dieu!* [2]—Cupido parece tan asustado como yo. Su cabello rubio está totalmente despeinado y sus ojos parecen dos tomates.

—¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué hacemos en esta cama? —pregunto a la vez que de un salto me levanto para apartarme de él. Al darme cuenta de que estoy desnuda tiro de la colcha y me cubro con ella—. ¿Qué haces en esta cama conmigo? ¿Eh? ¿Eh? —Me mira ladeando la cabeza con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado? ¡¿Qué coño hemos hecho?! —lloriqueo—. Tú y yo no nos hemos acostado. ¡Dime que no nos hemos acostado! —De sobra sé que no me entiende, pero necesito desahogarme.

—*Merde...*[3] —Peina su cabello con las manos en repetidas ocasiones. Parece que está comenzando a procesar lo que ha ocurrido.

—Esto es una mierda, ¿me oyes? ¡Una mierda! —Enrollo la colcha alrededor de mi cuerpo para cubrirme mejor—. ¿Qué he hecho? ¿Cómo he podido acostarme contigo? —Camino de un lado a otro por la habitación—. No digo que no estés bueno, que lo estás, y mucho, eh, pero es que ni siquiera sé si me ha gustado porque no recuerdo nada. ¡Joder! Para una vez que hago algo así con un macizo y ni siquiera sé si he disfrutado.

Me detengo por un segundo y miro al frente.

—Un momento… Tú… ¿tú has abusado de mí? Te has aprovechado de que estaba borracha y has abusado de mí, ¿verdad? Yo nunca aceptaría hacer algo así. —Pestañea sin dejar de mirarme—. ¡Maldito capullo francés! Pienso denunciarte. —Arquea las cejas a la vez que arruga la frente. No sé en qué estará pensando, pero me da igual. Que intuya, al menos, que estoy enfadada—. Voy a contarle a la policía

que me has... —Busco mi teléfono—. No sé qué voy a contarles, pero algo has debido hacerme porque yo nunca me he metido en la cama de nadie.

—Valeria. —Varios golpes en la puerta me sobresaltan—. Valeria, ¿estás bien? —La voz de Julia suena al otro lado y corro para abrirla.

—¡Dios mío! —exclamo al verla. Parece un jodido zombi con el pelo cardado—. ¿Qué…? ¿Qué te ha pasado? ¿Por qué estás tan… desaliñada?

—¿Tú qué crees? —Miro tras ella y al ver a Nerea dormida en un amplio sofá junto al chico de color, varios *flashbacks* me golpean la mente.

—Mierda… —balbuceo al recordar parte de lo ocurrido la noche anterior—. ¡Mierda! —Me cubro la cara con las manos. Cuando el *club* estaba a punto de cerrar Cupido nos invitó a terminar la fiesta en el hotel en el que se alojaba con sus amigos y acabamos todos como cubas—. ¡Ay, Dios mío, Julia, que me he acostado con él!

—Lo sé, querida, lo sé… —Julia masajea sus sienes con una mueca de dolor—. Y los vecinos de la habitación de al lado seguro que también.

—¿Qué?

—Sois unos jodidos escandalosos. —Ahora aprieta el tabique de su nariz.

—¡¿Qué?!

Hace el intento de marcharse y la sujeto por la ropa. Necesito una explicación.

—¡Déjame! Me duele hasta el alma. No he bebido tanto en mi vida.

—Julia, por tu madre, dime ahora mismo qué pasó anoche.

—¿En serio no recuerdas nada? —ríe.

—No.

—Mejor pregúntame qué no pasó anoche —vuelve a reír y, aprovechando mi desconcierto, se marcha.

Giro la cabeza hacia la habitación y veo que Cupido se está vistiendo. Hasta ahora solo le había visto con el minúsculo pantalón blanco del disfraz y unas alas. Cuando alza la mirada en mi dirección aparto la mía con rapidez y espero a que termine antes de entrar, mi ropa está allí y la necesito para poder marcharme. Vuelvo a acomodar la colcha alrededor de mi cuerpo y camino hacia donde está Nerea.

—Nere, despierta.

Muevo su brazo, pero está tan dormida que no se entera.

—Nerea, abre los ojos. —Vuelvo a intentarlo y ocurre lo mismo.

—Déjame a mí. —Julia tira tan fuerte de ella que si no es porque en un acto reflejo estira las manos para sujetarse a la pequeña mesa que hay en frente del sofá, se hubiera caído al suelo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —Abre los ojos e intenta centrar la mirada—. ¡Ay, Dios! —Sujeta con fuerza su cabeza. Parece que anoche se nos fue demasiado la mano—. ¿Ya se han callado esos dos?

—Sí —responde Julia y cuando Nerea se da cuenta de que estoy ahí se dirige a mí—. Te lo pasaste bien anoche, ¿eh? —Levanta sus cejas con picardía.

—¡Joder! —No me puedo creer que me esté diciendo eso—. Yo… ¡Yo no hice nada anoche! —me defiendo como puedo.

—¿Que no? «Vamos, Cupido, ¡clávame tu flecha!». —Julia finge que me imita y Nerea carcajea.

—¡No, no, no…! —La imagen de esa escena viene de pronto a mi cabeza y mi mirada queda fija al frente. Lo hice… Están diciendo la verdad.

¡Maldita sea! Uno tras otro, los recuerdos, aunque borrosos, comienzan a agolparse en mi mente y dejo hasta de respirar.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —susurro para que nadie me oiga y un horrible calor comienza a gatear por mi espalda. No me veo capaz de volver a mirar a ese tío a la cara. Casi que quien debería llamar a la policía es él. ¡Prácticamente lo acosé! ¿Dónde está Valeria y qué diablos he hecho con ella? Me desinhibí tanto que no me reconozco—. Por favor, entrad a por mi ropa a la habitación —expreso con angustia —. Me muero de vergüenza.

—Ups, ya es tarde. —Nerea hace un gesto a la vez que mira por encima de mi hombro.

—Dime que no está detrás de mí. —Aprieto los ojos con fuerza—. ¡Dime que no!

—Está… y todavía sin camiseta. Grrr. Qué suerte tienes, cabrona.

—No me jodas. No, no… por favor. —Me giro muy despacio—. *Salut*… —le saludo en francés porque no sé qué otra cosa hacer.

—Buenos días, chicas. —Al escuchar cómo habla en perfecto español las tres nos miramos con tanto asombro que nuestros globos oculares parecen salirse de las órbitas.

—Tranquilas —trata de calmarnos Julia—, seguro que solo habla palabras sueltas.

—¡Lo sabía! —murmuro con miedo—. Seguro que ha estado entendiendo más de lo que creemos de nuestras conversaciones. ¡Yo

me muero!

—¿Queréis bajar a desayunar o pido algo a recepción? —comenta de nuevo y las tres nos volvemos a mirar, esta vez aterradas.

—No me jodas. —Nerea parpadea, confusa—. Tú… ¿Tú hablas español?

—Em… —ríe—. Sí, bueno… Mi madre es española. Aunque me he criado en Francia, suelo venir a menudo.

—Me voy de aquí —es lo único que acierto a decir antes de entrar en su cuarto para vestirme.

Cierro la puerta, pongo una silla delante con intención de bloquearla para que nadie me siga y comienzo a buscar mi ropa.

—¡Dios mío! ¿Pero qué hemos hecho? —inquiero al ver que mis bragas están colgando de la lámpara y, mientras me subo a la cama para alcanzarlas, lloriqueo. Jamás lo había pasado tan mal. Lo único bueno de todo esto es que cuando salga por la puerta no tendré que volver a verlo nunca más. Busco ahora mi sujetador y tras dar un par de vueltas por la habitación, descubro que está anudado a los barrotes de la cama—. Santa madre de Dios… —Cuando aflojo los nudos la imagen de Cupido atándome las manos con él aparece en mi cabeza y me aparto como si quemara—. Esto no puede haber pasado —vuelvo a lloriquear. Yo nunca me he comportado así, ¿qué diablos contenían esas bebidas? ¡Seguro que me han echado droga!

Cuando logro reunir todas las prendas y vestirme con ellas, agarro mi teléfono, que está sobre la mesilla, y al ver que todavía está apagado, lo enciendo. Decidí desconectarlo anoche cuando salí de la casa de Tomás para evitar que me llamara, por suerte, la alarma siempre salta, aunque esté sin batería. Uno tras otro, comienzan a llegar cientos de mensajes y notificaciones, todas de él y, por supuesto, las ignoro. Al no haber logrado ponerse en contacto conmigo llamó a Nerea. Tras eliminar todos los mensajes sin leer, decido hacer lo mismo que ella y le bloqueo. No quiero volver a saber nada de ese personaje, y pensar que llevábamos tiempo hasta planeando tener un hijo…, por suerte, se ha desenmascarado antes de que eso ocurriese.

—Valeria, ¿estás bien? —Nerea toca la puerta.

—Sí, sí. Ya voy. —Guardo el teléfono en el bolsillo, retiro la silla y salgo. Al hacerlo lo primero que veo es a Julia hablando con el pseudo dios del deseo amoroso y a Nerea mirándome de un modo extraño.

—¿Qué pasa? —pregunto al ver que ni parpadea.

—Nena..., ¿te has visto el cuello? Parece que, en vez de a Cupido, te has trincado a un vampiro.

—¿Qué? —Abro la cámara delantera de mi teléfono y me miro en él como si fuese un espejo—. ¡Dios mío! ¡Me ha marcado por todas partes! —En ese momento, y debido al tono de mi voz, Cupido se gira hacia mí y puedo ver que su cuello está igual o peor—. Vámonos ya, por favor —le suplico a Nerea y esta, asintiendo, ríe.

—Vaya nochecita, eh… —vuelve a reír.

—Cállate, por favor. —La empujo y caminamos hacia la salida. Julia al ver que nos estamos yendo se despide con rapidez y nos sigue.

—Esperad —nos habla Cupido, sin embargo, aprieto los ojos, avergonzada, y sigo caminando. Quiero irme ya—. Esperad un momento. —De tres pasos largos llega hasta nosotras y mantengo la cabeza baja. Soy incapaz de mirarlo a la cara—. Dame al menos tu número de teléfono, ¿no? —Sé que me habla a mí, pero lo único que hago es negar con la cabeza— Me gustaría mantener el contacto. Anoche lo pasé genial y, bueno… quisiera conocerte un poco más.

—Lo… lo siento. Yo no. —Tiro de la ropa de Nerea y entiende que tiene que volver a caminar. O nos vamos ya o de un momento a otro mi cara explotará.

El bochorno es tan grande que ya me arde. Nunca se me había pasado por la cabeza acostarme con un tío sin conocerlo, y menos aún dejar salir a la loba que parece que llevo dentro. Siempre me he considerado una persona muy prudente, mesurada y, sobre todo, discreta. Espero que esto no se convierta en un trauma para mí. Suelo darles muchas vueltas a las cosas.

—*Ouh* —emite. Apuesto a que con esa cara y ese cuerpo no está acostumbrado a que le den largas.

Entiendo que mi forma de expresarme no ha sido la mejor, pero es que realmente no quiero volver a saber nada de él. Nada tiene que ver conmigo la persona que se acostó anoche en esa cama con la que se ha levantado esta mañana. Esa borracha desvergonzada, atrevida e insolente no soy yo.

Capítulo 4

Un mes después.

—¡Maldita sea! —Me cubro la cabeza con la almohada.

Tomás no para de intentar hablar conmigo y lleva más de media hora tocando el timbre. ¿Qué parte de «no quiero volver a verte en mi puta vida» no entiende? Abusa de que sabe que las chicas no están, si no se iba a enterar. Hace unos días hizo lo mismo, y aunque le grité por la ventana que me dejara en paz, le dio igual. Cree que tiene alguna oportunidad, pero esta vez no será así. Puedo perdonar cualquier cosa, pero jamás una infidelidad, y lo sabe perfectamente.

—Valeria, por favor, te lo pido de rodillas si hace falta. ¡Dame otra oportunidad! —Blanqueo los ojos, agotada—. Al menos dígnate a hablar conmigo. ¡Esto no puede terminar así! Nunca creí que fueses tan mala persona. Sabes lo que estoy sufriendo y te da igual.

Tentada a gritarle cuatro cosas a la cara, decido morderme la lengua y aguantar un poco más. Es lo que quiere y por eso me está provocando. Quiere que salga, así que no pienso hacerlo.

—Ucho, ven —llamo a mi perro, que está asustado mirando hacia la puerta. Él no entiende qué está pasando, pero seguro que se alegra de que no abra.

Por alguna razón, Tomás y él nunca se llevaron bien. Cada vez que mi ex entraba en casa, Ucho se metía debajo de la mesa y no salía hasta que se marchaba, pero un día, sin saber por qué, intentó morderlo, y desde entonces lo ha intentado cada vez que ha tenido oportunidad. La última, el mes pasado. Tomás quiso darme un beso, y si no es porque me di cuenta y lo agarré del collar a tiempo, le clava los dientes en la cabeza. Es un perro bastante grande y cuando se pone de manos mide más que yo. ¡Con lo pequeñito que era cuando lo adopté!

Aún recuerdo la primera vez que lo vi. No tenía intención de tener mascotas, pero tuve que ir a un albergue para mostrarles la campaña de *marketing* por la que me habían contratado y allí estaba él, mirándome con los ojos más apenados del planeta. Me incliné, incapaz de ignorarlo, y cuando toqué su suave y peluda piel marrón chocolate me enamoré al instante, y de eso hace ya casi tres años. ¡El tiempo vuela! Por suerte, Julia y Nerea también lo aceptaron y se convirtió en nuestro guardián.

Los timbrazos parece que remiten y al cabo de unos minutos dejan de sonar. Se debe de haber cansado ya.

Me levanto del sofá para ir a por algo de comer y mi cuerpo se

resiente. Desde que terminé con Tomás no he sido capaz de reponerme y, para colmo, no dejo de pensar en lo que ocurrió el día de la fiesta. Camino como si hubiese estado horas haciendo cardio y la imagen de Cupido viene una vez más a mi mente. Por más que lo intento no soy capaz de sacármelo de la cabeza. No ha pasado ni un solo día sin que haya pensado en él. A veces siento un pellizco de arrepentimiento por no haberle dado mi número, incluso Julia me lo ha llegado a reprochar alguna vez, pero sé que hice lo mejor. Al menos así no tengo que volver a verle la cara. ¿Qué pensaría de mí? El hambre me devuelve a la tierra y abro la nevera. Miro lo que hay dentro y tuerzo la boca en un gesto de disgusto. Es la tercera vez que la abro hoy y sigo haciendo lo mismo. ¿Qué esperaba? ¿Que se hubiese llenado por obra del Espíritu Santo? Busco entre las baldas con la esperanza de que haya algo detrás de un táper de cristal de Nerea, y cuando lo aparto, sin darme cuenta lo acerco demasiado al borde y cae al suelo, haciéndose pedazos.

—Mierda —me quejo y cuando me inclino para recogerlo un olor putrefacto penetra en mis fosas nasales—. ¡Dios mío! —Me cubro la boca con la mano para aguantar una arcada. El olor comienza a extenderse por toda la habitación y, aunque me aparto, parece que me sigue—. ¡Pero qué coño es esto! —Me fijo mejor en la masa marrón que cubre el suelo y cuando me parece ver pelos siento unas terribles ganas de vomitar.

Corro al baño todo lo rápido que puedo y arrojo en él el poco contenido que almaceno en el estómago.

—Su puta madre… —balbuceo, agitada, frente al espejo. Mis ojos están rojos, al igual que mi cara. Jadeo buscando un poco de alivio y cuando mi cerebro decide devolverme la imagen de esa cosa viscosa y peluda comienzo de nuevo.

El hambre se esfuma y, mareada, me siento en el sillón, hasta que llega Nerea.

—Valeria, ¿estás bien? —Me mira con la frente arrugada.

—No —respondo dándome aire con la mano—. Acabo de vomitar.

—¿Has comido algo en mal estado? —La visión de su táper esparcido por el suelo, que tanto me he esforzado en olvidar, regresa, y con ella las arcadas—. ¡Ay, Dios! —Se aparta de mí y en ese momento entra Julia.

—¿Qué estáis haciendo? —Nos mira con incredulidad—. ¿Habéis vuelto a ver vídeos de esos en los que explotan granos?

—No… —responde Nerea porque yo no puedo. Estoy demasiado ocupada tratando de calmar las náuseas.

—Voy a por un poco de agua. —Julia nos deja solas en el salón y cuando abre la puerta de la cocina se inclina y comienza a tener arcadas, igual que yo.

Nerea, desconcertada, la mira a ella y después a mí, y, sin saber qué es lo que está ocurriendo, se acerca a Julia.

—¿A qué huele aquí? —pregunta antes de llegar hasta donde está nuestra amiga y se detiene—. Oh… oh… creo que ya sé lo que es. ¿Alguien ha abierto mi táper de coliflor con huevos y tomate? Debí haberlo tirado hace unos días, pero se me olvidó.

—¡Hija de tu madre! —Julia se aleja de la cocina como si el diablo estuviese dentro—. ¿Es que no puedes comer algo normal? ¡Has creado una jodida bomba atómica!

—Ya sabéis que estoy a dieta… —se disculpa.

—¡A dieta nos has puesto a las demás! A ver quién tiene narices a comer después de esto. Voy a tener este hedor agarrado a la pituitaria hasta el día en que me muera.

—Lo siento… Voy a limpiarlo. —Julia viene hasta mí y vemos cómo Nerea toma una gran bocanada de aire antes de entrar.

—¿Cuánto crees que tardará en salir? —me pregunta Julia.

—Lo que sea capaz de aguantar la respiración —me mofo y, como esperábamos, no tarda en comenzar a toser.

—¿Qué? ¿Se revuelve contra la dueña? —le pregunta Julia y estallamos en carcajadas.

Medio minuto después un sonido parecido al de alguien arrojando agua contra el suelo llama nuestra atención y desde donde está no tarda en confirmarnos lo que es.

—No entréis todavía, ¿vale? Acabo de echar hasta la última papilla…

Durante el resto del día tenemos que mantener las ventanas abiertas y, aun así, es como si esa peste siguiese agarrada a las paredes. Nunca había olido algo tan horrible, y eso que mis tíos tenían una granja de cerdos. Cuando íbamos a visitarlos era bastante insoportable, pero nada se asemeja a esto.

—Nere, creo que deberías patentar esa receta —vuelve a sacar el tema Julia.

—¡Como arma militar! —bromeo.

—¿Te imaginas a los militares, en vez de tirar granadas, lanzando el táper de Nerea? —estallamos en carcajadas—. Mientras que los enemigos vomitan pueden hacer lo que quieran.

Las últimas horas las pasamos entre risas y cuando llega el

momento de ir a dormir vuelvo a sentirme indispuesta. Ese maldito táper ha hecho estragos en mi cuerpo.

A la mañana siguiente, nada más poner los pies en el suelo noto un ligero mareo y tengo que volver a tumbarme. ¿Qué coño tenía la masa de Nerea que todavía me dura el efecto? ¿Será que esa mierda emanaba gases tóxicos? ¿Eso puede ser?

Mientras desayunamos les pregunto a las chicas si ellas se encuentran igual, pero al negarlo y ver que están perfectamente lo dejo pasar. Es posible que me esté obsesionando, sobre todo porque a lo largo del día esa sensación de mareo y flotabilidad poco a poco desaparece.

A la mañana siguiente y en los días posteriores me ocurre lo mismo, y eso me extraña, pero vuelvo restarle importancia, hasta que el viernes por la mañana, antes de que suene el despertador, las náuseas me despiertan y si no es porque corro no llego al baño. Las chicas al oírme no dudan en levantarse para ver qué me pasa y cuando descubren cómo estoy se preocupan.

—Nena… esto no es normal. Llevas toda la semana diciendo que te encuentras mal. Creo que ya va siendo hora de que te vea un médico. —Julia, todavía adormilada, cruza los brazos por encima del nudo de su bata.

—Yo pienso igual —la apoya Nerea—. Lo del táper con peluca ya pasó a la historia y no creo que siga teniendo algo que ver.

—Quizás… son nervios. Últimamente estoy teniendo mucho trabajo —trato de buscarle una explicación.

—Sea lo que sea deberías ir a que te vean —insiste Julia.

—Mi hermana se ponía así cada vez que le tenía que venir la regla y cuando le recetaron la píldora se le pasó. ¿Cuándo te tiene que bajar la tuya?

—Em… —Esa frase por un segundo me desconcierta—. Me tiene que bajar… —Trato de pensar en la fecha, pero por alguna razón no la recuerdo—. ¿A qué estamos hoy?

—Veintidós de marzo —responde Julia casi al instante.

—Espera. —Me pongo de pie.

Algo no está yendo bien y puedo notarlo. No recuerdo haber tenido la regla en varias semanas. Camino hasta la habitación, desconecto el teléfono del cargador y busco la aplicación que utilizo para anotar mis periodos. Julia y Nerea vienen detrás y cuando la abro me tengo que sentar.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —Nerea se preocupa al ver mi cara, debo de estar tan blanca como la pared.

—Según… —Trago saliva—. Según esto la regla me tenía que haber venido en los primeros días de marzo…

—¿¡Qué!? —exclaman las dos a la vez.

—Yo… no recuerdo haberla tenido. —Mis manos comienzan a temblar.

—Tranquilidad. —Julia, como siempre, trata de calmar las aguas—. Es posible que se te esté retrasando por todo lo que tienes encima. Tu ruptura, el trabajo… esas mierdas suelen afectar a los ciclos. A mí se me retiró cuatro meses cuando murió mi padre. Por suerte, no mantuve relaciones sexuales en todo ese tiempo, si no me hubiese dado un buen susto. Y tú tampoco, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevabas sin acostarte con Tomás cuando le dejaste?

—Varias semanas —respondo con alivio. Es algo que tuve muy presente y una de las primeras razones que me hicieron sospechar—. Lo intentó un par de veces cuando yo ya sabía lo que había, pero no lo consiguió.

—Al menos sabemos que no estás embarazada. —Nerea suspira, tan aliviada como yo—. Otra cosa es que haya venido a verte el Espíritu Santo…

—¡Mierda! —Julia cae en algo y la miramos esperando una explicación—. El Espíritu Santo no, pero un pariente lejano es posible que sí…

—¡¡Cupido!! —gritamos las tres, aterradas.

Capítulo 5

Cuando las chicas regresan de trabajar traen con ellas algo que me he esforzado por mantener alejado de mi mente todo el día y reacciono con enfado. A diferencia de lo que digan o piensen es imposible, al menos tengo la gran esperanza de que mi periodo va a llegar. No he sido capaz de trabajar en todo el día pensando en ello y he empleado la mayor parte del tiempo en buscar cientos de enlaces con información sobre las posibles causas de los retrasos. Estrés, disgustos, anemia, síndrome de ovario poliquístico, menopausia… Incluso eso último no lo descarto. Mi tía abuela perdió su periodo muy joven, o eso cuentan, y murió sin haber concebido. La herencia genética está ahí... Todo me parece posible excepto lo que insinúan mis amigas. Eso no puede pasarme a mí, es imposible. Ya fue demasiado que me desinhibiera como lo hice y cometiera un error tras otro, así que estadísticamente no puedo tener tanta mala suerte. Me niego a pensarlo. No, no y no. No estoy embarazada.

—Que os devuelvan el dinero. No pienso hacerme la prueba.

—Valeria, por favor…, no seas idiota. Así sales de dudas —lo intenta Nerea de nuevo.

—Así salís de dudas vosotras porque yo lo tengo muy claro. He dicho que no, y punto.

—Valeria, no alargues más esto. Si estás embarazada con cada día que pase será más difícil tomar una decisión. Incluso más peligroso. Sobre todo si decides abortar...

—¡Que no! No voy a tener la necesidad de tomar ninguna decisión porque no hará falta. ¡Dejadme en paz! —Están empezando a agobiarme.

Me giro para marcharme y un extraño mareo hace que casi pierda el equilibrio. Me estresan demasiado. Julia se mueve y su perfume es tan fuerte que tengo que reprimir una náusea.

—¿Qué te has echado? ¡Hueles muy fuerte! —aprovecho para cambiar el tema.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Huelo mal? —Levanta el brazo y se huele la axila.

—No… es tu perfume. Huele demasiado fuerte.

—Oh, oh… —Ambas se miran y resoplan a la vez.

—¿Qué pasa? —Cruzo mis brazos esperando una respuesta. A ver qué se les ha ocurrido ahora.

—A las embarazadas se les agudiza el olfato. —Nerea es la primera

en hablar.

—A las embarazadas, pero te olvidas de algo importante: Yo *no* lo estoy —remarco.

—¡No lo sabes! —comienzan de nuevo y, harta de la situación, les arranco la maldita prueba de la mano.

—Me tenéis hasta… ¡las narices! Me la voy a hacer solo para que me dejéis en paz. ¡Sois insoportables!

—Vale. —Al ver que lo han conseguido se esfuerzan por contener la emoción, pero a mí no me engañan y estoy deseando demostrarles que están equivocadas. Camino hasta la cocina para coger un vaso de plástico y al notar que me siguen, resoplo—. No pensáis dejarme en paz, ¿verdad?

—Por supuesto que no —contesta Nerea—. No pienso perderme esto por nada del mundo.

Para salir al pasillo casi tengo que apartarlas y al entrar en el baño dejo la puerta abierta. Conociéndolas, son capaces de echarla abajo si la cierro. Abro la caja delante de ellas, preparo el test y mientras me bajo la ropa interior me observan.

—¿Sabéis lo difícil que es hacer esto con espectadores?

—¡Qué quejicosa estás! Cuando salimos por ahí siempre vamos al baño juntas y no te importa —responde Julia.

—Cuando salimos cada una va a lo suyo y no tengo cuatro ojos pendientes de mí —replico.

—Qué delicadita nos ha salido la niña… —Julia blanquea los ojos antes de darse la vuelta y, sujetando a Nerea por el brazo, la obliga a hacer lo mismo.

En el momento en que están de espaldas a mí puedo relajarme y por fin consigo orinar.

—Ya está —indico mientras me subo el pantalón y me acerco al test. Lo cojo, se lo muestro y, mirándolas con inquina, lo sumerjo en el vaso.

Unos segundos después lo coloco sobre el lavabo y las tres nos sentamos a esperar. Julia en el borde de la bañera, Nerea en el bidé y yo en el retrete.

—Hasta dentro de dos minutos no sabremos el resultado. —Nerea programa una alarma en su teléfono.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta Julia y niego con la cabeza, aunque la realidad es otra. Estoy empezando a ser consciente de lo que estamos haciendo y los nervios me están comiendo por dentro.

—Si sale positivo, ¿qué harás? —Nerea no se puede callar.

—No voy a tener la necesidad de plantearme eso. Os recuerdo que estoy haciendo esto porque habéis insistido hasta la saciedad, no porque crea que esté embarazada.

—Han pasado demasiados días para asegurar algo así, ¿no crees? —Como siempre, Julia retuerce la conversación para llevarla a su terreno, pero la enfrento.

—También estoy altamente estresada y en medio de un *shock* sentimental —me defiendo—. La ruptura con Tomás ha sido muy dura para mí y lo estoy pasando mal. Eso afecta al ciclo de la vida, así que imagínate al ciclo menstrual.

—Esperemos que sea eso… —responde mirando el test—. ¿Cuánto queda, Nere?

—Treinta segundos.

—Uno, dos, tres, cuatro… —comienzan a contarlos en alto y siento unas ganas terribles de agarrarlas de los pelos. ¿Cómo pueden jugar en un momento así?

—¡Y treinta! —Ambas se ponen de pie a la vez y comienzan a pelearse por ver quién mira el resultado primero.

—Cuando acabéis de hacer el idiota me avisáis. —Me levanto y cuando estoy a punto de salir por la puerta oigo un grito apagado. Me giro para ver qué ocurre y al ver sus caras siento moverse el suelo bajo mis pies—. ¿Qué? —El corazón me late tan fuerte que tengo que sujetarme al lavabo para no caerme—. Dejad de hacer eso… ¿vale? —Necesito que me digan de una vez que están de broma.

—Cariño… creo que… —A Julia le cuesta terminar la frase y eso me preocupa aún más.

—Dejaos de idioteces ya, por favor. —Una horrible sensación de angustia me recorre el cuerpo y puedo notar cómo la sangre calienta mi piel.

—Creo que tienes un problema —logra terminar la frase y cuando me enseña la pantallita del test todo a mi alrededor comienza a girar, hasta que se vuelve negro.

Algo húmedo roza mi boca una y otra vez y al abrir los ojos veo que Ucho está pegado a mi cara. La humedad regresa con más intensidad y cuando me doy cuenta de que mi perro me está metiendo la lengua hasta el paladar me levanto a toda prisa, cabreada.

—¡Joder! ¡Qué asco! —Toso con angustia y veo que Nerea y Julia están hablando por teléfono—. ¿Por qué coño habéis dejado que me haga eso? —las riño; al oírme dejan lo que están haciendo para venir

corriendo hasta mí.

—¿Cómo te encuentras? —Se colocan a mi lado, preocupadas, y, aunque me extraña, lo dejo pasar.

—Oh, Dios. —Un terrible dolor de cabeza me obliga a colocar las manos sobre mis sienes y, con intención de aliviarlo, las masajeo con suavidad—, me siento como si me hubiese atropellado un camión.

—Pero ¿estás bien?

—Estaría mejor si la boca no me supiese al culo de Ucho. —Trato de no pensar en los autolavados tan intensos que se hace mi perro. Últimamente mi estómago está demasiado sensible y vomito por cualquier cosa—. He tenido una pesadilla horrible… —digo para cambiar de tema—. He soñado que… —Miro a mi alrededor y al no recordar cómo he llegado hasta el sillón siento que algo raro pasa—. Espera un momento… —Intento ponerme de pie, pero al notarme mareada vuelvo a sentarme—. Porque ha sido un sueño, ¿verdad? —pregunto con angustia.

—Señora —habla Nerea con quien sea que esté al otro lado de la línea—, ya no hace falta que envíe a nadie, está despierta.

—Decidme que no es verdad —digo al borde de las lágrimas. No puede ser cierto.

—Según el test estás embarazada de cinco semanas… y no cabe duda de quién es el padre —rompe el silencio Julia y, sin poder sujetarme más, me dejo llevar por el llanto.

Los días pasan y no logro salir de la niebla en la que estoy sumida. Mi única esperanza es despertarme de una vez por todas de esta horrible pesadilla, pero no ocurre. Julia y Nerea se esfuerzan por animarme como pueden, sin embargo, lo único que consiguen son malas palabras. No quiero ver a nadie ni que nadie me hable. Además, soy incapaz de centrarme y el trabajo no para de acumularse en la mesa de mi escritorio. Nunca me había sentido tan mal, sobre todo porque hasta que no acepte lo que ha ocurrido no seré capaz de tomar una decisión.

—Embarazada —repito en forma de suspiro. Es la única palabra que emito desde que la prueba salió positiva.

¿Cómo voy a afrontar esto? ¿Cómo lo explico en casa? ¿Qué pensarán de mí quienes me conozcan? La idea de abortar vuelve a mi mente, pero la desecho con rapidez porque sería ir en contra de mis valores. Respeto a toda esa gente capaz de hacerlo, hasta siento una punzada de envidia cuando pienso en ellos. ¿Por qué yo no puedo? Sería la mejor forma de acabar en un momento con todos los

problemas que me va a ocasionar, sin embargo, algo dentro de mí no me deja dar ese paso. Sé que si lo hago sería presa de mi conciencia el resto de mi vida. ¿Por qué tengo que ser así?

Miro el calendario y vuelvo a contar los días. Ya han pasado siete semanas y si no me decido perderé la oportunidad de practicarme el aborto farmacológico y lo próximo será una intervención con anestesia.

—Vamos, Valeria…, es solo una píldora.

Levanto el teléfono de la mesa y cuando voy a marcar el número de la clínica vuelvo a soltarlo. «No es la píldora, sino lo que implica». Mi conciencia lo hace otra vez y comienzo a llorar como una niña pequeña.

Tonta de mí. Y pensar que hace tan solo unas semanas creía que dejar a Tomás iba a ser la decisión más complicada de mi vida…

Capítulo 6

—Valeria, esto no puede seguir así. —Julia está desesperada y ya no sabe qué hacer para sacarme del estado en que me encuentro. Hasta mi familia ha notado que me ocurre algo y están planteándose venir a la ciudad solo para comprobar que estoy bien—. Apenas comes y vas a enfermar. No es sano que alargues esto más.

—Déjame. —Me cubro la cabeza con la almohada. Me niego a salir de la cama y Ucho parece pensar lo mismo que yo porque lleva días metido conmigo en la habitación. Sabe que me pasa algo. Por suerte, las chicas se están encargando de él y lo sacan a pasear.

—No pienso dejarte. O haces algo ya o llamo a tu madre.

—Deja a mi madre en paz. —Sé que es capaz.

—Tú misma… Tienes diez minutos para presentarte en el salón o tiro de agenda. Nerea y yo queremos hablar contigo.

—¡Joder! ¿Y no podéis hablar aquí?

—No. Date prisa. —Cierra la puerta de un portazo y resoplo con fuerza con la esperanza de que me oiga. ¿Por qué no entienden que quiero estar sola?

Cubro ahora la cabeza con las mantas y cuando estoy a punto de volver a quedarme dormida, la escucho de nuevo.

—¡Te quedan tres minutos! —grita desde el otro lado de la puerta.

Inspiro profundamente, me siento en el borde del colchón y busco mis zapatillas de estar por casa. Me las coloco y en el momento en que me pongo de pie, mi espalda se resiente. Llevo tantos días en posición horizontal que estoy perdiendo masa muscular.

En el momento en que pongo la mano sobre el pomo de la puerta, Ucho salta de la cama y me sigue.

—Vaya… alguien ha decidido salir de la cueva —bromea Nerea.

—Por si no te has dado cuenta, me han obligado.

—Siéntate.

Julia señala el sofá y hago lo que me pide. Cuanto antes acaben con lo que vayan a decirme antes podré volver a mi cuarto.

—Estamos preocupadas —comienza la charla—. No sales, no trabajas, ni siquiera haces la compra y comes cuando te acuerdas. No puedes seguir así. O cambias esto o lo cambiamos nosotras, pero no vamos a permitir que te pudras entre cuatro paredes.

—Solo quiero un poco de tranquilidad, ¡tampoco pido tanto! —Me froto la cara.

—Llevas semanas disfrutando de tu tan ansiada tranquilidad, pero la cosa cada vez está peor. ¡Mírate! —Señala mi pelo—. ¿Cuánto hace que no te peinas?

—Qué más da. No tengo intención de ir a ver a nadie.

—Pues ese es el problema. ¿Y tus clientes? —Julia no se da por vencida.

—Les he dicho que estoy enferma.

—Llevas semanas mintiéndoles. ¿Qué crees que pasará al final? Vas a perderlos.

—Que hagan lo que quieran.

—Valeria… —interviene Nerea—. Tienes que resolver ese conflicto interno ya porque te está matando. ¿Quieres tener al bebé o no? Se te está agotando el tiempo.

—Quiero que todo vuelva a ser como era antes. —Aprieto los labios para evitar echarme a llorar.

—Pues, cariño, siento decirte que eso no va a poder ser —se pronuncia Julia—. Al menos por ahora, y cuanto más alargues esto más tardarás en volver a tu vida normal.

—¿Y qué hago? —Mi voz suena entrecortada. Si continúan presionándome así sé lo que pasará.

—Decidirte.

—¡No puedo! —Trato de mantener una respiración calmada para no alterarme más.

—Estás ya de diez semanas…

—¿Acaso crees que no lo sé? ¡Cuento cada puto minuto! —Pierdo el control de mi cuerpo y comienzo a llorar—. Esto nunca debería haber pasado —hipeo—. No puedo más…

Al verme tan derrotada, Julia y Nerea se acercan a mí y, sin decir ni una sola palabra más, me abrazan. Pasamos varios minutos en esa posición y cuando poco a poco se apartan aprovecho para secar mis lágrimas.

—Entre las tres encontraremos una solución. —Nerea besa mi cabeza—. No estás sola, Valeria. Vamos a estar contigo hasta el final, ¿de acuerdo? —Asiento a la vez que sorbo por la nariz—. Aunque tengamos que ir a buscar al capullo de Cupido para colgarle de las pelotas. ¡Qué injusta es la vida! —suspira—. Nosotras aquí sufriendo y él sin enterarse de nada.

—Oye… —reacciona Julia al escucharla—. Quizás no sea tan mala idea.

—¿El qué? —preguntamos Nerea y yo a la vez.

—Que lo sepa.

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! —Ni loca pienso volver a verlo.

—Pero es el padre… —insiste.

—¡Me da igual! Esta decisión es mía.

—¿Decisión? A este paso cuando termines de tomarla estarás rompiendo aguas —se mofa—. Él tiene derecho a saberlo. En esa cama eráis dos y ese embrión también es suyo.

—¡Dejad de decir idioteces! —No doy crédito a lo que escucho—. ¿Cómo diablos creéis que voy a ir a buscar a ese tío para decirle que estoy embarazada?

«Embarazada», repito en la cabeza. Esa palabra cada vez ocupa más espacio en mi vida. «Estoy embarazada», digo una vez más para ver si vuelvo a sentir lo mismo y ocurre algo parecido.

—No son idioteces. ¡Que sufra como nosotras! —me saca Nerea de mis pensamientos—. Estoy hasta las narices de que los hombres siempre se vayan de rositas cuando la responsabilidad también es suya. Si se hubiese puesto un condón esto no habría ocurrido.

—¡Cierto! —afirma Julia—. Aunque no sabemos ni su nombre.

—Es verdad. —Nerea mira al suelo—. Además, dijo que era francés…

—Peor aún. —Julia resopla como si hubiese perdido la esperanza.

—¡Eh! Pero ¡sabemos en qué hotel se aloja! —Nerea sonríe victoriosa y lo único que hago es mirarlas como si estuviesen jugando un partido de tenis.

—Sigo pensando que ir hasta allí para contarle esto no servirá de nada —intervengo para que recuerden que estoy ahí. Con la emoción parecen haberse olvidado de mí—. Lo primero porque, como haría cualquiera en su lugar, se va a despreocupar. —Si antes la idea me parecía absurda, ahora más—. Sería la primera vez que un hombre acepte haber dejado embarazada a una mujer a la que no conoce de nada y con la que solo se ha acostado una vez.

—Como mínimo debe estar enterado —insiste Julia—. Piensa por un momento que fuese al revés. ¿A ti no te gustaría saberlo?

—Sí. Bueno… Sí… —Ahí no puedo quitarle la razón. Otra cosa es que quiera hacerlo.

—¿Sabéis? Hace un par de días empecé una serie en la que aparece un caso similar al vuestro. —Nerea logra captar mi atención—. Se acababan de dejar porque a ella le habían ofrecido el trabajo de sus sueños en otra ciudad y antes de irse descubrieron que estaba

embarazada. La chica, aunque tenía demasiadas dudas, decidió abortar, pero él, desesperado, le suplicó llevar el embarazo hasta el final para poder quedarse con el bebé.

—¿Y qué decidieron? —La curiosidad me puede.

—Todavía no lo sé, te acabo de decir que la empecé hace dos días.

—¡Hija de…! —Unas terribles ganas de matarla se apoderan de mí y finjo agarrar su cuello. ¿Por qué siempre hace eso? Odio que me deje a medias.

—De todas formas —interviene Julia—, creo que debería estar enterado.

—¿Qué parte no entiendes de que en cuanto se lo diga saldrá corriendo?

—Bueno, pero eso ya es asunto suyo. Tú has hecho lo correcto.

—A ver, chicas —habla Nerea de nuevo—, es que esas cosas no pueden soltarse así de sopetón… son demasiado importantes como para crear un trauma con ellas. Es posible que ahora se asuste, pero después se pase la vida arrepintiéndose de no haber hablado con ella. —Mira al vacío—. Debe haber otra forma, algo menos invasivo y que le dé margen para pensar y poder tomar junto a Valeria una decisión.

—Espera, espera… No vayas tan rápido. Puede que pase por lo de ir a contárselo, porque, bueno, en cierto modo tenéis razón y, quiera o no, ha formado parte de esto. —Lo que proponen no me genera ninguna esperanza y sé que solo haré el ridículo, pero al menos lo intentaré para que dejen de presionarme. Necesito paz mental ya—, pero, independientemente de que él quiera tenerlo o no, como la serie esa de la que hablas, lo siento mucho, pero por ahí sí que no paso. Tanto si quiero tener al bebé como si no, es decisión mía. —«El bebé». De nuevo mi cuerpo reacciona de una forma extraña.

—Igual cuando hables con él te parece un patán y decides que no quieres engendrar algo que lleve su sangre —bromea Julia de un modo que no me gusta y cuando voy a reprochárselo Nerea nos interrumpe.

—¡Eh! ¡Creo que ya lo tengo! —La intensidad de su voz me hace dar un salto—. ¿Y si te ganas su confianza primero?

—¿Eh? —Julia y yo la miramos confusas.

—Él quería seguir manteniendo el contacto contigo, ¿recuerdas?

—Sí…

—Solo tenemos que conseguir que intercambiéis vuestros teléfonos y no creo que te cueste demasiado porque parecía muy interesado. —Levanta sus cejas de un modo gracioso—. En cuanto pasen unos días y

logres su atención se lo cuentas y seguro que de ese modo te toma más en serio.

—Oye, pues no es mala idea. —Julia se echa hacia atrás en el sofá, como si así pudiese visualizarlo.

—Entonces ¡vamos a por él! —Nerea se pone de pie como si fuese a batallar una guerra y levanta una mano al cielo—. ¡Cupido se ha corrido sin que se lo hayas permitido! Y por culpa de ese pervertido ahora has concebido. Tenemos que convertirlo en embutido…

—¡Nerea! —la detiene Julia—. ¿En serio tienes que soltar esa mierda de rima ahora?

—¿Y cuándo la suelto entonces? Llevo con ella en la punta de la lengua toda la jodida semana. —Me señala con el dedo y continúa—: ¡El puto de Cupido te ha escupido sin haberse protegido!

—¡Nerea! —vuelve a reñirla Julia.

—Déjame acabar… Ahora venía lo mejor.

—¡No! ¡Cállate ya! —zanja la conversación y, por alguna razón, comienzo a reír a carcajadas. Definitivamente, debo de estar volviéndome loca.

Al verme Julia y Nerea ríen conmigo y, tras varios minutos en los que hasta llega a faltarnos el aire, con gran esfuerzo logramos calmarnos.

—Vamos, Valeria, vístete. —Julia se pone de pie.

—¿Para qué?

—Nos vamos al hotel.

Capítulo 7

Mientras Nerea conduce no paro de pensar en lo que vamos a hacer y cada vez me parece más ridículo. No entiendo cómo diablos me han convencido para esto. Intento un par de veces que recapaciten y den la vuelta, pero están tan obsesionadas con la idea que no hay nada que hacer.

Cuando llegamos al hotel tienen que insistir para que salga del coche y, a regañadientes, lo hago. Caminamos por la acera y a medida que nos acercamos mis manos comienzan a temblar. Nunca me había sentido tan nerviosa.

—Hola —saluda Julia al recepcionista.

—Hola. ¿En qué las puedo ayudar?

—Pues verá —continúa—, estamos buscando a un chico que se alojó aquí hace unas diez semanas en la habitación… —Me mira—. ¿69? —Asiento para confirmárselo y oigo a Nerea reír por lo bajo. Siempre le ha hecho gracia ese número.

—¿Cuál es su nombre?

—Ahí viene el problema, que no lo sabemos.

—Necesito su nombre para poder ayudarlas.

—A ver, el tipo no está aquí, pero volverá. Nos dijo que solía frecuentar este lugar.

—Sin su nombre no puedo hacer nada.

—Puede mirarlo en los archivos. —Julia no se da por vencida—. Ahí debe venir.

—El problema, señorita, es que nosotros no podemos facilitarle ningún dato de nuestros huéspedes. O bien nos da su nombre completo o no podemos hacer nada.

—Venía disfrazado de Cupido. —Nerea intenta darle alguna pista, pero, como es normal, el gerente continúa repitiendo lo mismo.

—Nuestra política de privacidad nos prohíbe proveer dato alguno de nuestros clientes. Lamento no poder ayudarlas.

—¡Joder! Es por un asunto urgente. —lo intenta Julia una vez más y cuando el gerente niega con la cabeza, se cabrea—. ¿En serio no piensa ayudarnos?

El hombre aprieta los labios en una línea recta y vuelve a negar.

—Pues ¿sabe qué le digo? Métase los datos en el… Es usted un… un… —Al notar que la cosa se pone fea le hago un gesto a Nerea y entre las dos tiramos de ella para sacarla de allí. La última vez que

empezó así el encargado de un supermercado estuvo a punto de echarnos y no estoy dispuesta a pasar por lo mismo otra vez.

—¿Quieres calmarte? —le digo, cabreada.

—No, no quiero calmarme —replica y hace el intento de entrar, pero logramos sujetarla a tiempo.

—Sabías igual que yo que era una mala idea.

—Pues ya me dirás tú qué hacemos entonces, porque para ser la más afectada —señala mi barriga— eres la que más trabas pones.

Sus palabras me duelen, pero tiene razón, están intentando ayudarme y lo único que he hecho hasta ahora ha sido quejarme.

—¡Chicas! ¡Chicas! —llama nuestra atención Nerea—. El gerente ha subido las escaleras. Ha dejado la recepción sola, podemos entrar e intentar mirarlo nosotras.

—¿Qué? —Las dos me miran y esta vez evito decir nada, si están dispuestas a jugársela allá ellas.

—Julia, mientras salto el mostrador, vigila que no venga nadie. —Esta asiente y las miro pasmada. ¿De verdad están dispuestas a hacer eso?

—Dios mío —balbuceo al ver cómo entran convencidas y apoyo la mano sobre mi frente. No me puedo creer lo que estoy viendo.

Nerea trata de subir una pierna al mostrador, pero su falda es demasiado estrecha y tiene que levantarla. Prueba de nuevo, pero la barra está tan alta que se le escurre el pie. No dándose por vencida, lo intenta varias veces más y desde donde estoy parece que está intentando arrancar una moto.

Julia, al darse cuenta de que sin su ayuda no lo conseguirá, se acerca y la empuja desde atrás. Su rostro se tiñe de rojo por el esfuerzo y, con una expresión aterradora, aprieta los dientes tanto como sus ojos. En el momento en que Nerea logra apoyar la barriga en la madera se ayuda con los brazos para deslizarse y su escotada camiseta provoca que sus pechos se peguen al barniz. Cuando, por la fricción, comienzan a hacer ruidos parecidos a los de unas zapatillas nuevas en una cancha niego con la cabeza. Están como dos jodidas cabras.

—Ven, ven —vocalizan desde dentro a la vez que gesticulan para que vaya y, mostrándoles el dedo corazón, rechazo su invitación.

Julia viene corriendo encorvada, como si así pudiese hacer menos ruido, y me habla.

—Entra. Vamos. Nos tienes que ayudar —susurra.

—Yo ahí no entro ni loca —contesto de la misma forma.

—Vamos, coño. ¡Que no nos queda tiempo! Es ahora o nunca. —Me agarra por las ropas y cuando quiero reaccionar ya estoy dentro—. Quédate aquí y avísanos si viene.

Llevándome una uña a la boca, miro hacia la escalera y rezo mentalmente para que no nos sorprendan. ¿Cómo he podido dejar que esto llegue tan lejos?

—¡Mierda! Tiene contraseña —indica Nerea—. No puedo acceder a los archivos.

—Escribe «1, 2, 3, 4». Suele ser genérica —la anima Julia.

—No funciona. —Me miran y vuelven la atención al teclado.

—¿Qué es esto? —Julia parece ver algo y arranca una especie de *Post-it* adhesivo de la pantalla—. Es un número, ¿crees que pueda ser la…?

Antes de que termine la frase, Nerea se lo quita de las manos y comienza a teclear.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Lo es! —Está tan emocionada que no se da cuenta de lo mucho que ha alzado la voz y Julia tiene que hacerle un gesto para que se contenga—. Perdón, perdón —se disculpa y escucho pasos.

—Chicas, ¡creo que viene alguien! —anuncio en un siseo mientras miro de un lado a otro.

—No, no, no. ¡Que estoy a punto de conseguirlo! —se lamenta Nerea—. Valeria, entretenle como sea.

El miedo me paraliza y al notar que no reacciono, Julia corre hasta la escalera, pero al escuchar que alguien está bajando, sube los escalones con rapidez para atajarlo y la pierdo de vista.

—Le estaba buscando. —Aunque no la veo, puedo escucharla—. Quería disculparme por lo de antes. No me porté como debería y fui un poco brusca.

Mientras le distrae, Nerea continúa buscando información y justo cuando va a decirme algo dos guardias de seguridad aparecen en el pasillo de la derecha y, con toda certeza, vienen a por ella. Deben de haberla visto a través de las cámaras.

—Oh, oh… —Me mira con los ojos abiertos al darse cuenta—. ¡Corre, Valeria! ¡Corre! —grita mientras se sube a la silla del recepcionista para ayudarse a saltar la barra y cuando cae al suelo escucho que algo se rasga. Por un segundo la miro preocupada creyendo que se ha podido hacer daño, pero al comprobar que está bien comenzamos a correr.

Cuando alcanzamos la calle los guardias todavía están lejos y aprovechamos para mezclarnos entre la gente con intención de

despistarlos. Si mi madre pudiese ver lo que estoy haciendo le daría un infarto.

—¡Qué posaderas! —Unos albañiles que están restaurando una fachada gritan a Nerea, pero, al igual que yo, está tan centrada en huir que no parece darse cuenta—. ¡Nena, con ese culo te invito a cagar en mi casa!

—¡Vaya pompas! —chilla alguien más—. Eso es correr y lo demás es estropear el suelo.

—¡Dios mío! —jadeo. Si pudiera respondería a todos esos sinvergüenzas, pero estoy tan sofocada que necesito reservar el poco aire que me queda.

A medida que avanzamos la gente se gira y algunos, sin saber por qué, hasta silban. ¿Qué le pasa a esta gente? Miro hacia atrás y al notar que ya no nos sigue nadie comienzo a reducir la velocidad. Nerea hace lo mismo y una calle más abajo por fin nos detenemos. Bufo, sofocada, y tengo que apoyar las manos en las rodillas para descansar.

—¿Estás bien? —se preocupa a la vez que fija la vista en mi barriga y sé a qué se refiere.

—Creo que sí —modulo luchando contra el ahogo—. Si después de esto el embrión no se me cae al suelo lo llamaremos *Spiderman*.

—Paul me gusta más.

—¿Paul? ¿Por qué ese nombre? —Entiendo mi chiste con *Spiderman*, pero no logro descifrar el suyo.

—Paul Renard.

—¿Eh?

—Ese es el nombre del padre de tu hijo.

—¿Qué? —Pestañeo, confusa—. Has… ¿has podido verlo?

—Estoy casi segura de que es él. Justo cuando llegué a la fecha en la que estuvo allí encontré ese nombre asociado a la habitación 69. Y, si te fijas, es un nombre francés. Son demasiadas coincidencias.

—Oh… Dios mío. No me puedo creer que lo hayas conseguido.

—¡Ni yo! —Da pequeños saltitos de felicidad—. Ha sido súper emocionante. Menos mal que Julia…

—¡¡Julia!! —gritamos las dos a la vez—. ¡Se quedó en el hotel!

—Mierda, joder, mierda. ¡Llámala!

Saco el teléfono del bolsillo todo lo rápido que puedo y cuando desbloqueo la pantalla descubro que tengo dos llamadas perdidas suyas.

—¡Joder! ¡Me ha llamado y no me he enterado! —Pulso sobre su nombre y descuelga al primer toque—. ¿Julia? ¿Estás bien?

—Sí. ¿Dónde estáis? —me pregunta con total tranquilidad.

—En la calle que hay más abajo del hotel. ¿Y tú? ¿Te han arrestado los de seguridad?

—¿Quiénes? —Su pregunta hace que mire a Nerea con el ceño fruncido. ¿Acaso no los ha visto?

Tras hacerle algunas preguntas más llego a la conclusión de que los guardias volvieron a su sala de control antes de que ella terminase de hablar con el gerente y gracias a eso se libró. Le paso por mensajería la localización exacta de donde nos encontramos y cuando estoy volviendo a guardar el teléfono un fuerte golpe, seguido de un grito, me sobresalta. Levanto la mirada para buscar la causa y veo a una anciana golpeando a Nerea en la cabeza con el bolso.

—¡Marrana! Las jóvenes de ahora ya no sabéis qué hacer para llamar la atención. —Nerea la mira confundida mientras se frota la cabeza. Definitivamente, hoy no es su día.

—Pero ¿qué diablos le pasa, señora? —la enfrenta mi amiga.

—¡Tápate, degenerada! ¿No ves que hay niños en la calle?

Nerea se aparta con rapidez al ver que levanta el bolso de nuevo y mis ojos se abren como platos al descubrir sus glúteos expuestos y, para colmo, hoy se ha puesto tanga. Ahora ya sé qué fue lo que escuché rasgarse en el hotel. ¡Su falda!

—Nere… —Señalo sus nalgas y en el momento en que pasa las manos por ellas creyendo que está manchada, me mira con los ojos abiertos.

—¡Mierda! —Se quita la chaqueta que lleva puesta y, roja como un tomate, se la anuda a la cintura con torpeza.

Cuando por fin logramos quitarnos a la anciana de encima y Nerea está más calmada, llega Julia y, tras contarle la buena nueva, no puede mostrarse más satisfecha.

—¡Síií! ¡Tenemos su nombre! —grita—. Vamos a encontrar a Cupido cueste lo que cueste.

Levanta la mano y, aunque no es algo que me haga especial ilusión, las tres la chocamos. Están tan entusiasmadas con la idea de localizarlo que no puedo hacer otra cosa.

Capítulo 8

Con el paso de los días comienzo a sentirme algo mejor y, aunque todavía no sé qué decisión tomar respecto al bebé, poco a poco voy aceptando la situación y me esfuerzo por llevar una vida normal. Aparte de volver a trabajar, paso horas junto a mis amigas buscando en internet información sobre el tal Paul Renard, pero los únicos nombres que encontramos idénticos al suyo son los de alguien que pintaba cuadros hace más de cien años y la mayoría de imágenes que aparecen en las galerías de los buscadores son de concesionarios de coches o de personas mayores que poco o nada tienen que ver con él.

—Esto es inútil. —Me echo hacia atrás y con una mano masajeo mi vientre. No sé si será mi percepción, pero en apenas dos meses de gestación ya noto la piel tirante.

—No quisiste darle tu número cuando te lo pidió, así que ahora nos toca apechugar —protesta Julia.

—Pues haberle dado el tuyo —replico de mala forma.

—Hostia… —nos interrumpe Nerea y la miramos a la vez—. Creo que… —Coloca su mano en la sien y, como si estuviese pensando en algo, cierra los ojos con fuerza.

—A ver si te vas a herniar —bromea Julia.

—Calla, ¡calla! Estoy teniendo un *flashback*. —Se pone de pie y la observamos mientras busca algo en su bolso. Saca el teléfono, lo desbloquea y fija la vista en la pantalla.

—¿Qué buscas? —pregunto con curiosidad.

—¡No me hables ahora! Acabo de recordar algo, pero no sé si lo he soñado o es verdad. Espera, que reviso mi agenda: «Alberto calvo», «Alberto el macizo», «Benito cochazo», «Boris gatillazo», «Carlos mediofloja»… «Diego vasectomía» —lee en alto—. «Darío taller», «Eugenio depilado», «Gustavo polvazo»…

—Nerea, ¿qué clase de agenda es esa? Espero que no pierdas nunca el teléfono porque no pienso ayudarte a buscarlo.

—¡Calla, joder! —continúa—: «Miguel no llamar más», «Nicolás micropene», «Negro», «Oliver huevos sensibles»… ¡Negro! —repite mirándonos con los ojos muy abiertos.

—¿Qué? —preguntamos al no saber qué nos quiere decir.

—¡Negro! —vuelve a exclamar como si fuese obvio, sin embargo, seguimos sin entender nada—. ¡Negro, coño! —Abre las manos con las palmas hacia arriba como si fuésemos tontas.

—¿Que tienes el coño negro? —Cada vez entendemos menos.

—¡No! ¡El negro!

—Pero ¿qué estás diciendo? —pregunto, cansada. O habla de una vez o acabará alterándome.

—Su amigo, el negro, el chico de color que estaba con Cupido en el *pub*.

—¿Eh?

—¡Tengo su teléfono! —grita y nos lo muestra.

—¿Cómo que tienes su teléfono? ¿Lo has tenido todo este tiempo?

—¡Sí! Me lo dio después de acostarme con él.

—¿Qué? ¿Te acostaste con él?

—Sí, en el sofá, mientras todos dormíais en el hotel.

—¡¿En el sofá?! —Julia no da crédito a lo que está oyendo.

—Deja de repetir lo que digo, pareces un loro…

—¿Me estás diciendo que te acostaste con él en el sofá en el que yo estaba durmiendo? ¡Porque solo había uno en esa habitación!

—No te pongas así, estabas tan borracha que ni siquiera te enteraste.

—¡Nerea! ¡Estábamos a centímetros una de la otra!

—Para centímetros los que ese hombretón tiene entre las piernas.

—¡Yo te mato! —Se pone de pie y tengo que sujetarla.

—¡Nerea! —la riño para que se controle—. ¿Por qué diablos no nos lo has dicho antes?

—Porque no lo recordaba. Estaba igual o peor que vosotras, pero ahora, hablando de teléfonos, me han venido las imágenes a la cabeza.

—Madre mía… —Me golpeo la frente con la mano—. ¿Cómo puedes recordarlo ahora después de la que montamos en el hotel?

—¿Acaso tú tienes mejor memoria de lo que ocurrió aquella noche? —Cruza los brazos sobre el pecho—. Porque te recuerdo —señala mi barriga— que ni siquiera os acordasteis de plastificar a su amiguito.

—Llámale. —Julia interrumpe nuestra disputa—. Habla con él y dile que Valeria ha cambiado de opinión y quiere el número de su amigo.

—¡No, eso no! —me quejo—. ¡Así no!

—¡Sí! —me contradicen y, haciendo caso omiso a mi petición, obedece a Julia.

—Dios mío. —Expulso el aire de mis pulmones. No puedo con ellas.

—¿Hola? —El chico parece que responde—. ¿Cómo se llamaba?

¿Os acordáis? —nos pregunta cubriendo el micrófono con la mano.

—No… —Negamos con la cabeza y vuelve a prestarle atención.

—Oh, vaya, me recuerdas… —Nos levanta las cejas a la vez que sonríe para hacernos saber que todo va bien—. Sí, yo estoy genial, ¿y tú? —Escucha—. ¿Cómo? —Nos mira de nuevo—. Ups, sí, claro, claro. Después hablamos. —Cierra los ojos a la vez que aprieta su puño libre —. Por supuesto, no hay problema. Hablamos en un rato.

—Ay, Dios, ¡qué emocionante! —Julia frota sus manos—. ¿Qué te ha dicho?

—¡Sí! —Salta con el teléfono pegado a su pecho—. Me va a llamar después porque ahora está en el trabajo, pero dice que le ha gustado mucho saber de mí.

—Eso es genial. —Julia me mira—. Estamos a esto —hace un gesto con su dedo índice y pulgar— de conseguir el número de Cupido.

Dos horas después el chico cumple su palabra y cuando la llama, nerviosas, nos sentamos junto a ella. Al ver que nuestra intención es escuchar, niega con la cabeza y, dejándonos solas, se marcha a su cuarto.

—¡Gracias! —exclama Julia con sarcasmo y mientras esperamos noto unas burbujillas moverse en mi barriga. Me incorporo, asustada y, aunque sé que todavía es pronto para sentirle, miro al vacío.

—¿Ocurre algo? —pregunta Julia.

—No, en realidad no, es solo que he notado algo moverse aquí. —Señalo mi útero—. Trae tu mano, ¡corre!

La coloca sobre mi barriga y una sonrisa se dibuja en mi cara. ¿Por qué me siento bien?

—No noto nada —dice, interrumpiendo mis pensamientos. Mueve su mano un poco hacia la derecha y mi barriga comienza a sonar como una tubería vaciándose—. Valeria, esto no es el bebé… Esto es un cuesco.

—Em… —Mis mejillas se tiñen de rojo—. Es posible, comí repollo.

—Dios mío. —Tuerce los ojos—. No me puedo creer que me hayas hecho tocar eso.

Cuando estoy a punto de disculparme Nerea regresa y la expresión de su rostro provoca que se me acelere el pulso.

—¿Te ha dado su número? —No espero a que se siente.

—¿Qué número?

—¿En serio? —Julia y yo la miramos incrédulas.

—¿Cómo se me iba a olvidar algo así? Claro que lo tengo. —Expulsamos el aire con alivio—, pero hay un pequeño problema… —Se pone seria a la vez que tuerce la boca en un gesto dramático—. Valentin lleva saliendo un par de semanas con una chica.

—¿Valentin? —hablamos a coro—. ¿Quién es Valentin?

—Cupido.

—¿Eh? —Pestañeo—. Ah…, lo dices por eso de San Valentín… —Por un momento creí que me había perdido.

—No. No. Se llama Valentin. Como suena, sin tilde.

—Espera, me estás haciendo un lío, ¿no habíamos quedado en que se llamaba Paul? —la interrumpe Julia.

—Paul es su padre, fue él quien reservó la habitación.

—¡Ah! —comienzo a atar cabos—. Entonces… A ver que me aclare, ¿Cupido se llama Valentin, como el día de los enamorados?

—Sí —ríe—. A mí también me ha pasado lo mismo cuando me lo ha dicho Marcus, que, por cierto, así es como se llama ese morenazo. Parece que nuestro Cupido nació el día de los enamorados y al tener una madre española, esta decidió seguir con la tradición y nombró a su hijo como el santo que se celebraba el día en que nació. Cuando coincidimos con ellos estaban celebrando su cumpleaños y a sus amigos les pareció gracioso disfrazarlo así.

—¡Qué original! —responde Julia—. Todo va unido.

—Y tan unido —bromea Nerea—. Verás cuando descubra que Valeria le tiene guardado un regalito desde el día de su cumpleaños.

—Ay, por Dios. —Me cubro la cara—. Todavía no sé cómo se lo voy a decir.

—Sobre todo díselo despacio —se adelanta Julia—. No se te vaya a ocurrir soltárselo en la primera frase, que nos conocemos. Recuerda que debes encontrar el momento idóneo para decírselo y para eso deberás dejar que te conozca un poco más.

—Está bien… —resoplo—. Dame el número. —No me puedo creer que vaya a hacer esto.

—¿Qué le has dicho a Marcus para que te lo dé? —pregunta Julia.

—Que Valeria tiene una sorpresa para él.

—¡¿Qué?! —grito.

—Relájate, ¿vale? Es broma —carcajea—. Al final vas a expulsar al niño como si fuese un tapón de corcho.

—Un tapón de corcho es el que habría que ponerte en la boca a ti, ¿cómo se te ocurre bromear siempre en momentos así? —sale Julia en

mi defensa.

—Para relajar la tensión. Tenéis que aprender a vivir la vida con un poco más de humor, que parecéis dos carcamales. Anota los números, anda. —Comienza a dictármelos uno por uno y cuando lo tengo agendado me quedo callada.

—¿No piensas escribirle? —pregunta Nerea.

—Estoy pensando qué decirle… —Lo dejo sobre la mesa y me froto las manos. Me siento demasiado nerviosa.

—Un simple «Hola, ¿qué tal? Soy Valeria, la chica que se pasó la noche gritándote *clávame tu flecha*», bastaría.

—Eres idiota. —Las dos carcajean.

—Mejor: «Hola, ¿qué tal? Soy…» —Julia hace una pausa para pensar—. Iba a decir «Valeria», pero con todo el alcohol que corría por sus venas me extrañaría que recordase tu nombre. Dile simplemente que eres la chica que conoció en el *pub* el día de San Valentín, porque si le pones algo sobre el hotel y lo lee su supuesta novia podrías buscarle un problema.

—Sí, eso haré. —Mis manos tiemblan mientras redacto el mensaje —. ¿Y si no sabe leer español? —digo antes de enviarlo.

—Que use el traductor.

—Está bien… —Con mil y una dudas, lo termino y vuelvo a dejarlo sobre la mesa. Si me escribe de vuelta no quiero tenerlo en las manos porque sé que con lo alterada que estoy el simple sonido de la notificación me asustará.

Apenas un par de segundos después me llega su respuesta.

—¡Es él! —gritan a la vez y lo abro tan rápido como puedo.

Valentin: *Hola, Valeria. Es genial volver a saber de ti. ¿Cómo estás?*

Capítulo 9

—¿Qué hago? ¿Qué hago? —pregunto saltando en el sitio como si me quisiese esconder en algún agujero para no tener que enfrentar nada de esto. No se me ocurre ninguna respuesta inteligente, debería haberlo pensado mejor antes de escribirle.

—¿Decirle que estás bien y mostrar que tienes un poco de interés por él? —se burla Julia. Desearía poder apretarle el cuello para que deje de disfrutar con mi frustración.

—¡Pero si Nerea acaba de decirnos que lleva dos semanas saliendo con una chica! —replico. No puedo meterme en una relación, ni siquiera cuando solo quiero decirle que va a ser padre. Esto es demasiado fuerte y no tiene pinta de que vaya a salir bien.

—Me refiero a que le preguntes por su salud. —Torna los ojos—. Que esté con una chica no implica que debas ocultarle que estás esperando un hijo suyo. Que se hubiese cuidado, que también fue su culpa.

—¿Y si no es suyo? —Ni siquiera sé por qué lo he dicho, pero no recordar nada me tiene en el limbo.

—¿Eh? —Nerea me mira espantada—. ¿Qué estás diciendo?

—Tú ni siquiera recordabas que te habías acostado con el chico negro, ¿vale? —me altero—. ¿Y si yo también mantuve relaciones con alguien más?

—Valeria… solo salimos del *pub* para ir a su habitación. Si te hubieses acostado con otro créeme que lo sabríamos —interviene Julia.

—Se supone que tú también deberías saber que… la pervertida esta —señalo a Nerea— casi te salta con el culo desnudo en la cara mientras roncabas.

La mira con odio y no tardo en arrepentirme de lo que acabo de decir.

—No pienso perdonarte esto, Nerea, que lo sepas —la amenaza—. Me las vas a pagar.

—Bueno, volvamos al mensaje —trato de mediar. Lo que menos necesitamos ahora mismo es una bronca—. ¿Le pregunto cómo está y ya?

—Dale pie a una respuesta, recuerda que la idea es comenzar una conversación.

Hago lo que me dice y, aunque me cuesta una barbaridad, escribo.

—«Bien, gracias» —voy leyendo en alto—. «¿Y tú? ¿Qué tiempo

hace por allí?».

Lo envío y cuando lo hago me miran incrédulas.

—¿¿Qué?? —No sé qué les pasa ahora.

—¿Qué tiempo hace por allí? —Julia resopla—. No me puedo creer que le hayas escrito eso.

—¿Y qué quieres que le ponga? Escriba lo que escriba toda esta mierda está fuera de lugar. Te recuerdo que hace ya tres meses de aquello y que le dejé claro que no quería saber nada de él. Se preguntará por qué le he contactado ahora, y con razón. ¡Oh, Dios! Esto va a salir muy mal. No debería haberle escrito —empiezo a hiperventilar.

—Haz lo que quieras, pero luego no te quejes.

El sonido de una notificación nos silencia y, sabiendo que es él, leo en alto.

—«Bien también. La verdad es que hoy está haciendo un buen día. Vi que estaba lloviendo por allí. ¿Hace frío?».

—Son tal para cual… —responden a la vez y las miro con odio.

—Me voy a mi cuarto, al menos allí no me tocaréis la moral. —Me pongo de pie y mientras me marcho protestan, pero me da igual, es imposible hacer esto con ellas delante, solo me hacen sentir más incómoda de lo que ya estoy.

Me aseguro de cerrar bien la puerta para que no me sigan y tras apartar a Ucho para que me deje un hueco en la cama, me acomodo junto a él. Respiro profundamente, intento relajarme y respondo.

Valeria: *La verdad es que está bastante nublado, aunque hace menos frío que ayer.*

Tras unos segundos en los que miro si ha leído el mensaje se me ocurre que no he escrito nada que le haga responderme y añado:

Valeria: *Me ha sorprendido mucho que recordases mi nombre. ¿Te lo dije en algún momento? No me acuerdo.*

Me siento fatal al reconocerlo, pero sé que si empiezo a mentir al final la cagaré y lo que tengo que decirle es demasiado importante. Ahora que he tomado la decisión debo hacerlo bien.

Valentin: *La verdad es que no, pero tus amigas te nombraron varias veces y se me quedó grabado.*

Valeria: *Oh, qué curioso.*

De nuevo empiezo a quedarme sin tema de conversación, y eso me preocupa. Sé que en cualquier momento se despedirá de mí y no puedo permitirlo. Pero ¿qué le digo? Su mensaje interrumpe mi

monólogo interno.

Valentin: *Yo también tengo una pregunta para ti… ¿Puedo?*

Valeria: *Claro, dime.*

Muerdo mis uñas y solo cuando noto dolor me detengo. Mientras espero, me apoyo en la pared y Ucho aprovecha para lamerme la cara.

—¡Ucho, no! —lo riño a la vez que me seco con una mueca de asco. Seguro que ha vuelto a lavarse en profundidad.

Me incorporo y justo en ese momento el teléfono comienza a sonar en mis manos. Al ver su nombre en la pantalla mis ojos se abren tanto que siento las pestañas clavárseme en los párpados.

—¿Ho… la? —Intento controlar mi voz, pero suena temblorosa igual. Lo último que esperaba es que me llamase.

—¿Qué te ha llevado a buscarme? —dice sin más y su voz me remueve algo por dentro. Desde aquel día la tengo muy presente—. Me ha resultado curioso. Sinceramente, no esperaba volver a saber de ti.

—Pues… la verdad es que estaba hablando con mis amigas sobre aquella noche. —Carraspeo—, y cuando me han recordado lo borde que fui he sentido la necesidad de disculparme... —Con los ojos apretados, digo lo primero que viene a mi mente.

—¿Después de dos meses y medio?

—Sí, bueno... dicen que más vale tarde… —río y mi risa suena tan forzada como ridícula. Me va a mandar a la mierda. ¡Lo veo venir!

—Vale. Bueno, si es así supongo que no me quedará más remedio que aceptar tus disculpas —ríe conmigo, aunque también parece poco convencido—. Espero que no te importe que te haya llamado, pero odio los mensajes. Me cuesta mucho escribir en español.

—Oh, no te preocupes. A… a mí también.

A mí también ¿qué? ¿Por qué he dicho eso? Mi cara se colorea y cuando voy a enmendar mi error se adelanta.

—¿A ti también te cuesta escribir en español? —No sé cómo interpretar el silencio que sigue a su pregunta, pero me tenso porque siento que acabo de decir algo que lo ha puesto en alerta. Estoy tan alterada que ni siquiera sé lo que digo.

—Em… No, no… Claro que no. Qué tontería. —Pienso con rapidez —. Es que… he estado trabajando y al pasar tantas horas delante de la pantalla me duelen los ojos. Eso quería decir… —Asiento como si pudiese verme, pero mi instinto me grita que me esconda donde nadie pueda encontrarme nunca.

—De… acuerdo.

No suena muy convencido y el silencio se hace de nuevo a través de la línea. Me devano los sesos para continuar la conversación antes de que corte la llamada. Si lo hace todo esto no habrá servido de nada.

—¿Tú a qué te dedicas? —Me golpeo la frente al terminar porque es una pregunta tan ridícula como me estoy sintiendo ahora mismo.

—A la venta…

—¡Ah! ¿Entonces eres comercial? —Consciente de que ni siquiera le he dejado terminar, inspiro profundamente. Necesito tranquilizarme o se va a creer que estaba mejor antes de que le escribiese. Estoy convencida de que ahora mismo no tiene muy buena opinión sobre mí.

—Sí, algo parecido —ríe, lo que hace que la tensión se rebaje un poco—, pero te aseguro que no es tan divertido como lo que haces tú. Yo no tendría paciencia para crear esas imágenes tan increíbles ni campañas tan llamativas como las tuyas.

—Y tú… —dudo por un momento intentando recordar qué más cosas le dije de mí— ¿cómo sabes eso?

—Te sigo en tus redes sociales.

—¿En serio?

—Me las diste tú. ¿No lo recuerdas?

—Oh… pues… la verdad es que no. —¿Cómo es posible que no recuerde nada? La imagen de Nerea restregando sus pechos por la barra del hotel vuelve una vez más a mi mente. «Tanto riesgo al que nos expusimos aquel día para nada». Si tan solo hubiese podido recordar esto…, pero iba demasiado perjudicada. Sin apenas darme cuenta, coloco la mano sobre mi vientre y eso me hace aún más consciente de lo que ocurrió aquella noche.

Hablamos durante varios minutos más y, aunque no son cosas relevantes, su suave acento francés consigue relajarme. Parece un chico formal y eso provoca que me sienta cada vez más cómoda, casi al punto de arrepentirme por no haberle dado mi número de teléfono el día que me lo pidió, pero es que me asusté tanto que lo único que quería era salir corriendo de allí. Nunca había pasado tanta vergüenza.

—La verdad es que ya echo de menos España —dice una de las veces y, creyendo tener una buena oportunidad, me siento en el borde de la cama.

—Anda… ¿Vienes mucho por aquí? —pregunto como si nada.

—Sí, suelo ir al menos una vez al mes, así que no debería tardar en regresar.

—Oh, eso es genial. —Eso quiere decir que ya vino al menos otras dos mientras yo asimilaba lo que me estaba pasando—. Si un día tienes tiempo libre y te apetece podríamos quedar.

—Em… sí. Me gustaría, aunque, la verdad… No sé si podré…

—Solo nos llevará un rato, no te preocupes. —«Mierda, no debería haberlo dicho así. Suena fatal».

Aprieto los dientes esperando su respuesta.

—Verás, Valeria… —vuelve a dudar y me preocupa que me diga que no—. Voy a ser sincero, ¿de acuerdo? —Traga saliva, como si le costase trabajo hablar.

—Claro, no te preocupes —le animo. Sea lo que sea, que lo diga ya.

—Llevo unos días saliendo con una chica y, bueno, ya no estoy tan libre como antes. No tendría problema en quedar contigo para tomar algo en algún lugar, pero no… ya sabes… en ningún caso…

—Oh, oh, oh. No —río para disimular, pero en el fondo me gusta su franqueza. Dice mucho de él—. No voy por ahí. No te preocupes, tranquilo. Es solo eso, vernos y… bueno, hablar, pero solo eso. La verdad es que no me apetece tener nada con nadie ahora mismo. Demasiado mal lo estoy pasando ya.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo? —Se oye preocupado y algo en mi pecho salta. ¿Esperanza de que lo entienda cuando le diga la verdad? No lo sé, ahora mismo no quiero analizarlo.

—No, no… es que… es solo que me arrepiento un poco de que todo fuese tan precipitado. Yo no soy así, ¿sabes? Es la primera vez que… bueno, ya sabes, es la primera vez que me acuesto con un chico sin haberlo conocido antes. Soy una persona muy tradicional.

—Ah, creí que te referías a que hice algo mal…

«Claro que hiciste algo mal, cabronazo», digo para mí a la vez que tenso la barriga.

—No, tranquilo, estuvo bien —respondo a ciegas. Me hubiese gustado al menos saber si este bebé fue creado por medio de un triunfo o de un fracaso, pero me temo que eso será algo que nunca sabré—. Es solo una cuestión de principios.

—Genial, entonces no debería haber ningún problema. Esta misma semana sabré la fecha exacta en que regreso a España. ¿Te parece si vuelvo a ponerme en contacto contigo para entonces?

—Sí, está bien. Perfecto.

Nos despedimos y nada más colgar me dejo caer sobre el colchón. ¡Qué difícil es esto! Con las piernas adormiladas por la postura, camino hasta la puerta para regresar al salón con Julia y Nerea y, al

abrirla, grito con todas mis fuerzas.

—¡Joder! —Nerea se mete un dedo en el oído y lo mueve con rapidez—. Me has dejado sorda.

—¡Estabais escuchando detrás de la puerta!

—¡Pues claro! ¿Cómo esperabas que nos enterásemos de todo si no? ¡Ese niño también es nuestro!

—¿Cómo que es vuestro? —¿En serio acaban de decir eso?—. ¿Desde cuándo? —protesto.

—Desde el mismo momento en que nos obligaste a escuchar su concepción. ¿A que sí? —busca apoyo en Julia.

—¡Por supuesto! —responde la que creía mi amiga.

—¿En qué momento calculas que lo engendró? —me preparo para lo que viene— ¿cuando lanzó un aullido tan agudo como un pinchazo en un globo o en el instante en que él relinchó? —carcajean.

—¡Dejadme en paz! —Me marcho fingiendo enfado, aunque, sin pretenderlo, acaban de resolver mis dudas. Ellas no lo saben, pero solo emito ese sonido cuando me lo están haciendo pasar bien. Después de todo, parece que disfruté.

Capítulo 10

Los días pasan y la tan ansiada llamada no llega. Miro el teléfono a cada pocas horas y maldigo en mi interior. El tiempo corre en mi contra y estoy muy cerca del límite en el que puedo abortar legalmente.

—Valeria, ¿tienes ya pensado lo que vas a hacer? —No paran de preguntarme, y aunque es extremadamente molesto porque me siento presionada, en el fondo las entiendo. Ellas tampoco pueden sacárselo de la cabeza y están muy preocupadas por mí.

—Ni siquiera han pasado veinticuatro horas desde la última vez que me preguntasteis lo mismo —resoplo—. Todavía me faltan nueve días…

—Ya, pero, aunque sea así, tú ya deberías tener una idea de lo que te gustaría hacer con él. Interrumpirlo, entregárselo al padre o darlo en adopción.

—Pues la verdad es que estoy bloqueada. Necesito saber qué quiere hacer él, porque si está dispuesto a quedárselo no tendría problema en llevar hasta el final la gestación, pero si no lo quiere… yo no me veo criando a un hijo. No estoy preparada.

—Si no quieres quedártelo siempre está la opción de la adopción.

—¡Ay! No sé. ¡Qué complicado es todo esto! —Salgo agobiada de la cocina. La presión está pudiendo conmigo y en cualquier momento me podría desbordar. Reviso de nuevo el teléfono y todo continúa igual—. ¿Por qué no me llamas de una vez? —grito como si pudiese escucharme. Si tengo que esperar hasta poder soltárselo sin ocasionarle un trauma ya no podré hacer nada. ¡No me queda tiempo!

Cuando el día llega a su fin decido ser yo quien se ponga en contacto con él y, aun sabiendo que no le gusta escribir en español, lo intento.

Valeria: *Hola, ¿cómo estás? Me preguntaba si ya tendrías fecha para venir a España.*

Espero jugueteando con mis manos, esta vez su respuesta tarda más en llegar. Me acomodo en el sofá y Julia se sienta a mi lado con un par de sándwiches en la mano. Conecta el televisor y me habla.

—¿Quieres? —Me ofrece el de jamón y niego con la cabeza—. Qué ganas de que llegue mañana —resopla—. No veo el momento de salir de esa maldita oficina. —Se acomoda mejor y sube los pies a la mesita auxiliar. Al principio odiaba que hiciese eso, pero con el tiempo me he ido acostumbrando.

—Ya falta poco —río y mueve la cabeza mientras mastica.

Mañana podrá tomarse sus tan ansiados días libres, necesita un respiro con urgencia. Su jefe es un poco patán y sus compañeros parecen hechos de la misma tela.

—Ya estoy aquí —avisa Nerea. Salió a pasear con Ucho y llevaban más de una hora fuera. Le quita la correa y viene con nosotras—. Está empezando a llover. —Se acomoda a nuestro lado y de pronto suena la notificación de un teléfono—. Es el mío —indica al ver que me muevo con rapidez y una pequeña punzada de decepción me pincha por dentro. Al utilizar la misma marca de móvil, ambas tenemos el mismo tono.

Con la idea de cambiar el mío, me echo hacia atrás mientras ella habla.

—¿Qué te pasa, Nere? —Julia nota algo extraño en mi amiga al mirarla y si yo no hubiese estado tan pendiente del teléfono también lo habría notado. Su rostro está demasiado alargado.

—Me acaban de llamar del trabajo. —Baja la mirada—. Mi empresa está al borde de la quiebra.

—¿Cómo que está al borde de la quiebra? —preguntamos Julia y yo a la vez. Es una marca de ropa con mucha fuerza.

—Nos han pedido que no vayamos en unos días. No hay material para continuar, así que tenemos que quedarnos en casa hasta nueva orden.

—Guau… —Parpadeo. Es increíble lo que pueden cambiar las cosas de la noche a la mañana. Hace tan solo unos meses estaban hasta arriba de trabajo.

—No te preocupes, Nere, con la experiencia que tienes si esto al final falla no tardarás en encontrar otra cosa —trata de calmarla Julia.

—Lo sé, pero los días que esté en casa no los cobraré… y contaba con ese dinero para irme a Francia.

—Uy, ¿y eso? —reímos, aunque en el fondo ya lo imaginábamos. Desde que contactó con Marcus, el amigo de Cupido, no ha dejado de hablar con él ni un solo día.

—Me ha invitado a su casa. —Sonríe, emocionada—. Quiere que nos veamos.

—¡Eso es genial! —Me alegro mucho por ella, aunque, sin saber muy bien por qué, siento envidia. Supongo que será porque Valentin ni siquiera se ha molestado en responderme.

—¿Sabes? —Me mira—. Esta mañana me contó que es vecino de Cupido. Desde pequeñitos viven uno frente al otro. Se criaron juntos.

—Eso quiere decir que —interviene Julia— si se pone tonto con lo del embarazo ya sabemos dónde vive y ¡podemos quemarle la casa! —reímos a la vez—. ¡Oye! —grita, emocionada—. Se me está ocurriendo algo… —Piensa por unos segundos y la miramos con atención—. ¿Y si nos vamos las tres a Francia?

—¡¿Qué?! —Mis ojos se abren como platos. Cada vez que Julia tiene una idea se convierte en un problema.

—Nerea quiere ir a ver a Marcus, ¿no? Y tú necesitas hablar con Cupido. Pues si Mahoma no va a la montaña…

—¡Síií! —El grito entusiasmado de Nerea me sobresalta.

—No, no, no… Dejaos de locuras. Todavía no he podido superar la que montasteis en el hotel —trato de poner el punto juicioso a la conversación.

—Mañana comienzan mis días libres y Nerea, aunque forzados, también los tendrá. —Me mira y cuando intento detener sus pensamientos, continúa—. Y tú no tendrás ningún problema, puedes trabajar en cualquier lugar. Solo necesitas el ordenador portátil.

—¡Síií! —vuelve a gritar Nerea y toma mis manos—. Di que sí, Valeria. Vámonos juntas a Francia. ¡Será un viaje increíble!

—Pero, pero…

—Déjate de peros. Apenas te queda tiempo para tomar una decisión. —Julia no me deja hablar—. ¡Es tu única oportunidad! Necesitas ver a Cupido ya.

—Dios mío… estáis fatal de la cabeza. —Siento ganas de llorar, pero a la vez mi pecho vibra.

—Viven uno frente al otro, con la excusa de ir a ver a Marcus podemos matar dos pájaros de un tiro —interviene Nerea y logra ponerme la piel de gallina. Estoy a punto de aceptar.

—¡Vámonossss! —gritan a la vez—. ¡Vámonos, Valeria! ¡Di que sí!

A la mañana siguiente mis ojeras llegan al suelo, no me puedo creer que vaya a formar parte de otra más de sus locuras. Un día de estos acabaré presa por su culpa. Salgo de la habitación y al encontrarme con ellas no parecen tener mejor cara que yo. Nos acostamos tarde planeando el viaje y, debido a la emoción, dudo que, al igual que yo, hayan podido conciliar el sueño. La cosa se vuelve más loca aun cuando recuerdo que son diez horas de viaje y tendremos que hacerlas en coche al no haber encontrado en los vuelos fiabilidad para regresar. Nerea está pendiente de que la vuelvan a llamar para retomar el trabajo y al no tener una fecha no podemos arriesgarnos. Por suerte,

las tres tenemos carnet de conducir y hemos acordado turnarnos para tener la oportunidad de descansar. Empezará quien haya dormido más.

—¡Ay, qué nervios! —Nerea saca su teléfono para avisar a Marcus de que ya está preparada. Con mucha sutileza, logró averiguar que Cupido estará en casa y acordamos que no le dijese nada para que nadie sepa que iremos con ella. Nunca se sabe… Que no me haya respondido todavía el mensaje me hace sospechar que no quiere verme y debo aprovecharme del factor sorpresa. Si no tengo otra oportunidad al menos se lo podré decir a la cara y ver su reacción.

Una vez en el coche Nerea es quien conduce mientras yo voy sentada a su lado y Julia duerme en los asientos traseros. Será ella quien la turne después.

—Baja la música, está demasiado alta —le digo, pero me ignora—. Nerea… —No quiero bajársela yo para que no se enfade—, vas a despertar a Julia.

—Julia no se entera, duerme como un tronco —ríe justo cuando el GPS nos anuncia que nos aproximamos a un tramo de retenciones—. Menuda mierda —resopla—. Esto nos va a robar una hora de camino.

—Sí… —Miro al frente y veo que sobre nosotras hay un cartel luminoso. En él puede leerse que los tres carriles de la autovía están obstruidos por un accidente. Intenta cambiarse del carril central al de la derecha, que es el único que parece moverse, pero los coches no la dejan.

—Pues nada, a esperar. —Cruza los brazos—. Solo espero que estén bien y no les haya ocurrido nada.

—Eso es lo principal —respondo revisando el teléfono una vez más. No pierdo la esperanza, pero ya han pasado demasiadas horas y dudo que me vaya a contestar.

—Voy a descansar la espalda. —Al ver que va para largo inclina el asiento hacia atrás y yo hago lo mismo. Al menos mientras esperamos estaremos más cómodas. Acabamos de empezar el viaje y vamos a pasar dentro del coche muchas horas.

—Nere, ve más despacio —le pido todavía con los ojos cerrados porque el coche se está moviendo demasiado y mi cabeza baila contra el asiento. Estaba tan a gusto que al final no he podido evitar dormirme—. Nere… por favor, no tan rápido.

El coche sigue moviéndose de una forma extraña y cuando los vaivenes se vuelven cada vez más violentos abro los ojos de golpe.

—¡Mierda! ¡Te has dormido, Nerea! —Mis ojos se encuentran con un grupo de personas que no deja de zarandear nuestro coche y mi

mente dormida no es capaz de procesarlo—. ¡Zombis! ¡Ah! ¡Zombis!

—¡Ah! —Nerea se despierta uniéndose a mi grito y nos abrazamos con fuerza—. ¡Vamos a morir! Os quiero, chicas. Nunca os lo digo, pero os quiero.

—¿Qué pasa? —Julia frota sus ojos y nos mira como si nos hubiésemos vuelto locas, mientras que, desorientada, observa todo a nuestro alrededor—. ¡Son policías, gilipollas!

—¡Joder! ¡Sí que lo son! —confirmo al ver sus uniformes—. ¿Qué está pasando?

Nerea baja la música y abre la ventanilla unos centímetros. Con temor, les pregunta:

—¿Hola? Agentes, ¿qué ocurre?

—Señoritas, ¿están ustedes bien? —Parecen cabreados.

—Sí… ¿por qué? —dice, asustada, y de pronto soy consciente de lo que está pasando.

—¡Se han despertado! —grita uno—. Anula la ambulancia.

Echo la vista atrás a la vez que Nerea y nos miramos con los ojos muy abiertos.

—No me jodas. —Julia es la primera que rompe el silencio—. Nerea, ¿de verdad te has dormido conduciendo?

—¿Cómo voy a hacer eso?

—Pues explícame qué es lo que está ocurriendo. —Señala la carretera vacía, excepto por los coches de los policías—. ¿Por qué estamos detenidas en el carril central de una autovía?

—Aquí antes había un atasco… ¡Te lo prometo! —Vuelve la atención a los policías—. Señores agentes, hubo un accidente y mientras esperaba a que despejaran la vía cerré los ojos un momento y...

—Empezamos bien el viaje —expreso, avergonzada, mientras Nerea se esfuerza en dialogar con ellos.

Capítulo 11

Tras explicarle a los policías lo que ha ocurrido, deciden hacerle una prueba de alcoholemia a Nerea y, aguantando las risas, nos dejan continuar nuestro camino. Entiendo que les parezca divertido, en cambio, a mí no me hace ni pizca de gracia. He pasado bastante vergüenza.

Tres horas más tarde, y con un cuarto del camino hecho, Nerea se aparta en una zona de descanso y Julia toma el relevo. Aprovechamos para ir al baño, compramos unas botellas de agua y nos volvemos a poner en marcha.

—Mierda —protesta Julia al escuchar que el GPS nos avisa de una nueva retención—. Espero que esta vez no nos retrase demasiado…

Miro hacia la pantalla y veo que el tiempo aproximado es de una hora.

—Madre mía, vamos a perder demasiado tiempo. Otra hora más de brazos cruzados.

—Mira. —Señala el mapa—. Hay una ruta alternativa. Márcala y vemos por dónde nos redirecciona. —Hago exactamente lo que dice y nos recomienda tomar una salida que tenemos a escasos metros—. ¡Genial! —dice a la vez que gira el volante y aplaudimos como locas. Al menos de esta manera no tendremos que esperar tanto.

Dos horas después, y mientras circulamos por una vía, que más que eso parece un camino, comenzamos a arrepentirnos, pero Julia, orgullosa, defiende su decisión y, convencida de que es la mejor ruta, asegura que llegaremos antes de lo previsto.

—Creo que he bebido demasiado —balbucea Nerea sin apartar la mirada de la ventanilla—. Me estoy haciendo pis.

—Pero si hace nada que lo has hecho.

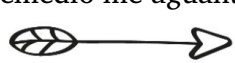
—Ya. —Giro la cabeza y al ver que a la botella de litro y medio le falta ya más de la mitad, blanqueo los ojos.

—¿Tanta sed tenías? —la riño.

—No, pero estoy tan aburrida que ya no sé ni lo que hago.

—Estás tonta —espeta Julia—. Ahora vas a tener que aguantarte porque no hay ningún área de servicio cerca.

—Pues si no queda más remedio me aguantaré.



Una hora después no paro de ver a Nerea moverse en los asientos traseros. Baila, se mece e incluso hace muecas de sufrimiento.

—¡Maldita sea! —Julia también parece darse cuenta y se desvía para buscar un lugar donde pueda orinar lejos de los demás conductores. Avanzamos por un camino lleno de piedras y cada vez que una golpea los bajos, se cabrea—. Siempre tú, joder. ¡Pareces una niña pequeña!

—¿Y qué quieres que haga? —se queja Nerea—. No pensé que me fuesen a dar ganas tan pronto.

—Déjalo —responde Julia—. Hazlo donde puedas y se acabó. —Se detiene en una especie de prado, donde a lo lejos puede verse un grupo de matorrales, y lo señala—. Ve hasta allí. Desde esa zona nadie podrá verte.

Asiente y nada más abrir la puerta la vemos correr.

—Guau… Sí que tenía ganas… —comento sin dejar de mirarla.

—En qué jodida hora se nos ocurrió esto. —Julia resopla apoyando la cabeza en el volante—. Teníamos que haberlo pensado bien.

—¿Se nos ocurrió? —protesto—. A mí me habéis obligado, así que no me metas en esto.

—En el fondo todo esto se hizo por ti.

—¿Me estás queriendo hacerme sentir culpable? —comienzo a cabrearme.

—No, pero…

Julia no puede terminar la frase porque un grito desgarrador la interrumpe y nos miramos asustadas.

—¡Nerea! —Salgo del coche lo más rápido que puedo y Julia hace lo mismo.

—¡¡Nerea!! —la llamamos a la vez y de pronto la vemos saltar los matorrales igual que un atleta olímpico.

—¿¿Qué coño?? —Julia abre mucho los ojos al ver que corre como si estuviese poseída.

—¿Qué ocurre? —pregunto mirando a todos lados cuando viene despavorida hacia nosotras. Ni siquiera se ha molestado en subirse las bragas porque las trae colgando de un tobillo.

De pronto una vaca negra y blanca salta el mismo matorral que ella, persiguiéndola, mientras Nerea grita hasta quedarse sin aire.

—¡Mierda! ¡Sube al coche! —Hago lo que Julia me pide y cierro de un portazo. Arranca el motor y, sin dudarlo, conduce hacia ella— ¡Corre, Nerea! —la anima y cuando salta una piedra sus bragas vuelan, con tan buena suerte que caen sobre los ojos de la vaca y esta, por un momento, se queda ciega.

Aprovechamos y, derrapando a su lado, logramos que se meta en el asiento trasero antes de ser alcanzada por el animal.

—Dios mío, Dios mío —jadea, sofocada—. ¡¡Dios mío!! —grita al ver que las bragas se le caen de la cara y la vaca recupera la vista—. ¡Corre, Juliaaa! ¡Corre!

Julia acelera tan fuerte que el animal acaba asustándose y avanza en dirección contraria.

—No puedo creérmelo. —Mis manos tiemblan mientras conduce de nuevo hasta el camino y durante unos segundos permanecemos en silencio.

—Dime que al menos has podido orinar. —Julia es la primera en hablar.

—Sí, mientras corría.

—¡¿Cómo que mientras corrías?! —pregunto, espantada.

—Una vez que empecé ya no pude detenerme. ¿Tenéis algo para secarme?

—¡¿Te acabas de sentar en mi coche con las piernas mojadas?! —Julia pone el grito en el cielo.

—Mojada iba a entrar igual, pero he preferido que fuese de orina y no de sangre.

—Santo Dios. —Aun a riesgo de que Nerea se enfade, no puedo contenerme e, imaginándola como un aspersor, comienzo a reír a carcajadas.

Cuando parece que se les va pasando el susto ríen conmigo y terminamos bromeando con lo sucedido. Nos detenemos un poco más adelante y tras bajarse del coche le entregamos el resto de botellas de agua para que se lave.

—No os podéis hacer una idea de lo horrible que ha sido. —Nerea se anima a contarnos todo desde el principio cuando regresa—. Aplasté las hierbas antes de inclinarme y apenas me agaché noté que algo me soplaba en la cámara de los secretos…

Las horas pasan y, tras perdernos varias veces más, llega mi turno, pero debido a mi estado me siento tan cansada que no me veo con fuerzas de continuar. Llevamos ya las diez horas de viaje que habíamos calculado al principio y todavía nos faltan cientos de kilómetros para llegar. En vista de que pronto anochecerá, Julia y Nerea se apiadan de mí y decidimos buscar un lugar donde pasar la noche y descansar, cosa que les agradezco como no imaginan porque

no aguanto ni un segundo más en esta postura.

Media hora después nos detenemos en un hostal y al entrar nos miramos preocupadas. Es bastante estrafalario y huele a cloaca. La cosa se pone peor cuando el dueño nos habla en francés.

—Disculpe, señor, pero no entendemos nada —se dirige Julia a él tratando de que la entienda por gestos.

—Oh, tranquilas. —Respiramos aliviadas al escuchar que también habla español—. Al estar tan cerca de la frontera atendemos en ambos idiomas.

—Genial. Necesitamos una habitación para las tres.

—¿Juntas o separadas?

—Juntas, por favor —le pide Nerea—. Ni loca duermo aquí sola —susurra para que solo yo la oiga.

El hombre nos entrega una llave y cuando subimos a la habitación la situación no cambia. Hay tres camas juntas y sobre una de ellas, una enorme telaraña.

—¿A quién le apetece dormir con Peter Parker? —bromea Nerea.

—Ufff, lo prefiero antes que dormir en esta. —Señala algo en la cama y nos acercamos para mirar—. Si me tumbo en estas sábanas yo también acabaré embarazada.

—¿Eso es un pelo del culo? —Nerea señala una hebra rizada.

—Del culo o de su hermano, pero no pienso acercarme más para averiguarlo.

Nos apartamos y cuando revisamos la última parece que es la que está en mejores condiciones.

—Si la unimos a la de la araña podemos dormir las tres —expongo y, dándolo por bueno, dejamos todo listo antes de bajar a cenar.

Cuando terminamos buscamos por el pequeño pueblo un lugar donde nos preparen algo caliente y encontramos un bar-restaurante en el que hay bastante gente.

—Aquí se debe comer bien —indica Julia mientras empuja la puerta y al entrar el olor a tabaco nos echa para atrás.

En teoría está prohibido fumar en lugares públicos, pero a la gente aquí parece darle igual. Aun así, decidimos entrar y tras pedirle al camarero unas verduras salteadas y unos huevos, cenamos mucho mejor de lo que esperábamos.

—Yo lo siento mucho, pero necesito una copa —comenta Julia.

—¿Qué? No. Mañana tenemos que salir temprano —me quejo.

—Solo será una. No podré dormir en esa habitación si no es así.

—Yo también quiero —se une Nerea.

—Creo que no es el momento…

Cuando todavía estoy tratando de convencerlas el camarero les toma nota y solo puedo bufar y maldecir la hora en la que acepté venir con ellas. Espero que se controlen o mañana tampoco podremos viajar.

Tras la primera copa piden una segunda y al ver mi cara deciden que será la última. Recogemos nuestras cosas para volver al hostal y cuando estamos ya en la calle Nerea se gira para entrar al baño.

—Esta mujer parece tener el botón flojo. En serio, me crispa los nervios. ¿Por qué no ha ido antes? —Julia, enfadada, se apoya en la pared del bar mientras espera y yo lo hago sentada en los escalones de un portal.

La puerta se abre y cuando creemos que es Nerea descubrimos que se trata de un borracho de unos cincuenta años que, a trompicones, intenta salir del bar. Mira a Julia, hace un gesto como si fuese su día de suerte y se acerca a ella. Mi amiga me mira, pero no digo nada para evitar que me vea, y me limito a observar. El hombre pasea a su alrededor y al final opta por colocarse frente a ella.

—Hola, guapa —sonríe seductor y cuando Julia levanta una ceja me santiguo mentalmente—. ¿Qué haces aquí tan solita?

—Vine a tirarme un pedo.

El hombre, sin esperar esa respuesta, abre la boca tanto como los ojos y, girándose sobre sí mismo, trata de regresar por donde vino, pero en el momento en que abre la puerta se encuentra con Nerea.

—Hola, guapa. —Poco escarmentado, lo intenta también con ella—. ¿Sabes que estás muy buena? —Nerea lo mira con asco—. Si me dejas, te meto esta —se agarra el paquete y lo mueve obscenamente— por donde no te la ha metido nadie hasta ahora.

—Pues como no me la metas en el bolso, hijo…, ya vas tarde —le responde y Julia y yo reímos a carcajadas. El hombre, con cara de haber obtenido un resultado opuesto al previsto, nos mira descompuesto.

—Eh, amigo, ten cuidado —añade Julia—, he visto a esa tía mear de pie hace rato.

Con una mueca desencajada vuelve al bar buscando refugio y las tres reímos hasta las lágrimas. Ese pobre hombre no sabía con quién se la jugaba.

Volvemos al hostal y, tras marcar la ruta que haremos mañana, nos metemos en la cama. Si nada más lo impide llegaremos a nuestro

destino alrededor del mediodía. Solo espero que Cupido no huya cuando me vea.

Capítulo 12

A la mañana siguiente reviso el teléfono antes de salir y la idea que en un principio no me pareció buena, pero de la que después me convencieron, vuelve a parecerme una mierda. ¿Qué hago yo en Francia intentando localizar a un tipo que pasa de mí? Está en línea y ni siquiera se ha dignado a responder mi mensaje. Definitivamente, esto no va a funcionar, debí haber tomado la decisión sola, total, casi que me sé la respuesta y esto solo va a retrasar mis planes.

—¿Cómo te encuentras hoy? —me pregunta Julia—. Si no tienes ganas de conducir puedo hacerlo yo. Obviando el momento en que Nerea nos pataleó porque estaba soñando con la vaca, he dormido bastante bien.

—No, tranquila, hoy estoy mejor. Haré las primeras horas y después me turnáis. —Asiente y regresa a la cama, donde estaba terminando de recoger sus cosas.

Una vez en el coche abrochamos nuestros cinturones y nos ponemos en marcha. Dos horas después, y con unas intensas ganas de estirar las piernas, nos desviamos para repostar. Compramos en una pequeña tienda que hay en la gasolinera algunas cosas para picar y cuando retomamos el viaje Julia decide encargarse. Sabe que estoy cansada y empiezo a encontrarme algo mareada. Las náuseas matutinas aparecen y se van cuando les da la gana.

Tomamos una estrecha carretera nacional para volver a la autovía y mientras conducimos detrás de un camión cargado de cerdos, Nerea protesta.

—¡Maldita sea! ¿Es que solo hay animales por estos lugares? —Con rapidez, las tres nos cubrimos la nariz con la parte alta de las camisetas. El olor es insoportable.

—Espero que cuando crucemos la frontera esto se calme —responde Julia—. ¡No hay quien lo aguante!

El camión salta en un bache y el olor putrefacto se vuelve tan denso que casi puedo masticarlo.

—Oh, Dios mío —digo, como si así pudiese calmarme, pero las náuseas no tardan en llegar.

—No, Valeria, ni se te ocurra —me advierte Julia al escuchar mis arcadas—. ¡Saca la cabeza por la ventana! ¡Sácala!

Intento hacer lo que me pide, pero en cuanto abro una rendija la peste penetra en el coche como si los cerdos estuviesen dentro y no puedo aguantarlo más.

—¡Nooo! —gritan las dos al ver que me convierto en una fuente y antes de que me dé tiempo a agacharme opaco la luna delantera—. Noooo. —Julia frena, pero, sin remedio, nos salimos de la carretera—. ¿Estáis bien? —pregunta cuando el coche se detiene.

—Sí, sí. —Nerea es la única que puede responder porque yo parezco la niña del exorcista—. ¿Y tú? —le pregunta a ella.

—Sí, estoy bien. Solo ha sido el susto.

De pronto la puerta de mi lado se abre y cuando giro los ojos, que más que ojos deben parecer dos gelatinas de fresa, un hombre joven, de unos treinta años y vestido con un peto vaquero, arruga la frente en una mueca de asco.

—¿Estáis bien? —pregunta con el entrecejo tan fruncido como si acabase de morder un limón.

—No —responde Julia en tono doloroso, y eso me extraña. Acababa de decir que estaba bien. Como puedo, me giro, y al mirarla aprecio que se está tocando el cuello.

—Mierda. ¿Te has hecho daño? —Sin responderme, sale del coche. Con un gran cargo de conciencia, la sigo y me sorprende que apenas me haya manchado la ropa, en cambio, el coche lo he puesto perdido —. ¿Julia?

—Cállate, coño —susurra entre dientes y parpadeo, confusa.

—¿Dónde le duele? —El chico se acerca a ella y cuando retira su pelo nos sonríe con malicia.

—No puedo creérmelo… —le susurro a Nerea y esta ríe con disimulo.

—¡Será cabrona! —sisea y, sabiendo lo que pretende, nos apartamos—. La verdad es que yo también haría lo mismo. El chico está buenísimo —confiesa y torno los ojos a la vez que resoplo.

Esperamos durante varios minutos mientras hablan, el chico parece tan encantado como ella y ambos intercambian los números de teléfono.

—¡Qué emoción! —Nerea junta sus manos—. Esto huele a viaje nuevo.

—Pues conmigo no contéis —sentencio.

—Qué aburrida eres siempre, hija.

—No soy aburrida, solo uso la sensatez, esa que vosotras no conocéis.

Tras asegurarnos de que el coche está bien, se despiden mirándose como si acabasen de ser flechados por Cupido y se alejan. Al pensar en ese dios traicionero una especie de culebrilla se mueve en mi barriga y

pongo las manos sobre ella. «Ya falta poco», le digo, y me sorprendo a mí misma con lo que acabo de hacer. ¿Acabo de hablarle a mi bebé? Espera… ¿mi bebé?

Alzo la mirada para buscarlas y me encuentro con que ambas, una a cada lado del coche, observan el interior con aversión.

—Te toca limpiar. —Julia me lanza un paquete de toallitas húmedas—. No pienso meterme ahí hasta que no lo dejes tan reluciente como la patena.

Tras la exhaustiva limpieza, tomamos de nuevo la carretera y las siguientes horas transcurren sin problemas, excepto cuando pasamos la frontera porque comienzo a ponerme nerviosa. Cada vez estamos más cerca y eso me altera, sobre todo porque mi cabeza empieza a imaginar escenarios lamentables. ¿Y si le molesta mi visita sorpresa? ¿Y si se niega a verme? ¿Y si su novia…?

—¡Mira! —Nerea señala algo por la ventana, emocionada—. ¡Ya estamos en Marsella!

—Guau —exclamo al encontrarme de frente con la belleza que emana de la ciudad. Es digna de una postal.

—Si el GPS no nos engaña estamos a treinta minutos de sus casas. —Julia rompe el encanto—. Me duele hasta el alma. —Se remueve en el asiento. Al final ha conducido ella toda la mañana; siento que no se fía de nosotras, y en el fondo la entiendo.

—¡Santo Dios, mirad eso! —Nerea señala ahora unos impresionantes yates amarrados en el puerto—. ¡Quiero subirme a uno!

—Sigue soñando —se burla Julia cuando el teléfono de Nerea comienza a sonar.

—Silencio, chicas, es él. —Marcus continúa sin saber que iremos y preferimos que siga siendo así. Es la única forma de evitar riesgos—. Hola, sí. Ya estoy muy cerca. —Sonríe—. No veo el momento de estar contigo. —Nos mira de reojo—. En nada estoy ahí. Hasta ahora.

Cuelga al tiempo que acerca el teléfono a su pecho y deja escapar un largo suspiro.

—Chicas, creo que estoy enamorada.

—No lo habíamos notado —indica Julia con sarcasmo y reímos las tres.

En el tiempo marcado llegamos hasta un gran residencial y nuestros ojos se abren como platos al ver las enormes casas que nos rodean.

—¿Estás segura de que es aquí? —Nerea no acaba de creerlo.

—Eso dice el mapa —responde mientras se baja las gafas de sol para observarlo todo mejor.

—¿Quién coño puede permitirse una casa aquí? —Miro al frente y mi boca se abre al divisar una increíble basílica—. Madre mía, ¡es preciosa!

—¡Vaya, qué sorpresa! ¡Venís todas! —La voz de un hombre suena a nuestra espalda y Nerea corre hacia él.

—¡Marcus! —Salta sobre su cintura y, como si se conociesen de toda la vida, se funden en un fuerte abrazo.

—¿Cómo estáis? —Se acerca para saludarnos y me sorprende ver que habla español a la perfección. Ni siquiera recordaba su voz—. ¿Valentin sabe que venís? —Aunque lanza la pregunta al grupo, solo me mira a mí.

—La verdad es que no… Hemos venido para acompañar a Nerea y, bueno, queremos conocer un poco esta zona. —respondo.

—Guau, se llevará una gran sorpresa. —Se rasca la cabeza y lo interpreto como un gesto incómodo.

—¿Dónde está? —pregunta Nerea—. Ya que estamos aquí nos gustaría saludarlo.

—Le vi hace un momento. Regresaba de hacer algunas compras con Nicolle, así que debe de estar en su casa.

—¿Quién es Nicolle? —se adelanta Julia.

—Su pareja. —Arruga la frente—. Creo que… Espera, ¿no son esos? Creo que son esos dos que vienen por ahí. —Los señala y al ver que es cierto mi cuerpo se tensa tanto que me duele hasta la espalda.

A medida que se acercan, Valentin se ve mucho más impresionante de lo que lo recuerdo. Cuando nos conocimos iba disfrazado con un ridículo pañal y me resulta extraño verlo tan cubierto de ropa. Lleva puestos unos vaqueros azules y una camiseta negra que se ajusta tan bien a su cuerpo que parece una segunda piel. Mi corazón comienza a latir con fuerza y llevo las manos a mi barriga, como si así pudiera proteger al bebé de las fuertes emociones que estoy sintiendo. «Es él», le hablo mentalmente y experimento un entusiasmo que no había sentido hasta ahora.

—¿Ho… la? —Como si no pudiese creer lo que está viendo, levanta mucho las cejas—. ¿Qué…? ¿Qué hacéis vosotras aquí? —Parpadea sin parar y su novia nos mira de un modo que no me gusta—. ¿Cuándo habéis llegado?

—¿Quiénes son? —le pregunta en un perfecto castellano.

—Hola, yo soy Nerea —se presenta mi amiga—. ¡Qué bien que tú también hables nuestro idioma!

—Será porque yo también soy española —responde, borde—. ¿A qué habéis venido?

—Em… son unas amigas mías. —Marcus sale a nuestro encuentro y algo me dice que no le cae demasiado bien esa chica—. Las he invitado a venir.

—Pues entonces no queremos interrumpir. ¿Nos vamos? —Agarra del brazo a Valentin, pero este no se mueve.

—¿Puedes esperar? —En su rostro se aprecia que las formas en las que nos está tratando no parecen gustarle demasiado.

—No, no puedo esperar.

—Pues ve entrando tú y ahora voy yo.

Visiblemente cabreada, echa el pelo hacia atrás y se marcha sin ni siquiera despedirse. Una risa burlona me traiciona y cuando todos me miran disimulo como puedo. Ya verás cuando descubra lo que vengo a contarle a su novio…

Capítulo 13

—Disculpadla, está un poco estresada —comenta Valentin—. Es un poco…

—¿Celosa e insoportable? —Marcus termina la frase y este le mira molesto—. Es la verdad. —Se encoge de hombros—. A la vista está que no miento.

—No pasa nada, no os preocupéis —intervengo con rapidez. No me gusta el ambiente que se está creando—. Es culpa nuestra. Deberíamos haber avisado antes, pero lo planeamos todo en el último momento y… bueno… —Miro a mis amigas buscando apoyo y tras hacerles un pequeño gesto, continúan como si nada cuando son ellas quienes deberían estar diciéndolo, pero las muy cabronas ni siquiera se inmutan.

—Y… ¿cómo estáis? —Valentin al notarlo cambia de tema.

—Agotadas del viaje, pero bien —responde Julia—. Por cierto, ¿sabéis dónde hay un hotel por aquí en el que nos podamos alojar? Hemos venido sin reserva.

—Yo no tengo ese problema. —Nerea mira a Marcus y este sonríe ampliamente, acercándola a su cuerpo.

—En realidad, tampoco ellas —comenta a la vez que nos mira—. Tengo habitaciones de sobra para las tres. Bueno, para las dos. —Vuelve la atención a Nerea y le hace un gesto pícaro con las cejas.

—Oh, no, tranquilo. No es necesario. No queremos molestar… —indico, apurada.

—Serás tú. —Julia finge que bromea, pero en el fondo sé que está hablando en serio—. Aceptamos encantadas.

—Em… No… mejor nosotras buscamos algo… —trato de cortarla. No podemos quedarnos en su casa, ni siquiera hemos avisado y no quiero que el chico se sienta en la obligación de invitarnos.

—Valeria, querida, ¿has visto este lugar? —Julia señala hacia las lujosas casas—. Ni siquiera con el sueldo de las tres lograríamos pagar una semana en un hotel.

—Pues nos desplazamos un poco y ya está… —Me rasco la cabeza, avergonzada.

—Tengo el culo como si me hubiesen dado un sartenazo en él, no pienso sentarme en el coche otra vez.

—Valeria, en serio, no hay problema —interviene Marcus—. Además, vivo solo. No soy como Valentin, que todavía vive con sus padres.

—Muy gracioso… —Valentin achina los ojos en su dirección.

Marcus insiste tanto que es imposible decirle que no y mis queridas amigas, sin ni siquiera tener en cuenta mis protestas, deciden por mí. Mientras sacamos las maletas del coche nos despedimos de Valentin, que no deja de mirar de reojo hacia su casa con las manos en los bolsillos, y seguimos a Marcus hasta la suya. Si ya de por sí desde fuera parecía una mansión, por dentro puedo confirmar que lo es. Más de diez habitaciones, siete cuartos de baño, dos salones, sala de juegos y una cocina inmensa forman la humilde morada más espectacular en la que he estado hasta ahora.

—¿Preferís dormir juntas o separadas? —nos pregunta Marcus a mi amiga y a mí.

—Juntas, si no te importa —responde Julia—. Necesito que alguien me acompañe cuando salga de la habitación para no perderme —ríe —. ¡Guau! —silba a la vez que nos detenemos frente a una preciosa habitación.

—Toda vuestra —dice Marcus, invitándonos a pasar—. Y ahora —besa el cuello de Nerea— voy a enseñarte a ti la tuya. —La toma de la cintura y desaparecen los dos.

—Por suerte, esta casa es enorme —comenta Julia—. No me gustaría estar cerca de su cuarto esta noche —reímos—. Estoy alucinando. —Se acerca a una de las camas gigantescas—. Deben de estar forrados.

—Me alegro por ellos —comento mientras abro la maleta.

—¿Te das cuenta de que si llegáis a un acuerdo a nuestro Cupidito no le va a faltar de nada?

—Me temo que precisamente por eso no vamos a llegar.

—¿Eh? ¿Por qué? —Me mira intrigada.

—Piénsalo. Él parece millonario y yo no tengo ni donde caerme muerta. Lo primero que pensará es que he venido hasta aquí en busca de su dinero. Ni siquiera me escuchará.

—Pues… es verdad… —La emoción desaparece poco a poco de su cara.

—Ya os dije que no era una buena idea.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. —Lanza la maleta sobre la cama—. De momento disfrutemos de la experiencia y ya veremos qué ocurre.

Mientras telefoneo a Maika, nuestra vecina, para ver qué tal se está portando Ucho, Julia entra en la ducha y puedo escucharla alucinar con cada cosa que descubre.

—Qué pena que no sea yo quien se haya preñado de Cupido —bromea cuando sale—, podría acostumbrarme a esto.

—Ojalá te lo pudiese implantar. —Por alguna razón, decir eso me hace sentirme mal. Cada día me cuesta más bromear con la situación.

—¡Coño! —exclama mientras mira el móvil—. Me ha escrito Pedro.

—¿Quién es Pedro?

—El granjero de esta mañana.

—Oh, Dios mío. —Doy una arcada al recordar la escena de los cerdos. Siento que todavía tengo ese olor metido dentro.

Una hora después nos reunimos en el salón y Marcus nos anuncia que ha hablado con Valentin y que vendrá con su pareja a comer con nosotros. Mientras esperamos hablamos un poco sobre nuestras cosas y cuando me pregunta si recuerdo algo de aquella noche no sé qué responder.

—Ya están aquí. —Marcus al escuchar el timbre se pone de pie y cuando regresa con ellos noto que algo no va bien. Deben de haber discutido porque ella no le mira y él hace lo mismo.

Solo unos segundos después el timbre vuelve a sonar y Marcus se disculpa.

—La comida ya está aquí. —Sonriente, trae una enorme caja en las manos que huele de maravilla.

Nos acomodamos alrededor de una preciosa mesa perfectamente decorada y cuando veo que Nerea tiene intención de sentarse al lado de Nicolle, trato de detenerla.

—Nere, déjame a mí ahí —susurro para que solo ella me escuche.

—Y una mierda —ríe y mi corazón se acelera.

—No hagas ninguna estupidez —balbuceo en su dirección.

—Que no la haga ella —sonríe y, casi empujando a Julia, logro sentarme justo enfrente. Alguien va a tener que controlarla o nos incomodará a todos.

Marcus reparte los gambones en salsa y cuando le ofrece un plato a Nicolle, esta levanta la mano para negarlo.

—No como animales —alega y Marcus entrega su plato a Nerea.

—Pues yo sí. —Mi amiga los acoge con gusto.

—¿Me has pedido el caldo de verduras con fideos finos que te dijo Valentin?

—Sí, aquí está. —Saca una especie de tazón con tapa y se lo acerca —. Ten cuidado, está muy caliente.

—Uhh… No tanto como yo —bromea Nerea y Nicolle arruga la frente en un claro gesto de asco.

Mi amiga coloca la servilleta sobre sus rodillas y la estirada novia de Cupido continúa observándola como si quisiera incomodarla. Nerea, al darse cuenta, en vez de coger los cubiertos toma uno de los gambones con las manos y antes de arrancarle la cabeza, la mira.

—¿De verdad no quieres probarlos?

—No, gracias —responde con sequedad y acto seguido mi amiga introduce la cabeza en su boca y comienza a succionarla haciendo ruido.

—*Oh, mon Dieu*, ¡qué desagradable! —Baja la mirada hacia su caldo, toma la cuchara entre los dedos y, elevando el meñique como si le estuviese dando un calambre, prueba la sopa—. Está fría —murmura al notar que tiene nuestra atención.

Nerea levanta las cejas y, tras darle otro chupetón a la cabeza, alega:

—Esta también, pero debe ser porque está muerta.

Julia, sin poder evitarlo, lanza una carcajada al aire y cuando Valentin hace lo mismo, me relajo. Al menos de momento no se lo está tomando mal, solo espero que Nerea deje de hacer el imbécil y se sepa comportar.

Como si supiese en lo que estoy pensando, mira de reojo a la novia de Cupido y después a mí. Niego sutilmente con la cabeza y parece que lo entiende. Cuando terminamos con los gambones Marcus nos sirve el asado y Nicolle, de nuevo, tiene algo que decir.

—No sé cómo podéis comeros eso, es asqueroso. Tienen pelo, pezuñas y nunca se lavan. Aggg. —Finge un repelús.

—Nicolle. —Valentin le llama la atención—, ya nos ha quedado claro que tú solo te comes la comida de nuestra comida. Ahora, si no te importa, déjanos degustar nuestros platos en paz.

—A mí no me hables así, y menos en público. —Se hace la ofendida —. Si he aceptado esta invitación ha sido únicamente por ti.

—Esto no tiene pinta de que vaya a acabar bien. —Julia se acerca para hablarme con disimulo al oído—. Como mucho les doy una semana más.

—Ya te dije que no era necesario que vinieses —se defiende Valentin.

—¿Alguien quiere vino? —Marcus descorcha una botella para interrumpirlos.

—Yo sí. —Nerea acerca su vaso y, aunque parece que funciona, la

tensión se puede cortar con un cuchillo.

—Disculpa… ¿Nerea? —Nicolle le habla mientras bebe—. ¿Puedes hacer menos ruido? Es de mala educación sorber.

Miro a Cupido y este tiene los labios apretados en una línea recta. Definitivamente, esa arpía sabe lo que está haciendo. No quería que viniese y le está castigando.

Mi amiga, cansada de sus críticas, deja la copa sobre la mesa y pincha con fuerza el asado. Asustada, le doy un pequeño golpe con el pie bajo la mesa y, cabreada, me lo devuelve. De ningún modo esto va a acabar bien.

—Uy, mira. —Contengo la respiración al escuchar que Nerea habla —. ¡Qué suerte! —Agarra el enorme hueso del codillo con la mano y lo levanta—. ¡Me ha tocado un trozo de tuétano! —Mira a Nicolle, coloca un extremo del hueso en la boca y, al igual que hizo con los gambones, succiona—. Uhhh, está buenísimo. —Mastica con la boca abierta y siento arcadas—. Es tan gelatinoso… mira.

Se lo muestra y en el momento en que lo vuelve a succionar un ruido llama nuestra atención y el hueso queda hueco ante nosotros.

—Mierda… —Me pongo de pie al ver que Nerea abre los ojos como platos. Se ha atragantado por idiota.

Intenta toser, pero el tuétano está tan atorado en su garganta que no es capaz. Marcus, al ver lo que está ocurriendo, golpea con fuerza su espalda y, tras unos segundos interminables, comienza a respirar.

—¡Ay, Dios mío! —Se apoya en la mesa—. Dios mío, ¡casi me muero en Francia! —jadea—. Mierda… —Me mira asustada—. ¡Se me ha quedado un trozo en la nariz!

—Ay, no… —Me cubro la cara con las manos. Esto no puede estar pasando.

—¿Veis algo? —Con el índice, levanta la punta de su nariz y nos la muestra.

—Por Dios, Nerea, ¡ve al baño a sonarte! —le pide Julia, tan avergonzada como yo, y cuando se está poniendo de pie estornuda con tanta fuerza que el trozo de tuétano sale disparado, bota en la mesa y cae dentro del caldo de Nicolle.

—¡No aguanto más! —Nicolle, colérica, golpea la mesa a la vez que la cuchara y, como si el destino se estuviese riendo de nosotros, los fideos saltan por los aires y uno cae dentro de mi ojo.

—¡Joder! —Me pongo de pie y, casi a ciegas, voy hasta uno de los baños para sacármelo. No sé qué tendrá ese caldo, pero cada vez me escuece más.

—¿Estás bien? —Valentin habla detrás de mí, asustándome.

—Sí, sí, tranquilo —digo, apurada. No esperaba que me siguiese—. Lamento mucho todo esto —me disculpo mientras busco el fideo frente al espejo.

—No es tu culpa. —Me gira con cuidado hasta ponerse delante—. Déjame ver a mí —contesta al ver que no puedo y abre mi ojo con cuidado—. Nicolle es… es buena chica, pero tiene un carácter difícil.

—La culpa es nuestra, no deberíamos haber venido así. Debí intuir que si no respondiste mi mensaje es porque no querías problemas con ella.

—¿Qué mensaje? —Toma un trozo de papel y, tras arrastrar el maldito fideo con él, noto un gran alivio.

—El que te envié hace un par de días.

—¿Hace un par de días? Debes de estar equivocada, a mí no me ha llegado nada.

—Sí, mira. —Saco el teléfono del bolsillo y se lo muestro.

—Qué raro. —Saca el suyo y lo comprueba—. ¿Ves? —Dirige la pantalla hacia mí para demostrar que es cierto lo que dice, no hay ni rastro del mensaje.

—Qué extraño. —Le miro confusa—. Según indica esto, incluso lo has leído.

—*Merde*. Nicolle… —Aprieta los puños tanto como los ojos—. Solo puede haber sido ella. Me va a escuchar.

Se marcha, dejándome sola, y, aunque lo siento por él, no puedo evitar exhalar con alivio al entender que de haberlo visto me hubiese respondido.

Capítulo 14

Cuando regreso al salón Valentin y Nicolle están discutiendo y mis amigas observan la escena desde la mesa con atención.

—Tú... —Nicolle me señala al verme—. Todo esto es por tu culpa.

—¿Perdona? —Levanto una ceja.

—No es por su culpa, sino por la tuya —le grita Valentin—. No tenías derecho a borrar mis mensajes.

—¿Y qué querías que hiciera? Esa buscona quería verte. —Me señala y siento unas terribles ganas de golpearla.

—¡No vuelvas a llamarla así! —me defiende.

—Pienso llamarla como me dé la gana. ¿Quién coño se cree para pedirle al novio de otra que vaya a verla?

—¿Cómo? ¡Yo nunca le pedí eso! Solo quise saber cuándo venía porque necesitaba hablar con él. —Mis amigas me miran y tengo que contenerme. Les gritaría ahora mismo la razón, pero eso solo provocaría un problema mayor—. Nunca le pediría algo así a un hombre cuando desde el principio me dejó claro que tenía novia. ¿O ahora vas a negar que leíste la conversación completa? —Abre la boca para decir algo y al momento la cierra—. Este hombre al que crees de tu posesión —le señalo— se portó como un auténtico caballero. No creo que te haya dado ni una sola razón para que desconfíes de él, y menos conmigo. Deberías dejar de inventar cosas para esconder tus inseguridades.

—¿Inseguridades yo? No pienso seguir escuchando más tonterías. —Su rostro cada vez se torna más rojo—. Valentin, vámonos de aquí, que me insulten así es intolerable.

—Valeria solo ha dicho la verdad. —Al escucharle, Nicolle le mira con tanto odio que hasta se dilatan sus fosas nasales.

—¿Qué acabas de decir? —le pregunta en tono amenazante.

—Tus celos son enfermizos. Me asfixias, Nicolle, siempre estás viendo fantasmas sin sentido y estoy cansado de que me controles. No puedo seguir compartiendo mi vida con alguien así.

—¿Qué? ¿Me estás dejando?

—No lo sé. —Peina su cabello y traga saliva—. Vete a casa. Deja que me relaje y piense esto bien. Estoy muy alterado ahora mismo y no quiero tomar una decisión precipitada.

—Esto es inaudito. —Agarra el bolso con movimientos violentos—. ¿Así me agradeces todo lo que he hecho por tu familia?

—Esto... Esto no tiene nada que ver con mi familia. —Debe de ser algo importante para que cambie así su tono. Le miro esperando a que continúe, pero no lo hace.

—Ahí te quedas con tus amiguitas. —Se marcha dando un portazo y lo único que se escucha es a Nerea comiendo pan.

—Guau —dice al sentirse observada—. Esto es mejor que las series que veo.

—No te agobies, colega —le habla Marcus—. Esa tía es un veneno.

—No sé qué coño le pasa. Antes no era así.

—Siempre lo ha sido —continúa—, pero hoy se le terminó de caer la máscara delante de ti.

—Perdonad que me meta. —Ahora es Julia quien habla—, pero si yo fuese tú huiría de ella. No puede ser más tóxica. Si se comporta así ahora que estáis empezando, ¿cómo será dentro de unos años?

Baja la mirada como si lo estuviese imaginando y niega con la cabeza.

—¿Sabes qué? —Marcus pone la mano sobre su hombro—. Esto lo arreglo yo en un momento. —Nos mira—. ¿Quién se viene de fiesta?

—¡Yo! —responde Nerea con la boca llena.

—¡Y yo! —se une Julia y no puedo evitar pensar en lo que ocurrió la última vez que asistimos a una.

—No me apetece, de verdad —intenta quitarle la idea Valentin—. Ahora mismo estoy hecho mierda.

—Pues por eso. —Tira de él—. Con un par de copas se te pasa. Y si no es por mí, hazlo por ellas. —Nos sonríe—, que han venido a vernos y se han comido una bronca tremenda.

—Está bien…

Una hora después estamos en una especie de garito y mientras que Marcus, Nerea y Julia bailan y beben, nosotros nos acomodamos alrededor de una mesa. Pedimos algo para tomar, ambos sin alcohol, y nos limitamos a observar cómo se divierten.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —Me tenso al escucharle.

—Claro, dime. —Espero cambiando el peso de mis pies.

—¿Por qué no quisiste darme tu número?

—Oh… —Imaginaba que iría por ahí—. La verdad es que me sentí realmente mal. Jamás había hecho algo así y, además, acababa de dejarlo con mi pareja. En alguna parte de mi cerebro sentía que le estaba traicionando, pero después, en frío, me di cuenta de que fue

una chorrada. ¿Por qué tuve que sentirme mal cuando él lo hizo dentro de la relación? Imagino que de algún modo seguía teniendo esperanzas de volver con él. ¡Qué idiotez! ¿No? Pero cuando ocurre algo así el *shock* inicial no te deja ver. ¿Tú cómo sigues? —le pregunto al ver que baja la mirada. Supongo que se debe de estar sintiendo reflejado en mis palabras.

—La verdad es que no lo sé. Tengo demasiadas dudas.

—¿Qué clase de dudas? —Siento lástima por él. Cuando dejé a Tomás me pasé semanas preguntándome si había tomado la decisión correcta.

—Es lo que has comentado antes, no sé si he hecho mal o bien. Siento que no debí haberle dicho todo eso. Le debo de haber hecho mucho daño.

—Confía en ti, Valentin. Si lo hiciste fue porque realmente te sentías así. Sobrepasó tu límite y a ella no pareció importarle haberte hecho daño.

—No me lo va a perdonar nunca…

—¿Tienes intención de seguir con ella?

—No lo sé. Ni siquiera sé si esto ha sido una ruptura o solo una crisis.

—Dejando a un lado lo que ha ocurrido en casa de Marcus, en general, ¿esa chica te hace feliz?

—¿Sinceramente…? —piensa y al ver que tarda en contestar, continúo.

—Uff —resoplo—. Creo que con esa pausa tan larga ya me lo has dicho todo —bromeo.

—¿Cómo se sabe si una persona te hace feliz? En las relaciones siempre hay momentos buenos y bajos. ¿Cómo se valora eso?

—¿Sueles tener buena comunicación con ella?

—Umm… creo que no. La mayoría de las veces solo hablamos de sus cosas y yo escucho. No suele prestar demasiada atención a lo que le cuento, así que evito hacerlo.

—Vale… entonces comunicación más bien poca. —Hago una mueca —. ¿Cuándo estás con ella te sientes, al menos, libre de ser tú mismo?

—Creo que no… Siempre estoy más pendiente de no hacer algo que le moleste que de lo que en realidad quiero hacer yo.

—Eso no suena bien… —Sonrío apenada por él—. Dime que al menos te elige libremente como su prioridad alguna vez.

—No puedo decírtelo porque no es así, nunca he sido su prioridad

en nada. Es un pelín egoísta…

—Un pelín, dice —carcajeo y al ver que permanece serio me disculpo—. Perdona, no pretendía reírme... es solo que cuando tienes que plantearte si una persona te hace feliz ya es un problema, pero si además de eso la comunicación es nula, nunca te tiene en cuenta y, para colmo, no te permite ser tú mismo… solo estás perdiendo el tiempo.

—¿Tú crees? —Me mira como si le acabase de descubrir el mundo.

—A ver… esto es solo mi punto de vista. En realidad, eres tú quien debe valorar eso. Imagino que también tiene cualidades buenas.

—Ja —emite un sonido parecido al de una risa.

—Quizás deberíamos haber empezado por el principio… Cuando la conociste, ¿qué fue lo que más te gustó de ella?

—Su físico.

—¿Y… qué más? —Arrugo la frente.

—Emm… ¿Su físico? —Se rasca la cabeza y mira al suelo por un momento.

—¿En serio? ¿Solo por eso?

—Sí, bueno… me pareció atractiva… y mis padres no paraban de presionarme para que saliese con ella.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí… ya nos habíamos liado alguna vez y no fue mal, así que cuando Nicolle me propuso que lo intentásemos, acepté.

—Guau. —Esperaba todo menos eso—. ¿Y… la quieres?

—Dicen que el roce hace el cariño.

—Pero ¿la quieres?

—Quererla como tal… —Tuerce la boca—. Con el tiempo imagino que acabaré haciéndolo.

—¡Madre mía! —Le miro incrédula—. ¿Tú te has enamorado alguna vez?

—La verdad es que no lo sé. —Vuelve a rascar la cabeza—. La gente habla de que se sienten cosas, pero yo todavía no he llegado a experimentar nada de eso, o ha sido tan fugaz que ni siquiera me he dado cuenta. Nunca he tenido necesidad de tener pareja. Me gustaba sentirme libre y, bueno, si me decidí esta vez fue solo para probar.

—Y nunca has sentido… no sé, ¿una conexión más especial con alguien que no fuese solo física? ¿Con alguien con quien solo te apeteciese hablar o simplemente pasar el tiempo?

—Sí, con Marcus —bromea—, pero hasta donde sé ambos somos hetero.

—Entonces, ¿jamás has pensado en compartir tu vida o formar una familia?

—¿Una familia? ¿Te refieres a una con niños y eso?

—Sí.

—¡No! ¡Ni en sueños! —Me mira horrorizado—. Los niños son repelentes. No me gustan nada —exclama, dejándome muda.

«¿Qué coño hago ahora?».

Capítulo 15

—¡Tengo que ir al baño! —Nerviosa, me pongo de pie y me mira con el ceño fruncido—. ¡Julia! —llamo a la que tengo más cerca.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver mi apuro y camino hacia ella.

—Julia, ven. —No sé qué verá en mi cara, pero por el cambio de expresión en la suya se ha dado cuenta de que algo me pasa.

—¿Qué ocurre? —Me mira preocupada.

—Tenemos que irnos. No quiero seguir aquí, estamos perdiendo el tiempo.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Cupido no quiere hijos. —Aprieto los labios para ocultar las ganas de llorar.

—¿Qué? ¿Se lo has contado ya? —Abre mucho los ojos.

—No ha hecho falta. Me acaba de dejar claro que no le gustan los niños. Le parecen «repelentes» —repito sus palabras entrecomillándolas con los dedos.

—Jo… der. —Mira a Nerea y esta, al ver que estamos hablando serias, se acerca a nosotras.

—¿Qué hacéis? ¿Pasa algo? —pregunta y tras explicarle lo que ocurre, al igual que Julia, abre los ojos como platos—. Chicas… tenemos un problema —dice mirando a Cupido por encima de mi hombro.

—No me digas —indico con sarcasmo—. Regresemos a España, no me apetece nada seguir aquí. —Mis ganas de llorar aumentan.

—Puff… Yo no puedo conducir de nuevo —interviene Julia—. Vas a tener que esperar al menos un par de días hasta que descansemos. Tengo el cuerpo resentido.

—Yo también —asiente Nerea—. Además, ya que estoy aquí me gustaría aprovechar para estar con Marcus… —Baja la mirada y eso me apena. Sé que si le pido que nos vayamos cederá, pero se ve tan contenta que no quiero ser yo quien condicione su felicidad. Tenía muchas ganas de verlo y no puedo hacerle eso.

—Está bien —digo a sabiendas de que los próximos días serán agobiantes, sobre todo porque ahora me toca decidir sola lo que haré con el bebé. Tenía esperanzas de que él me ayudase, pero ahora sé que si le cuento lo que ocurre lo único que me dirá es que me deshaga de él y desde hace días esa idea me perturba. A medida que pasan las semanas estoy empezando a experimentar sentimientos que jamás pensé que tendría—. Chicas, tengo que ir al baño —les digo al notar

que Valentin me está mirando—. Es la excusa que le puse para venir a hablar con vosotras.

—Te acompaño —dice Nerea—. Llevo media hora aguantándome, pero no encontraba el momento para apartarme de mi hombretón. —Busca a Marcus con la mirada y cuando hacen contacto visual le guiña un ojo.

Por suerte, los baños están libres y, aunque no tengo ganas, con la idea de no tener que regresar después aprovecho para hacerlo yo también. Entramos en los pequeños habitáculos y mientras cuelgo el bolso en la percha plateada que hay en la puerta, continúo dándole vueltas.

—Nere —le hablo sabiendo que solo nos separa una pared fina—, ¿tú qué harías? ¿Te lo quedarías? —No puedo sacármelo de la cabeza.

—No lo sé… —Escucho cómo levanta sus ropas y bajo las mías. Debí haberme puesto vestido como ella, hubiese sido más cómodo—. Soy incapaz de ponerme en tu lugar. Para mí es fácil decirte que te lo quedes, y hasta me hace ilusión, pero quien tendrá que pasar malas noches serás tú. Mi madre siempre decía que en cuanto les ves las orejas comienzas a sufrir y no dejas de hacerlo hasta el día en que te mueras.

—¡Mierda!

—Ya… es una mierda —repite conmigo.

—No, no es eso. —Mi corazón comienza a latir con fuerza—. ¡Estoy manchando!

—Pues apunta bien, mujer, que el agujero no es tan pequeño.

—No, joder. ¡He manchado la ropa interior! —señalo, asustada.

—¿Te has meado encima?

—¡No! ¡Estoy sangrando!

—¿¿Qué?? —Se asusta tanto como yo y apenas tarda unos segundos en asomar la cabeza por encima de la medianería que nos separa—. Dios mío… —dice al comprobar que es cierto—. Tienen que verte ya.

—¿Y cómo? Ni siquiera sabemos el idioma. —Aunque no es mucho, mi angustia crece por momentos. Ya no solo por mí, sino por la criatura que llevo dentro.

—Voy a buscar a Julia. No te muevas.

—Santo Dios. —Comienzo a temblar llevada por los nervios y nada más subirme la ropa, abrazo mi barriga—. Vas a estar bien. Aguanta, pequeño…

—Valeria, ya estamos aquí —las escucho decir y abro la puerta.

Me hago a un lado y, aunque el habitáculo es pequeño, entramos las tres.

—Necesito que me vean ya. —Mi pecho se eleva.

—Tranquila, cariño. Voy a decírselo a los chicos. —Nerea abre la puerta.

—¿Qué? ¡No! —Julia la sujeta por el brazo.

—¿Cómo que no? Alguien tiene que llevarnos al médico —protesta.

—No pueden saberlo. —Julia baja la voz—. Después de lo que Cupido acaba de decirle a Valeria, si entera ahora no habrá otra oportunidad.

—¿Qué oportunidad? Si ya me ha dejado claro que no quiere tener hijos.

—¿Tú has visto cómo te mira?

—¿Y qué tiene que ver eso ahora? —Alucino. Estoy sangrando ¿y me viene con esas?

—Debemos hacer las cosas con cabeza. Primero solucionemos esto y después ya veremos. Acabamos de llegar, así que esperemos hasta ver qué ocurre.

—¿Y cómo se supone que les vamos a explicar esta urgencia? —lanzo la pregunta con sarcasmo.

—Inventaremos otra cosa. —Busca algo en el teléfono—. ¿Cómo se escribe ginecólogo en francés?

—¡Y yo qué coño sé! —Cada vez me altero más.

—¡Tengo uno! —Nerea nos enseña la pantalla de su móvil—. Según el localizador está cerca de nosotros y por el nombre parece española. Voy a mirar en la página de su clínica. —La abre—. ¡Sí! ¡Sí! Su página está en los dos idiomas.

—Llama —la apuro y asiente mientras teclea.

—¿Hola? —Escucha cuando descuelgan—. Disculpe, ¿hablan español? ¡Ay, Dios! Menos mal… —Expulsa el aire del pecho y, tras explicarle lo que ocurre, la doctora se apiada de nosotras y nos hace un hueco—. Gracias. Mil gracias. —Cuelga y nos mira—. Vamos, chicas, nos está esperando.

—Por lo poco que he podido ver es una clínica, ¿verdad? —piensa Julia.

—Sí —responde Nerea.

—Genial, entonces lo tenemos fácil. En las clínicas hay varios especialistas. Diremos que a Valeria le duele el estómago.

—¿Eh? ¡No! Acabo decirle a Valentin de una forma muy

precipitada que tenía que ir al baño, pensará que me estaba…

—Eso es genial. —Julia levanta las cejas—. No puede ser más perfecto para nuestra coartada. Creerá que tenías retorcijones y será mucho más creíble.

—¡Sí! Diarrea explosiva —añade Nerea.

—¿Vosotras estáis bien de la cabeza? —Me golpeo la frente con la mano. ¿Cómo pueden ser tan retorcidas?—. Vamos a dejarlo en que me ha caído mal la comida, ¿vale?

Nada más contarles lo que supuestamente está ocurriendo dejan las copas sobre la mesa y antes de darnos cuenta ya estamos en el coche de Marcus camino a la clínica. Mientras este conduce, Valentin no deja de mostrarse preocupado.

—¿Seguro que no ha sido por culpa de la discusión que he tenido con Nicolle?

—Que no, tranquilo, a veces me pasa. Tengo el estómago delicado —miento.

—Te acompaño —dice cuando Marcus se detiene y mis amigas me miran, asustadas.

—No, no, no es necesario. Quedaos en el coche, os avisaremos cuando salgamos —trato de quitármelo de encima y, aunque sonrío para que se quede tranquilo, lo intenta una vez más.

—Pero necesitareis un traductor.

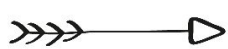
—No, tranquilo —sale Nerea a mi encuentro—, el digestivo habla español.

—Vale… —dice y aprovechamos el momento para huir.

—Venga, venga, no sea que todavía se le ocurra venir —nos apremia Julia para que nos demos más prisa.

—¿Y cuál de todas es? —Nerea mira los edificios. Hay al menos tres.

—¡Es esa de ahí! La de la derecha. —Señalo al ver el nombre en el cartel.



Media hora después una enfermera nos llama para que entremos en la consulta y, al hacerlo, capta nuestra atención la cantidad de instrumental médico diferente al que hay en España.

—Esperen un segundo aquí, la doctora vendrá enseguida —dice con un pronunciado acento francés, pero es música para mis oídos. No sé cómo lo hubiésemos hecho si Nerea no llega a descubrir este oasis en

el desierto.

La doctora no tarda en llegar y tras contarle lo ocurrido comienza a examinarme.

—¿Y dices que en España todavía no te ha revisado nadie? —habla en perfecto castellano, y es que llamándose María del Carmen González Fernández, como pone en la puerta, no puede ser de otra forma.

—No —confieso.

—¿Y cómo es que lo estás dejando tanto? —se preocupa—. Deberías llevar las revisiones al día.

—Es que todavía no sé qué voy a hacer con él. Es producto de una noche loca en la que ni siquiera recuerdo cómo lo engendré.

—Entiendo —dice a la vez que coloca una especie de detector en mi barriga—. Las imprudencias, tarde o temprano, se pagan. —Me muestra el aparato—. ¿Prefieres que quite el sonido? Tengo que comprobar si hay latido fetal y como todavía no has tomado una decisión…

—No, no. Está bien. No tengo problema —indico, sin embargo, cuando estoy a punto de encontrarle el sentido a su pregunta el sonido del corazón del bebé inunda la sala y, sin saber muy bien por qué, mi pecho se abre y comienzo a llorar—. Oh, Dios mío. —Miro a mis amigas y ellas están igual.

—Es nuestro bebé —dice Nerea y las tres asentimos, emocionadas.

—Vaya, tiene mucha fuerza —sonríe y rezo mentalmente para que la ecografía que está a punto de hacerme salga bien. Acabo de descubrir que lo último que quiero en este mundo es perderlo.

Capítulo 16

—¿Cómo va todo? —pregunto al ver que no habla. Necesito que me diga de una vez cómo está el bebé.

—Dame un momento. —Arruga la frente y mi corazón late a mil por hora.

Mueve de un lado a otro el ecógrafo y solo puedo contener la respiración.

—¿Se puede saber el sexo ya? —escucho a Nerea.

—No, para eso aún es pronto —responde mientras continúa con el ultrasonido—. Veamos… —Se detiene y cuando me mira me pongo todavía más nerviosa—. Hasta donde he podido observar el embrión está vivo, tiene latido y el sangrado, de momento, es leve. —Me entrega un trozo de papel de celulosa para que me seque—. Puede deberse a varios factores: un cambio hormonal, estrés… y, lo más preocupante, una amenaza de aborto.

—Ay, no. Eso no. —La angustia habla por mí—. ¿Qué debo hacer para evitarlo?

—Reposo absoluto.

—¿Cómo?

—Mientras dure el sangrado no debes moverte de la cama, excepto para ir al baño.

—¿Qué? No puedo hacer eso. —Miro a mis amigas—. Estamos en un país que no es el nuestro. ¿Cuánto tiempo debo estar así?

—Pueden ser días, incluso semanas. Todo depende del sangrado.

—¿Qué? ¡¿Semanas?! —Pongo la mano sobre el pecho—. ¿Puedo al menos regresar a mi país?

—Me temo que no. Si quieres seguir adelante con la gestación debes cuidarte. Si es una amenaza, como me temo, un viaje de esas características podría provocarte el aborto espontáneo.

—¿Y en avión? Sería mucho más rápido.

—Aún peor, los cambios bruscos de la presión atmosférica podrían tener consecuencias fatales para el embrión.

—Oh, Dios mío. —Vuelvo a mirar a mis amigas, están tan impactadas como yo—. ¿Cómo lo vamos a hacer?

—Tranquila, Valeria. —Julia es la primera que habla—. Nos las arreglaremos como sea.

—Lo único que puedo hacer es darte cita para dentro de unos días y vemos cómo sigues —dice al notar mi angustia—. ¿Cuándo teníais

pensado regresar?

Le explicamos que estaremos por aquí una semana y me agenda para consulta un día antes de nuestra supuesta marcha. Me da algunas indicaciones más y, tras aconsejarme que me cuide en un futuro para que no vuelva a ocurrir, como si no hubiese aprendido ya la lección, pago la visita y salimos de la consulta con la ecografía en la mano.

—Ay, qué mono. Fíjate, para ser tan pequeño se le distingue muy bien la cabecita. —Nerea se detiene para mirar la imagen con amor—. Hola, cariño —le saluda como si pudiese escucharla—. Si todo sale bien nos lo quedamos, ¿verdad? —Me mira.

—Nerea, por favor —la riñe Julia—. Déjala respirar un poco.

—Lo único que tengo claro ahora mismo es que no quiero que le pase nada —declaro porque es la verdad, estoy comenzando a sentir un gran amor por esa pequeña vesiculita—, pero no estoy preparada para criarlo sola. Si logra salir adelante debo pensar en lo mejor para él.

—¿Eso quiere decir que… lo tendrás? —Sus ojos brillan.

—Todo depende de lo que ocurra. —Acaricio mi barriga—. Si está de nacer, nacerá. Después de haberle escuchado ya no tengo valor para deshacerme de él.

—¡Oh, Dios mío! —Me abraza—. ¡Voy a ser tía!

—Vamos a ser tías. —Julia me abraza también—. Eres muy valiente, Valeria, y vamos a apoyarte hasta el final.

—Gracias, chicas. —Una lágrima corre por mi mejilla y la seco con rapidez para evitar que el poco maquillaje que me puse antes de salir se estropee.

—Debemos irnos ya. Valeria no puede estar más tiempo de pie —indica Julia y caminamos despacio hasta el coche.

—¡Mierda! ¿Qué les diremos a los chicos? —Me detengo al recordar que nos están esperando.

—Es verdad… —Nerea resopla—. ¿Y si se lo decimos ya?

—¡No! —Ahora soy yo quien le quita la idea—. Si tengo que pasar unos días más aquí voy a necesitar de mucha tranquilidad, y si se lo digo ahora te puedes imaginar lo que ocurrirá… No estoy dispuesta a pasar la semana más tensa de mi vida ni a añadirle más estrés al bebé. Vinimos hasta aquí para que Cupido me ayudase a tomar una decisión rápida, pero ya no es necesario porque la he tomado yo. Voy a tener a este bebé. —Acaricio mi barriga—. Ya veré qué hago después con él, pero de momento esa urgencia ha desaparecido y ahora, con más calma, me será más fácil encontrar el momento oportuno para

decírselo.

—Es una idea estupenda. —Julia me agarra por el brazo—. Así también aprovecháis para conoceros un poco más antes de soltarle la bomba, pero ahora vámonos. —Tira de mí para que siga caminando—. Les diremos a los chicos que te encuentras mareada y el digestivo te ha pedido guardar reposo. Es creíble también, y esta noche, cuando estemos tranquilas, buscaremos una solución.

—Perfecto —la apoya Nerea y yo solo asiento con la cabeza.

Al llegar al coche los chicos están hablando y cuando nos ven se acercan a nosotras.

—¿Cómo estás, Valeria? ¿Qué tienes? —se preocupa Valentin.

—Estoy bien, tranquilo —sonrío y tras contarle lo que hemos acordado nos dirigimos a la casa.

—Eso sí que es mala suerte, Valeria —bromea Marcus—. Vienes una semana al país del amor y te enfermas.

—Sí… —río sin gana—. Muy mala suerte. —Si ellos supieran...

Al llegar a la casa, Nerea, Julia y yo vamos directas a la habitación y, como me ha pedido la ginecóloga, me echo sobre la cama para guardar reposo. Incómoda por lo que está pasando, y mientras ellas preparan algunas cosas para que me sienta mejor, comienzo a buscar en el teléfono una casa de alquiler, pero al ver que los precios están desbordados, resoplo. Es imposible que me lo pueda permitir.

—¿Te duele algo? —preguntan al escucharme.

—El bolsillo. —Chasqueo la lengua—. ¿Cómo pueden ser tan costosos los alquileres en este país?

—Imagino que tiene que ver con que los salarios también son más altos.

—No puedo estar tanto tiempo en esta casa. Si al menos me pudiese mover… Pero de esta forma os estoy obligando a todos a estar pendientes de mí. Me siento mal. —Un nudo se forma en mi garganta —. ¿Cómo diablos les explicamos que tengo que hacer reposo toda la semana? Apenas los conocemos y van a creer que estoy abusando de su hospitalidad.

—No te preocupes por eso —interviene Julia—. Mientras que Nerea siga pagando nuestra estancia en carne Marcus no tendrá ningún problema —ríe.

—Cierto —ríe Nerea con ella—, y lo estoy haciendo tan bien que lo último que querrá es que nos vayamos.

—Tenemos que buscar otra solución.

—No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo. —Julia se acerca a mí y

me entrega un cojín para que lo coloque en mi espalda—. De momento, hoy al menos, relájate. No vas a conseguir nada alterándote.

A la hora de la cena las chicas bajan con ellos al salón y, aprovechando que me he quedado sola, con la esperanza de encontrar una ganga vuelvo a buscar pisos por el teléfono, pero ocurre lo mismo que hace unas horas.

—Hola. —Valentin golpea la puerta, aunque está abierta.

—Hola. —Sonrío al ver que trae un par de platos en sus manos.

—¿Cómo sigues? He pensado que quizás tendrías hambre, aunque no sé si deberías comer. Las chicas me han dicho que sí y me ha parecido un poco extraño por tu problema gástrico, pero quería intentarlo... —sonríe mientras se acerca a la cama y, sin preguntar, se sienta a mi lado—. Te traigo un *croque-monsieur*. —Coloca el plato sobre mis manos y veo que es una especie de sándwich de jamón cocido y queso gratinado al horno—, y unos *macarons*. Son los dulces típicos de aquí.

—Guau —exclamo al ver los deliciosos pastelillos. Son esferas de colores chillones—. ¿Están rellenos?

—Sí, y el relleno es lo mejor. —Toma uno entre sus dedos, se lo acerca a la boca y cuando lo muerde yo hago lo mismo con mi labio —. Mmm —gime con los ojos cerrados y, por alguna razón, mi vello se eriza. Los abre y cuando me mira tengo que pestañear varias veces para salir de mi estado—. Prueba. —Lo acerca a mis labios y huele tan bien que, sin pensarlo, le doy un pequeño bocado.

—Santo Dios. —La costra crujiente junto al interior cremoso se mezclan en mi boca mientras mis papilas gustativas se deshacen de placer. Gimo al igual que hizo él y cuando le devuelvo la atención le descubro observándome—. Está increíble. —Me atrevo a coger uno para mí y hago lo mismo—. Umm… ¡Frambuesa! —digo con la boca llena y ríe.

Miro de nuevo el plato y no sé si tendrá algo que ver el embarazo, pero siento que son los dulces más ricos que he comido en mi vida y me muero por seguir probándolos.

—Ten cuidado, son muy adictivos —se preocupa al ver que ahora me decido por el de naranja. No sé qué me pasa, pero no puedo parar.

—Lo noto. —Cada bocado es una explosión de sabor y tengo que esforzarme para contenerme—. Apártalos de mí o moriré por una subida de azúcar —bromeo.

—¿Quieres el *croque-monsieur*?

—No. Ahora no, déjalo por ahí. —Señalo la mesilla—. Después, si tengo hambre, me lo comeré. Gracias por el detalle —sonrío y su mirada queda fija en mi boca, hasta que el sonido de su teléfono nos sobresalta. Lo tiene demasiado alto.

—*Merde* —pronuncia al ver el nombre que aparece—. Es Nicolle. Es la quinta vez que me llama hoy.

—¿Habéis hablado después de la pelea de esta tarde?

—No. No me ha apetecido. Siento que si lo hago me convencerá con sus lloros y quiero darme un tiempo —se sincera—. La conversación que tú y yo tuvimos hoy me ha hecho abrir los ojos.

—No sé si eso es bueno o malo. —Fuerzo una sonrisa—. Espero no haber interferido de manera negativa.

—No lo has hecho, créeme. Necesitaba que alguien me inyectase una dosis de realidad. —Nos quedamos en silencio—. Ojalá hubiésemos mantenido el contacto antes…

—¿Qué habría cambiado?

—Muchas cosas… —Mira al vacío—. Seguramente ni siquiera me hubiese planteado... Por cierto —cambia de tema al notar que está hablando demasiado—, ¿quieres ver algo gracioso? —dice mientras me muestra su teléfono.

—Em… ¿sí?

Busca algo entre sus archivos y pincha sobre una imagen.

—Mira. —Me la muestra y mi cara se tiñe de rojo al instante. Somos él y yo la noche en que nos conocimos. Ambos nos estamos abrazando y estamos completamente borrachos. Pasa a la siguiente y todavía es peor—. Nos las hizo Marcus —ríe—. Esta es mi favorita —carcajea cuando aparecemos en otra tumbados sobre una acera—. Nos caímos cuando intentaste hacer el salto de *Dirty Dancing*, pero nos debimos de equivocar de película porque parecías más *Superman*. Al menos saliste volando igual mientras yo intentaba volver a encajarme los hombros en su lugar. Se nos fue de las manos…

—¡Oh, Dios mío! —Me cubro la cara. Con razón al día siguiente me dolían tanto los pechos. Esa película siempre me tuvo obsesionada, no me puedo creer que al final intentase hacerlo.

—¿Sabes? Creo que ese es el último recuerdo que tengo de aquella noche. —Me mira apretando los labios en una línea recta—. Me da un poco de vergüenza admitirlo, pero después de eso todo está borroso. De vez en cuando me viene algún *flash*, pero nada más. Ni siquiera logro recordar lo que ocurrió en la habitación. ¿Tú recuerdas algo? —

Vuelve a rascarse la cabeza, y le entiendo. Me tiré días pensando en lo mismo.

—Yo, eh… —Mi cara arde—. Yo… —Niego con la cabeza—. La verdad es que yo tampoco. Me pasa como a ti, alguna imagen suelta, pero nada más. De hecho, ni siquiera recuerdo ese salto del que hablas ni cómo llegamos a tu hotel.

—Menos mal que después de aquello no hubo consecuencias.

—Consecuencias… ¿de qué tipo? —Me respiración se corta.

—Ya sabes… Los dos estábamos bebidos…

—¡Chicos, chicos! —Nerea entra como si hubiese visto un fantasma —. No os vais a creer lo que acaba de ocurrir.

—¿El qué? —Espero que sea algo urgente porque acaba de interrumpir la que posiblemente hubiese sido nuestra conversación más importante.

Capítulo 17

—Nicolle está abajo. —Al escucharla, Valentin se tensa—. Marcus está intentando hablar con ella, pero dice que no piensa marcharse hasta que no hable contigo.

—Así que es por esto por lo que no me cogías el teléfono. —Nicolle aparece tras la puerta—. ¡Estabas con ella!

—Si no te he cogido el teléfono ha sido porque no me ha dado la gana. —Se levanta de la cama—. No quiero hablar contigo, así que deja de acosarme de una vez. Necesito espacio.

—Es increíble, te ha faltado tiempo para meterte en su cama. —Nerea se sienta a mi lado para observar mejor la escena. Toma el plato de los *macarons*, coge uno y cuando me lo acerca yo hago lo mismo.

—Solo vine para asegurarme de que estaba bien. Tuvimos que llevarla de urgencia al digestivo.

—¿Al digestivo? —Lanza una risotada—. Pero si está atiborrándose de dulces. —Dejo de masticar y miro a Nerea—. Nunca imaginé esto de ti, Valentin. De haberlo sabido jamás te hubiese ayudado. Ni a ti ni a tu familia. No eres más que un maldito interesado.

—¡Eso no es cierto! —intenta defenderse.

—Oh, claro que lo es. Deberías estar hundido por nuestra separación y, en cambio, aquí estás, con tu amiguita Valeria de risas. ¡Qué casualidad que en cuanto borré sus mensajes haya venido a buscarte! ¿No crees? Seguro que es tan interesada como tú.

—¡Te estás pasando! —intervengo—. Aquí la única interesada que hay eres tú. Apuesto a que te aprovechas de los favores que haces para conseguir lo que quieres.

—¡Mentira! —me grita.

—¿Mentira? ¿Cuándo empezaste a salir con Valentin? ¿Antes o después de ayudar en lo que sea que dices que ayudaste a su familia? —Sé que no debería meterme, pero no me puedo callar más. No pienso permitir que me siga insultando.

—¿Qué estás insinuando? —Me mira y después a Valentin, que la observa con el ceño fruncido.

—Que te aprovechaste de que se sentía en deuda contigo para cazarle.

—Eres una… —Se acerca a la cama con los puños cerrados y Nerea no duda en ponerse delante.

—Tócale un solo pelo a mi amiga y te dejo calva.

—Esto ya está llegando demasiado lejos. —Valentin se acerca a ella y la sujeta por el brazo—. Lárgate de aquí.

—¿Me estás echando?

—Sí. —La saca al pasillo y Marcus los sigue.

—Esto te va a salir muy caro, Valentin. Nadie se ríe así de mí.

—¿Puedes dejar de amenazarme?

—No es una amenaza, es una realidad —la escuchamos decir mientras se aleja y damos por hecho que se marcha.

—Tranquilo, amigo, deja que se vaya. No lo hará. —Las palabras de Marcus nos lo confirman—. Es demasiado importante para ellos mantener ese acuerdo. —Las tres nos miramos, cada vez más intrigadas. ¿De qué acuerdo estarán hablando?

—Podría llevarnos a la ruina… —expresa, angustiado.

—Lo sé, pero ahora no es el momento para hablar sobre ello. Volvamos con las chicas y ya veremos cómo lo solucionamos después. —Marcus regresa a la habitación y, tras fingir una sonrisa, cambia de tema—. Qué ganas tenía de que alguien le hablase así a esa tipa. Eres una *crack*, Nerea.

—Mejor no la animes mucho… —interviene Julia—. Se viene arriba con demasiada facilidad y luego no hay quien la aguante —indica con intención de cortar la tensión, y parece que funciona.

Con el ambiente mucho más calmado, comienzan a hablar de sus cosas y varios minutos después no puedo evitar sentirme cada vez más cansada. Es nuestro primer día en Francia, pero parece que llevamos aquí semanas. Valentin, al notar que se me cierran los ojos, es el primero en despedirse y en cuestión de segundos nos quedamos solas en la habitación. Julia y Nerea intentan organizar mi reposo, pero las tres estamos agotadas y acordamos dejarlo para mañana. Necesitamos descansar.

Al amanecer me despiertan unas terribles ganas de orinar y, procurando hacer el menor esfuerzo posible, camino hasta el baño. Preocupada por el estado de mi embarazo, rezo mentalmente antes de bajar mi ropa interior y al no encontrar ninguna mancha en ella respiro con gran alivio.

—Valeria. —La voz de Julia suena adormilada—, ¿todo en orden?

—Sí, tranquila, todo está bien. —El tono de mi voz parece convencerla porque escucho sus pasos alejándose.

Me lavo la cara todo lo rápido que puedo y al ver mi rostro en el espejo me asusto. Las ojeras me llegan al suelo. Regreso a la cama y al

comprobar que Julia ha vuelto a quedarse dormida me echo sobre el colchón y, tras revisar el teléfono con la esperanza de encontrar algo asequible, termina de hacerse de día.

Cuando todos estamos despiertos, Nerea viene con Marcus a nuestra habitación y se interesan por mí. Al contarles que todo está mejor Nerea entiende a qué me refiero y ambos se alegran.

—¿Puedes levantarte ya? —La pregunta de Marcus provoca que me tense.

—Me temo que no. Al ponerme de pie siento molestias… —miento.

—Vaya, es una pena. Quería proponeros dar una vuelta en mi yate.

—¡¿Qué?! —Nerea le mira con los ojos como platos—. ¿Tienes un yate?

—En realidad tengo dos. —Se rasca la cabeza—, pero uno lo están pintando.

—¡Yo sí quiero! —Nerea nos mira—. Chicas, ¿os importa si me voy con él?

—A mí no —río. Sé cuántas ganas tiene de subir a uno. Siempre que los ve se le van los ojos detrás de ellos.

—A mí tampoco. —Julia sonríe y siento lástima al instante. La conozco bien y sé cuánto le gustaría ir con ellos, pero se está privando para no dejarme sola.

—Ve tú también —le pido y me mira—. No me importa.

—No, no, yo me quedo contigo.

—Estaré bien. Te lo prometo.

—Me quedo aquí. No me importa, de verdad.

—Ve… no seas tonta.

—Valentin está en la casa de al lado —interviene Marcus—. Tiene llave. Si Valeria necesita algo solo tiene que llamarlo —trata de convencerla y por la expresión de su rostro parece que funciona—. No tardaremos demasiado. Un par de horas quizás. Tres como mucho.

—Eso no es nada —tomo la palabra—. Con que me dejéis algo de comer y un poco de agua me sobra —sonrío y, tras presionarla un poco más, accede.

Antes de marcharse dejan sobre la mesita de noche todo lo que les he pedido y conecto el enorme televisor que tengo enfrente. Por suerte, hay varios canales en español y podré entretenerme. Me froto la cara y al recordar que tengo los surcos de los ojos tan negros como los de un oso panda abro el bolso que dejaron a mi lado y saco una de mis mascarillas refrescantes. No puedo vivir sin ellas. Rompo el

precinto para extraerla y, aprovechando que estoy sola, enrollo mi largo y castaño cabello en dos moños antes de colocarla sobre mi cara.

—Esto es maravilloso —balbuceo antes de cerrar los ojos y, escuchando la tele de fondo, me dejo llevar por su perfume.

—¿Hola? —Alguien habla, pero se oye tan lejos que doy por hecho que es el presentador de algún programa—. ¿Valeria? —Al escuchar mi nombre abro los ojos y soy consciente de que estaba dormida—. ¿Estás bien?

—¿Eh? ¿Quién es? —respondo, desorientada. ¿Habrán llegado ya?

—Soy Valentin, ¿puedo pasar? —me pregunta desde el otro lado de la puerta.

—Valentin. —Me siento sobre la cama—. Sí, sí. Pasa. —Carraspeo.

—¡Aaaah! —grita como una soprano nada más abrir la puerta y al escucharle hago lo mismo—. ¿Qué coño llevas en la cara? —pregunta mientras aplasta su pecho con las manos.

—¡Dios mío! —Al recordarlo me cubro con la sábana y trato de quitármela, pero llevo tanto tiempo con ella que el maldito extracto de arcilla roja se ha pegado a mi piel—. Es una mascarilla.

—Santo Dios, ¡creí que eras el diablo! —exclama tratando de recuperarse—. Me tiemblan hasta las piernas.

—¿Puedes, por favor, traerme una toalla húmeda? —le pido, apurada. Hace lo que le digo y solo unos segundos después logro separarla de mi rostro—. Esto es demasiado vergonzoso. —Resoplo cuando saco de nuevo la cabeza y le escucho reírse.

—Más bien terrorífico. —Me quita la toalla de las manos y, con suavidad, pasa un borde por mi mejilla—. Te queda un poco aquí —habla tan cerca de mí que puedo percibir su aroma y, por primera vez desde que estoy embarazada, un perfume no me molesta. Huele a limpio y a madera.

—Nunca me había pasado algo así. Suelen despegarse bastante bien. ¿Qué hora es?

—Ya es mediodía.

—¿Qué? ¡He dormido más de tres horas!

—Eso parece —ríe—. Marcus me llamó hace un rato para que viniese a ver si necesitabas algo. Las chicas estaban preocupadas porque se van a retrasar más de lo previsto y solo se quedarán tranquilas si hay alguien contigo.

—Oh, entiendo.

Con delicadeza, frota mi pómulo; al levantar la mirada me encuentro con sus maravillosos ojos azules. Si ya me parecieron

hermosos la primera vez que los vi ahora me lo parecen mucho más. Son tan intensos y profundos que cualquiera podría caer rendida a sus pies.

—Me encanta que me mires así. —Pestañeo al escucharle y cuando me doy cuenta de lo que estoy haciendo mi rostro se vuelve tan rojo como la mascarilla que me acabo de quitar.

—Yo… Estaba… estaba mirando tus pestañas. Son muy largas… — Si quería hacerme sentir abochornada lo acaba de conseguir.

—Es la primera vez que me dicen algo tan bonito —se burla; al notar que lo hace para molestarme le golpeo con un cojín.

—¿Qué te pasa? ¡No me hagas esto! —protesto a la vez que río.

—¿Acabas de maltratarme? —Arruga las cejas y, sin que lo espere, se sube a la cama—. ¡Me has doblado mis largas pestañas! —Coge el mismo cojín—. ¡Ahora me toca a mí doblar las tuyas!

—No, no. ¡No! —Me tapo con la colcha, pero, tras esperar un tiempo prudencial, el golpe no llega y cuando, extrañada, descubro mi cara, salta a mi lado, inmovilizándome—. ¡Cuidado con mi barriga! — le aviso en un acto de protección y levanta las manos.

—*¡Merde!* ¿Te he hecho daño? —Me mira preocupado.

—Todavía no. Solo quería evitarlo.

—Entonces sigamos. —Vuelve a sujetarme las manos, esta vez con mucho más cuidado, y río. Pensé que después de decirle eso me dejaría en paz.

—Te recuerdo que no puedo hacer esfuerzos. Estoy en clara desventaja.

—Pues ríndete de una vez.

—Pero si ni siquiera estoy peleando —protesto.

—No hablo de peleas. Ríndete a mis encantos. —Pestañea con rapidez y carcajeo.

Al ver que me estoy divirtiendo se acerca cada vez más a mi rostro y cuando está a solo unos centímetros, me muevo, haciéndole perder el equilibro y, sin pretenderlo, roza sus labios con los míos.

—¡Lo… siento! —me disculpo y solo me mira. Busco en su expresión alguna señal que me indique cómo se lo está tomando, pero no encuentro ninguna—. No era mi intención que… —Un nudo de vergüenza oprime mi garganta mientras que todavía puedo sentir la cálida sensación de su boca en la mía—. Solo pretendía apartarte de un modo gracioso.

—¿Podemos repetir? —reacciona por fin y cuando ríe diviso la diversión en sus ojos.

—¡No! —carcajeo al ver que pone morritos en mi dirección.

Apenas nos hemos visto un par de veces, pero su personalidad es tan atrayente que hace que me sienta como si le conociese de toda la vida. En tan solo unas horas me siento más cómoda con él que con personas a las que conozco desde hace meses.

Capítulo 18

A la mañana siguiente me pasa lo mismo que la anterior y abro los ojos antes de que amanezca, con la única diferencia de que, en vez de revisar el teléfono, me quedo mirando al vacío. Las chicas, con la tranquilidad de saber que ya estaba acompañada, se tomaron el día para disfrutar y eso me ayudó a sentirme bien, o al menos no como una carga. No hubiesen dudado en sacrificarse por turnos, como estuvieron a punto de hacer, solo para quedarse conmigo.

Valentin y yo pasamos todo el día juntos, incluso se atrevió a hacerme la comida, no sin antes preguntarme qué ingredientes podía digerir mejor y, como es normal, no dejó de extrañarse al ver que puedo comer de todo. Si esto dura mucho más comenzará a sospechar. ¿Cuándo un problema digestivo, sin restricciones de ningún tipo, te provoca un reposo absoluto? Esto no tiene pinta de salir bien.

Durante la tarde, mientras hablábamos de nuestras cosas, estuve tentada a contárselo un par de veces, pero por alguna razón sentí miedo. Su personalidad me tiene encantada y, como dijo Julia, quizás debería esperar un poco más, sobre todo porque ahora que estamos congeniando tan bien tengo miedo de asustarle y perder su amistad… Pero ¿y si lo que pierdo es al bebé? Necesito antes estar segura de que mi embarazo va bien y después ganarme un poco más su confianza, al menos para tener la certeza de que no saldrá corriendo sin más.

Sé que no quiere tener hijos, ya me lo dijo, y es por ello que debo asegurarme de que no cerrará los oídos cuando escuche lo que le tengo que contar. En ningún caso buscaré ni le pediré que se haga cargo de él, y debe permitirme hablar, al menos hasta llegar a esa parte, después que decida lo que quiera. Es un tipo encantador y me gustaría que mi futuro hijo llegase a conocerlo, aunque solo fuese como amigo de su madre. Es inteligente, divertido y, de momento, sabe escuchar. Ya veremos qué ocurre después, pero a *priori* parece un buen referente.

«Ojalá se lo tome bien», pienso a la vez que acaricio mi barriga y contengo la respiración al notar un pequeño movimiento. «Si él no te quiere yo sí lo haré». Retiro las sábanas de mis piernas y voy hasta el baño. Necesito saber cómo está todo ahí abajo.

Aliviada, compruebo que no he vuelto a manchar y, apretando el puño, doy gracias al cielo. Si la cosa estuviese yendo mal estoy segura de que lo notaría, así que de momento puedo respirar tranquila. Me ducho con rapidez para estar el menor tiempo posible de pie y al salir del baño veo que Julia ya está despierta.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna —sonrío—. Todo parece estar en su sitio.

—Quizás sería bueno que llamases a la doctora para que te vuelvan a valorar. Sería una pena que estuvieses ahí tumbada todo el tiempo sin necesidad. Dijo que te levantaría el reposo cuando desapareciese el sangrado.

—Uff, no sé, tenía la consulta llena. Ya fue un milagro que nos hiciese hueco antes de que nos marchemos.

—Por intentarlo no vas a perder nada.

—Tienes razón.

Hablamos durante varios minutos más y cuando llega una hora prudencial marco su teléfono. Tras explicarle que el manchado ha desaparecido y que en ningún momento he sentido dolor revisa su calendario y me cita para dentro de unas horas. Alguien ha anulado su consulta y no duda en agendarme en su lugar. Nos despedimos y al colgar choco las manos con Julia. No he podido tener más suerte.

Mientras baja a desayunar con Nerea reviso el teléfono y veo que Valentin me ha escrito, pero al tenerlo en silencio no me he dado cuenta hasta ahora.

Valentin: *Bonjour, Valeria. ¿Cómo has amanecido esta mañana?*

Con una gran sonrisa en la boca, le respondo.

Valeria: *Bonjour, Valentin. Estoy perfecta, gracias por preocuparte. ¿Y tú?*

Apenas tarda un par de minutos en responder, pero lejos de escribirme, como creía, me envía la foto de una caja repleta de *macarons* de todos los colores, provocando que mi boca se haga agua al instante.

—Santo Dios. —Comienzo a babear sin control ante la imperiosa necesidad de llevar uno a mi boca. ¿Qué diablos me está pasando? Nunca me había sentido tan ansiosa por algo.

Cuanto más trato de sacarlo de mi cabeza más necesidad tengo de comerlos y, aunque siento vergüenza, no puedo evitar escribirle de nuevo.

Valeria: *¡Los necesito! ¡YA!*

Cierro los ojos pensando en esa delicia y los abro al escuchar que ha respondido.

Valentin: *Acabo de salir de la ducha. En cuanto me vista te los llevo :).*

Ni siquiera me paro a leer su frase completa. Sus últimas tres palabras son suficientes para mí.

Sabiendo que no debería tardar en venir, vigilo continuamente la

puerta y cuando escucho pasos siento ganas de gritar al ver que no es Valentin con la caja de dulces, sino Julia y Nerea.

—¿Te pasa algo? —preguntan al ver mi gesto decepcionado y, sin ningún tipo de reparo, se lo cuento.

—¡Un antojo! —Julia carcajea—. Estás teniendo tu primer antojo. Mi madre decía que eran terribles y se sentía capaz de dar un brazo a quien le consiguiese lo que quería.

—Yo tengo uno aquí. —Nerea se levanta la ropa y vemos una pequeña mancha color café a la altura de la cadera—. Mi madre siempre dice que es un pastel de fresa.

—¿Cómo? —No entiendo a qué se refiere.

—Las ancianas de mi pueblo aseguraban que si una madre tenía un antojo y este no se complacía, el bebé nacería con una mancha en la piel.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Mi madre dice que al ver los pasteles y no poder conseguir uno puso, cabreada, su mano en la cadera, y aquí está. —Vuelvo a mirarlo y realmente parece lo que dice. Tiene forma de pastel.

—No te toques la cara por si acaso —bromea Julia—, no nos vaya a salir con antifaz —carcajeamos.

—Pues yo sí creo en estas cosas. —Nerea se coloca la ropa—. Pon tu mano en algún lugar estratégico y lo comprobamos cuando nazca.

—¡Eso! —me anima Julia—. Piensa en los *macarons* y tócate la planta del pie. Al menos ahí no se le verá.

—No me puedo creer que me hayáis convencido para esto —digo mientras lo hago y reímos las tres—. Todo sea porque el niño no se parezca al Zorro.

—O a un mapache —Volvemos a reír y Valentin aparece tras la puerta.

—Hola, chicas, ¿de qué habláis? —nos pregunta mientras nos miramos cómplices.

—De animales —responde Nerea.

—Interesante —bromea mientras se acerca—. Toma. —Me entrega la caja—, para que sacies tu antojo con los dulces.

—¿Mi qué? —Siento la sangre correr por todo mi cuerpo.

Miro a las chicas, están tan asombradas como yo.

—Tu antojo —repite en tono burlón—. Me lo pediste con tanta ansia que me recordaste a una embarazada.

—Am… ah… —Finjo reírme, pero no soy capaz—. Ya, ya.

Entiendo. —Vuelvo a intentarlo, pero de mi boca solo sale algo parecido al gemido de una tortuga.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Es solo que no estaba entendiendo a qué te referías.

—Vamos a eso, Nere —habla Julia y sé por qué lo hace.

—¿A qué? —Nerea, como es normal, no sabe de qué le habla.

—A eso que… hemos dicho antes.

—Pero ¿a qué? —Veo el momento exacto en que Julia le pega un codazo en el costado y Nerea sale de su estado—. Ah… ¡Ah! A eso… Sí, vamos.

Se ponen de pie a la vez y nos dejan solos.

—¿Has podido dormir algo más? —Valentin cambia de tema, y se lo agradezco. Ayer le comenté que extrañaba la cama y me costaba conciliar el sueño.

—Sí. Hoy he dormido mejor. —Me revuelvo cuando se sienta a mi lado. Sé que no tiene ni idea, pero la impresión del susto sigue conmigo.

Coge el mando del televisor para conectarlo y mientras hablamos le explico que en un rato volveré a visitar al digestivo. Al igual que hizo la última vez, se ofrece a llevarme e insiste tanto que no puedo decirle que no. Mientras vuelva a esperarnos en el coche no habrá problema.

Un par de horas después Julia, Nerea y yo estamos en la consulta mientras Valentin permanece en el coche. Marcus estaba esperando una videollamada importante y ha tenido que quedarse. Hubiésemos podido venir solas porque está relativamente cerca de la casa, pero se ha empeñado en traernos y no ha habido forma de negarse.

—Desnúdate de cintura para abajo y súbete a la camilla —me pide la doctora y cuando estoy lista comienza con la exploración—. Esto ya me gusta más —dice al comprobar que, como le adelanté por teléfono, ya no hay manchado. Cuando escucho de nuevo el corazón del bebé el mío salta de gozo y me vuelve a pasar lo mismo. Seco mis lágrimas, embargada por una intensa sensación de amor y al mirar hacia el monitor, se mueve y la doctora ríe—. Tan pequeño y ya apunta maneras —bromea—. Está perfecto —indica mientras se quita los guantes y me hace un gesto para que me levante.

—¿Eso quiere decir que ya no tengo que guardar reposo?

—Por precaución deberías continuar unos días más. Al menos con reposo relativo, porque al no saber con exactitud qué es lo que ha ocurrido no podemos relajarnos. Durante, al menos, una semana más,

procura no hacer ningún esfuerzo.

—Y… ¿caminar? ¿Puedo caminar? —Necesito saber si al menos puedo salir de casa.

—Sí, caminar sí, pero a un ritmo normal y sin sofocarte. Nada de caminatas. No cojas peso y olvídate de hacer ejercicio.

—De acuerdo… —Eso me da margen para salir de la cama—. ¿Y viajar?

—Viajar… —Niega con la cabeza y mi estómago se anuda—. Ahora mismo no. Son demasiadas horas hasta España.

—Sería dentro de unos días… —le recuerdo, angustiada.

—Es cierto. —Revisa la pantalla de su ordenador—. Todavía no he anulado la cita que tenías prevista para dentro de unos días. ¿Qué tal si te pasas para entonces y vuelvo a valorarte? Si todo sigue bien no debería de haber problema.

—Genial. —Levanto la vista hasta las chicas y asienten.

Recogemos todos los papeles que ha dejado sobre la mesa y cuando salimos de la consulta, al levantar la mirada, mi corazón da un vuelco y me quedo paralizada.

—¿Qué ocurre? —me pregunta Julia y solo tarda un segundo en ver lo mismo que yo—. Mierda… —balbucea.

—¡Joder! —Nerea se detiene en seco y las tres aguantamos la respiración.

—¿Qué hacéis vosotras en esta consulta? —Valentin rasca su cabeza mientras nos sonríe extrañado desde el mostrador.

—Nosotras… Em… ¿Qué? ¿Qué haces tú? —Estoy tan conmocionada que no sé qué responder. Miro a las chicas buscando su ayuda, pero están peor que yo.

—¡Hola, cariño! —La doctora habla a nuestra espalda—. ¿Qué haces aquí? No te esperaba.

—Hola, mamá —responde y abrimos la boca tanto como los ojos—. Estaba por aquí cerca y quise pasar a saludarte.

Capítulo 19

—¿Estarás mucho tiempo por aquí? —le pregunta la madre, pero apenas la escucho, estoy tan conmocionada que ni siquiera puedo parpadear—. Si te apetece podemos comer juntos después.

—No, No. Nosotros nos vamos ya, solo vine a traer a Valeria y a las chicas, pero… se supone que estaban en otra consulta. Veníais al digestivo, ¿verdad? ¿Eso no está en esa clínica? —Señala hacia la ventana y se rasca la cabeza de nuevo—. ¿O es que estoy confundido?

—Un momento. —Su madre lo interrumpe—. ¿Conoces… a estas chicas? —Nos mira—. ¿Ellas son las que dijiste anoche que se estaban alojando en casa de Marcus? —Levanta una ceja y siento que el corazón se me para.

—Sí —sonríe—. Qué casualidad, ¿verdad?

—Demasiada… —La doctora suspira sonoramente expulsando el aire por la nariz.

—Nos conocimos en España —continúa mientras me sonríe.

—¿En una de tus fiestas? —Parece que está al tanto de lo que hace cuando viaja.

—Sí. —Su rostro se colorea—, pero en mi defensa diré que esta la organizó Marcus, así que a mí no me culpes.

—Oh, Dios mío… —Niega con la cabeza—. ¿Y cuánto hace… de eso?

—Pues no lo sé, mamá, pero ¿qué más da cuánto haga? Eso es lo de menos.

—¿Cuánto hace de eso, Valeria? —Mi vello de mi piel se eriza.

—Unos… tres meses, más o menos... —Expulso el aire de mis pulmones y veo en sus ojos el momento exacto en que ata cabos.

—¡Ay, señor! —La mujer cubre su pecho con las manos y respira como si estuviese comenzando a faltarle el aire.

—¿Qué pasa? —pregunta Valentin al notar la tensión que se está generando.

—No ocurre nada, hijo. —La madre me mira y puedo notar la angustia en su rostro—. No ocurre nada…

Busco a las chicas con la mirada, están escuchando la conversación con atención. Si no me tachasen de loca podría jurar que hasta están disfrutando.

—¿Entonces? Sigo sin entender... ¿Por qué están en tu consulta en vez de en la consulta del digestivo? ¿Te han mandado aquí?

—Sí. ¡Sí! —se adelanta su madre—. El digestivo las ha derivado aquí… ¿verdad? —La doctora aprieta los labios frente a mí y no me queda más remedio que asentir, apoyando su mentira.

Esto es irreal. ¿Por qué le está ocultando la verdad? ¿Será que primero se quiere asegurar?

—Y… Bueno, ¿cómo está todo? ¿Estás bien? —me pregunta ahora a mí.

—Demasiado bien —se vuelve a adelantar su madre y, aunque intenta disimular, se puede notar que está agitada.

—Oh, eso es genial. Entonces, ¿ya no tiene que guardar reposo? —le vuelve a preguntar al notar que es ella quien responde.

—Sí, tiene que hacerlo unos días más, así que procurad entre todos que no se mueva demasiado —le indica en tono serio—. Cuídate bien, Valeria. —Cada vez que se dirige a mí el cuerpo se me tensa—. Llámame cuando estés sola —susurra a la vez que finge una sonrisa para dar paso a la siguiente pareja.

En total silencio, salimos de la clínica y Valentin se detiene para mirarnos.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido ahí dentro? A mi madre le pasa algo raro y vosotras no parecéis las mismas que hace un momento veníais conmigo.

—No ha pasado nada, es solo que estamos cansadas —añade Julia porque yo no puedo. Sigo en *shock*.

Nerea me mira y, por cómo lo hace, sé que está pensando lo mismo que yo. Ya no hay marcha atrás y esto tiene que explotar por algún lado. Voy a esperar a llamar a la doctora como me ha pedido, pero por la forma en que ha indagado estoy segura de que ya lo ha intuido.

Al llegar a la casa, y con la excusa de cambiarnos de ropa, las tres nos las ingeniamos para quedarnos solas en la habitación y cuando cerramos la puerta Nerea y yo colocamos nuestras manos en el pecho mientras que Julia lo hace sobre su frente.

—¡¿Y ahora qué hacemos?! —pregunto mirando la puerta.

—La abuela lo sabe. —Nerea se mueve sin parar por la habitación —. Está clarísimo que lo sabe.

—Y si no lo sabe se lo huele… —Julia se coloca frente a mí—. Si hasta le ha preguntado a Valentin el tiempo que hacía que os conocíais para calcular. No hace falta ser muy lista llegar a una conclusión.

—Y ni siquiera podemos marcharnos de aquí —lloriqueo—. Dios mío… —Mi pulso se acelera al sentirme atrapada y miro al vacío con

el cuerpo tembloroso—. No pienso salir de esta habitación hasta que me pueda ir a España. Me da igual que pueda caminar o no. No pienso atravesar esa puerta. —Me cubro la cara con la almohada.

—Bueno, vamos a relajarnos y usemos un poco la sensatez —trata de calmarme Julia al ver el estado en que me encuentro—. Vinimos hasta aquí con un propósito, ¿recuerdas? La idea desde el principio era decírselo, así que si se lo cuenta su madre es trabajo que nos ahorra. Ya no es nuestro problema cómo se lo tome, porque con su apoyo o sin él tú ya has tomado la decisión más difícil.

—Todo eso sonaba muy bien antes de conocerlo... —Dejo salir un suspiro y las dos me miran.

—¿Por qué dices eso? —interviene Nerea—. Oh, mierda… No será que… Valeria… ¿Valentin te gusta?

—Me cae bien, ¿vale? —Miro al suelo notando cómo se me encienden las mejillas.

—Mierda… es cierto. ¡Te gusta! —afirma Julia.

—No sé si es esa la palabra, ¡joder! —Levanto el tono al sentirme atacada—. Es solo que me parece alguien muy agradable y sería genial que mi hijo tuviese la oportunidad de conocerlo.

—Ya, pero eso no es algo que puedas elegir tú. Debe ser él quien tome la decisión, y sea cual sea tendrás que aceptarla. —Julia busca de nuevo el equilibrio.

—Lo sé…

—Entonces, ¿qué hacemos? —Nerea coloca las manos en su cintura —. ¿Se lo decimos ya?

—¡No me agobies! —la riño—. Quiero hablar primero con su madre.

—Chicas, ¿bajáis a comer? —Marcus toca nuestra puerta y, sobresaltadas, saltamos a la vez.

—Id vosotras porque yo estoy tan alterada que no seré capaz ni de mirarle a la cara —susurro—. Si os pregunta decidle que estoy cansada y quiero dormir.

—Vale, ahora te traemos algo —dice Julia, comprendiendo cómo me siento—. Si quieres, aprovecha y llama a su madre ya. No encontrarás otro momento mejor.

Asiento antes de que me dejen sola y, con los dedos temblorosos, busco su teléfono en la agenda. Inspiro profundamente antes de pulsar sobre el botón y, sin saber muy bien qué le voy a decir, me preparo para lo peor.

—Hola, Valeria. —Descuelga al primer timbre. Sabe que soy yo,

debe de haber agendado mi número.

—Hola, doctora. —Mi voz tiembla.

—¿Estás sola?

—Sí, estoy sola. —El corazón me late en la garganta; esto no debe ser nada bueno para mí.

—Lamento esto, pero necesito hacerte unas preguntas porque desde que os habéis ido no puedo sacármelo de la cabeza.

—Hágalas —indico adivinando a qué se refiere.

—¿Tiene mi hijo algo que ver con el bebé que esperas?

Mis nervios aumentan. ¿Cómo diablos se lo digo? Esto no estaba en mis planes.

—Es… posible —decido no mentir. ¿Para qué? Al final se va a saber.

—Oh, Dios mío… ¿Valentin es el padre? —Su voz tiembla.

—Sí… lo es. —Trago saliva. Me gustaría poder extenderme más, pero no puedo.

—¿Y qué has pensado hacer con el bebé? ¿Lo vas a tener?

—Sí, voy a tenerlo —respondo con seguridad para que entienda que sea cual sea su postura la decisión es mía y me va a dar igual que piense que soy una interesada.

—Vas a tenerlo… —repite en un suspiro y no logro descifrar si eso es algo bueno o malo—. Está bien. Es tu decisión y nadie debe interferir. ¿Valentin lo sabe ya?

Su reacción me sorprende. Esperaba algo mucho peor.

—No, todavía no sabe nada. He venido hasta aquí para eso; quería decírselo a la cara, pero no me he atrevido aún.

—Madre mía. —Casi puedo escuchar cómo hiperventila—. Mi hijo y tú ¿os amáis?

—No, apenas nos conocemos. Como ya le dije, fue una noche loca y… bueno, me pilló totalmente de sorpresa.

—¿Solo os visteis esa noche?

—Sí, solo esa vez, pero bebimos demasiado, y lo demás ya lo sabe.

—Valeria, sé sincera. —Toma aire—. ¿Qué buscas?

—¿Cómo que qué busco?

Mis cejas se fruncen ante el claro presentimiento de que no me va a gustar lo que vendrá después.

—¿Buscas dinero?

—¡No! ¿Cómo puede decir algo así? Me está ofendiendo con eso.

—Vale, pues si no buscas dinero, ¿qué es lo que quieres?

—Doctora, me estoy empezando a sentir insultada —la aviso mientras me revuelvo en la cama—. No sé con qué clase de personas está acostumbrada a tratar usted, pero yo no soy así. Vine hasta aquí con el único propósito de que Valentin me ayudase a decidir. Él es el padre y, como tal, debe, al menos, saberlo. Aunque tenía mil dudas no me hubiese importado llevar a término el embarazo si él estaba dispuesto a quedárselo, pero después de escuchar su corazón ya no necesito tomar ninguna decisión porque voy a quedármelo yo.

—¿Tienes medios para mantenerlo?

—No muchos, pero me las arreglaré. Seguro que mis padres me echan una mano.

—¿Y dónde vas a vivir con él? Comentasteis en la consulta que vivíais juntas para ahorrar en el alquiler.

—Sí, pero, como ya le digo, me las arreglaré. —No sé cómo tomarme sus preguntas.

—¿Puedo pedirte un favor? —Su tono cambia.

—¿Cuál?

—No se lo cuentes a Valentin.

Parpadeo al escucharla y no puedo evitar tragar saliva. Mi garganta se ha quedado seca. Me esperaba cualquier cosa menos eso.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo hagas, ¿de acuerdo?

—Pero debe saberlo…

—No. No debe saberlo. —Hace una pequeña pausa—. Si guardas el secreto yo misma me haré cargo del bebé y no os faltará de nada.

Capítulo 20

Tras pedírmelo de nuevo, se despide de mí para seguir atendiendo a sus pacientes y, aunque escucho el momento en que cuelga, continúo con el teléfono apoyado en la oreja. Soy incapaz de procesar lo que acaba de ocurrir. No me puedo creer que me haya pedido algo así. Miro al vacío durante varios minutos y cuando por fin logro reaccionar, dejo el teléfono en la mesilla.

—Esto es demasiado —balbuceo para mí.

¿Qué hago ahora? ¿Hasta dónde es razonable que una madre prive a su hijo de una noticia así? ¿Será que conoce cuál será su reacción y teme lo que pueda ocurrir? No me ha dado ninguna explicación, pero en su voz, aunque ha intentado mantenerse serena, he podido percibir angustia.

Nerviosa porque mis amigas regresen, la siguiente hora se me hace eterna, y cuando por fin aparecen lo comento con ellas.

—No puede ser… —Nerea pestañea, confundida.

—Pero ¿te ha dado alguna razón? —Julia trata de buscarle una explicación.

—No, solo ha insistido en que no se lo diga, y es demasiado extraño.

—Muy extraño. ¿No le habría resultado más fácil pedirte que abortes?

—No… Esa mujer está harta de ver en su consulta cómo las madres se aferran a sus hijos y después de notar mi preocupación sabe que esa opción es inviable conmigo.

—Pues yo se lo diría al padre ahora mismo —comenta Nerea—, ya solo por joder —ríe—. A mí nadie me dice lo que tengo que hacer, y menos una señora a la que no he visto en mi vida.

—Opino lo mismo —interviene Julia—. Total, nos las íbamos a arreglar igual. Nunca has necesitado a esa doctora y no la vas a necesitar ahora. Podemos hacer todo como habíamos planeado al principio. Solas.

—Lo sé, pero ¿y si es por alguna razón importante que se nos escapa? Creo que primero deberíamos investigar.

—A mí solo se me ocurre que quiere proteger a su hijo para que siga viviendo libre su vida de rico —expresa Nerea, cabreada.

—Vuelvo a estar de acuerdo —pronuncia Julia.

—Seamos prudentes. Si algo tengo claro es que Valentin sin saberlo no se va a quedar. Es el padre y solo a él le corresponde decidir. Y esa

mujer ya me puede ofrecer todo el oro del mundo. —Acaricio mi barriga—, que al final haré lo que me dé la gana, pero en el momento oportuno.

—Bien dicho —se adelanta Julia—. Sigamos con el plan de no traumatizar a Cupido —reímos.

—Pues yo sigo pensando que deberíamos bajar las tres ahora mismo y soltárselo del tirón. —Nerea no se queda conforme.

—Si por ti fuese irías infartando a la gente —bromeo. Le encanta ver el mundo arder.

—Esto es igual que depilarse con cera, o lo haces de un tirón o luego duele más.

—¡Nere! —la llama Marcus desde la planta de abajo y sale a hablar con él.

Unos segundos después grita entusiasmada y regresa.

—Los chicos quieren que salgamos a dar una vuelta. Dicen que nos van a enseñar la ciudad.

—No. Yo no. —Hago un gesto de negación con las manos en su dirección—. Id vosotras, yo no me atrevo.

—Valeria, ya lo hemos hablado. —Julia intenta hacerme entrar en razón—. Todo está igual que al principio, así que relájate.

—No, no lo está. Su madre lo sabe.

—¿Su madre? —se jacta—. Su madre después de lo que te ha dicho no creo que tenga ninguna intención de contárselo.

—Vamos, Valeria. —Nerea pone cara de pena—. Será genial. Iremos en coche a todas partes y, aunque en un momento dado bajemos para ver algo, solo serán un par de minutos. Todos conocemos las indicaciones de la doctora y te prometo que no te presionaremos para hacer ningún esfuerzo.

Se muestran tan entusiasmadas que no sé decirles que no y, como ha asegurado Julia, no debería haber ningún problema. Valentin sigue sin saber nada y todo lo demás es solo producto de mi cabeza.

Media hora después ya estamos en el espectacular *Tesla* de Marcus y comienza la ruta.

—¿Qué queréis ver primero? —pregunta Valentin.

—No conocemos nada, así que cualquier cosa estaría bien —respondo mirando por la ventana. Todavía me cuesta mirarle a la cara, incluso a través del retrovisor.

—Vayamos a Vauban —comenta Marcus.

—Sí, es un buen lugar para empezar. Les encantará.

Como bien anunció Valentin, las tres quedamos asombradas al descubrir las increíbles calles que llevan a la colina, donde se encuentra la basílica neobizantina de Notre-Dame de la Garde, pero si algo nos enamora aún más son las preciosas vistas al mar, flanqueadas por unas maravillosas casas, en las que destacan sus techos rojos.

—¿Qué te parece? —Valentin se acerca a mí mientras observo la fachada de la enorme basílica—. ¿Sabes que estás ahora mismo en uno de los lugares más famosos de Marsella?

—No tenía ni idea —comento mientras observo la enorme estatua dorada de la Virgen María con el Niño, que corona el campanario.

—Este es el punto más alto de la ciudad y desde ahí arriba se puede ver casi toda Marsella. —Eleva el rostro—. Dicen que esta basílica se divisa incluso desde la Giralda de Sevilla.

—¿Qué?

—Suena loco, ¿verdad? —ríe—. No sé si será cierto o no, pero lo he escuchado cientos de veces.

—¡Valeria! —me llama Julia y la busco con la mirada—. Vamos a bajar ahí un momento. —Señala algún lugar que no logro distinguir—. No tardamos, ¿vale?

—Vale —confirmo mientras se aleja. Seguramente van a caminar demasiado y prefieren que las espere—. Estaré bien —les indico para que vayan tranquilas.

—Sí, estará bien. Yo la protegeré —río al escuchar lo que Valentin les acaba de decir y me mira haciéndose el ofendido—. ¿Crees que no podría hacerlo? —Retira la manga de uno de sus brazos y me lo acerca —. Esto es puro acero, señorita, y, además, sé lanzar patadas giratorias. —Alza las cejas al ver mi expresión—. Una vez tuve que lanzar una… —Las vuelve a levantar y prosigue tras una minúscula pausa— Desnudo…

—¿Qué? ¿A quién? —carcajeo. No me puedo imaginar la escena.

—A una avispa que quería picarme.

—¡Venga ya! —río de nuevo. Es lo último que esperaba escuchar.

—Y ¿sabes lo peor? —continúa sin esperar a que le pregunte—, que la maldita avispa me ganó.

—¿¿Qué?? —Al menos lo admite.

—Me caí y me picó.

—¡¿Qué?! —No me puedo creer que me esté contando esto—. ¿Dónde te picó?

—No preguntes…

—¡¿Dónde?! —La intriga puede conmigo.

—No te lo pienso decir.

—¡No! —Abro los ojos como platos al darme cuenta de que sus mejillas están rojas—. Dime que no te picó… ahí.

—He dicho que no te lo pienso decir —ríe, delatándose.

—Dios mío… —Mis costillas comienzan a doler por la risa.

—No pude cerrar las piernas en dos semanas —confiesa.

—¡No! —Mis ojos se llenan de lágrimas.

—Ojalá las naranjas que tenéis en Valencia creciesen tanto.

—¡Valentin! —le riño. O se detiene o moriré asfixiada.

—Está bien —dice al ver que apenas puedo mantenerme en pie—. Vayamos a sentarnos, anda. —Tira de mí mientras me desternillo de risa y llegamos a un banco de madera.

—Madre mía —jadeo, acomodándome—. Se supone que no debería hacer esfuerzos…

—Te dije que no preguntaras.

—Ya… Lo siento —comienzo a reír de nuevo, pero esta vez logro controlarme antes y cuando elevo la mirada me encuentro con la suya.

—¿Te han dicho alguna vez lo bien que te sientan las sonrisas? —Al escucharle mi corazón da un vuelco—. Deberías lucirlas más.

—Vaya, no sé qué decir a eso. —Un extraño calor me recorre el cuerpo.

—Valeria. —Carraspea—, ¿puedo preguntarte algo? —Su gesto se vuelve más serio y eso me asusta.

—Claro… —Tomo aire con disimulo.

—¿Te ocurre algo?

—¿Eh? No. ¿Por qué dices eso? —Me revuelvo en el banco.

—No sé, quizás se deba a que todavía no te conozco lo suficiente, o simplemente es una percepción mía, pero juraría que hay tristeza en tus ojos. Lo llevo notando desde que llegaste. —Aprieta los labios en una línea recta—. En las fotografías que tenemos juntos tu mirada se ve mucho más alegre.

—Quizás se deba a la cantidad de alcohol que corría por mis venas…

—No lo sé. Quizás sea eso —sonríe poco convencido—, pero si necesitas cualquier cosa quiero que sepas que puedes contar conmigo.

—Lo tendré en cuenta. —Le devuelvo la sonrisa y baja la mirada

hasta mis labios.

—¿Sabes? A menudo pienso en aquella noche. —Busca con sus ojos los míos—. Quizás más de lo que debería y no puedo evitar preguntarme algunas cosas.

—¿Cómo qué?

—Em… nada. Olvídalo. Son tonterías que no llevan a ninguna parte.

—Si piensas tanto en ello como dices no creo que lo sean.

—Es solo que… No sé. ¿Tú no sientes cómo que…? —le cuesta hablar y traga saliva—. ¿Tú no sientes cómo que…? —Se rasca la cabeza—. ¿Cómo que algo nos une? ¿Que compartimos algo más que la amistad que se está forjando entre nosotros? —Expulsa el aire y yo hago lo mismo. Si él supiese…—. Es raro, pero cuando estoy contigo me siento cómodo, como si te conociese desde siempre. De toda la vida. —Niega con la cabeza y entiendo esa sensación mejor de lo que cree—. Bah, no importa. Dejemos este tema para otro día. Seguro que te estoy agobiando con tantas tonterías.

—No lo haces. —Coloco la mano sobre la suya y vuelve a mirarme —. Yo también me siento así contigo. Me resulta agradable tu compañía.

—Nunca te perdonaré que no me quisieras dar tu número —bromea.

—Ya lo tienes —me burlo.

—Pues pienso usarlo, que lo sepas.

—¿Y quién te ha dicho que no lo hagas? —murmuro.

Entonces nuestros hombros chocan y mi respiración se acelera.

—Oh… Entonces te llamaré todos los días.

—Atenderé tus llamadas con gusto.

—Te escribiré todas las noches.

Se acerca aún más a mí y al sentir un hormigueo en el estómago me humedezco el labio inferior y nos miramos fijamente.

—No tendré problema en responderte.

—Querré ir a verte…

—Entonces te esperaré.

—¿Y si cuando te tenga delante me muero por besarte?

—Quizás deje que lo hagas...

Su mano atrapa mi pelo y cuando noto la fina piel de sus labios tocando los míos escucho a mis amigas hablar.

—Mierda. —Cierro los ojos con fuerza.

¿Qué ha pasado? ¿Cómo diablos hemos acabado así? Seguro que lo han visto todo.

Capítulo 21

Nos apartamos con rapidez y, aliviados, comprobamos que no nos hablan a nosotros, sino que están comentando algo sobre el campanario que vimos antes y no parecen haberse dado cuenta. Valentin me mira sonriente y, sonrojada, le devuelvo la sonrisa. Nuestros labios apenas se han tocado, pero puede considerarse un beso. No me cabe duda de que acabamos de vivir uno de esos «momentos» de los que tanto se habla cuando tienes sentimientos hacia otra persona.

—Valeria, ¿has visto la estatua? —me pregunta Julia, impresionada.

—Sí, es enorme, ¿verdad?

—Como enormes eran mis naranjas… —balbucea Valentin y carcajeo al escucharlo. Ya casi se me había olvidado y estoy segura de que lo ha hecho para recordármelo.

—¿Continuamos con la ruta? —Ahora es Marcus quien nos habla y, tras asentir, nos ponemos de pie.

Al llegar donde está aparcado el Tesla, los chicos hablan sobre visitar el puerto y, al ser Valentin quien conoce mejor la zona, Marcus le entrega la llave para que sea él quien nos lleve. Nada más abrocharme el cinturón levanto la mirada y sorprendo a Valentin observándome a través del espejo retrovisor. Al sentirse descubierto sonríe y, por instinto, desvía la mirada. Me encanta que haga eso.

Durante el trayecto ocurre, al menos, un par de veces más y comienzo a sentir en el estómago pequeños hormigueos. ¿Tendrá algo que ver que cada vez me parece más sexi?

—Frena. ¡Frena, Valentin! —Justo en el momento en que hacemos contacto visual una vez más Marcus grita, asustándonos, y antes de que Valentin detenga el coche escuchamos un pequeño golpe—. ¡Mierda! Te la has cargado…

—¿Qué? ¿A quién? —gritamos las tres a la vez.

—A la rata que acaba de cruzarse —responde Marcus.

—¡Ay, Dios! —Me cubro la boca mientras se bajan del coche.

Julia y Nerea no tardan en seguirlos y yo hago lo mismo.

—Pobre animal… —se lamenta Nerea.

—Es solo una rata. Y es enorme, joder… —se altera Marcus—. ¿Me ha roto algo? —pregunta mientras busca desperfectos en el lateral con el que la hemos golpeado.

—¡Qué insensible! —le riñe mi amiga—. Aunque sea una rata tiene

derecho a vivir, igual que tú.

—Pues vivir ya… me parece que no. —La empuja con el pie y, aliviado al no haber encontrado ningún rasguño, deja de inspeccionar el coche y abre la puerta del conductor—. Mejor conduzco yo, no pareces muy centrado hoy, querido Valentin —se burla y este le mira con complicidad. Ambos saben de qué hablan y yo también. Todo esto lo han provocado nuestras miradas furtivas.

—¿Tienes una bolsa? —pregunta Nerea antes de que Marcus suba al coche.

—¿Una bolsa? ¿Para qué? —La mira, extrañado.

—Para la rata.

—¿Piensas llevártela a casa?

Julia y yo reímos por lo bajo. La conoce poco, pero ya la cree capaz de cualquier cosa.

—¡Sí! Quiero hacerte un guiso con ella. —Al ver que Marcus la mira espantado, niega con la cabeza—. ¿Cómo crees que me la voy a llevar? Solo quiero apartarla de aquí. No me gusta la idea de que los coches la aplasten.

—¡Pero si ya no se entera! —Pestañea y hace un gesto con las manos de desconcierto.

—Pero yo sí y no quiero tener esa imagen todo el día rondándome en la cabeza. Prefiero que dejemos su cuerpo en un contenedor antes que aquí.

Marcus resopla y, comprendiendo que ante la petición de mi amiga no hay nada que hacer, saca del maletero una bolsa de *Louis Vuitton*. La abre delante de Nerea y dentro hay una preciosa caja vacía de la misma firma en la que parece que antes había un bolso de hombre.

—Toma. —Se la entrega—. Será la envidia de todas las ratas del barrio.

—Ayúdame, anda —le pide y entre los dos meten al animal, primero en la caja y después en la bolsa—. ¿Dónde hay un contenedor por aquí?

—Ahí enfrente tenéis uno. —Julia lo señala y cuando Nerea comienza a caminar hacia él, una moto en la que viajan dos personas pasa a toda velocidad por su lado y, sin darle tiempo a nada, el que va detrás estira el brazo y le arranca la bolsa de las manos.

Nerea nos mira inmóvil y ninguno de los que estamos allí somos capaces de reaccionar. Varios segundos después la risa ahogada de Valentin rompe el silencio y acabamos estallando todos en fuertes carcajadas.

—No puedo con esto. Si me lo cuentan no me lo creo. —Valentin apenas puede mantenerse en pie—. Los muy imbéciles al ver la bolsa han creído que… —Cruza los brazos alrededor de su estómago—. Su cara… Su cara cuando descubran lo que hay dentro…

—Dios mío. —Marcus se seca los ojos—. Me ahogo.

Julia y yo, extenuadas por las risas, miramos a Nerea; parece una muñeca de tela, no es capaz de mantenerse en pie. Reímos y reímos durante varios minutos más y cuando por fin logramos controlarnos solo tenemos que mirarnos para volver a empezar.

Agotados, logramos subir al coche, pero todavía nos cuesta un buen rato serenarnos. Todos coincidimos en que jamás habíamos vivido algo tan cómico y triste a la vez.

Durante las siguientes dos horas visitamos varios lugares más y las chicas, al notar que estoy empezando a cansarme, sugieren volver a casa. En el camino de vuelta Valentin recibe una llamada y cuando lee el nombre de Nicolle en la pantalla lo silencia antes de volver a guardárselo.

—Ya no sé cómo decirle que me deje en paz —balbucea.

—Nicolle está acostumbrada a conseguir todo lo que quiere. No dejará de intentarlo.

En ese momento su teléfono vibra en el bolsillo y vuelve a sacarlo.

—Acaba de escribirme.

—¿Qué quiere?

—*Ta mère*… —Al darse cuenta de que está leyendo en francés lo relee traduciendo al español para que nosotras también podamos comprenderlo—: «Tu madre acaba de invitarme a cenar. Nos vemos esta noche».

—Oh… Oh… —Marcus le mira un segundo antes de volver la atención a la carretera—. Creo que tienes un problema, amigo.

—No entiendo nada... —Niega con la cabeza—. Anoche le comenté a mi madre que estábamos mal. ¿Por qué diablos ha hecho algo así? Ni siquiera me lo ha consultado, como otras veces.

Julia presiona el codo entre mis costillas y entiendo perfectamente lo que me quiere decir. Empiezo a sospechar que la madre de Valentin está intentando evitar que se separen y por eso me ha pedido que mantenga en secreto mi embarazo.

Un horrible calor se apodera de mi cara y comienzo a sentirme mal. Abro unos centímetros la ventanilla, pero no es suficiente. Angustiada, comienzo a darme aire con la mano y un sudor frío me recorre la

espalda.

—Marcus, ¿puedes aparcar un momento? Estoy empezando a encontrarme mal. —Apenas pronuncio la frase se detiene y comienzo a sentir unas fuertes náuseas.

Coloco los dedos en la manilla para abrir y cuando empujo la puerta Valentin ya está al otro lado.

—¿Qué te ocurre? —me pregunta, pero estoy tan centrada en buscar un lugar donde vomitar que apenas lo escucho.

—Quédate ahí —le pido sabiendo lo que está a punto de ocurrir y cuando me inclino en las raíces de un árbol noto cómo enreda mi cabello en sus manos para sujetarlo.

Cuando termino Julia me ofrece un poco de agua que lleva en el bolso y, tras aclararme la boca, tomo un par de bocanadas de aire para relajar el estómago. Avergonzada, le miro y, esperando encontrar en su rostro un gesto de asco, simplemente sonríe apenado.

—¿Te sientes mejor?

Asiento mientras me ofrece un pañuelo.

—No debí haber mirado tanto tiempo por la ventana —miento.

—¿Prefieres ir delante?

—No, no. Ya estoy bien, tranquilo. Ha sido solo un mareo.

Me giro para regresar al coche y antes de que pueda dar un solo paso rodea mi cintura con el brazo. Está siendo un momento bastante bochornoso para mí, pero debo admitir que me agrada que sea tan atento.

Me acompaña hasta el coche y cuando se asegura de que ya estoy sentada se aparta y veo cuchichear entre risas a Julia y Nerea. Al darse cuenta de que las estoy mirando ríen y me levantan las cejas. No se les escapa nada.

Al llegar a casa vuelve a preocuparse por mí y me acompaña hasta la habitación.

—¿Sigues encontrándote mal? ¿Necesitas agua? ¿Quieres otro cojín? —habla con rapidez mientras me acomodo en la cama.

—No necesito nada, tranquilo —río. Me hace gracia verle así.

—¿Tienes frío? —Abre el armario—. ¿Te alcanzo una manta?

—No. Estoy bien —vuelvo a reír—. Solo ha sido un mareo, pero ya se me ha pasado.

—¿Te ocurre a menudo?

—Últimamente sí. —Expulso el aire por la nariz—, pero es algo temporal. En unos meses estaré como nueva.

—Pero ¿qué es lo que tienes? ¿Una gastritis?

—Una gastritis o algo parecido —responde Nerea a la vez que entra por la puerta. Debe de habernos escuchado desde el pasillo—. Todo empezó con una indigestión, ¿verdad? —La muy cabrona me mira mientras busca algo en mi maleta. No conozco a nadie que le guste tanto como a ella ponerme en aprietos.

—Sí. Sí. Todo empezó así… —Carraspeo tratando de atajar la conversación—. Todo empezó con una indigestión y se complicó…

—Se comió una salchicha en mal estado. —Mis ojos se abren como platos en su dirección—, y ahora está pagando las consecuencias.

—¿Una salchicha te hizo todo eso? —Valentin me mira sorprendido y Nerea, aprovechando que no la ve, se cubre la boca para enmudecer sus carcajadas.

—Sí. Debía de estar cargadita de bacterias… —digo mirándola de reojo y sale riendo de la habitación con una de mis camisetas.

Esto no quedará así. ¡Me las pagará!

Capítulo 22

A medida que pasa la tarde la madre de Valentin le llama y desde el pasillo le escuchamos discutir. Se queja de que la cena es una encerrona y, aunque protesta mil veces, al final accede. Por la forma en que ha ido corrigiendo el tono intuyo que le ha dicho algo importante porque ha pasado de negarse en rotundo a no quedarle más remedio que aceptar.

Cuando llega la hora de cenar Valentin se despide de todos y, asegurándose de que nadie nos ve, se acerca a mí con disimulo y deja un beso en la comisura de mis labios.

—Nos vemos en un rato. —Me guiña uno de sus grandes ojos antes de marcharse y, sin darme cuenta, sonrío embobada mientras dejo salir el aire de mi pecho.

—Fíjate, Nerea. —Julia me descubre y maldigo para mis adentros —, Valeria está suspirosa —ríen.

—Siempre estáis igual. —Chasqueo la lengua—. Una ya no puede ni respirar tranquila porque la acusan de cualquier cosa.

—Una cosa es respirar y otra lo que acabas de hacer. —Coloca la mano en su pecho y exagera imitándome—. Te pareces a Pepé Le Pew, la mofeta acosadora y pervertida que se pasaba el día suspirando por Penélope Pussycat.

—¡Y además era francés! —alza la voz Nerea, emocionada—. *¡Ah, el amor!* —la imita—. *Vive le amour!*

—¡Yo no lo acoso! ¿De dónde sacáis eso? —río—. Dejadlo ya, pesadas. Os recuerdo que Marcus está en la cocina y os puede escuchar.

Media hora después, y, mientras cenamos, lo hacemos en silencio. Los cuatro sabemos el mal rato que debe de estar pasando Valentin y nos apena no poder hacer nada para evitarlo.

—Marcus —comienza a hablar Nerea—, ¿crees que la madre le ha obligado a ir para intentar que vuelvan? —Como siempre, tan discreta.

—No me cabe duda —pronuncia mientras mastica.

—Pero ¿por qué se mete así? Es a Valentin a quien le corresponde tomar esa decisión.

Julia y yo miramos atentas. La verdad es que todo esto nos intriga.

—Cosas de ricos.

—¿Tan rico es? —No se da por vencida.

—¿Que si es rico? —Lanza una risotada al aire—. Más de lo que puedas imaginar. ¿Quieres ese trozo de pan? —De nuevo busca darle un giro a la conversación, pero Nerea, que tiene menos vergüenza que un gato en una carnicería, continúa.

—¿Tiene algo que ver su dinero con lo que está pretendiendo hacer su madre?

—Em… —Pestañea al notar que mi amiga va directa al grano—. No lo sé… quizás. No lo sé. Luego le preguntas a él.

—Pues yo estoy segura de que sí. —De un sorbo, Nerea se bebe medio vaso de vino y lo deja sin cuidado sobre la mesa—. Apesta a interés, ¿verdad? —Nos mira buscando nuestra respuesta.

Julia y yo, al no saber qué decir, agachamos la cabeza e ignoramos su pregunta. El sonido del teléfono de Marcus interrumpe la conversación y doy gracias al cielo. La situación se estaba volviendo demasiado intensa. Definitivamente, Nerea no tiene filtro.

—¿Qué pasa, Valentin? —Escucha y le observo atenta. No deja de preocuparme cómo puede estar sintiéndose. Odiaría que alguien me hiciese algo parecido a mí, y más si fuese mi madre—. Sí, ya estamos acabando. ¿Todo… bien? —Arruga las cejas mientras oye lo que le dice—. Claro. Aquí te esperamos.

Cuelga y nos mira.

—¿Qué ocurre? —Nerea vuelve a la carga, sin embargo, esta vez se lo agradezco. Yo también quiero saber, pero soy demasiado tímida para hacer lo que ella.

—Parece que las cosas no han ido bien, así que está viniendo para aquí.

—Qué mal… —resoplo.

No me gustaría verme en su lugar.

Un par de minutos después el timbre nos avisa de que ya está fuera y Marcus nos deja solas para ir a abrir.

—Nerea, córtate un poco —la reprende Julia—. Me estás haciendo pasar vergüenza. Se nota que Marcus no quiere hablar de ello y tú no paras de preguntar.

—Alguien debe sonsacarle, ¿no? —susurra—. ¿O acaso me vais a decir que no os pica tanto la curiosidad como a mí?

Al escuchar que entran, las tres adoptamos una postura más acorde para disimular.

—Hola. —Valentin rasca su cabeza y, aunque trata de fingir una sonrisa, en su rostro puede apreciarse el decaimiento—. ¿Qué tal ha

ido la cena sin mí? —Vuelve a curvar su boca, pero no es nada creíble.

—Mal, estos tres son unos aburridos —bromeo y cuando me mira puedo distinguir un pequeño brillo de emoción en sus ojos.

—Siéntate ahí si quieres. —Marcus señala la silla vacía que hay a mi lado—. ¿Has podido cenar algo?

—La verdad es que no —responde mientras se acomoda—. He salido de casa antes de que comenzasen a hacerlo. No he sido capaz de aguantar ni un minuto más allí.

—Entiendo… —Marcus se pone de pie—. ¿Qué prefieres? ¿*Ratatouille* o *boeufbourguignon*?

—¿Tienes algo más ligero? Después del mal rato que me han hecho pasar no tengo demasiada hambre.

—Puedo hacerte *une omelette* en un momento.

—Sí, eso estaría bien. Te ayudo.

Cuando va a ponerse de pie, Marcus le hace un gesto para que se quede donde está.

—Tranquilo, no tardo nada.

—¿Qué es *une omelette*? —pregunto mirando a ambos.

—Una tortilla de huevos. Lo que vosotros llamáis una tortilla francesa.

—Oh, qué interesante —río.

—¿Cómo te sientes? ¿Has vuelto a encontrarte mal? —se preocupa, al igual que estuvo haciendo toda la tarde.

—No, ya estoy perfecta.

—Eso es genial. —Me mira y algo en mi interior se agita.

No sé qué me gusta más de él, si sus voluptuosos y sensuales labios, su marcada mandíbula o sus hipnóticos ojos. Parece un dios griego, le iba al pelo el disfraz. Pero, sin duda, lo que más llama mi atención es su arrolladora y sensible personalidad. Cada día que pasa tengo más claro que si existe el hombre perfecto se debe parecer mucho a él.

Mientras cena su teléfono comienza a vibrar sobre la mesa y puedo ver el nombre de Nicolle en la pantalla. Pasados un par de minutos el de su madre, y así sucesivamente al menos tres veces más. Por suerte, tiene la melodía silenciada y apenas molesta.

—Valentin… —Marcus llama su atención—, acaba de escribirme Nicolle. —Señala su teléfono—. Sabe que estás aquí y quiere hablar contigo. Dice que si no atiendes las llamadas vendrá a buscarte con tu madre.

—Esto es increíble —habla al tiempo que niega con la cabeza—. Me

voy a dar una vuelta por ahí. —Se pone de pie—. Avísame cuando se marchen.

—De acuerdo.

—Voy contigo —digo sin pensar y cuando me levanto me mira alzando las cejas.

La verdad es que a mí también me ha pillado por sorpresa mi impulso, pero me apena enormemente que se vaya solo, y más cuando sé que su propósito es hacer tiempo hasta que Nicolle y su madre desistan. Algo me dice que las dos son iguales.

—¿No quieres descansar? —se preocupa.

—No, estoy bien. Ya viste que me pasé toda la tarde sin hacer nada.

—Está bien.

Sonríe ampliamente, no tiene que decirme lo mucho que le agrada que haya tomado esa decisión. Miro hacia mis amigas y al ver que ambas están sonriendo en mi dirección, casi puedo leerles la mente y sé que cuando regrese me acribillarán a preguntas.

—¿Dónde te apetece ir? —me pregunta cuando salimos a la calle—. ¿Quieres conocer algo más de la ciudad?

—No lo sé, ¿dónde hubieses ido tú?

—A ese parque de ahí.

Lo señala y puedo ver que está a escasos metros.

—Pues entonces vayamos.

Sonríe y tras asentir nos dirigimos al lugar.

Solo un par de minutos después llegamos a un estanque y nos acomodamos en unas piedras colocadas estratégicamente muy cerca de la orilla. Al sentarme las noto frías, pero la temperatura ambiental es perfecta. Inspiro profundamente y un maravilloso perfume a rosas inunda mis fosas nasales. Y es que, con razón, en Europa llaman a mayo el mes de las flores.

«Mayo», repito mentalmente. Me parece increíble que ya hayan pasado tres meses desde aquel loco y desastroso encuentro que me trae de cabeza.

—Cuando era pequeño —comienza a hablar y le miro— me encantaba venir a este parque. Marcus y yo nos pasábamos la mayor parte del día jugando aquí —explica a la vez que lanza una piedrecita al agua—. Y ahora de adulto se ha convertido en algo parecido a mi lugar de reflexión. Imagino que se debe a todos los buenos recuerdos que guardo. No lo sabe mucha gente, así que guárdame el secreto.

—Tranquilo —río.

—Este parque —mira todo a su alrededor— hace tiempo que se convirtió en uno de mis lugares favoritos.

—Yo también tenía un lugar favorito. —Curvo la boca, apenada, al recordarlo—. Amaba visitar la casa de mi abuela. Cada vez que entraba y percibía ese olor tan característico me cambiaba hasta el humor. Rezumaba paz y amor por cada uno de sus ladrillos.

—¡Ay, las abuelas! —Mueve la cabeza para confirmar—. Deberían ser eternas. Aún recuerdo cuando visitaba en España a la mía… murió cuando yo todavía era un niño, pero me acuerdo mucho de ella.

—¿De dónde era tu abuela?

—De Valencia.

—Oh, Dios mío —río.

—¿Qué ocurre? —Me mira con curiosidad.

—Ahora entiendo por qué conoces las naranjas de aquella zona.

—¿Te cuento un dato interesante?

—A ver…

Apenas le conozco, pero ya he notado que tiene alma de comediante y me espero cualquier cosa.

—La avispa me picó en este parque.

—¿Qué? —carcajeo—. ¿Eso es un dato interesante?

—Claro que lo es, ya lo verás… —Espera unos segundos y mis ojos se abren.

—¿Qué coño hacías desnudo en un parque público? —Arrugo las cejas al caer en eso.

—¿Ves? Sabía que te interesaría. Fue hace aproximadamente cinco años. Marcus y yo vinimos a fumar, no preguntes qué… —puntualiza y mi mente hace lo demás—, y mientras desvariábamos contándonos nuestras cosas vimos como un perro callejero al ir a beber se cayó en el estanque.

—¡Ay, no! —Me cubro la boca.

—Estábamos solos —continúa—, así que, aprovechando que nadie me vería, decidí quitarme la ropa antes de ir a por él. —Alisa los labios en una línea recta—, pero a la señora avispa no pareció hacerle demasiada gracia ver a un nudista frente a su casa y me atacó donde sabía que más me dolería.

—Dios mío. —Me ahogo por la risa.

—¿Y sabes lo peor?

—¿Hay algo peor?

—Que mientras yo chillaba el perro salió del agua como si nada.

—No puede ser… —Mis carcajadas retumban entre los árboles.

—Imagina la escena. Yo revolcándome en el suelo por el dolor… mientras que Marcus, asustado, me lanzaba puñados de barro al escroto y el perro nos observaba como si estuviésemos locos.

—Dios mío, me vas a matar —logro pronunciar y cuando me echo hacia atrás para tomar aire calculo mal y tengo que sujetarme con fuerza a sus ropas para evitar caerme.

—¡Eh! —dice, sosteniéndome—. Si querías que me desnudase solo tenías que haberte tirado al agua como el perro.

—¡No seas idiota! —río al darme cuenta de que casi le arranco la camiseta—. No era esa mi intención y lo sabes. —Mis mejillas se calientan.

—Tampoco es algo que me hubiese importado. —Me estrecha más entre sus brazos y al notar que rodea mi barriga, me tenso—. Es más, hasta creo que desearía que lo hicieras —bromea a la vez que toma mi mentón con la mano—. Por cierto —dice mirándome fijamente a los ojos—, ¿te has dado cuenta de que ahora no tienes escapatoria?

—¿Escapatoria de qué? —Levanto las cejas.

—Nadie va a poder interrumpir lo que estoy a punto de hacer.

—¿El qué?

Se acerca más a mí y en el momento en que enreda mi cabello en su mano lo único que me da tiempo a hacer es tomar una bocanada de aire antes de que sus labios me roben el aliento.

Capítulo 23

—Quiero más —balbucea cuando me aparto de él y en el momento en que se acerca para morder de nuevo mi labio inferior, su teléfono comienza a sonar.

—Pues… parece que sí que podían interrumpirnos —comento con burla.

—Umm —gruñe—. En cuanto atienda la llamada continuamos —bromea y ahora quien ríe soy yo—. Es Marcus. —Arruga la frente antes de descolgar—. ¿Qué ocurre?

Al estar en silencio puedo escuchar lo que dice.

—Acaban de marcharse. ¿Qué diablos ha ocurrido? Nicolle venía hecha una fiera y a tu madre le llegaba la cara a los pies.

—No he cedido a sus chantajes.

—¿Qué busca esta vez?

—Lo que lleva buscando desde que la dejé. Volver conmigo.

—Esa mujer te va a traer problemas…

—Lo sé —suspira—. Nos ha asegurado que si no recapacito su familia cancelará lo que ya sabes...

—¿Y tus padres no han dicho nada?

—A mis padres los tiene aterrados. No se atreven a abrir la boca.

Se pone de pie y camina. Parece que le incomoda hablar de este tema teniéndome delante.

—Ten cuidado, Valentin, se le está yendo la cabeza. —Escucho a Marcus exhalar—, y la verdad es que me da un poco de miedo. Me recuerda a… ¿Recuerdas la película del otro día? ¿Esa donde la chica se queda embarazada de otro solo para hacerle creer al exnovio que es suyo?

—Sí…

—Pues me recuerda a ella, así que, que no te extrañe que Nicolle intente algo parecido. Vi muchas similitudes entre las dos.

Mis ojos se abren a la vez que miro al vacío. «Oh, Dios mío… Esto cada vez se pone peor. ¿Y si piensa lo mismo de mí?».

—Ya me espero cualquier cosa. Ten cuidado, no vaya a querer intentarlo contigo —bromea.

—Tranquilo, de mí no podría sacar nada, Nerea me está dejando la academia vacía de soldaditos —ríen y, con disimulo, me cubro la cara para ocultar el rubor de mis mejillas.

—Espero que no se atreva a tanto.

—¿A lo de su familia o a lo del embarazo?

—A lo de su familia, lo de embarazarse con el amigo ya me has dejado claro que no es viable —ríe.

—¿Qué embarazo? —Aunque muy difuminada, distingo a la perfección la voz de Nerea. Debe de estar cerca de Marcus y le ha oído.

—Nada, es una tontería de Valentin y mía —le responde y por un momento temo que mi amiga crea lo que no es y meta la pata. Aunque después de lo que acabo de escuchar intuyo que tengo la batalla perdida. En cuanto le dé la noticia me meterán en el mismo saco que a Nicolle.

—Bueno, si vuelve me avisas —le dice Valentin para cortar la conversación—. Tengo cosas pendientes por aquí. —Me mira sonriente y bajo la mirada—. Nos vemos en un rato.

Se despide y cuando vuelve a sentarse pasa un brazo por encima de mis hombros.

—¿Y si nos marchamos ya? —suelto y me mira arrugando el ceño, pero no tengo la cabeza como para continuar por donde lo dejamos.

—¿Estás bien?

—Sí… es solo que tengo… Estoy empezando a tener un poco de frío —miento.

—Pero ¿seguro que estás bien?

—Sí, sí, es solo eso. Además, estoy cansada —río para rebajar la tensión.

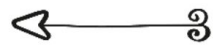
—¿Sabes una cosa? Yo también —confiesa antes de ponerse de pie —. Hoy está siendo uno de esos días agotadores. —Me ofrece su mano para ayudarme y, sin dudarlo, se la tomo—. ¿Te apetece que nos comamos unos *macarons* mientras miramos la tele?

—Tú sí que sabes cómo convencer a una dama —bromeo y sin soltar mi mano caminamos juntos hasta la casa.

Al entrar habla con Marcus y este le ofrece pasar la noche en una de las habitaciones libres. Sabe que no le apetece nada volver a la suya y, por lo que puedo captar, no es la primera vez que lo hace. Parece que son habituales las discusiones con sus padres y la casa de su amigo se ha convertido en algo parecido a su refugio. Debo reconocer que yo también hacía lo mismo. Mis padres son un amor, pero a veces teníamos enfrentamientos, como ocurre en todas las casas, y para cambiar de aires me iba un par de días con una amiga.

Como habíamos acordado en el parque, nos despedimos con

intención de subir a mi cuarto para ver la tele, sin embargo, Nerea parece haber planeado lo mismo con Marcus, y Julia, para no quedarse sola, se une a nosotros sin ser consciente de que con esa acción acaba de tumbar nuestros planes para estar solos. Para colmo, media hora después el cansancio me rinde y tras un par de parpadeos largos acabo profundamente dormida.



Bien entrada la madrugada abro los ojos, sobresaltada, y me siento sobre el colchón. Todo está oscuro y Valentin, que estaba sentado a mi lado, ya debe de haberse ido a su cama. Busco el móvil en la mesilla y cuando lo encuentro conecto la linterna para evitar tener que dar la luz. Julia tiene el sueño ligero y no quiero despertarla.

Calzo mis pies y me dirijo al baño. Siento que anoche bebí demasiada agua. Al salir me cruzo con mi reflejo en el espejo y me detengo. Algo en mi cuerpo está cambiando y hasta ahora no me había dado cuenta, o he preferido ignorarlo. Me coloco frente a él y, poniéndome de lado, observo mi barriga. Es poco aún, pero ya se puede observar una pequeña curva. Me coloco del otro lado y miro ahora mi cintura; está desapareciendo, y eso me asusta. El proceso físico está comenzando y si quiero que el bebé nazca no puedo hacer nada para evitarlo.

Vuelvo a plantearme si lo que estoy haciendo es lo correcto y mi yo interior no tarda en gritar de emoción. Es la primera vez que me siento tan segura de algo y la extraña sensación de protección que emerge de mi interior me lo confirma. Mientras que yo esté viva a este bebé nadie le pondrá un dedo encima.

Como si supiese que estoy pensando en él, un pequeño saltito en el centro de mi barriga me devuelve al presente y siento hambre. Un hambre tan voraz que me comería incluso las latas de ravioli precocinados que de pequeña tanto odiaba. Regreso a la cama y cuando me tumbo mi estómago comienza a rugir. «Mierda». Me vuelvo a sentar, calzo una vez más mis pies y me tomo el atrevimiento de bajar hasta la cocina para buscar algo. No puedo dormir así.

Al abrir la nevera lo primero que encuentro es la caja de los *macarons* que nos sobraron hace unas horas y, aunque hay sobras de la cena, le doy prioridad. No sé qué me pasa con ellos pero se han convertido en mi debilidad.

Introduzco uno en la boca, otro y otro más. Mis glándulas salivares se resienten, pero me da igual. Estoy sufriendo una especie de orgasmo mental y no puedo parar. Cierro los ojos para saborearlos mejor y, de pronto, alguien ríe mi espalda.

—Joder, ¡qué vergüenza! —digo sin pensar y me giro con la boca

llena.

—*Oh, mon Dieu.* —Valentin carcajea—. Pareces un hámster… ¿Dónde está Valeria y qué has hecho con ella?

—Tenía hambre, ¿vale? —gruño.

Por suerte es Valentin y no Marcus; no sé qué hubiese pensado de mí si llega a ser él quien me sorprende asaltando su nevera.

—Pensé que era el único. —Se acerca a mí y, como si fuese lo más normal del mundo, comienza a buscar entre las baldas—. No sé qué diablos me está pasando, pero desde hace un par de días no puedo parar de comer. Hasta juraría que estoy engordando, mira. —Me muestra su barriga y en ese momento soy consciente de que está casi desnudo. Solo lleva puesto un bóxer y tengo que esforzarme para no mirar hacia su ajustado bulto—. No puede ser cierto —balbucea a la vez que saca una cacerolita de barro. La abre y, mirándome como quien acaba de encontrar un tesoro, exclama—: *Escargot!*

—¿Qué? ¡Ay, no! —Arrugo la frente.

—¡Qué suerte!

Saca un caracol con la mano, me lo muestra y aprieto la mandíbula para reprimir una arcada. Succiona con fuerza y escucho el momento exacto en que el bicho choca contra su lengua.

—Oh, Dios mío. —Cubro mi boca—. ¡Qué asco! —Mi estómago da un salto y me aparto por lo que pueda pasar.

—¿No te gustan? —Me mira incrédulo—. Son un manjar.

Repite succionando otro animal y creo morir al escuchar cómo lo mastica.

—Lo siento, no puedo ver esto. —Me giro a punto de vomitar y antes de que me marche me detiene sujetándome por la cintura.

—No, espera —ríe—. Lo dejo si me das otro beso como en el parque. —Me estrecha aún más entre sus brazos y puedo sentir el calor de su piel.

—No hasta que no te laves la boca —respondo apartando la cara.

—Trato hecho. —Sin pensarlo demasiado, me suelta, se acerca al fregadero y comienza a enjuagarse—. Listo —anuncia al terminar y abre la boca para que lo vea—. Ni rastro… —Levanta las cejas, pícaro —. Ahora te toca cumplir a ti.

Se coloca en el mismo lugar que antes y, mirándome a los ojos, atrapa mi nuca con la mano.

—No sabes las ganas que tenía de volver a hacer esto —murmura al tiempo que dibuja mi boca con el pulgar—. Empiezo a entender muchas cosas…

Quisiera preguntarle, pero no me da tiempo porque en el momento en que sus labios se apoderan de los míos mi mente se nubla por completo.

Su beso, cada vez más intenso y lleno de pasión, comienza a provocarme escalofríos en la piel y cuando dejo escapar un pequeño gemido me atrae más hacia él. Gruñe en respuesta y, bajando las manos hasta mis glúteos apenas sin esfuerzo, me eleva para dejarme sobre la mesa.

—Valentin —jadeo cuando entierra los dedos en mi pelo y, tras mirarme una vez más como si no se creyera lo que estamos haciendo, aprovecha para besar mi cuello—. Valentin. —Intento detenerlo. Mis pechos están casi tan tensos como su bóxer entre mis piernas. No puedo dejar que esto llegue más lejos.

—¿Perrrdonaaa? —resuena la voz de Julia en la cocina antes de que la luz se prenda.

Capítulo 24

—Em… Julia, eh… —Bajo al suelo y Valentin se aleja de mí para ocultarse con disimulo detrás de la encimera. No sé si para evitar que le vea medio desnudo o esconder la protuberancia que todavía se marca entre sus piernas.

—Se suponía que debías estar tranquila y en la cama guardando reposo.

—Sí, sí, pero tenía hambre…

—Vaya, me ha salido vampira la amiga —se mofa mientras mira de arriba abajo a Valentin—. Si no llego a entrar lo desangras entero.

—¡Julia! —Así no me ayuda.

—Me asusté al ver que no estabas, ¿vale? —cambia de tema al notar mi molestia—, pero si llego a saber esto me quedo en la cama. —Aprovechando que está en la cocina toma un vaso y lo llena de agua —. ¿Eso son…? —pregunta al ver la cazuela—. ¿Caracoles?

Se acerca a nosotros y Valentin vuelve a alejarse para cubrirse mejor. Toma uno con los dedos y, como hizo él antes, lo succiona.

—Pero ¿qué coño os pasa con esos bichos? —pregunto con los pelos de los brazos de punta.

—Están buenísimos, deberías probarlos.

Coge otro y me lo acerca.

—No, por Dios. —Coloco la mano delante a modo de rechazo y desiste.

—¿Qué te pasa, Valentin? Tienes mala cara —la escucho decir mientras sigue comiendo y, preocupada, me giro para mirarlo.

—No lo sé, me estoy empezando a encontrar mareado. —Sujeta su estómago—. Creo que los dos que me comí antes me han sentado mal.

—¿Tan pronto? Si todavía no te deben ni haber llegado al estómago —indico, asombrada.

—No sé. —Arruga la cara—. Me están dando como ascos raros…

—Toma otro a ver si se te pasa.

Julia lo pasa frente a mí para dárselo y me fijo en que, como en la canción, tiene los cuernos al sol.

—¡Ay, qué lástima! —exclamo, apenada.

—Uff, no. —Valentin cubre su boca con la mano para reprimir una arcada—. Creo que voy a vomitar… —Me mira—. ¿Sabes si la gastritis rara esa que tienes es contagiosa?

Julia al escucharle, tose, atragantada, a la vez que ríe, y al levantar la mirada me hace un gesto que solo yo entiendo.

—La enfermedad en sí, no —comenta en tono burlón—, pero los síntomas si eres muy empático es posible que sí. —Succiona el último antes de marcharse y se despide—. En fin, voy a seguir durmiendo, tortolitos. No comas mucho, Valeria —ríe a la vez que me guiña uno de sus bonitos ojos oscuros—, recuerda que tienes que descansar —dice mientras se marcha.

—¿Qué ha querido decir con eso de que si soy muy empático?

—Nada, no le hagas caso —indico, avergonzada—. Yo también debería irme ya. Es tarde y… bueno, hablamos mañana. —Sonrío y con la mano todavía en el estómago, asiente.

—Sí, yo también. A ver si se me pasa esto...

Espero hasta que se aleja y cuando me aseguro de que ya no me ve abro de nuevo la nevera, cojo la caja de *macarons* y regreso a mi habitación.

Con el estómago algo más calmado, logro conciliar el sueño, y cuando a la mañana siguiente Julia se despierta a mí me cuesta porque me siento agotada. Echando mano de mi fuerza de voluntad, pongo los pies en el suelo y, como ocurre cada vez que lo hago, tengo que hacerlo despacio para que no me den demasiadas náuseas. Según leí hace unas semanas suelen desaparecer en el segundo trimestre, así que solo es cuestión de tener paciencia y esperar.

—Chicas. —Nerea entra susurrando a nuestra habitación—, debe de haber ocurrido algo. Valentin acaba de salir pitando.

—¿Cómo que ha salido pitando?

—Estábamos preparando el desayuno en la cocina los tres, ha recibido una llamada y solo ha dicho «mierda» antes de echar a correr. Marcus está intentando contactar con él, pero no le coge el teléfono.

—Dios mío, ¿qué puede haber pasado? —balbuceo.

—En cuanto sepas algo nos cuentas —le pide Julia a Nerea y esta mueve la cabeza para confirmarlo.

Terminamos de vestirnos y cuando bajamos a la cocina Marcus está todavía dentro y camina de un lado a otro.

—¿Has podido contactar con él? —le pregunta Nerea.

—No, todavía no. —Revisa su teléfono y niega con la cabeza.

En ese momento el sonido de una sirena llama nuestra atención y cuando Marcus mira por la ventana, se tensa.

—¡Joder! —Nos mira asustado—. ¡Tengo que irme!

Sale a toda prisa de la cocina y al acercarme a la ventana para mirar, igual que hizo él, veo que hay una ambulancia frente a la casa de Valentin y varios sanitarios están entrando.

—Mierda, chicas… —Corren a la ventana conmigo—. Algo ha pasado en casa de Valentin.

—Vayamos a ver. —Nerea y su impulsividad hacen gala de presencia.

—No seas cotilla, debemos esperar.

—¿Y si necesitan nuestra ayuda?

—Nadie necesita nuestra ayuda —decimos Julia y yo a la vez.

Vuelvo a mirar y veo a Valentin salir de casa; apoya las manos en los muslos y, visiblemente afectado, respira agitado mientras Marcus acaricia su espalda para calmarlo. Se inclina para hablar con él, Valentin asiente y, guiándolo por la cintura, le acompaña hasta la ambulancia, donde solo un par de segundos después el personal sanitario que antes entró ahora sale con alguien en una camilla.

Observamos atentas la escena y cuando la ambulancia se marcha, Marcus viene corriendo hacia la casa.

—Chicas, tengo que irme —jadea al entrar—. Os tenéis que quedar solas.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunta Nerea.

—El padre de Valentin ha sufrido un desmayo.

—¿Qué? —Me tenso. Ahora entiendo la cara de sufrimiento que tenía Valentin.

—Han logrado estabilizarlo, pero se lo llevan al hospital por si se trata de un infarto.

—Oh, Dios mío…

—Vamos contigo —expone Nerea.

—No, no. Es mejor que os quedéis aquí. Intentaré llamaros de vez en cuando. Sentíos como en vuestra casa.

Toma la cartera, las llaves del coche y se marcha. Sin saber muy bien qué hacer, nos miramos y por mi cabeza lo único que pasa es sentarme en un sillón y esperar a que regrese.

—¿Quién se viene de ruta turística? —grita Nerea cuando Marcus cierra la puerta, provocándonos a Julia y a mí un sobresalto.

—Creo que es mejor que nos quedemos aquí. Me parece un poco insensible que mientras que el padre de Valentin está siendo atendido en un hospital nosotras nos lo estemos pasando bien por ahí.

—¿Quién ha dicho que vayamos a salir? —ríe—. Hay un montón de

habitaciones en esta casa que todavía no he visto.

—No, eso no. —Mi sentido de la responsabilidad no me deja—. Eso sería algo parecido a traicionar su confianza.

—Voy contigo —se apunta Julia y entorno los ojos en su dirección.

—¡¿En serio?!

—Y tan en serio —ríe—. ¿Por dónde empezamos? —Se acerca a Nerea.

—Desde la ventana de Marcus se ve un jardín enorme. Si quieres empezamos por ahí.

—Perfecto. Vayamos a verlo.

—¡Esperad! —reclamo al ver que no les da ningún tipo de apuro dejarme sola y lo único que puedo hacer es unirme a ellas.

—Guau… mira esto. —Nerea llama nuestra atención señalando un cuadro que hay en el pasillo—. Marcus tiene varias fotografías de coches diferentes, pero hasta ahora no me había fijado en esta. ¿Serán todos suyos? Son espectaculares.

—No lo sé —responde Julia—, pero mirad este… —Señala una en donde salen Valentin y Marcus sobre un descapotable rojo en el que puede leerse en la parte trasera «Valentin»—. Se llama como Cupido. ¡Qué casualidad!

—Chicas… creo que no es casualidad. —Nerea nos muestra su teléfono tras buscar en él la marca y el nombre—. Este coche se llama así por él.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Le arrebato el teléfono para comprobarlo—. ¡Joooder! Mirad lo que pone aquí. La noticia es de hace tres años.

"Paul Renard, el mayor fabricante de automóviles de alta gama de toda Francia, ultima el proyecto de su nueva máquina, que llevará por nombre «Valentin» en honor a su hijo."

—¿Estás de coña? —Ahora es Julia quien se hace con el teléfono—. Paul Renard es el nombre que aparecía en la reserva del hotel. No hay duda… es su padre. Ahora entiendo por qué Marcus dijo en la cena que Valentin era más rico de lo que podíamos imaginar. Son los dueños de una enorme multinacional automovilística.

—Alucino… —Nerea mira la foto sin parpadear—. Y tiene un jodido coche con su nombre. No me lo puedo creer, qué bien has hecho atrapándolo.

Me mira esperando una reacción y blanqueo lo ojos. Sé que está de broma, pero lo que menos me apetece escuchar ahora es eso, ya me siento bastante mal pensando en que será eso lo que crea cuando se lo

cuente.

El tiempo pasa mientras recorremos la casa como si fuera un museo y solo cuando llegamos a una enorme piscina climatizada nos detenemos.

—Esto es un jodido paraíso —expone Julia sentada en un banco de madera mientras observa el enorme jardín del que hablaba antes Nerea—. Podría vivir aquí toda la vida sin tener necesidad de salir a la calle. —Se pone de pie y apoya la frente en uno de los gigantescos ventanales.

—Yo también. —Nerea babea con ella.

—¡Qué injusto es el mundo! —Julia deja salir un suspiro—. Unos tienen tanto y otros, como nosotras, tan poco.

De pronto Nerea se mueve como si le hubiese dado un calambre y saca el teléfono de su bolsillo.

—Es Marcus —anuncia antes de descolgar y escuchamos atentas—. Marcus, ¿cómo va todo por allí? —le habla y nos hace un gesto para que nos acerquemos.

—Bien, ha tenido suerte. Ha sido solo un síncope; gracias a Dios, no ha llegado a sufrir otro infarto como el del año pasado. Su corazón se quedó muy débil y no lo hubiese soportado.

—Ay, menos mal —le dice y resoplamos con alivio.

Mientras hablan es mi teléfono el que suena y al ver que se trata de Valentin me aparto de ellas para atender la llamada.

—Hola, Valeria.

—¿Cómo está tu padre? —Aunque ya lo sé, necesito preguntar.

—Bien. Marcus me dijo que cuando salió de casa parecías intranquila, así que he preferido llamarte. —Carraspea—. Van a tenerlo en observación veinticuatro horas más y si sigue así es posible que mañana le envíen de regreso a casa.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —Su voz se percibe mucho más apagada que otras veces.

—Bueno... No paro de darle vueltas a algunas cosas.

Mi frente, por instinto, se arruga.

—¿Qué tipo de cosas?

—Partiendo de que mi madre no para de repetirme que todo esto ha sido por mi culpa y que… en el fondo sé que tiene razón, creo que ya te lo puedes imaginar. —Hace una pequeña pausa—. Anoche se alteró demasiado. Si le hubiese ocurrido algo… —Su voz se entrecorta —. ¿Te importa si hablamos después?

—Sí, no te preocupes. Aquí estaré.

Cuelga y mis ojos quedan fijos en un punto. Algo dentro de mí sabe lo que me está queriendo decir.

Capítulo 25

—¿Valeria?

No es hasta que Julia toca mi brazo que reacciono.

—¿Qué ocurre? —Pestañeo tratando de centrarme y me doy cuenta de que Nerea ya no está hablando por teléfono.

—Me estabas asustando… te hemos llamado al menos cuatro veces. ¿Te encuentras bien?

—Em… sí. Sí, estoy bien… —invento a la vez que siento unas terribles ganas de llorar.

—Vayamos a ver aquello, creo que es una fuente. —Nerea señala una especie de estatua en medio del jardín.

—Id vosotras, yo os espero aquí.

Me siento donde antes estaba Julia y cuando creo que se van a marchar balbucean algo y se colocan frente a mí.

—¿Qué te ha dicho Valentin? —Julia sabe que me pasa algo. Es imposible engañarla.

—Nada, que su padre está bien.

—¿Hubieses preferido que se muriera? —Nerea lanza una de sus preguntas raras.

—¿Qué? ¿Cómo puedes decir eso? —Mis ojos se abren con espanto.

—Deberías verte la cara —bromea—. Más que alegrarte por la noticia parece que te ha disgustado.

—Muy graciosa… —Niego con la cabeza.

—Vamos, suéltalo —me presiona Julia—. ¿Qué ha pasado en esa llamada?

—Es solo que… —Decido contárselo, total, no pararán hasta que lo haga—. Valentin se echa la culpa por lo que le ha ocurrido a su padre. Está convencido de que anoche se alteró demasiado y eso ha sido el detonante.

—Qué mal… —expresa Nerea—. Mi padre también sufre una cardiopatía y sé lo que es eso. El médico siempre nos pide que lleve una vida tranquila y, aunque tratamos de que sea así, suele alterarse con mucha facilidad y más de una vez nos ha dado un buen susto. Cualquier disgusto puede costarle la vida y no imaginas el sentimiento de responsabilidad que eso te deja. Puedo entender por lo que está pasando Cupido.

—Menuda mierda. —Me pongo de pie y camino por el borde de la piscina—. ¿Vamos a comer algo?

Necesito sacar la conversación con Valentin de mi cabeza. Entre unas cosas y otras todavía no he desayunado.

—Sí, yo también tengo hambre —coincide Julia.

Una vez en la cocina preparamos café y nos calentamos unas tortitas rellenas de chocolate. Al terminar recogemos para que todo se quede igual que estaba y, aprovechando que hace una mañana estupenda, decidimos regresar al inmenso jardín para tomar un poco el sol.

Las horas pasan y mi cabeza no para de darle vueltas. Todo ha cambiado de la noche a la mañana y lo que antes no me importaba ahora me afecta y estoy segura de que todo esto se debe a los sentimientos que estoy comenzando a tener por Valentin. Si hubiese pasado esto mismo hace tan solo unos días me habría dado exactamente igual, pero ahora no logro dejar de pensar en ello.

—Chicas, ¿estáis por aquí?

—Es Marcus. —Nerea se pone de pie y corre en su búsqueda.

Cinco minutos después regresa con él y mi cuerpo se pone en tensión, pero al ver que Valentin no viene con él me embarga una fuerte decepción.

—¿Cómo está…? —Soy la primera que pregunta, pero Marcus no me deja terminar la frase.

—Su padre, bien. Él, no tanto… —Aprieta los labios en una línea recta—. En un rato si se siente mejor vendrá con nosotros. —Arruga la frente al ver en mi rostro la desilusión y continúa disculpándolo—. Ha sido un día duro y está bastante afectado. Necesita un poco de tiempo.

—Y yo comer algo. —Julia interrumpe nuestra conversación. Sabe que me está afectando.

—¿Os apetece un poco de pasta? —Marcus se agarra a las palabras de mi amiga como si fuesen un salvavidas. Ya no sabía qué más decirme.

—Yo hago la salsa.

Nerea le toma del brazo y camina junto a él hasta la cocina mientras que Julia y yo los seguimos.

—¿Estás bien? Tienes una cara de disgusto que no puedes con ella.

—Siento lástima por Valentin… —confieso—. Tiene de todo en esta vida, menos lo más importante, libertad para tomar sus propias decisiones. Creo que empiezo a odiar a su madre —susurro para que Nerea y Marcus no me escuchen.

—Yo también.

—No esperaré más.

—¿Cómo que no esperarás más? ¿Más de qué?

—Lo de mi embarazo. Se lo contaré hoy.

—¿Estás segura? —Levanta la voz sin darse cuenta y Nerea y Marcus se detienen para mirar en nuestra dirección.

Sonreímos y al comprobar que todo está bien, continúan.

—Sí, ha llegado el momento. Antes de colgar dijo que quería hablar conmigo y por cómo se está dando todo casi que imagino para lo que es… Así que, como no tengo nada que perder ya porque la decisión la tomé hace días, se lo diré para que él tenga, al menos, la oportunidad de tomar la suya. Si quiere formar parte de esto que lo diga, y, si no, que calle para siempre, porque con su ayuda o sin ella pienso criar a este bebé.

Acaricio mi barriga sintiendo un gran cariño por él.

—Me encanta escucharte hablar así —expresa, emocionada—. ¡Que se prepare Cupido! ¡Y su madre!

—Su madre… —resoplo—. No sé qué tal va a tomarse que me vaya a pasar sus exigencias por donde amargan los pepinos, pero después de cómo le ha hecho hoy sentirse a Valentin es algo que ya me da igual. Esa mujer no tiene derecho a seguir manipulándolo ni controlándolo de esa manera. Además, somos adultos y ni ella ni nadie van a intervenir en algo así. Valentin sabrá que va a tener un hijo.

—¡Yo no lo hubiese dicho mejor! —sonríe y, satisfecha conmigo misma y con la decisión que acabo de tomar, le devuelvo la sonrisa. Por fin me siento fuerte.

Durante el resto de la tarde espero nerviosa, no veo el momento de que aparezca por la puerta. En mi mente estoy creando mil maneras diferentes de contárselo y ninguna me parece buena. Con disimulo, miro hacia la ventana y al ver que ya está anocheciendo comienzo a tener dudas de que venga. Marcus me aseguró que estaba en su casa.

Reviso el teléfono para ver si me ha escrito y, al no encontrar ninguna notificación, decido hacerlo yo. La espera me está matando.

Valeria: *Hola, Valentin. ¿Cómo estás? ¿Vendrás al final?*

Espero un par de minutos con el teléfono en la mano y, extrañada, descubro que no le llega. Espero y espero varios minutos más y ocurre lo mismo.

—Qué raro… —musito y Marcus me escucha.

—¿El qué?

—No, nada. Es solo que… he escrito a Valentin y no le llegan mis

mensajes.

—Ahm… ya. —Levanta las cejas—. Apagó el teléfono hace rato. No le apetece hablar con nadie ni que nadie le llame.

—Oh… —Bajo la mirada.

—No es por ti, Valeria, te lo aseguro.

—Ya, bueno…

—Está muy agobiado y necesita espacio. Su madre le llama a cada rato y, bueno, ya te contará.

—No te preocupes, lo entiendo.

En el fondo es cierto. Si yo fuese él estoy segura de que también habría hecho lo mismo. Sigo sin comprender cómo su madre ha tenido el poco corazón de culparle por algo así.

A la mañana siguiente me despierto cansada. Me costó mucho conciliar el sueño y tengo la sensación de haber dormido poco. Lo primero que hago es lo mismo que hice anoche antes de meterme en la cama, vuelvo a revisar el teléfono y al ver que no hay nada de Valentin resoplo, decepcionada. Pienso en llamarlo, pero al recordar que tiene el suyo apagado desecho la idea.

Me visto y media hora después hago lo mismo. Aprovechando que tengo la aplicación de mensajería abierta cruzo algunas frases con mis padres y hago lo mismo con nuestra vecina para saber cómo está Ucho, y, no sé cómo, termino una vez más revisando si el mensaje le ha llegado a Valentin. Pero, como las últimas diez veces, la cosa sigue igual.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Julia. Hace rato ella también se levantó, pero todavía seguimos en la habitación. Nerea nos envió un mensaje para decirnos que había salido de compras con Marcus y al no haber nadie en la casa hemos preferido quedarnos aquí—. Llevas muy seria desde ayer.

—Estoy bien, solo un poco cansada —respondo sin mucho ánimo y me observa.

—Sé sincera, Valeria. —Me preparo—. Te estás enamorando de Valentin, ¿verdad? El *feeling* os está empezando a salir ya por los ojos.

—¿Y de qué serviría?

—¿De lo mismo que a Nerea? —ríe—. Esos dos ya no tienen intención de separarse.

—Con Marcus es diferente, no tiene unos padres manipuladores que le obligan a bailar al son que marcan. —Me pongo de pie—. Te

recuerdo que la madre de Valentin tuvo hasta la poca vergüenza de llamarme para exigirme que le ocultara mi... —Me detengo al escuchar pasos.

—¿Que le ocultaras tu qué?

Mi cuerpo se tensa como una piedra al ver a Marcus aparecer tras la puerta junto a Nerea. Ambos traen un par de cajas en las manos.

—Em… Em… ¡chicas! —Nerea, siendo testigo de lo que ha ocurrido, trata de enmendarlo—. ¡Os hemos comprado un par de cositas! —Finge alegría—. ¿Queréis verlas?

—Valeria, ¿qué te ha pedido que le ocultes? —insiste.

Hay tanta seriedad en su rostro que no me atrevo ni a parpadear.

—No…, no. Creo que has entendido mal…

Busco con la mirada a mis amigas, pero estas solo me observan con la boca abierta. Están tan sobreimpresionadas como yo.

—He entendido a la perfección, Valeria, y, aunque no quiero, estoy empezando a pensar mal. ¿Qué le estás ocultando a mi amigo?

La voz de Marcus se me clava como una daga y cierro los ojos.

—Díselo, Valeria —las escucho decir a las dos y, tras meditarlo un segundo, tomo una gran bocanada de aire.

Capítulo 26

—Verás, Marcus… es un tema delicado y, si no te importa, me gustaría hablar con Valentin primero. Él debe saberlo antes que nadie.

—Valeria —se dirige Nerea a mí—, lo mismo te da ya. Total, Valentin lo va a saber hoy y si se lo pedimos no creo que Marcus se lo cuente. ¿Verdad? —Le mira con las manos apoyadas en las caderas.

—No prometo nada. —Su frente cada vez se arruga más—. Si es algo que le puede dañar, como comprenderéis, no voy a callarme.

—Verás… —Trago saliva. Cada vez me cuesta más hablar—. No sé cómo diablos voy a soltar esto sin que parezca lo que no es. —Exhalo a la vez que froto mis manos para secarlas. Los nervios me están haciendo sudar.

—Suéltalo y punto.

—Es… complicado.

—Da igual. Dilo —me presiona una vez más.

—Estoy… Estoy embarazada —digo por fin y sus ojos quedan fijos en los míos.

Miro a las chicas y están tan atentas a su reacción que ni siquiera parpadean.

—¿Embarazada? —repite, perdido en sus pensamientos—. ¿Embarazada…? —Niega llevando los dedos a sus sienes—. ¿Y por qué diablos le estás ocultando algo así? ¿Qué buscas, Valeria? —Su tono acusatorio me hace daño.

—¡Marcus! Esto no es lo que crees —Nerea sale a mi encuentro y lo hace bastante malhumorada.

—Espera un momento, Nerea, porque después hablaremos tú y yo —le pide antes de dirigirse a mí de nuevo y temo que su relación se tambalee—. Si según tú no es lo que creo esto no habla bien de ti, Valeria. Ni de ninguna de vosotras. —Las señala con el dedo—. ¿Por qué lo habéis mantenido en secreto?

—Porque no sabíamos cómo decírselo —me justifico, aunque siento que la batalla está perdida. Me está hablando desde el rencor y temo que pronto deje de escucharme.

—¿De cuánto tiempo estás?

—Mañana cumpliré catorce semanas.

—¡Ja! ¡Catorce semanas! Esto es increíble… —vuelve a negar—. ¡Joder! Valentin se estaba haciendo ilusiones contigo. —Convencido de que he pretendido engañar a su amigo, cada vez se muestra más

cabreado, pero cuando creo que va a perder las formas, logra mantenerse—. Ayer… ayer mismo me dijo que estaba empezando a sentir cosas por ti. —Camina de un lado a otro enredando los dedos en su rizado pelo—, pero esto lo cambia todo. ¡Maldita sea! Esto le va a doler… Le va a doler mucho. —Frota su cara.

—Marcus… —Nerea lo intenta una vez más—, no es lo que crees.

—Esto no se hace, Valeria —la ignora—. Esto es de ser una mala persona. No debiste dejar que Valentin se acercase así a ti. Y no me vengas con que no lo sabías —levanta la voz—, porque si yo lo estaba notando, tú también. —Se detiene frente a mí—. No imaginas todo lo que estaba dispuesto a… —Traga saliva—. Se estaba haciendo ilusiones, ¿sabes? Y, como es normal, tu silencio solo puede interpretarse como un intento de engaño para atraparlo.

—¿Engañarlo? —lanzo una risotada sarcástica—. ¿Atraparlo? —vuelvo a reír—. No tengo ninguna intención de hacer algo así —escucho cómo expulsa el aire por su nariz—. ¿Sabes por qué? Porque puedo hacerlo sola. No tendré donde caerme muerta, pero te aseguro que a este bebé no le va a faltar de nada.

—Esto ya es demasiado. —Niega con la cabeza y sé que no me cree.

—Y ahora, respondiendo a tu pregunta inicial, esa de la que te has olvidado ya por estar demasiado ocupado creando prejuicios hacia mí… ¿Sabes por qué la madre de Valentin me pidió que le ocultara el embarazo? —Sus ojos se abren de par en par—. Porque el hijo que espero es suyo. Valentin es el padre. —Un gran silencio envuelve la habitación y continúo para romperlo—. ¡Sorpresa!

—¿Qué estás diciendo? —reacciona por fin—. ¿Cómo va a ser suyo?

—Haz cuentas, hermoso —habla Julia desde atrás.

—¿Qué cuentas quieres que haga?

—Si eres inteligente piensa un poquito. —Cruza los brazos sobre el pecho y se acerca a él—. ¿Cuándo vinisteis a España?

—En febrero —responde apenas sin pensar.

—Pues si sabes sumar haz esta cuenta —interviene Nerea con una de sus rimas—. Empujón más empujón sin protección en vuestra habitación, ¿es igual a...?

Marcus la mira confuso y casi puedo escuchar los engranajes de su cerebro funcionar.

—¡Joooder! —exclama por fin y su boca se abre de par en par—. No me jodas, Valeria. —Me mira—. *Mon Dieu. Ce n'est pas posible…* [4]

—Exacto, querido, veo que lo has entendido. —Nerea levanta las cejas.

—Mierda, mierda, mierda… ¡Se tiró dos semanas asustado porque descubrió que no usasteis protección!

—Pues ahí tienes el resultado —ahora es Julia quien habla.

—Oh, Dios mío, le va a dar algo cuando lo sepa… —Mira al vacío —. Valeria, ¿estás segura de que es suyo?

—Desde aquella noche no he vuelto a mantener relaciones con nadie más.

—Pero, aun así, habrá que hacer pruebas, ¿no? La de paternidad al menos. Solo fue una noche y…

—Lo entiendo, no te preocupes. No tengo ningún problema en hacérmela, ni tampoco dudas de lo que te estoy diciendo, pero, solo si está interesado, debe ser él quien me la pida.

—Jesús, esto es peor de lo que creía. ¿Cuándo se lo dirás?

—Tenía intención de hacerlo hoy.

—Qué mal momento… —Se cubre la cara con las manos mientras resopla—. ¡Qué mal momento! ¿Podrías esperar?

—¡¿Más?! —No me puedo creer que me esté pidiendo eso. Estoy harta de esperar. Necesito que lo sepa ya.

—Su cabeza ahora mismo no está donde debería. Tiene demasiados problemas que solucionar. No es momento de añadirle uno más, y menos de esta envergadura.

—En verga dura… —repite Nerea a la vez que ríe—. Todo vino por eso, por una verga dura.

—Ya me extrañaba a mí que escucharas una palabra así y no abrieses la boca —la riñe Julia.

—Y no sería mejor que…

Cuando voy a decir algo más un fuerte portazo nos sobresalta y todos miramos hacia el pasillo.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Nerea con las manos todavía sobre su corazón. Nos ha dado un gran susto.

—La puerta de abajo. Se ha cerrado de golpe. ¿Cerraste después de entrar?

—No lo recuerdo. Es posible que dejase abierto… Venía cargada con las cajas.

—Entonces debe de haber sido por el aire.

—¿Qué aire? —le pregunta Julia mirando por la ventana—. Hace un día estupendo. ¡Eh, mirad eso! Alguien acaba de entrar a toda prisa a casa de Valentin. Al menos su puerta se ha cerrado casi con la misma violencia que esta.

—¿Y si era él? —pregunto aterrada mientras el corazón me late con fuerza.

—No lo creo, me hubiese avisado de que venía. —Saca el teléfono, marca su número y niega con la cabeza—. No está operativo. Debe de tenerlo todavía apagado.

Tras valorar todas las hipótesis no damos ninguna por buena, pero en mi mente no para de forjarse la misma idea. ¿Y si nos ha escuchado?

Las horas pasan y Valentin continúa sin dar señales. Marcus intenta contactar varias veces más con él, pero a medida que cae la tarde mi preocupación aumenta. Me dolería mucho perderlo sin haber tenido ni siquiera la oportunidad de hablar.

—Voy a salir a tomar un poco de aire. —No puedo aguantar más la incertidumbre.

—Dame un minuto. Me pongo las zapatillas y salgo contigo —se ofrece Julia.

—No, no, tranquila. Solo quiero estirar las piernas.

—Vale, pero no tardes en volver. —Se echa hacia atrás y continúa escribiéndose con quien sea que lo esté haciendo. Lleva días pendiente del móvil y casi puedo imaginar por qué.

Al salir inspiro profundamente y miro hacia la casa de Valentin con anhelo. Le echo de menos. Sus risas, sus bromas, sus atenciones… Nunca antes nadie se había preocupado tanto como él por hacerme sentir bien, pero desde que hablamos ayer en mi cuerpo hay anclada una mala intuición.

Miro hacia el parque al que me llevó y una idea se cruza en mi mente. Con la esperanza de encontrarlo, camino hacia allí, pero al llegar y no verlo la decepción se apodera de mí. Me acomodo sobre la misma piedra en la que estuvimos la última vez y varios minutos después soy consciente de que lo único que estoy haciendo es perder el tiempo y decido volver.

—¿Dónde estabas? —La voz de Julia llama mi atención y al levantar la mirada veo que los tres están en la puerta.

—Me apetecía caminar un poco más… —respondo como excusa.

—Pues no veas qué susto —me riñe.

—Ya, lo siento, se está tan bien en la calle que he perdido la noción del tiempo.

Al acercarme hasta donde están ellos levanto la mirada y miro hacia las ventanas de la casa de Valentin. Marcus, al darse cuenta, me habla.

—La que buscas es esa de allí —sonríe a la vez que señala la primera a la derecha—. Esa es la habitación de Valentin.

Convencida de que me ha leído la mente, le devuelvo la sonrisa y cuando mis ojos dan con ella mi cuerpo se tensa al ver cómo alguien, desde el interior, mueve la cortina con rudeza.

Capítulo 27

Jueves por la mañana.

Con los nervios a flor de piel, me preparo para la que será mi última consulta de ginecología con la madre de Valentin. Nerea y Julia también parecen alteradas porque no paro de escucharlas hablar entre ellas. Las dos quieren enfrentarse a esa mujer, lo que me estresa aún más, cuando yo lo único que quiero es que alguien me diga que todo está bien para poder volver a casa. Necesito calma y este lugar no me la da.

—¿Estáis listas? —Marcus nos habla desde el sofá cuando bajamos al salón.

—Marcus… —No paro de darle vueltas—. Estoy valorando la posibilidad de que me vea otra doctora. No me fio de esa mujer… La creo capaz de darme cualquier diagnóstico con tal de que me marche. Está claro que lo único que busca ya es apartarme de su hijo.

—¿Me creerás si te digo que llevo desde ayer pensando lo mismo? —Se pone de pie—. Dame unos minutos, creo que puedo conseguir que alguien te vea. —Saca su teléfono y busca en la agenda—. Conozco a una doctora amiga de la madre de Valentin que también es dueña de una clínica. Ambas trabajaron juntas muchos años.

—¿La clínica en la que estuvimos es de la madre de Valentin? —Nerea levanta las cejas y Marcus asiente—. Guau… creí que era una trabajadora más.

—No, es suya. —Coloca el teléfono en la oreja y espera mientras Nerea bromea en nuestra dirección haciendo el gesto del dinero con los dedos—. *Bonjour, Brigitte…* —habla en francés y dejamos de prestarle atención para prestársela a él. No entendemos nada, pero se intuye perfectamente lo que está haciendo—. *Oui, merci beaucoup*[5]—dice al terminar y nos mira—. Estamos de suerte, en dos horas pueden verte.

—¡Eso es genial! —exclamamos a la vez.

—Solo hay un problema… —se dirige Julia a él—. No hablamos francés y son muchas cosas las que debemos explicarle. ¿Cómo lo hacemos?

—Bueno… si Valeria me lo permite puedo entrar con ella. —Cuando se ofrece expulso el aire con alivio. Cada vez me cae mejor. Es un gran hombre.

Al salir de la casa no puedo evitar mirar hacia la ventana de Valentin. Ojalá tenga la oportunidad de hablar con él antes de que nos marchemos mañana, pero si no quiere o no se encuentra con fuerzas

no le obligaré. Sigo creyendo que nos escuchó y la forma en que movió la cortina ayer casi me lo confirma, sin embargo, Marcus sigue empeñado en que fue una ráfaga de aire. Lo único bueno a mi favor es que cuando llegué aquí lo hice concienciada y sabía que cuando se enterase algo así podría ocurrir. La única espinita que me llevo clavada es que no he tenido oportunidad ni valor para decírselo a la cara. Me hubiese gustado ver su reacción y, quizás, solo quizás, la poca esperanza que me queda y que se niega a morir se empeña en hacerme creer que hubiese sido diferente…, pero algo dentro de mí me dice que ese tren ya pasó y que nunca lo sabré. Solo espero que le vaya bien.

Mientras esperamos en la consulta reviso una y otra vez mi teléfono. Inspiro profundamente y trato por todos los medios de convencerme de que todo está bien, pero en el fondo me muero por tener noticias suyas, aunque solo fuese para lanzarme reproches. Sé que me los merezco y no puedo evitar sentir remordimientos por ello.

Cuando la enfermera me llama, Marcus pasa conmigo y mientras mis amigas se quedan fuera para no saturar la consulta, él le explica a la doctora todo lo que veníamos hablando en el coche. Me preparo tras un biombo para la exploración y diez minutos después la doctora, con ayuda de Marcus, me explica que todo está bien y no puedo evitar emocionarme. Tenía tantas ganas de escuchar algo así que tengo que contenerme para no echarme a llorar. Ya no parece haber amenaza de aborto y, aunque me pide cautela, me da el visto bueno para viajar a España.

—Vaya, ese pequeñín parece que tendrá una gran energía —comenta al salir y no puedo evitar sentirme orgullosa. Es cierto, su corazón está lleno de vitalidad—. Espero que no te importe, pero lo grabé… —Me acerca el teléfono y al escuchar el latido de su corazón, como si fuese la primera vez, mis ojos se llenan de lágrimas. Es una pena que Valentin se esté perdiendo esto—. Si de verdad es de mi amigo como aseguras, en cierto modo será mi sobrino, así que, independientemente de lo que Valentin decida cuando se lo comuniques, me gustaría seguir manteniendo contacto contigo para ver cómo crece y eso… aunque sea por fotos.

—Lo tendrás, y podrás venir a verle cuantas veces quieras.

—Te lo agradezco mucho —sonríe—. Quizás te parezca una tontería, pero por alguna razón me hace ilusión. Quiero a Valentin como a un hermano.

De nuevo vuelvo a pensar en él y en cuánto me gustaría que estuviese aquí.

—Te entiendo perfectamente —sonrío también—. Esas dos locas de ahí —las señalo— lo son todo para mí.

—¿Cómo ha ido? —Las chicas se acercan a nosotros con ansias de saber.

Cuando les explico lo que me ha dicho la doctora se muestran emocionadas y nos abrazamos con fuerza. Saber que ya no hay peligro es un gran consuelo. Hemos pasado unos días terribles pensando en ello.

Las siguientes horas transcurren sin más y, aunque durante la mayor parte del tiempo me siento una esclava del teléfono, por fin logro convencerme de que no me responderá. Lo único que debe importarme ahora es que mi bebé está bien y no necesito nada más.

Con intención de cerrar el círculo, le pregunto a Marcus por él una vez más prometiéndome que será la última, sin embargo, parece que la cosa sigue igual. Él tampoco consigue contactar con Valentin y cada vez se muestra más preocupado. Según comenta, en alguna ocasión ha hecho algo parecido, pero nunca ha estado desaparecido tanto tiempo, lo que me hace llegar a la misma conclusión: nos escuchó.

—Voy a verle. —Se pone de pie—. Necesito saber que está bien.

Nadie dice nada y en el momento en que sale de la casa las tres corremos hacia la ventana. Cuando vemos a Marcus cruzar la calle mi estómago se encoge.

Llama a la puerta, espera y cuando parece que habla con alguien puedo ver cómo las cortinas de Valentin se mueven, por lo que deduzco que no es con él con quien está. Esperamos varios minutos más y cuando Marcus regresa negando con la cabeza entendemos que no ha habido suerte.

—¿Qué ha pasado? —Nerea, sin saberlo, me hace un gran favor al preguntar. Estoy tan nerviosa que no sé si hubiese sido capaz.

—Su madre me ha dicho que no está. —Le miramos atentas—, pero al preguntarle dónde ha ido no ha sabido qué responderme, así que supongo que me ha mentido.

—Eso parece —añade Julia—, o al menos hay alguien en su habitación porque hemos visto movimiento en su ventana.

—Esto ya es demasiado raro… —Mira al suelo—. Algo muy grave debe de estar pasando. Valentin nunca se comportaría así.

El teléfono de Nerea nos interrumpe y, avisando que es su jefa, se marcha al pasillo para contestar. Julia y yo permanecemos calladas mientras Marcus revisa el suyo y vuelve a negar con la cabeza.

—¡Chicas! —Nerea regresa agitada—. Malas noticias. Tenemos que

salir hoy mismo para España.

—¿Qué? ¿Cómo que ya? —No termino de procesar lo que acaba de decir.

—Debo estar en mi empresa mañana por la tarde. Es importante.

—Pero eso es imposible… —Julia arruga la frente—. Tardamos más de doce horas, contando que no nos perdamos de nuevo.

—Por eso… —responde con gesto de disgusto—. Si salimos ya estaré allí a tiempo.

—¿Tan urgente es? —Marcus se muestra igual de sorprendido que nosotras.

—Sí. —Aprieta los labios—. Han conseguido el material que tanto esperábamos y debo estar allí para organizarlo. No podemos perder ni un solo día más o mi empresa quebrará.

—Entiendo… —responde en un susurro.

—Necesito hacer la maleta, ahora te veo. —Le da un beso y subimos tras ella para hacer lo mismo.

Una hora después Marcus abre el garaje, donde guardamos el coche, y Julia lo trae hasta la puerta para no tener que cargar con tanto peso. Nerea y Marcus se alejan para despedirse mientras nosotras nos encargamos de acomodar los bolsos; cuando regresan Nerea tiene los ojos rojos. Ha sido todo tan precipitado que no les ha dado tiempo ni a mentalizarse.

—No llores —trata de calmarla Marcus—. Muy pronto nos veremos de nuevo.

Sonrío al escucharle, me alegra que decidan seguir viéndose. Al principio tenía mis dudas, pero después de haberlos visto juntos estoy segura de que de aquí nacerá un bonito amor.

—¿Cuánto es «muy pronto»?

—No lo sé, pero te prometo que en cuanto tenga un hueco me escaparé para ir a verte.

Esperamos varios minutos más y una vez en el coche no puedo evitar volver a mirar hacia la ventana de Valentin. Algo dentro de mí no para de repetirme que no lo volveré a ver y el corazón se me rompe, pero la vida sigue y tarde o temprano tendré que hacerme a la idea de que mi hijo no tendrá padre ni oportunidad de conocerlo.

Tres horas después mis glúteos y espalda comienzan a resentirse por la postura y le pido a Julia que se detenga en la siguiente vía de servicio. Necesito caminar para poder estirar las piernas.

Conduce un par de kilómetros más y, tras tomar el primer desvío, nos detenemos en una gasolinera.

—Tengo que ir al baño —indico y cuando tiro de la manilla para abrir la puerta mi teléfono me avisa de que tengo un mensaje. Lo saco del bolsillo y cuando reviso la pantalla me quedo paralizada—. ¡Oh, Dios mío! —Parpadeo—. ¡Valentín me ha escrito! —exclamo con las manos temblorosas y tan solo un segundo después la emoción da paso al miedo y no me atrevo a leerlo.

Capítulo 28

—¡¿Qué pone?! —grita Nerea, más alterada que yo.

—¿Qué dice? —pregunta Julia al notar que me he quedado muda.

—No… no puedo abrirlo.

—¡Ábrelo! —exclaman a la vez.

Con el corazón en la garganta, obedezco, más por la obligación que por motivación propia, y cierro los ojos con fuerza para enfrentarme a ello, como si de ese modo fuese a impresionarme menos. Tengo miedo de que me duela lo que vaya a encontrar en él, pero, aun así, leo en alto:

Valentin: *Hola, Valeria. Marcus acaba de comunicarme que habéis tenido que adelantar vuestro viaje. Espero que vaya bien.*

Las tres guardamos silencio, hasta que Nerea, con voz burlona, replica:

—¿Espero que vaya bien? ¿A este qué bicho le ha picado?

—Ni un mísero «me hubiese gustado despedirme» —continúa Julia —. ¡Como si nosotras le hubiésemos hecho algo!

Evito repetir lo que llevo creyendo desde que escuché aquel portazo en casa de Marcus y le respondo con la misma sequedad.

Valeria: *Gracias.*

Guardo el teléfono en el bolsillo y me echo hacia atrás para descansar la espalda. Tengo acumulada demasiada tensión en ella. Al hacerlo el teléfono vibra una vez más dentro de mi pantalón y lo vuelvo a sacar.

—Me ha escrito otra vez. —Lo despliego y, al igual que antes, leo en alto.

Valentin: *Te llamaré… Estos días se me ha complicado todo.*

—¿Qué le respondo? —Esperaba que pusiese otra cosa. Al final parece que todos tendrán razón y Valentin no sabe nada. Es tanto mi miedo que no paro de asociar cosas.

—Dile que a ti también y no por ello desapareces sin dar explicaciones —se mofa Julia e, ignorando sus palabras, pronuncio en alto mientras escribo:

Valeria: *Claro. Cuando quieras.*

—Claro, cuando quieras, inmaduro —dicta Nerea y reímos—. Tremendo señor pataletas. Cuando tiene problemas, en vez de buscar soluciones, esconde la cabeza. ¿Qué culpa tenemos nosotras para que nos haya hecho ese feo? Ni siquiera se preocupó en aliviarnos la

preocupación. Mejor que tu hijo no le conozca, Valeria —resopla—. Vaya ejemplo le iba a dar.

—Opino lo mismo —secunda Julia—. No le hubiese costado nada enviarle un mensaje a Marcus para que no nos preocupásemos. No entiendo su actitud.

Asiento en silencio y, al igual que hice antes, reviso el teléfono antes de volver a guardarlo. «Yo tampoco lo entiendo», balbuceo para mí. Creí que entre nosotros estaba surgiendo algo. Exhalo a la vez que me esfuerzo en pensar en otra cosa. No pienso darle más vueltas.

Una hora después decidimos tomar un descanso y Julia, sin preguntar, se desvía hacia un pequeño pueblo. Al llegar a una especie de gasolinera abandonada bajamos del coche y, extrañadas, observamos cómo se aparta con el teléfono en la mano y la mirada centrada en la pantalla. Marca un número, lo coloca en la oreja y mantiene una conversación con alguien.

—¿Sabes con quién habla? —Nerea arruga las cejas, y yo también. No suele actuar así.

—No tengo ni idea.

Julia eleva la voz a la vez que carcajea y miramos en su dirección.

—Sí, estamos en la gasolinera de la entrada. ¿Te viene bien que nos veamos ahora? —la escuchamos y parpadeamos. ¿Está quedando con alguien? ¿Aquí? ¿En este lugar alejado de la mano de Dios? Un minuto después cuelga y mientras camina de regreso hacia nosotras, nos sonríe—. He quedado con Pedro. Viene ya, está aquí al lado —nos informa y nos miramos sin entender nada.

—¿Pedro? ¿Qué Pedro? —preguntamos a la vez.

—El granjero que nos ayudó cuando íbamos de camino a Francia.

—¡Oh, Dios mío! —exclamo. Ni siquiera me acordaba ya de él. Sabía que hablaban, pero nunca imaginé que tuviesen intención de verse.

—¿El del camión que olía tan mal? —Nerea se muestra todavía más sorprendida.

—El mismo —vuelve a sonreír y niego con la cabeza. Maldita primavera… parece que Julia también se está enamorando.

Cinco minutos después vemos al camión aparcar a nuestro lado y, tras pitar dos veces, como si con la primera no le hubiésemos escuchado, Julia corre hacia él.

—¡No tardes! —le grita Nerea—. Vamos con el tiempo justo.

—¡Lo sé! ¡No tardaré! —indica mientras se aleja y sube al camión con él.

—Esto es de locos… —suspiro y el teléfono de Nerea comienza a sonar.

—¡Es Marcus! —Descuelga sin demora—. Hola, cariño. Sí, hemos parado unos minutos para descansar. —Tuerce los ojos—. ¿Cómo? ¿Ha ido a la casa? —Me mira y mi cuerpo se tensa—. Pero… ¿está bien? —Escucha—. Oh… ¡qué pena! —Me vuelve a mirar y logra ponerme nerviosa—. Nos hubiese gustado despedirnos de él. —Escucha de nuevo—. ¿Te ha comentado algo? —Espera en silencio—. Um…. Qué mal… —Aprieta los labios en mi dirección y siento unas terribles ganas de pedirle que cuelgue. ¡Necesito saberlo todo ya!

—¿Qué ocurre? —le pregunto en cuanto veo que separa el teléfono de la oreja.

—Valentin se acercó a la casa para despedirse de nosotras, pero ya nos habíamos marchado.

—Oh…, pero ¿está bien?

—Marcus dice que está muy decaído. Ha tenido un gran enfrentamiento con su familia, pero todavía no sabe la razón. Cuando han empezado a hablar su madre, al ver que no estaba en casa, le ha llamado y ha tenido que regresar.

—Esa mujer no me gusta nada.

—A mí tampoco. Apesta a interesada.

—Quizás nos hemos precipitado al juzgarlo… —Bajo la cabeza.

—¿Sabes? Yo también lo creo. Si está tan mal como dice Marcus, de verdad debe de haber ocurrido algo.

—¡Ya estoy aquí! —Julia regresa con el cabello completamente despeinado.

—¡Uy! ¿Estás viendo lo mismo que yo? —Nerea levanta una ceja en mi dirección.

—Sí… Parece que ha metido los dedos en un enchufe.

—O al revés. —Nerea, como siempre, lo suelta sin anestesia—. Alguien le ha metido el enchufe a ella —carcajea y Julia se cubre la cara para evitar mirarnos.

—Ha sido el aire, ¿vale? —se excusa acomodando su melena frente al espejo del coche.

—¿Y ese chupetón en el cuello? —vuelve a la carga Nerea—. ¿De pillarte la cabeza con el coche?

—¡Dejadme en paz! ¿Vale? —ríe sabiendo que es imposible seguir

poniendo excusas porque sabemos lo que ha hecho—. Por esto es por lo que preferí no contaros nada.

Continuamos con el viaje y ahora es Nerea quien se hace cargo para turnar a Julia, que parece estar en otro mundo. Mirada perdida, suspiros cada pocos segundos y una sonrisa tonta que es incapaz de borrar de la cara.

A medida que pasan las horas la fatiga comienza a sentirse y el monótono paisaje parece no tener fin. A pesar del cansancio tratamos de mantenernos positivas hablando de historias divertidas, pero cuando el tráfico se intensifica y las nubes aumentan, una enorme tormenta se forma sobre nosotras y comienza a llover tan fuerte que nos vemos obligadas a detenernos hasta que escampe. Miro hacia atrás y varios coches deciden hacer lo mismo.

—¿Qué es eso? —Señalo algo en la cuneta.

—¿Qué es qué? —Julia se inclina, pero el agua cae con violencia sobre la luna del coche y no la deja ver.

—Eso de ahí… se mueve… —Abro la puerta, tentada a ir.

—¿El qué? —Nerea se esfuerza, pero, al igual que Julia, tampoco ve nada.

—Sujétame el bolso. —Se lo entrego a Nerea para que no se moje y me aventuro a salir del coche. Sé que acabaré empapada, pero tengo que asegurarme de que lo que estoy viendo no es lo que parece o no podré sacármelo de cabeza.

Camino por el arcén varios metros y cuando estoy llegando tengo que secarme la cara con la manga de la sudadera para poder continuar. Las gotas de agua empapan mis ojos y me provocan un fuerte escozor. Vuelvo a dirigir la mirada hacia el mismo lugar y ahí está, hecho una bola y completamente asustado. Me inclino para acariciarlo y al notar mi mano primero se asusta, pero cuando le hablo me observa moviendo la cola. Vuelvo a secarme el rostro antes de quitarme la sudadera y, tras envolverlo con ella, regreso al coche.

—¿Qué coño traes ahí? —Julia me mira espantada.

—¿Tú que crees? —sonrío mostrándole un pequeño cachorro y este comienza a lamer mi cara.

—Dios mío… ¿otro perro? —Nerea niega con la cabeza—. ¿No teníamos suficiente con Ucho?

—Decid lo que queráis, pero no pienso dejarlo tirado ahí. Lo llevaremos a un veterinario para ver si tiene chip.

—Está bien… —cede Julia. Sabe que cuando se trata de un animal mis decisiones son tajantes y no hay nada que hacer—. Sube, anda. A

ver si podemos avanzar un poco más.

Hago lo que me dice y cuando me acomodo con él en los asientos traseros retomamos la marcha al notar que la lluvia remite. Varios minutos después el cachorro está tan a gusto que no tarda en quedarse dormido, y yo con él.

—Valeria… —Nerea me habla, pero se oye tan lejos que apenas la escucho—. Valeria… —Toca mi brazo y abro los ojos, sobresaltada.

—¿Qué? —Me incorporo con rapidez.

—Marcus acaba de escribirme, dice que Valentin le ha pedido ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

—Necesita que le reserve un vuelo para España sin que su familia se entere. Quiere verte.

—¡¿Qué?! ¿Le ha contado lo del embarazo? —es lo primero que viene a mi cabeza.

—No… o al menos eso me ha prometido.

—¿Cuándo viene?

—No lo sé, en cuanto tenga el pasaje me lo dice.

La notificación de un mensaje vibra en mi bolsillo y al ver que es Valentin mi pulso se acelera.

—Es él otra vez… —Mi barbilla comienza a temblar mientras leo con la voz entrecortada.

Valentin: *Necesito saber cuándo tendrás un día libre para que podamos vernos.*

Mis ojos quedan fijos en la pantalla. Algo pasa… ¿por qué de pronto ha decidido venir en vez de llamarme por teléfono?

Capítulo 29

Durante varios segundos sostengo el teléfono en las manos mientras leo el mensaje una y otra vez. Tentada a preguntarle, trato de anular todas las ideas que se están formando en mi mente y, como puedo, comienzo a redactar una respuesta, sin embargo, las palabras parecen escapar de mi mente. Al final decido enviar un texto breve sin estar segura de sí será lo correcto y, mirando fijamente la pantalla, suspiro.

—¿Le has respondido? —Nerea se preocupa al ver mi rostro desde el espejo retrovisor.

—Sí, le he dicho que ya le avisaré.

—Eso suena a…

—A lo que es, una excusa porque ahora mismo no sé si quiero verle. Ya estaba hecha a la idea de que todo había terminado, necesito mentalizarme.

De repente un pequeño salto en mi barriga hace que me olvide de todo y, colocando la mano sobre ella, me quedo inmóvil. Una vez más, vuelve a pasar lo mismo, y, aunque sé que todavía es demasiado pequeño para notarle, soy más consciente que nunca de que albergo vida en mi interior. Emocionada, sonrío y, sabiendo que está comenzando una nueva etapa en mi vida, trato de contener las lágrimas, pero, sin saber muy bien por qué, comienzo a llorar.

—Valeria… —se asusta Julia—, ¿estás bien?

—Sí, sí —hipeo—. No es nada.

—¿Por qué lloras? ¿Te ha vuelto a escribir? —me habla Nerea sin apartar la mirada de la carretera.

—No, es solo que me han entrado ganas de llorar y ya. Supongo que será algo hormonal.

—Es posible. A mi compañera, Nati, que está a punto de dar a luz, le pasa igual. Tan pronto ríe como está llorando. ¿Quieres que hagamos otra parada para que te dé el aire?

—No, estoy bien. Tranquila. —Seco mis lágrimas buscando calmarme—. Ha sido una semana muy intensa y llena de emociones, supongo que eso también ha tenido algo que ver.

—Seguro que sí. —Julia me entrega un pañuelo de papel—. Tu vida ha sufrido muchos cambios en apenas tres meses. Tu ruptura, el bebé, este viaje, Valentin…

—Ya lo creo. —Sorbo por la nariz a la vez que sonrío—. Me siento completamente desubicada. Solo espero que todo salga bien.

—Saldrá —afirma—. Ya lo verás. —Echa la mano hacia atrás para

acariciar mi rodilla—. Entre las tres lograremos que así sea.

Ocho horas después, varias paradas y los mismos cambios de conductoras, gritamos, emocionadas, al entrar en nuestra ciudad y nos sorprende haber terminado el viaje sin más contratiempos. Somos un imán para los percances. Julia aparca justo debajo de nuestro edificio y nos parece más hermoso que nunca. Después de tantos días fuera, regresar a casa es lo más parecido a una bendición.

Mientras Julia y Nerea se encargan de bajar las maletas yo envuelvo al cachorro en ropa seca y subo a la casa con él. Son las seis de la madrugada, pero en un par de horas tengo intención de llevarlo a una clínica veterinaria. Necesito saber si tiene chip. Si es así es posible que sus dueños lo estén buscando, aunque me resulta extraño que ni siquiera lleve collar. Algo me dice que lo han abandonado. Ojalá me esté equivocando.

—Ay, Dios, te has vuelto a hacer pis… —Es la cuarta vez que lo hace desde que lo encontré—. Tengo que bañarte. —Aviso a las chicas de lo que voy a hacer y cuando entro en el baño me doy cuenta de que nos dejamos la ventana abierta. Por suerte, hay rejas y no ha podido colarse nadie. Siempre nos pasa. La cierro y cuando termino ya han sacado todo del coche.

—Ohhh, pero si es blanco. —Nerea se acerca para acariciarlo. Estaba tan sucio que hubiésemos jurado que era marrón.

—Blanca, he descubierto que es hembra —sonrío.

—Pues así la llamaremos. Hola, Blanquita. —Rasca su cabeza.

—No. ¡Eh! No vamos a llamarla de ninguna forma. Debemos encontrarle una familia. —Julia estropea el momento—. Poned los pies sobre la tierra, chicas. Estamos esperando un bebé y no podemos hacernos cargo de otro animal.

—Tiene razón. —Nerea frunce la frente en mi dirección y asiento, apenada. Debemos buscarle un hogar.

El timbre nos interrumpe y nos miramos, asustadas. No son horas de visitas.

—¿Quién puede ser? —Nerea camina hacia la puerta tratando de no hacer ruido y en el momento en que pone el ojo en la mirilla un ladrido inconfundible se escucha al otro lado—. ¡Es Ucho! —Abre, entusiasmada, y cuando este salta sobre ella Julia y yo corremos hacia él y lo abrazamos.

—Sabía que estabais aquí. —Maika, nuestra vecina, observa la escena con una sonrisa—. Os debe de haber escuchado porque no ha dejado de ladrar y rascar la puerta desde hace un rato. He tenido que

salir con él para que se calmase y ha sido él quien me ha traído hasta aquí.

—Ucho, Uchito. —Rasco su cabeza mientras dejo que lama mi cara —. ¡Te he echado mucho de menos! —De pronto se detiene y, con el pelo erizado, ladra.

—Uh, creo que alguien acaba de descubrir que Blanquita está en la casa —ríe Julia.

—Eso parece. —Arrugo la frente. En la calle nunca se comporta así con otros perros, pero al estar en su territorio supongo que es normal.

Camina hacia mi habitación y cuando está llegando se detiene en la puerta del baño antes de comenzar a gruñir.

—Esto no me gusta… —expreso y vamos con él. No suele ser un perro agresivo, pero tengo miedo de lo que pueda hacer. Sujeto su correa para evitar que salte sobre ella y abro la puerta de mi habitación despacio—. Mira, ¿ves? Es muy pequeñita —le hablo como si pudiese entenderme—. No te va a hacer nada. —Le permito acercarse más y cuando tocan sus hocicos Blanquita chilla y se orina —. Mierda… otra vez no. Acabo de bañarla —resoplo y cuando Ucho vuelve a acercarse a ella lame su hocico y ambos se tranquilizan.

—¡Ay, qué monos! —Nerea coloca la mano sobre su pecho—. Parece que se van a llevar bien después de todo. —Apenas pronuncia esas palabras Ucho ladra de nuevo, asustándonos, y Blanquita se esconde debajo de la cama.

—Suficiente por hoy… —Lo saco del cuarto y cuando cierro la puerta, Ucho, como si estuviese poseído, comienza a olfatear y gruñir en el pasillo.

—Qué extraño. —Julia lo observa—. ¿Por qué se comporta así? Ni siquiera a los gatos les hace eso.

—Deberíamos haber hecho las presentaciones en otro lugar. La cree una intrusa.

—Sí… eso parece.

Cuando la cosa parece más tranquila nos despedimos de Maika, entro en el baño y al mirarme en el espejo me veo unas tremendas marcas de cansancio en la cara. En un par de horas tengo que llevar a Blanquita al veterinario y ya no me merece la pena meterme en la cama. He dormido algo en el coche y con eso hoy tendrá que servir. Me doy una ducha, abro el cajón del mueble del baño y saco una de mis maravillosas mascarillas. Enrollo mi cabello en una toalla y la aplico sobre mi rostro. Voy a por otra toalla y al pasar por delante del espejo veo en él mi reflejo y doy un respingo. No me extraña que Valentin gritase al verme. Mi aspecto es terrorífico.

Reviso la hora en el teléfono para saber cuándo quitármela y me doy cuenta de que tengo un mensaje; al ver que es de Valentin no puedo evitar ponerme nerviosa.

Valentin: *Hola de nuevo… Me preguntaba si habíais llegado ya. Es un viaje muy largo y no puedo evitar preocuparme.*

—¿Que no puedes evitar preocuparte? —balbuceo entre dientes.

No entiendo por qué ahora me escribe tanto si los últimos días que hemos estado allí se dedicó a hacerme el vacío. Entiendo que estuviese mal por su padre, pero no debió comportarse así, y más cuando todo quedó en un susto. No me gusta su actitud… El sonido de otra notificación me saca de mis pensamientos.

Valeria: *Sí, ya estamos en casa.*

Respondo con sequedad. Aunque no quiero, no puedo evitar sentirme cabreada. Una noche me está besando y la siguiente me ignora. ¿Qué coño le pasa? No imagina cuánto me he comido la cabeza por su culpa.

Valentin: *Oh, genial. Me alegra saber que habéis llegado bien. ¿Tú cómo estás?*

—¿Que cómo estoy? Mejor que no lo sepas —exteriorizo en alto. Con cada mensaje me cabreo más.

Valeria: *Perfectamente.*

Lo envío con rabia.

Valentin: *¿Estás enfadada conmigo?*

—¿Tú qué crees? —le hablo a la pantalla mientras pienso qué responder.

—Valeria, ¿has terminado ya? —habla Nerea al otro lado—. Tengo que entrar y Julia está ocupando el otro baño.

—Sí, ya salgo.

Abro la puerta y al verme grita.

—Nunca me acostumbraré a tus malditas mascarillas. —Con prisa, se desabrocha el pantalón y se sienta en el inodoro.

—Ucho, ¿qué haces otra vez aquí? —le riño al notar que quiere entrar. Lleva desde que llegó sentado al lado de la puerta del baño esperando a que abramos.

—¡Su puta madreeee! —De pronto, Nerea se pone de pie con la ropa por las rodillas—. ¡Su puta madreeeee!

—¡¿Qué te pasa?!

—¡¡Casi se me mete en el culo!! —Histérica, sacude sus glúteos mientras salta a mi lado.

—¡¿El qué?! —Está tan alterada que ni siquiera me escucha.

—¡Ay, Dios mío! ¡¡Ay, Dios!! —Se contonea como si le estuvieran dando espasmos y lloriquea a la vez que señala el inodoro—. ¡Mira! ¡Mira lo que hay ahí! ¡¡Mira!!

Insiste tanto que obedezco por inercia.

—¡Joder! ¿¿Qué es eso?? —Me echo hacia atrás por la impresión y golpeo sin querer a Nerea, que, al tener todavía los pantalones bajados, pierde el equilibrio y se cae dentro de la bañera—. Mierda. ¿Estás bien?

Aprovechando la postura, se mira la entrepierna.

—Creo que sí, gracias a Dios.

Julia al escuchar el escándalo viene corriendo.

—¿Qué ocurre? —pregunta, sofocada.

—¡Hay una anaconda en el retrete! —Nerea sale de la bañera como puede y acomoda su ropa.

Julia la riñe creyendo que se refiere a otra cosa.

—¡Qué puerca eres! —Ucho asoma la cabeza en el retrete y comienza a ladrar—. ¿Qué coño has expulsado para que hasta el perro se asuste?

—¡No me ha dado tiempo a expulsar nada! ¡Hay una serpiente ahí dentro!

—¿Una serpiente? —Levanta una ceja, incrédula—. No pienso caer en otra de tus bromas.

—¡Que es verdad! —reclama con el cuerpo tembloroso—. ¡Casi me viola!

—Es cierto, Julia. No lo dice en broma —apoyo a Nerea; para una vez que dice la verdad reconozco que cuesta creerla—. Compruébalo tú misma.

Julia hace lo que le he pedido y al comprobar que es cierto se aparta con rapidez a la vez que cubre su boca.

—¡Es Ramona! —exclama y nos miramos sorprendidas.

—¿¿Cómo que es Ramona?? ¿¡Este bicho tiene nombre!?

—Y dueño. Es del vecino del quinto. Cuando subía con las maletas he visto un cartel donde ponía que la estaba buscando. Creo que hay un teléfono en él. Voy a ver.

Regresa con el cartel y, tras telefonear al chico, viene para hacerse cargo. Llegamos a la conclusión de que solo ha podido entrar por la ventana del baño. Jamás volveremos a dejárnosla abierta.

—Dios mío… —Agotada, me siento sobre la cama con una infusión de tila en las manos—. Esto solo puede pasarnos a nosotras.

—Nos da para escribir un libro. —Nerea, suspirosa, se sienta a mi lado.

—Sobre todo contigo —bromea Julia—. No sé qué diablos les pasa a los animales contigo, pero ya van dos y dicen que no hay dos sin tres… Creo que deberías plantearte empezar a usar pañales.

—Creo que lo haré… —resopla a la vez que su teléfono vibra. Revisa la pantalla y alza las cejas antes de mirarme con seriedad—. Oh, oh… Creo que esto no te va a gustar. —Aprieta los labios a la vez que me muestra el mensaje que Marcus le acaba de enviar.

Marcus: *Valentin tiene intención de viajar a España el próximo fin de semana. No para de repetir que necesita hablar con Valeria.*

Capítulo 30

Cuando por fin regreso del veterinario estoy tan cansada que me pesan hasta los párpados y, tras meter a Blanquita en mi habitación, aprovechando que Julia se fue a pasear a Ucho, me echo sobre la cama. La espalda me está matando. Cuando estoy empezando a quedarme dormida alguien me llama por teléfono. Miro la pantalla antes de descolgar y me siento con rapidez al ver que es Valentin.

Espero mirando a la pared sin saber qué hacer y cuando me decido a responder deja de sonar.

—Joder… —Expulso el aire que estaba reteniendo. No quiero hablar con él, no me siento preparada.

Solo un par de minutos después me escribe:

Valentin: *Supongo que estás ocupada, solo quería preguntarte si tenías planes para este fin de semana.*

—Madre mía… —resoplo—. ¿Qué le digo ahora? —Recuerdo que uno de los días que hablamos le conté que tenía los fines de semana libres y cualquier cosa que le diga después de eso sabrá que es una excusa.

Valeria: *Disculpa. Sí, estaba ocupada. Este fin de semana lo tengo complicado. Lo siento.*

Miento y, aunque me siento mal por ello, me doy un cachetito en la espalda mentalmente. He sabido salir airosa.

A los pocos segundos llega otro:

Valentin: *¿Y el que viene? ¿Podríamos vernos para entonces?*

—Dios mío… —Los sudores vuelven y trato de escribir algo parecido.

Valeria: *No lo creo, quiero ir a visitar a mis padres.*

Vuelvo a mentir.

Valentin: *Oh, lo entiendo. ¿Cuándo te vendría bien?*

Abrumada por su insistencia, decido cambiar de táctica.

Valeria: *No te preocupes. Cuando esté más tranquila y encuentre un hueco te digo algo.*

Lo envío y vuelvo a sentirme satisfecha. ¿No es lo mismo que me hizo él? Me ha hablado solo cuando le ha parecido bien. Al menos yo he tenido la decencia de contestar.

Valentin: *OK.*

Por su respuesta sé que no le ha gustado, pero por el momento no puedo ofrecerle otra cosa, no hasta que se me olvide su desplante.

Dos semanas después

Nada más levantarme observo mi barriga frente al espejo y exhalo. ¿Cómo puede haber crecido tanto en tan poco tiempo? Acabo de cumplir las dieciséis semanas y parece que estoy de siete meses. La doctora me dijo que será grande y, recordando el tamaño de su padre, comienzo a sentir miedo. ¿Podré parir a un niño así? No soy demasiado ancha de caderas y creo que tampoco de ahí…

—Oh, Dios mío… —me estreso.

No pasa un solo día sin que piense en ello. Si al menos fuese una niña…, quizás el tamaño sería más moderado, pero ni siquiera puedo tener ese alivio porque hasta ahora no nos ha dejado ver su sexo. Cuando la semana pasada la doctora me hizo la última ecografía estaba de espaldas.

Al pensar en el tamaño del bebé, Valentin viene una vez más a mi cabeza, al igual que ha estado haciendo durante estas dos semanas. Apenas hemos cruzado un par de mensajes más en los que simplemente me preguntaba cómo estaba, imagino que para recordarme que todavía sigue ahí esperando a que tenga un día libre para él... Ojalá pudiese olvidarme de él de una vez, pero mi mente no para de taladrarme con escenas de aquellos días y no puedo evitar sentir cosas.

Salgo de la habitación y Julia y Nerea, que están hablando en el pasillo, se me quedan mirando.

—Madre mía, Valeria. —Nerea fija la vista en mi barriga—, este bebé crece por noches. Ayer no estabas tan hinchada.

—Lo sé… —Una especie de patadita me inmoviliza—. Y además se levanta protestón y con hambre.

Ríen mientras caminamos hacia la cocina para desayunar, conectamos la pequeña televisión que hay en la encimera y, adormiladas todavía, observamos en silencio la pantalla.

De pronto una noticia llama nuestra atención y nos miramos sorprendidas.

—… ***El cierre de la automovilística Renard deja a casi dos mil personas sin trabajo en España. Paul Renard, propietario, creador y fabricante de estos coches de lujo, lanzó hoy un comunicado explicando los motivos del cierre de sus fábricas. Todo parece indicar que se debe a un conflicto entre socios, no obstante, los próximos tres meses serán clave para oficializar su marcha.***

—¿Paul Renard? —Julia me mira.

—¿Fabricante de coches de lujo? —continúa Nerea—. ¿Ese no es el padre de Valentin?

—No lo sé… —respondo, aturdida—. Francia es muy grande, puede haber muchos Paul Renard allí…

—¿Propietario de una marca de coches de lujo?

—No lo sé. —Mientras trato de procesar lo que estoy escuchando, escribo su nombre en el buscador del teléfono y reviso las noticias más recientes. Necesito comprobarlo—. Madre mía… —Las dos me miran —. Sí que es él. Mirad...

Giro la pantalla y exclaman al ver que Valentin aparece en una de las fotografías junto a su padre.

—¡Eh! Un momento… ¿Esa fotografía es de ayer? —Nerea me arrebata el teléfono para ampliar la noticia—. «*Paul Renard, sus directores y varios responsables de la marca* —lee en alto— *tienen previsto reunirse hoy con cinco inversores españoles en un último intento por salvar sus fábricas*». ¡Joder! —Me mira—. ¡Cupido y su padre están en España! —De pronto suelta el teléfono sobre la mesa al ver que entra una llamada—. ¡Es él! —dice antes de que lo pueda comprobar y mi corazón, como cada vez que tengo noticias suyas, comienza a latir con fuerza.

—¡¿Qué hago?! —Como si quemara, lo empujo de nuevo hacia ella.

—¡Lo que quieras!

—¿¿Descuelgo?? —Necesito que alguien piense por mí porque mi cerebro acaba de dejar de funcionar.

—¡No lo sé! —Ahora es Nerea quien lo golpea para que regrese conmigo.

—¿Queréis dejar de jugar al ping pong con él? —Julia lo toma en sus manos y, cuando creo que va a descolgar, lo silencia, y eso me tranquiliza—. Escríbele para decirle que estabas ocupada y arreglado.

—Eso es lo mismo que le digo siempre…

—Pues si es listo lo entenderá. —Me lo entrega—. No tienes la obligación de hablar con él, y más cuando te altera así. Debes calmarte.

—Tienes razón… —Necesitaba escuchar esas palabras. No sé si será porque me preocupa que cuando descubra lo que le oculto se enfade o porque me despierta sentimientos que trato de guardar en lo más profundo de mi ser, pero lo cierto es que cada vez que intenta comunicarse conmigo me ocurre lo mismo—. Le escribiré, mejor.

Tecleo a la vez que leo y solo cuando me dan el visto bueno, lo envío:

Valeria: *Disculpa, no puedo hablar ahora. ¿Querías algo?*

Espero sin apartar la vista de la pantalla y no tarda en responder, pero, a diferencia de otras veces, esta vez lo hace con una nota de voz.

—Hola, Valeria. Verás… he venido a España por unos asuntos importantes y… bueno, he pensado que quizás podríamos vernos. ¿Crees que tendrías unos minutos para mí? No me importa la hora. Estaré aquí toda la semana y, bueno… como ya sabes, me gustaría que hablásemos. Nos quedó una conversación pendiente y desde entonces no he podido sacármela de la cabeza. Con unos minutos sería suficiente. De verdad que lo necesito… si no fuese así no insistiría.

Su voz apagada me inquieta. No se parece en nada a la que escuché en Francia.

—Si él supiese la conversación que de verdad se os quedó pendiente… —se burla Julia—. De todas formas, parece triste, ¿verdad? —También se da cuenta.

—Sí… —respondo mirando un punto fijo.

—Marcus me dijo que lo está pasando mal. Han ocurrido muchas cosas en su familia desde que nos fuimos. —Aprieta los labios esperando mi reacción.

—¿¿Y por qué no me lo has dicho?? —le reclamo.

—Porque lo último que quería era recordártelo o que te sintieses mal por él.

—Solo te pide unos minutos… —Julia habla más para ella misma que para nosotras.

—¡¿Y cómo hago con esta?! —Señalo mi barriga—. Ahora sí que va creer que quise engañarlo.

—¿Esconderla hasta que le prepares para contárselo? —Levanta las cejas—. Si lo citamos aquí ni siquiera tendrás que levantarte del sofá.

—Oye, pues está bien pensado —la apoya Nerea—. Queda con él cuando estemos las tres y así no tendrás ni que abrirle la puerta.

—No sé…

—Piénsalo. Después de ese audio ¿tu conciencia se quedará tranquila si le pones otra excusa? —Julia sabe dónde golpearme. Me conoce demasiado bien.

—¡Joder! ¡Está bien! —acepto llevada por la presión, aunque en el fondo sé que tienen razón y que será la única forma de cerrar el círculo—. ¿Cuándo os viene bien?

—A mí esta misma tarde —comenta Nerea.

—A mí también —secunda Julia.

—De acuerdo… Allá voy… pero si ocurre algo será vuestra culpa. —Redacto el mensaje poco convencida, pero con la gran necesidad de acabar con esto cuanto antes.

Valeria: *¿Hoy a las ocho de la tarde te vendría bien?*

En dos segundos llega su respuesta.

Valentin: *Sí. ¿Dónde quedamos?*

Le envío la dirección y cierro los ojos con fuerza.

Capítulo 31

A medida que se acerca la hora los nervios me comen por dentro. Me pruebo varias prendas mucho más amplias de las que suelo utilizar y al final me decido por una sudadera rosa que me ofrece Julia. Es tan ancha que no se ajusta a mi cintura y es la única que disimula mi barriga.

Blanquita, como si supiese lo que me ocurre, lloriquea desde el sofá para que vaya a acariciarla. Todavía no le hemos encontrado una familia y, aunque una pareja se interesó por ella, no me inspiraron confianza.

—¿Quién es la perrita más guapa y bonita de esta casa?

—¡Yo! —dice Nerea desde su habitación y niego con la cabeza. Está loquísima.

—Blanquita, ven. —Baja de un salto y viene hacia mí—. Hoy no te harás pis, ¿verdad? —Comienzo a sospechar que una de las razones por las que la abandonaron fue esa. No es capaz de sujetar su esfínter y se orina con las emociones. Sobre todo cuando alguna de nosotras se marcha y al rato regresa. Se pone tan contenta de volver a vernos que no es capaz de contenerse. Lo único bueno es que Ucho por fin la acepta y se han hecho buenos amigos.

Lame mi mano mientras acaricio su cabeza y cuando escucho el timbre casi me pasa como a ella. Por suerte, mi músculo anular es más fuerte y logro contenerme.

—¡Valeria! —Julia viene a avisarme—. ¡Corre! Siéntate. Es Valentin. ¡Ya está aquí!

—Oh, Dios mío… —Mi nerviosismo aumenta y comienzo a arrepentirme. Me acomodo en el centro del sillón y acerco un cojín a cada lado de mi cuerpo. No pareciéndome suficiente, los vuelvo a colocar en su lugar y, abrazando un tercero, me inclino hacia delante —. Oh, Dios mío… —balbuceo al tiempo que me mezo. Al final este bebé nacerá hiperactivo.

Ucho y Blanquita no quieren perderse la visita y, dejándome sola, se van a ver quién es.

—Hola —le escucho saludar a las chicas y cuando pregunta por mí, me tenso.

—Está en el salón. Ven, es por aquí. —Nerea le guía mientras hablan—. ¿Cómo está Marcus?

—Cargado de trabajo y deseando verte. —Su voz se escucha tan apagada como en el audio.

—Ay, ¡qué mono! ¡Yo también a él! —exclama y a medida que se acercan mi cuerpo tiembla.

—Es aquí. —Julia empuja la puerta del salón y cuando los ojos de Valentin se encuentran con los míos mi respiración se detiene.

Su rostro alargado y aspecto descuidado hace saltar mis alarmas. ¿Qué le ocurre? Queda tan poco en él del chico que conocí hace unos meses que me cuesta reconocerlo.

—Hola, Valeria. —Intenta sonreír, pero al no conseguirlo, espera.

—Hola, Valentin. —Me esfuerzo por elevar la comisura de mis labios, pero me ocurre lo mismo.

—¿Puedo pasar? —Señala el interior y, removiéndome en el sillón, asiento—. ¿Cómo… estás? —Arruga la frente en mi dirección y sé que nota algo, pero no acierto a saber qué es.

—Estoy bien, ¿y tú?

—Bueno, ahí voy. —Mira hacia una de las sillas que hay al lado de la mesa y le invito a sentarse—. ¿De verdad… estás bien?

—Sí, sí. Estoy bien. Gracias. —Trago saliva. La conversación no fluye y eso me incomoda—. ¿Cómo está tu padre? —es lo único que acierto a decir, hay tanta tensión en el ambiente que no sé cómo romperla.

—Algo mejor, aunque… digamos que ahora no está pasando por su mejor momento. —Recuerdo la noticia que vimos esta mañana, sin embargo, evito preguntarle—. Valeria… —Carraspea—. Me gustaría disculparme por lo que ocurrió en Francia. Mi comportamiento no fue el más…

—Ah, no te preocupes. —El desasosiego me quema y no le dejo terminar—. No pasa nada. Lo pasamos bien al final. Marcus nos trató de maravilla… —Aunque busco salidas, ni yo misma me lo creo. Mi comportamiento distante ha estado indicándole todo lo contrario.

—Tuve serios problemas en casa. —Ignora mis palabras—. Mi familia no llevó muy bien mi intento de dejar a Nicolle…

—¿Intento? ¿Al final volviste con ella? —la pregunta me sale sola.

—Aún no. —Baja la mirada a la vez que mi estómago se contrae—, pero voy a tener que hacerlo.

—Am… —Por mi cabeza pasan mil cosas, y lo nota.

—La situación me obliga y, bueno...

—¡Oye! Cada uno que haga lo que tenga que hacer. A mí no tienes que darme explicaciones —finjo reírme para hacerle creer que todo está bien, sin embargo, algo dentro de mí se hace pedazos. ¿Por qué me siento así? No somos nada. *Nada.*

—Solo quería que supieses que no tengo otra elección. La fortuna de mi familia y el sustento de miles de personas dependen de mí y no tengo el valor suficiente para dejarlos en la calle.

—¿De ti? —suelto una risotada—. ¿Por qué de ti?

—Es complicado…

—¿Complicado? —Mi rostro arde—. Mira… no me gusta meterme donde no me llaman, y menos cuando no sé de qué trata todo esto, pero lo único que debería depender de ti es tu propia felicidad, no la fortuna ni el sustento de nadie.

—Da igual, no lo entenderías. —Exhala—. Solo quería que supieses que si no regresé no fue por voluntad propia.

—Claro que lo entendería —exploto—. Cuando alguien me explica las cosas las entiendo perfectamente. Lo que no entiendo son comportamientos tan extraños como el que tuviste en Francia. ¿Sabes? Durante días me pregunté si había hecho algo que te hubiese molestado y lo pasé mal.

—No, no. No hiciste nada.

—Eso lo sé ahora. —Exasperada, me echo hacia atrás y solo me doy cuenta de lo que acabo de hacer cuando sus ojos se posan en mi barriga—, pero no pasa nada —digo con rapidez a la vez que vuelvo a colocarme como estaba y arruga la frente.

—Mi… familia… —intenta hablar, pero su mente parece estar en otro lugar y todos los músculos de mi cuerpo se tensan—. La empresa de mi padre está sufriendo serios problemas económicos… —Sacude la cabeza para centrarse antes de volver a mirarme a los ojos—. De hecho, ahora mismo estamos intentando negociar para salvar algunas fábricas que tenemos en España. —Empiezo a comprender las noticias que leímos esta mañana—. Nicolle y su familia siempre han compartido negocios con la mía y sabían de primera mano cuáles eran nuestros problemas, así que no dudaron en ofrecerse a ayudarnos. Ellos invertían el capital necesario a cambio de la mitad de todas nuestras acciones… —Vuelve a mirarme hacia la cintura y, con disimulo, cambio de posición—. Todo parecía ir bien hasta que dejé a Nicolle. Sus padres lo tomaron como una traición, y más cuando ella les contó que me estaba viendo con otra persona. —Aprieta los labios —. Sus padres no dudaron en amenazar a los míos con retirar la inversión si no volvía con ella.

—¿En serio?

—Totalmente. De hecho, mi padre sufrió el desmayo al momento de descubrir que ya habían retirado una parte y, no contentos con eso, para demostrarnos que van en serio, hace unos días retiraron otra

mayor, lo que está ocasionando que se tambaleen todas nuestras fábricas en España. Nos tienen cogidos por los huevos, Valeria. O regreso con su hija o nos arruinan a nosotros y a miles de familias.

—Esa gente quiere poco a su hija si os obligan a estar juntos… —pienso en alto. Ahora ya sé por qué su madre le culpó.

—No sabes cómo necesitaba explicarte esto. —Exhala y me mira fijamente—. Nunca fue mi intención apartarme de ti, pero me han acorralado.

—La gente está loca… —Niego con la cabeza. Si es como dice casi puedo entenderle, le están sometiendo a una presión injusta. Yo tampoco sería capaz de dejar a tanta gente en la calle.

—Me está matando que pienses mal de mí y, aunque te parezca una exageración, te juro que me está robando el sueño. —Se levanta para sentarse a mi lado y cuando toma mi mano retengo la respiración—. Si tuviese decisión te elegiría a ti, Valeria —sonríe, apenado—. Has sido la única persona que ha logrado hacerme comprender todo aquello de lo que hablamos. —Sus ojos brillan—. Cuando estuvimos juntos noté esa conexión especial que me explicaste. No solo la física. —Acaricia mi mentón y al ver que bajo la mirada tira de él para buscar de nuevo mis ojos—. Tengo esa intensa necesidad de hablar con alguien por el simple hecho de pasar tiempo con ella.

Con el pulgar acaricia mi mejilla y dejo escapar un pequeño suspiro. Si él supiese que yo siento lo mismo… pero decírselo ahora solo le generaría más dolor.

—¿Sabes? He llegado a plantearme incluso el hecho de compartir mi vida. Hasta creo que me empiezan a caer bien los niños —bromea y eso provoca que me mueva, incómoda.

Una patadita me recuerda que mi pequeño también está aquí y la gran urgencia de contárselo me empuja. Ya no se trata de nosotros, sino de otra persona, y debe saberlo. Es su padre y no es justo para ninguno de los dos que siga ocultándoselo.

—Valentin, yo…, yo…

Ha llegado el momento. No puedo demorarlo más o después me arrepentiré. Tiene que saber la verdad, aunque eso suponga una mayor presión para la difícil decisión que está a punto de tomar.

—Yo… tengo que contarte algo. —Inspiro profundamente mientras trato de ocultar el temblor de mis manos—. Debí haberlo hecho antes, pero no me atreví. Supongo que por miedo a un rechazo o a que… te enfadases o me culpases de algo que jamás pretendí… porque nunca pensé ni esperé que ocurriese algo así. Tampoco quiero que te sientas obligado a nada porque no busco nada. Ni… ni tienes ninguna

responsabilidad si no quieres. Ni… Yo… Verás, yo… Yo… —Otra patadita hace que baje las manos hasta mi barriga y las coloco sobre ella en un acto involuntario de protección—.Yo estoy…

—¿Tú estás qué? —me pregunta al ver que no arranco.

—Estoy… Yo estoy… Estoy embarazada, Valentin.

Cierro los ojos con fuerza y cuando por fin los abro me atrevo a mirarle a la cara esperando una reacción, pero, desconcertada, observo que su rostro no se mueve y lo único que cambia es el color de su piel.

Capítulo 32

—Valentin, ¿estás bien? —Asustada, toco su hombro, pero ni siquiera pestañea—. Valentin…

Mira al suelo como si estuviese en otro lugar y, lentamente, eleva los ojos hasta los míos.

—Esto es raro —dice por fin y ahora quien le mira expectante soy yo—. Confiaba en que fuese mentira.

—¿Cómo? —Parpadeo, confusa.

—Tu embarazo. Confiaba en que fuese mentira.

—Pero… ¿Cómo? ¿Acaso ya… lo sabías?

—Sí… —Su rostro, pálido, comienza a teñirse de rojo y no sé cómo interpretarlo. Su mentón está tenso, pero su mirada se ve triste.

—¿Quién te lo dijo? ¿Tu madre? —Me revuelvo en el asiento. Necesito saber de dónde ha sacado esa información. ¿Será que su madre ha decidido finalmente contárselo? ¿O que Marcus nos ha traicionado?

—¡¿Qué?! ¿Mi madre lo sabe? —Sus ojos se abren con sorpresa.

—Em… sí…

—¿Cómo que mi madre lo sabe? —Se pone de pie—. ¿Por eso estabas en su consulta?

—Sí… Cuando llegué a Francia comencé a manchar y me asusté, así que decidí acudir a un ginecólogo. En esa zona era la única que hablaba español y nos decantamos por ella… Fue todo producto de la casualidad.

—Así que lo sabe… —Se cubre la cara con las manos y mientras resopla aprovecho para lanzarle la pregunta una vez más.

—¿Quién te lo ha dicho, Valentin?

—Eso ya da igual, no solucionará nada. —Aprieta los labios—. Lo sé y ya está, pero necesitaba escucharlo de tu boca. —Niega con la cabeza—. Esto es increíble… No me puedo creer que mi madre, sabiéndolo, me lo haya ocultado cuando hubiese sido el detonante perfecto para que me olvidase de ti.

—Yo tampoco lo entiendo... —Con esa frase vuelve a confirmarme su repulsión hacia los niños. No mentía cuando me lo dijo.

—¿De cuánto tiempo… estás?

—Diecisiete semanas.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros.

—¿Sabes? Algo dentro de mí no me permitía terminar de creerlo. Tenía la esperanza de que… —Vuelve a negar con la cabeza—. No entiendo nada, Valeria, ¿por qué no me lo dijiste antes? ¿Por qué decidiste esconderme algo tan importante?

—No… No vi la oportunidad… No me atreví —confieso, cabizbaja —. La verdad es que ni siquiera tenía pensado decírtelo. Quise tomar la decisión sola, pero mis amigas insistieron en que debías saberlo y me costó entender que tenían razón…

—Claro que tenían razón —me interrumpe—. ¿Cómo pretendías ocultarme algo así? ¿Y si hubiésemos llegado a más?

—No quería darte el disgusto.

—¿Y crees que ocultándomelo me librarías de él? Por el amor de Dios, Valeria. ¿Cómo coño pensabas hacerlo? ¿Diciéndome que eran gases?

—¡No lo sé!

—Pero ¡¿en qué cabeza cabe?! —levanta la voz—. Perdóname, Valeria —dice al darse cuenta y pasea por el salón—, pero es que esto cada vez se vuelve más raro y, aunque intento no pensar mal, en mi cabeza no cabe otra cosa. —Traga saliva y aprovecho para hablar.

—Ya te he dicho que no tienes ninguna obligación. No le des más vueltas. Si no quieres formar parte de esto solo tienes que decirlo.

—Sí, eso me ha quedado claro, pero… es que sigo sin entenderlo. —Peina su cabello hacia atrás—. Empecemos desde el principio, ¿vale? Y explícamelo como si fuese tonto porque siento que me voy a volver loco. —Asiento—. Te enteras de que estás embarazada y vienes a Francia a buscarme, ¿por qué?

—¿Para contártelo?

—Pero si no nos habíamos visto nada más que una vez en la vida. ¿Qué necesidad había?

—¿Hubieses preferido no saberlo?

—Hombre, pues la verdad es que visto lo visto, sí.

—Me lo imaginaba… —Sabía desde el principio que esto sería una mala idea.

—¿Y qué esperabas?

—No sé, quizás tenía alguna esperanza.

—Esperanza… ¿de qué?

—De que quisieras conocerlo. —No sé qué más responder. La conversación está comenzando a perder todo el sentido.

—¿Por qué iba a querer conocer al hijo de una persona a la que no

conozco?

—¡¿Qué?!

—¿Qué te hizo pensar que querría conocer al hijo de alguien a quien no he visto nada más que una vez en mi vida?

—Ay, Dios mío… Entonces tú… —comienzo a comprenderlo todo. Por eso no entiende nada. Por eso está siendo todo tan confuso para él.

—¿Qué diablos te pasa, Valeria?

—¿Quién te dijo que estaba embarazada?

—¡Que eso da igual!

—No, no da igual. ¿Puedes, por favor, responderme? Es importante.

Se lo piensa por un segundo, pero al final accede.

—Te escuché contárselo a Marcus.

—¡Lo sabía! —no puedo evitar gritar y me mira todavía más extrañado—. ¡Fuiste tú el del portazo!

—¿Qué portazo?

—Cuando le dije eso a Marcus escuché cómo alguien cerraba la puerta con fuerza.

—Después de oír aquello ni siquiera sé cómo salí de la casa.

—¿Qué fue lo que escuchaste exactamente?

—Solo eso, que estabas embarazada.

—¿No te quedaste hasta el final de la conversación?

—¿De verdad crees que tenía el cuerpo como para quedarme a escuchar más? —pregunta con sarcasmo—. Con eso tuve más que suficiente. Te recuerdo que hacía tan solo unas horas que mi padre había tenido que ser hospitalizado por las represalias de la familia de Nicolle. Represalias que yo provoqué al dejarla y no querer regresar con ella para así poder estar contigo. ¡No te haces una idea de lo traicionado que me sentí!

«Para así poder estar contigo…». Ignoro todo lo demás para deleitarme repitiendo esa frase en mi mente.

—Y aun así has venido a hablar conmigo… —La emoción me embarga y su ceño se frunce en mi dirección. No entiende nada.

—Sí, necesitaba que me lo aclarases porque me estaba quemando por dentro. ¿Y sabes qué es lo peor? —Vuelve a exhalar—. Que soy tan imbécil que si no tuviese el problema que tengo con Nicolle y su familia hasta me hubiese planteado aceptarlo. —Su sinceridad penetra en mi corazón—. Maldita sea, Valeria. ¿Qué me has hecho? ¿Por qué

me siento tan vulnerable? ¿Por qué, aun sabiendo lo que has intentado, no me importaría seguir adelante?

—Valentin…

—Si esto es el amor, ¡es una puta mierda! ¡Una puta mierda como una casa! —Camina de un lado al otro del salón.

—Valentin, necesito que te sientes. —Tomo su mano cuando se acerca.

—No, no me quiero sentar. Debo irme ya. Te dije cinco minutos y ya llevamos más de veinte.

—Por favor, siéntate, hay algo que todavía no sabes y te debo contar.

—¡Ah! ¿Que todavía hay más?

—Siéntate, por favor, lo vas a necesitar —insisto y cuando por fin hace lo que le pido entrelazo mis manos con las suyas. Evita mirarme a los ojos, como si de ese modo pudiese controlar mejor todo lo que está sintiendo—. El día de San Valentín… —Pienso bien lo que le voy a decir para evitar que sufra un *shock*, está demasiado alterado y temo que la noticia le ponga peor—. La noche que pasamos juntos… ocurrió algo…

Su teléfono comienza a sonar, interrumpiéndonos, y, como si tuviese un muelle en el culo, vuelve a ponerse de pie. Al ver quién es responde con rapidez.

—*Allô?* —Escucha—. ¿Conmigo? —habla en español—. ¿A qué hora? —Mira el reloj—. Joder. Voy para allá. No empecéis sin mí. —Cuelga y me mira—. Tengo que irme, Valeria. Hay un posible inversor interesado y se marcha del país en un par de horas.

—Pero necesito que me escuches… Lo que tengo que decirte es importante y ya no quiero alargarlo más. —Al ponerme de pie sus ojos se desvían hasta mi barriga y, por instinto, me la cubro.

—Regresaré en un par de horas, te lo prometo. Son demasiados puestos de trabajo los que hay en juego y no podemos perder ni una sola oportunidad —anuncia saliendo por la puerta.

—Oh, Dios mío —balbuceo dejándome caer de nuevo en el sofá y, aplastando la frente con la mano, expulso todo el aire que estaba reteniendo.

En cuanto la puerta que da a la calle se cierra, Julia y Nerea entran en el salón y no tardan ni un segundo en preguntarme.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha ido así? ¿Se lo ha tomado mal?

—Ya lo sabía… —respondo, convencida de que las va a impresionar.

—¿¡Qué!? —gritan a la vez y tras contarles lo ocurrido se muestran sorprendidas.

—Así que al final no fue el aire… —Julia recuerda el portazo.

—Parece que no. Solo hay un detalle sin importancia…

—¿Cuál? —Como imaginaba, indagan.

—Valentin escuchó solo parte de la conversación. Sabe que estoy embarazada, pero lo que no sabe todavía es que él es el padre. Se marchó antes de que se lo confesase a Marcus.

—¡Joder! ¡Esto es mejor que una película dramática! —exclama Nerea.

—El drama vendrá ahora cuando regrese —comento entre dientes —. Solo espero que no se muera cuando le dé la noticia.

Tres horas después todavía no ha regresado y decido bajar a la calle para que Ucho y Blanquita puedan hacer sus necesidades. Las chicas querían hacerse cargo, pero estoy tan nerviosa que he preferido ser yo quien salga con ellos. Hace una noche estupenda y necesito que me dé el aire.

Cruzo el paso de cebra que tenemos enfrente para ir al otro lado y cuando giro en la esquina alguien que viene corriendo se detiene en seco para evitar chocar conmigo.

—¡Valeria! —Valentin, al verme, se lanza sobre mí y me rodea con sus enormes brazos.

—¿Valentin? —No es normal que actúe así—. ¿Estás bien? ¿Te ocurre algo? —No responde y en el momento en que comienza a llorar sobre mi hombro, me preocupo.

Capítulo 33

Durante varios minutos permanecemos abrazados bajo la farola de la esquina mientras que Ucho y Blanquita esperan pacientes. Quisiera preguntarle de nuevo, pero siento que en estos momentos lo único que necesita es lo que estoy haciendo y mantengo la postura. Solloza acercándome más a su cuerpo y cuando mi barriga queda pegada a la suya el bebé reacciona con una patadita. De pronto, Valentin se aparta y, con los ojos rojos, me mira.

—¿Qué ha sido eso? —Sorbe por la nariz.

—¿Lo has notado? —Trato de contener la emoción debido a la situación, pero una sonrisa se dibuja en mi cara.

—¿Ha sido él? —Asiento y comienza a llorar de nuevo.

—Oh, Dios mío. —Sorbe otra vez—. Ha sido increíble. Qué sensación más extraña.

—Sí que lo es. —Acaricio mi barriga—. Al principio me asustaba, pero ahora ya estoy acostumbrada. Es muy activo.

Me siento rara hablando con él del bebé, pero me gusta demasiado. Por primera vez me puedo hacer una idea de cómo sería vivir un embarazo teniendo al padre cerca y me aseguro de atesorar este momento para los restos. Sobre todo porque sé que no se va a repetir. Si no sale corriendo cuando sepa la verdad lo hará para salvar la empresa de su padre y, aunque me duela, debo entenderlo. Mi hijo se va a criar sin un padre, pero, a cambio, miles de padres podrán llenar la boca a los suyos. No puedo imaginar el dolor y la angustia de esas familias si tuviesen que quedarse en la calle; para la mayoría ese puesto de trabajo es su único sustento.

—¿Quieres entrar en casa? Tengo infusiones relajantes —indico para romper el hielo, aunque mi bebé ha sabido hacerlo mejor que nadie.

—Sí, ahora mismo necesito una garrafa de ellas —me sonríe y el corazón me late con fuerza. Ojalá mi pequeño herede su rostro. No he conocido a un hombre más guapo y atractivo en mi vida.

Al entrar les explico a las chicas que no me ha dado tiempo a darles a los perros su paseo y no dudan en encargarse. Tras dejarnos solos, le guio hasta la cocina y preparo un par de infusiones, de las que suelo tomar cuando estoy nerviosa. Mientras lo hago su mirada me sigue a donde quiera que vaya y en varias ocasiones le descubro observando mi cintura.

—¿No te pesa? —me pregunta cuando me siento frente a él.

—Un poco, sí… —Mi rostro se colorea a la vez que trato de esconder una sonrisa—. ¿Estás mejor? —cambio de tema al ver que de sus ojos continúan brotando lágrimas, aunque de forma más calmada, se esfuerza en disimularlas.

—No lo sé. —Le da un sorbo pequeño a la infusión, enseguida lo deja sobre la mesa—. Ahora mismo estoy bastante desbordado —confiesa y por la forma tan rápida en que vuelven a empañarse sus ojos sé que dice la verdad.

—¿Por la reunión? —me temo lo peor.

—Por todo. —Aprieta los labios—. Hay demasiadas emociones colapsando mi cerebro y no logro pensar con claridad. —Vuelve a beber y exhala sonoramente.

—¿Quieres hablar de ello?

—Son tantas cosas que no sabría por dónde empezar —sonríe, apenado.

—La reunión… ha salido mal, ¿verdad? —trato de ayudarle para que su mente fluya. Por desgracia, me he visto en su lugar en un par de ocasiones y puedo saber cómo se siente, aunque estoy segura de que nunca me vi sometida a tanta presión como él. La primera vez fue cuando descubrí que mi ex me estaba siendo infiel, y la segunda, cuando supe de la existencia de mi bebé. Al pensar en él vuelvo a ser consciente de otra de sus pataditas. Hoy está más revoltoso que otras veces. ¿Tendrá que ver con que su padre está enfrente? Río mentalmente y solo la voz de Valentin me devuelve a la conversación.

—No sabría decirte. Se le echó el tiempo encima y tuvo que marcharse antes de darme una respuesta.

—Pero ¿te ha dado alguna vibra? No sé, buena o mala. ¿Qué sensación te ha quedado?

—Lo único que percibí es que me escuchó con atención. Además, parece que le gustó todo lo que le expuse, de hecho, me pidió los informes para estudiarlos en el avión, pero necesito la respuesta antes de las nueve de la mañana y eso no creo que vaya a ser posible. —Revisa su teléfono—. Dijo que tenía que verlo con sus directivos y trataría de responderme lo antes posible, pero ya son casi las doce de la noche… Intuyo que voy a pasar la peor noche de mi vida.

—Uff. Tiene toda la pinta... —resoplo.

—¿Sabes? —Me mira y sus ojos, en una décima de segundo, vuelven a cargarse de lágrimas. Esto le está afectando demasiado y si no se soluciona pronto acabará enfermando—. Hace un rato hablé por teléfono con mi madre.

—¿Te ha llamado para recordarte que eres el único culpable? —Sé

que no debería, y menos en un momento tan delicado, pero no puedo evitar lanzar la pregunta con sarcasmo. Esa mujer, en vez de ayudarle, cada vez le genera más presión. Ahora entiendo por qué ha venido tan alterado y desbordado. ¿Cómo puede ser tan cruel con él?

—No, la llamé yo. —Seca sus ojos—. Necesitaba preguntarle algo.

—Y ha aprovechado para hacerte sentir peor, ¿verdad? —Cada vez odio más a esa mujer—. No puedes permitirle que siga reduciéndote así. —Siento una gran necesidad de protegerle. Valentin es un buen chico. Entiendo que esto es algo serio, pero ¿hasta dónde es lícito que unos padres usen a su hijo como moneda de cambio? Debe de haber otras soluciones.

—Solo lo hice para que me respondiese algunas preguntas. —Por la forma en que me mira mi corazón se salta un latido y mi mente se prepara. Viene algo a lo que sé que me va a costar hacerle frente—. Valeria. —Toma mis manos y al notar que las suyas tiemblan el vello de mi espalda se eriza—, antes, cuando me fui de aquí, lo hice con una frase grabada en la mente y, aunque me atormentó durante toda la reunión, logré desviar la atención para no centrarme en ella, pero en cuanto salí tuve que entregarle toda mi atención.

—¿Qué frase? —pronuncio con la voz entrecortada.

—Diecisiete semanas…

—Oh, Dios mío. —Por instinto, trato de ponerme de pie, pero al no soltar las manos tengo que permanecer sentada.

—Qué casualidad, ¿verdad? —Expulsa el aire por la nariz con fuerza—. Justo el día de San Valentín… —Clava la mirada en la mía y soy incapaz de descifrar su expresión— ¿Quién es el padre de ese bebé, Valeria?

—Verás, no tienes ninguna obligación… —trato de explicarle todo lo que había pensado decirle cuando llegase el momento, pero no me deja terminar.

—¿Quién es? Dímelo, por favor. —Varias lágrimas ruedan sin control por sus mejillas—. Necesito saberlo. Me estoy ahogando en la angustia.

Sabiendo que ya no hay marcha atrás inspiro profundamente, buscando el valor que necesito y, sin más rodeos, lo dejo salir.

—Tú, Valentin. Eres tú. —No puedo ocultárselo más. Es injusto para él y para mí. Afloja mis manos a la vez que su mirada comienza a flotar en el vacío y deja de respirar—. Tú eres el padre. —Hago una pausa y el silencio duele en mis oídos—. Mi viaje a Francia no fue casual, iba a decírtelo, pero todo se complicó cada vez más y… —comienzo a llorar, pero me esfuerzo en continuar. No puedo

debilitarme ahora—. No logré encontrar el momento…

—Mi madre, por primera vez, no ha sabido qué responder cuando le he preguntado y eso ha terminado de encender todas mis alarmas. Por supuesto, ha insistido en que estaba equivocado y un sinfín de mentiras más, pero al final no ha podido ocultármelo. —Su mirada vuelve a mis ojos—. ¿Sabes? Llevaba tiempo con un presentimiento clavado aquí. —Señala su pecho—. Si te soy sincero, empezó desde el mismo momento en que descubrí que nos habíamos acostado sin protección, pero me negaba a creerlo. No podía tener tan mala suerte, y aunque todas las pistas me llevaban a ello, buscaba huir como fuese de la verdad. Para mí era más fácil creer tus excusas, me sentía a salvo con ellas. —Niega con la cabeza—, pero lo único que he parecido ha sido un tonto. Tu mensaje después de semanas de aquello casi me detiene el corazón. Y qué decir de tu repentino viaje a Francia o tus horribles problemas estomacales en los que tolerabas cualquier alimento…, o el digestivo derivándote a una consulta de ginecología… Un poco raro, ¿no? —ríe sin gana—. Tus mareos repentinos, tus náuseas, tus ansias por los *macarons*… Me he criado con una ginecóloga en casa. Creo que de lo que más entiendo en este mundo, solo por escucharla, es de embarazos.

—Valentin. —Aprieto sus manos y él hace lo mismo—, lo siento, no sabía cómo decírtelo. Quería que me ayudases a tomar una decisión, pero cuando el primer día me dijiste que no te gustaban los niños supe que tendría que hacerlo sola. Siento mucho haber actuado así, de veras que lo intenté, pero no encontré otra forma. No supe cómo y después todo se torció.

—Lo sé. De hecho, ese día te mentí.

—¿Cómo que me mentiste?

—Me gustan los niños, Valeria, solo me estaba protegiendo porque ahí ya comencé a sospechar…

—¿En… serio? ¿Te gustan los niños?

—Sí, a ver, no me apasionan, pero los tolero bien —sonríe, ahora ampliamente—. Sentí que diciendo eso mis miedos no se materializarían, o yo qué sé. La mente a veces hace o dice cosas que ni uno mismo entiende.

—¡Oh! —Una patada, esta vez más fuerte, provoca que me queje.

—¿Estás bien? —Se levanta rápido y viene hacia mí.

—Sí, es solo que hoy parece más agitado que otras veces, eso o va a ser futbolista.

—¿Pu…? ¿puedo? —Abre la mano sobre mi barriga y, al ver lo que pretende, asiento, sintiendo unas enormes ganas de llorar. No me

puedo creer que esté ocurriendo esto.

Tomo su mano, la coloco justo en el lugar donde se está moviendo y en el momento en que lo nota me mira, conteniendo la respiración.

—Dios mío, Valeria, lo he notado. —Su sonrisa se ensancha—. Hola, pequeño. —Se inclina para hablarle y mi corazón comienza a latir a mil por hora—. ¿Sabes quién soy? —le susurra—. Soy tu papá…

Una explosión de emociones me embarga y comienzo a llorar. Esto es demasiado bonito para ser verdad.

Capítulo 34

—No llores, Valeria. —Me abraza—, contigo será un bebé muy feliz. —Estira el brazo y coge una servilleta de papel, la dobla en cuatro partes y me la entrega para que me seque las lágrimas—. Todo esto es muy confuso todavía para mí. Estoy tan conmocionado que ni siquiera sé cómo debería reaccionar. ¿Enfadarme por ocultármelo? ¿Salir corriendo? ¿Aceptarlo y hacerme cargo? —resopla—. Estoy tan asustado… No entiendo cómo has podido ser tan valiente de tomar una decisión así y, además, hacerlo sola. —Tira de mi mentón hacia arriba para que lo mire—. Ojalá yo fuese la mitad de valiente que tú.

—Ya te he dicho que no es necesario que te hagas cargo —hipeo—. Tu situación ya es bastante complicada y ha sido decisión mía traer a este bebé al mundo sin consultártelo. Tú ya tienes bastante con la familia de Nicolle. Después de lo que me has contado, si se enteran de que vas a ser padre, y además conmigo, podrían buscarte un problema mayor. No quiero nada, Valentin. El bebé y yo estaremos bien.

—Legalmente sería mi obligación…

—Podré arreglármelas sola. No le des más vueltas.

Tras unos segundos en los que su mirada se pierde en el vacío, cambia de tema y sé que es porque no se encuentra con fuerzas para seguir. Los sentimientos le están abrumando.

—¿Se lo has contado ya a tus padres? —Al notar que tardo en responder, espera.

—Todavía no, la verdad. La última vez que los vi fue hace ya algunas semanas y pude ocultarles la barriga, pero me temo que a partir de ahora ya no podré. Vendrán a visitarme pronto y no me quedará más remedio que darles explicaciones.

—¿Qué les dirás?

—La verdad, porque les diga lo que les diga el resumen será el mismo. Saben que no tengo pareja, así que no me queda más remedio que contarles nuestra aventura.

—¿Y cómo crees que se lo tomarán? —Arruga el ceño.

—Fatal —respondo sin titubear—. Por suerte, no estarás delante cuando eso ocurra. Mi padre es muy aficionado a la caza y tiene un buen arsenal de armas en casa —bromeo.

—Uff. Creo que eso todavía me da más miedo que la paternidad —ríe y me parece escuchar a las chicas hablar. Deben de haber vuelto ya.

Ucho entra hasta donde estamos, confirmándolo, y comienza a

olisquear a Valentin.

—Creo que le has caído bien —comento al ver que lame su mano.

—Hola, simpático. ¿Cómo se llama? —me pregunta mientras acaricia su cabeza.

—Ucho. —Sonrío al ver que se echa en el suelo y le ofrece la barriga. No suele hacer eso con desconocidos.

—¿Ucho? ¿De dónde viene ese nombre? Nunca lo había escuchado. —Se inclina sobre él y comienza a rascarlo.

—En realidad no viene de ninguna parte, es una abreviatura de feúcho… —río al ver su cara de sorpresa—. Era el más feo de todo el albergue y una de las razones por las que me enamoré de él.

—No me lo puedo creer —carcajea—. Eso es muy cruel.

—A él le gusta. —Me encojo de hombros—. ¿Verdad que sí, Feúcho? —le hablo como si fuese un bebé y mueve la cola con rapidez —. Al final nos pareció un poco mal llamarlo así y decidimos acortarlo.

—Admito que al menos es un nombre original…

De pronto algo llama su atención, levanta las orejas y, tras ponerse de pie, igual que vino, se va, pero tres segundos después escucho a Blanquita chillar e intuyo lo que ha pasado.

—¡Ucho! —lo llamo sabiendo que ha sido por su culpa y al ponerme de pie para buscarla Valentin hace lo mismo—. ¡Lo sabía! —exclamo al entrar en mi habitación y encontrar a Blanquita en un rincón—. Ven aquí, preciosa. —En cuanto la levanto del suelo me doy cuenta de que se ha orinado y está empapada—. No me lo puedo creer. ¡Pero si acaban de sacarla a la calle! —protesto entre dientes mientras Valentin me ayuda a llevarla al baño.

Cuando terminamos de limpiarla regresamos a mi cuarto y exhalo al sentarme en la cama.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que me vaya ya?

—No, tranquilo, no es eso, es solo que estoy agotada de que siempre le ocurra lo mismo. Cada vez que se emociona o se asusta se orina y no sé cómo resolverlo.

—¿Lo has consultado con el veterinario? —Se acomoda a mi lado y cuando nuestros cuerpos se rozan el contacto de su piel me relaja. Llevo tiempo notando que cada vez que lo tengo cerca me siento bien.

—Sí. En teoría el problema debería ir desapareciendo a medida que crezca…

—Entonces ya falta poco. No debes preocuparte demasiado.

—Eso espero…

Un tirón repentino en las lumbares me obliga a echarme hacia atrás y me quejo.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me sujeta por los hombros y asiento con los ojos apretados.

—Sí, ya me ha pasado más veces —digo con esfuerzo mientras busco un cojín para ponerlo en mi espalda. Al darse cuenta de lo que intento no duda en acercármelo y me ayuda a colocarlo.

—¿Mejor así?

—Sí. Creo que es por haber estado limpiando a Blanquita. Cada vez que mantengo una posición tan forzada me ocurre lo mismo. La barriga ya no me permite inclinarme como siempre y acabo adoptando malas posturas.

—¿Quieres otro cojín?

—No, así está bien —sonrío para que no se preocupe—. ¡Uy! —exclamo al notar al bebé y, por reflejo natural, coloco la mano en la barriga—. Se está moviendo de nuevo. ¿Quieres notarlo? —Asiente con rapidez y, sin pensárselo dos veces, se tumba a mi lado y coloca la mano justo donde le indico.

—Oh, Dios mío… —Su sonrisa se ensancha tanto que casi le llega de oreja a oreja—. Esto es increíble. Parece magia. —Me mira y en sus ojos puedo observar un brillo especial—. ¡Está pataleándome la mano! —Levanta las cejas con alegría y vuelvo a sentir ganas de llorar, pero logro contenerme—. ¿Sabes? Me recuerda a la película de *Alien*. Espero que no atraviese tu barriga para venir a matarme...

—¡Valentin! —le riño a la vez que carcajeo y ríe conmigo. Esperaba de todo menos eso.

—Es broma. —El calor de su mano atraviesa mi piel—. ¿Sabes ya qué nombre vas a ponerle?

—Em… —Le miro—. No te lo vas a creer, pero… todavía no he pensado en ello —confieso bajando la mirada.

—Mientras no hagas con él lo mismo que con el perro todo irá bien.

—¡Valentin! —Vuelvo a reír alzando la cabeza y su mirada queda fija en mi boca.

—Esto va a ser muy duro, Valeria. —La expresión de su rostro cambia a medida que deja salir el aire de su pecho—. No quiero apartarme de ti. No así… —Aprieta los labios y suspira—. Me hubiese gustado tanto conocerte un poco más y dejarme llevar por esto que estoy sintiendo. Comienzo a entender tantas cosas…

—Tenemos que evitar pensar en ello o se convertirá en una tortura.

—¿Y cómo se hace eso?

—No lo sé… —respondo, apenada.

¿A quién quiero engañar? Esto ha marcado nuestras vidas para siempre.

—Si ya era difícil antes ahora que sé que estamos esperando un bebé… será imposible.

«Ahora que sé que estamos esperando un bebé…». Sus palabras hacen eco en mi mente, haciéndome mucho más consciente de la situación. Voy a tener un hijo con Valentin y él lo sabe. Eso que creía que nunca llegaría a pasar ha ocurrido, y justo cuando estaba perdiendo todas las esperanzas.

—Que alguien me diga cómo hago ahora para apartarme de ti. —Acuna mi rostro con la mano que, hasta ahora, tenía sobre mi barriga —. ¿Cómo finjo que no existes? ¿Que no existís?

Mi estómago se contrae por la emoción y el corazón se me parte en dos. Las emociones se arremolinan en mi pecho.

—Piensa… Piensa en esas familias, en los niños… —Bajo la mirada para ocultarle mi pena. Ya no sé qué más decirle para que se sienta mejor.

—Ahora mismo solo puedo pensar en el mío. —Tira de mi mentón para buscar de nuevo mis ojos y con el pulgar acaricia mi mejilla—. Y en ti y en mí… y en lo que podría haber sido. —Cierra los ojos y cuando los abre su mirada se ve distinta. Enreda los dedos en el cabello que cae por mi nuca y, con suavidad, roza mis labios con los suyos—. Necesito hacer esto una última vez… —reclama antes de aplastar su boca contra la mía y mientras me besa puedo notar el calor de sus lágrimas en mis mejillas.

Ahogado por el llanto, se detiene para mirarme de nuevo y sus ojos vuelven a estar rojos. Lo está pasando realmente mal. La responsabilidad que cae sobre sus hombros podría acabar con la estabilidad emocional de cualquiera y, para colmo, el *shock* del bebé le ha rematado.

Impotente, rodeo su cuello con los brazos y él hace lo mismo en mi cintura. Apoya la cabeza sobre mis hombros y, con disimulo, me seco los ojos. No puedo dejarme llevar por las lágrimas o será peor. Debo mantenerme serena.

El sonido de su teléfono nos sobresalta y me cuesta unos segundos ser consciente de que nos hemos quedado dormidos. Se levanta a toda prisa, lo saca de su bolsillo y antes de que lo pueda revisar, deja de sonar.

—¡Joder! ¿Qué hora es? —Mira el reloj de la mesilla—. ¡¿Son las

cuatro de la mañana?! ¡Me he quedado dormido! —Ahora sí, revisa su teléfono y, con el ceño fruncido, me mira—. Es… es el inversor —Frota sus ojos y sus manos tiemblan—. Me ha llamado y no se lo he cogido.

—¡Devuélvele la llamada! —Me siento sobre la cama—. Si te ha marcado está despierto y puede tratarse de la respuesta que tanto esperas.

Capítulo 35

Con la respiración entrecortada, marca su número y puedo ver el momento en que su rostro cae al no obtener respuesta. Lo intenta durante varios minutos más y al ocurrir lo mismo desiste.

—Si quiere algo te volverá a llamar. —Busco la forma de animarlo. Sus ojos, iluminados por un momento, vuelven a apagarse.

—Imagino que sí. —Se sienta sobre el borde de la cama—, solo espero que no sea demasiado tarde… porque en unas horas todo por lo que hemos luchado aquí se irá a la mierda. ¿Sabes? —Se gira para mirarme—. Hoy estuve con uno de los encargados y representante de los trabajadores que tenemos en las fábricas. Este mes ni siquiera le hemos podido pagar, ni a él ni a ninguno, y lo único que hacía era darme ánimos y transmitirme el calor de los demás. —Se pone de pie —. Darme ánimos a mí cuando sé que su mujer, que también trabajó para nosotros, lleva dos años postrada en una cama por culpa de la esclerosis y todos sabemos cuál será su final. ¿Cómo voy a dejarlos en la calle, Valeria? —me dice como si necesitase disculparse por no poder estar conmigo. Cubre su cara—. Debo hacer lo que sea para evitarlo.

Su teléfono vuelve a sonar y tras sorber por la nariz, buscando recomponerse, responde.

—*Allô.* —Niega con un gesto al recordar que es español y responde en nuestro idioma—. ¿Dígame? —Está tan alterado que noto cómo le tiembla la barbilla—. No, no se preocupe, las horas no importan. —Mientras escucha expulsa despacio el aire de sus pulmones—. Ajam… —Levanta la mirada hacia mí y sus ojos se clavan en los míos. Todo parece ir bien hasta que su ceño se frunce y los cierra—. Entiendo. —Aprieta la mandíbula—. No podemos esperar más, mañana por la mañana termina el plazo. —Mira el reloj—. Nos quedan cuatro horas y media… —Aprieta ahora el mentón—. Ya le digo que es imposible. A las nueve de la mañana todo habrá terminado —se despide y cuelga mirando al vacío.

—¿Qué ocurre? —no puedo esperar más.

—Sigue interesado, pero necesita más tiempo. Quiere reunirse con sus gestores de inversión para valorar los riesgos y hasta que no regrese del viaje no podrá hacerlo.

—¿Cuándo regresa?

—Mañana por la tarde.

—¡Joder!

—Tan cerca y tan lejos —gruñe por la impotencia.

—¿No hay nada que se pueda hacer?

—Absolutamente nada. En poco más de cuatro horas nos reuniremos en el hotel con los notarios para firmar la finalización de todas las actividades y la disolución en España.

—¿Y no hay forma de aplazarlo?

—No, Valeria, ya no hay nada que hacer. Es el último día de plazo, ni siquiera podemos seguir pagando materiales para continuar.

—¿Y las fábricas de Francia?

—Esas todavía no peligran, los padres de Nicolle solo han retirado la inversión aquí.

—¿Y no podéis invertir dinero de allí en estas?

—No. Llevamos días valorándolo, pero es inviable. Así solo se desequilibrarían los dos mercados y pondríamos en riesgo al doble de familias.

—Entiendo…

—Es una decisión dura, pero no queda otro remedio. O salvamos la mitad o perdemos todo.

—Nunca entenderé a Nicolle y a su familia. ¿No tienen corazón? —Tomo su mano con la mía.

—Son personas vacías a quienes solo les interesa el dinero y lo que puedan conseguir con él. —Aprieta mis dedos, agradeciéndome el gesto.

—Eso me quedó claro en el momento en que te obligaron a estar con su hija solo porque ella así lo quiere. No sé qué esperan de esa relación, pero está destinada a fracasar y haceros infelices a los dos. Si no hay amor, ¿qué queda?

—Negocios, Valeria.

—¿Cómo?

—Es puro interés. Ya son dueños de la mitad de nuestra empresa, ¿qué crees que buscan obligándome a estar con ella?

—¡Qué asco de gente! ¿Cómo pueden aprovecharse de algo así? —Inspiro para evitar que la rabia me gane la batalla—. ¿Y Marcus? ¿No puede ayudaros económicamente?

—Lo ha intentado, pero no ha sido posible. Él tiene varios negocios y una gran parte de su capital la está invirtiendo en ellos. Como mínimo, necesitaríamos el triple de lo que ahora mismo puede ofrecernos.

—Todo esto es una mierda —balbuceo.

—Sí que lo es. —Aprieta sus sienes con los dedos y hace una mueca

de dolor.

—¿Estás bien? —me preocupo. Tiene mala cara.

—Sí, es solo que estoy agotado. Llevo varios días sin dormir y la cabeza me está matando. —Ahora entiendo por qué se ha quedado dormido a mi lado. El cansancio está haciendo estragos en su cuerpo —. ¿Tienes algo para el dolor?

—Claro. Voy a por ello. —Me levanto para dirigirme a la cocina y cuando llego aprovecho para beber un poco de zumo. Abro un cajón, preparo un analgésico y, tras llenar un vaso con agua, se lo llevo. Sin embargo, al entrar de nuevo en la habitación me lo encuentro dormido en mi cama. Apenas he tardado un par de minutos, pero su mente ha dicho basta. Con las mismas, dejo todo sobre la mesita y, con cuidado de no despertarlo, programo la alarma a las ocho de la mañana antes de echarme a su lado. Al menos que no se duerma, aunque quizás si lo hace… Niego con la cabeza. Solo serviría para generarle más estrés.

Acomodo la cabeza en la almohada e, imaginando mil formas ridículas de cancelar la reunión, yo también me dejo llevar por el sueño.

Cuando el teléfono comienza a sonar me remuevo entre las sábanas y al estirar el brazo para buscar a Valentin me encuentro su lado vacío. Abro los ojos y confirmo mis sospechas. Me siento sobre el colchón y al mirar hacia la mesita descubro que la pastilla ya no está.

«Se ha ido sin despedirse. ¿Y si ya no volvemos a vernos más?». Varias lágrimas escapan de mis ojos y, de pronto, le escucho hablar.

—¿Qué te pasa? —Se acerca a la cama y cuando me abraza mi corazón da un salto. Todavía está aquí—. ¿Estás bien?

—Oh, sí. Sí. Son las hormonas —río para quitarle importancia.

—Tengo que marcharme ya… Necesito ducharme y cambiarme de ropa.

—¿Dónde es la reunión?

—En el mismo hotel donde creamos a este muñequito. —Pone la mano sobre mi barriga y mi cuerpo reacciona. Estas últimas horas están siendo las más hermosas que he vivido en mi vida. Al menos me quedará un precioso recuerdo—. Voy a quedarme en España unos días más. ¿Podré… verte de nuevo? ¿O… prefieres que todo termine aquí? —pregunta apretando mis manos con fuerza y se me remueve todo por dentro.

Valoro lo que acaba de decir y entiendo por qué lo ha hecho.

Cuanto más tiempo sigamos viéndonos más difícil será para los dos separarnos.

—Prefiero seguir viéndote —digo en contra de lo que en teoría debería ser lo más prudente. Mis ganas de aprovechar todo el tiempo que pueda con él son más fuertes que mi sensatez.

—Yo también. —Sonríe tan ampliamente que por un segundo vuelvo a ver a la persona que conocí, un chico divertido y feliz, sin cargas ni pesos impuestos—. Si tan solo hubiésemos podido ganar un poco más de tiempo… —De nuevo su alegría desaparece—. Estábamos tan cerca de conseguirlo… —Su teléfono le avisa de que tiene una llamada y se aparta para cogerlo. Habla con alguien en francés y, tras colgar, vuelve a dirigirse a mí—. Era mi padre, se ha asustado al ver que no estaba en la habitación. —Exhala—. Debo irme ya.

—¿Me llamarás cuando todo termine? —Sé que después va a necesitar hablar.

—Claro, así lo haré. —Se acerca a mí para dejar un cálido beso en mi frente y tras acariciar mi rostro, abre la puerta de mi habitación.

—¡Hombre, pero si tenemos un inquilino nuevo! —bromea Nerea en el pasillo al verle—. ¿Quieres un café?

—No, gracias, tengo que marcharme ya. Todavía no controlo muy bien los transportes públicos y no puedo retrasarme más.

—¿A dónde te diriges? —ahora es Julia la que habla.

—Al hotel donde me alojo siempre.

—¿Al de la juerga? —Nerea la suelta sin más.

—Ese mismo —ríe y aunque desde donde estoy no puedo verlo sé que se está rascando la cabeza.

—¡Anda! Pues podríamos llevarte. Nos pilla de paso y estamos a punto de salir ya.

—Oh… me haríais un gran favor.

—Valeria, ¿te vienes? —me pregunta Julia y, sin pensármelo demasiado, acepto. Todo sea por estar un rato más con él y, de paso, aprovechar para hacer algunas compras.

De camino al hotel Valentin se muestra cada vez más nervioso y cuando las chicas, intuyendo lo que ocurre, le preguntan por la noticia que llevamos desde ayer escuchando en todos los diarios, les explica lo mismo que a mí.

—¿Y por qué no aplazáis la reunión? —Nerea le hace la misma pregunta que yo—. Diles que tienes un posible inversor.

—Ya no nos permiten aplazarla más. Lo hemos hecho en varias ocasiones y en la última nos obligaron a firmar un acuerdo. Si no

conseguíamos el dinero hoy se terminaba todo. Hay muchos intereses de por medio y con cada día que pasa pierden demasiado dinero.

—Pero casi lo has conseguido. ¡Que son dos mil familias! No pueden dejarlas en la calle. ¿De qué vivirán? Debe haber alguna forma de posponer esa reunión un día más —se indigna Nerea.

—Pues como no explote el hotel… —espeta Valentin con sarcasmo a la vez que mira por la ventana. El hotel está a solo unos metros—. Ninguno de los que hasta ahora eran nuestros socios aceptará esperar ni un minuto más. Están deseando desprenderse de nosotros.

—¡Julia! ¡¡Frena el coche!!

—¿Qué? ¿Por qué? ¡¿Qué pasa?!

—¡¡Que frenes!! —Julia hace lo que le pide y, de pronto, Nerea abre la puerta.

—Pero ¡¿a dónde vas?! —le preguntamos los tres a la vez.

—¡A que me metan presa! Deseadme suerte.

Cierra la puerta con fuerza y, tratando de procesar lo que acaba de decir, observamos cómo se aleja.

Capítulo 36

—Oh, Dios mío, ¡esta loca va a hacer algo! —exclamo cuando por fin logro reaccionar—. No tiene filtro. Debemos detenerla. —Abro la puerta para ir tras ella y de pronto un coche pita a nuestro lado.

—¡Espera! —me pide Julia—. Aquí no podéis bajaros. —Gira el volante y conduce hasta una calle paralela. Se aparta en el primer hueco libre que ve y detiene el motor.

Salimos del coche mirando en todas las direcciones y no la vemos.

—¿Por dónde se ha ido? —le pregunto a Julia y me mira preocupada.

—Confiaba en que tú lo supieras… —resopla.

—Joder —espeto y, sacando el teléfono, busco su número. Lo marco y no obtengo respuesta—. Valentin, deberías irte ya, es casi la hora y todavía tienes que prepararte. —Asiente mirando hacia el hotel. Lo tenemos tan cerca que se ve perfectamente desde donde estamos.

Un hombre trajeado, de unos cuarenta años, sale corriendo del interior y le observamos extrañados. Cruza la calle como si la vida le fuese en ello y desaparece entre los coches.

—Uff… ese tipo debe de haber robado algo —comenta Julia justo cuando otro hombre, esta vez de mayor edad, hace lo mismo—. O quizás… estaban buscando datos de algún hospedado y los han sorprendido —carcajea guiñándome un ojo y no puedo evitar reírme con ella. Nunca debí ceder a algo así, pero reconozco que después de todo, y aunque casi acabamos en la cárcel, fue bastante divertido.

Al pensar en la cárcel recuerdo las palabras de Nerea y la preocupación regresa a mi cuerpo. Me giro para tomar la calle donde la perdimos de vista y, al intentar cruzarla, un coche de policía conecta todas las sirenas, asustándome.

—¡Cuidado! —Valentin me sujeta cuando, por la impresión, estoy a punto de caer al suelo.

—¿Qué coño está pasando ahí? —Julia arruga la frente y levanto la vista para mirar en la misma dirección que ella.

—Guau… Debe ser algo grave —digo al ver a cientos de personas saliendo del hotel visiblemente alteradas.

—Mierda... —Valentin saca su teléfono—. Tengo que llamar a mi padre. Está dentro.

Se aleja unos metros para intentar reducir los sonidos que se están formando a nuestro alrededor y cuando regresa lo hace nervioso.

—¿Qué ocurre? ¿Está bien? —Su seriedad me preocupa.

—Sí, sí. Está bien. Parece que están desalojando el hotel…

—¿Qué? ¿Por qué? —Antes de que pueda responder llegan más coches de policía junto a un par de ambulancias y comienzan a rodear el edificio.

—No tiene ni idea, solo les han pedido que desalojen. —Se pone de puntillas como si estuviese buscándolo.

—Chicos, ¿qué hacéis aquí? ¿Por qué os habéis bajado del coche? —habla Nerea a nuestra espalda.

—¡Nerea! ¡¿Dónde coño te habías metido?! —Julia es la primera en reñirla—. ¿Cómo se te ocurre largarte después de decir esa gilipollez?

—¿Tú sabes lo preocupadas que nos has dejado? —refuerzo su reprimenda mientras que dos coches más de policía y otro de bomberos pasa por nuestro lado a toda velocidad.

—A hacer una cosa…

—¿Qué? —preguntamos a coro. El ruido no nos permite escucharla.

—¡A hacer una cosa importante! —grita.

—¿El qué? —Cruzo los brazos. Ya puede tener una buena excusa porque no ha sido nada gracioso lo que ha hecho.

—Ganar tiempo.

—¿Cómo? —volvemos a preguntar los tres y cuando señala el hotel nuestros ojos se abren de par en par.

—¿Qué has hecho, Nerea? —pregunto cubriéndome la boca—. Dime que tú no has sido la causante de esto.

—Era la única forma. —Su sonrisa se eleva, pero solo del lado derecho.

—¿Qué? —Ni Valentin ni nosotras damos crédito a lo que estamos escuchando. No puede ser cierto.

—¿Qué has hecho, loca? —vuelvo a preguntar. Necesito saber cómo es de grave.

—Cuanto menos sepáis, mejor. No quiero cómplices.

—¡Nerea! —grita Julia, alterada.

—Ey, ey, ey… Pensad en esas dos mil familias y cuando os relajéis me lo agradeceréis. —Echa su cabello hacia atrás, como si lo que hubiese hecho estuviera bien.

—Oh, Dios mío… —balbuceo con la mano sobre la cabeza. Estoy segura de que esto traerá consecuencias.

—¡Papá! ¡Papá! —Valentin divisa a su padre entre la multitud y,

sabiendo que es imposible que le escuche, corre en su búsqueda.

—Guau… —Nerea, aprovechando que nos hemos quedado calladas, observa su obra—. Nunca imaginé que se fuese a liar tan gorda.

—Ay, Jesús… ¿Sabes qué? —Julia niega con la cabeza mientras observa cómo se acercan cinco coches de policía más—. Que tienes razón, Nerea. Prefiero no saberlo, al menos así si me interroga la policía podré decir que no tengo ni puta idea de nada. No sé qué coño has formado aquí, pero se te ha ido de las manos, y mucho. Seguro que es un delito.

—Es posible —vuelve a sonreír, complacida—, pero primero tendrán que descubrir que fui yo. ¡Uy, mira! Valentin viene con su padre.

En silencio, observamos cómo se acercan y cuando llegan hasta nosotras no puedo evitar fijarme en que Valentin y él son idénticos. Lo único que los separa de parecer gemelos son los años y que el semblante del padre es mucho más austero. En las fotos que vi por internet el parecido no era tan marcado.

—Papá, ellas son Valeria, Julia y Nerea.

El hombre nos ofrece su mano y cuando llega mi turno, me habla.

—Vaya, así que tú eres la famosa Valeria… —dice con un marcado acento francés y su voz ronca me impone.

Me mira de arriba abajo y, por instinto, escondo la barriga, aunque por la expresión de sus ojos sé que la ha visto.

—Sí, eso parece… —Avergonzada, sonrío. No sé qué estará pensando de mí, pero casi puedo imaginarlo.

Desde que aparecí en sus vidas están teniendo todos estos problemas y ahora que ha descubierto que estoy embarazada seguro que ha atado cabos. Solo espero que no caiga en el mismo error que los demás creyendo que he querido atrapar a su hijo.

—¿Qué tal lo pasasteis en mi país? Me dijeron que habíais estado unos días por allí… —Sus ojos vuelven a mi cintura y cambio el peso de un pie al otro.

—Bien, bien. —Miro a Valentin y parece estar pensando lo mismo que yo. Con los nervios no ha caído en que su padre podría descubrir mi embarazo.

—También sé que conociste a Nicolle… —Al nombrarla mi vello se eriza—. Es una chica un poco desagradable, ¿verdad? —dice, pillándonos desprevenidos, y reímos. Al menos se ha esforzado en romper la tensión.

—¿Solo un poco? —habla Nerea por todos—. No he visto a una

persona más irritante en mi vida.

Su teléfono interrumpe nuestra conversación y lo agradezco mentalmente. Se aleja, al igual que hizo su hijo, para amortiguar el sonido, habla durante varios minutos con alguien y cuando regresa lo hace pareciendo otra persona. Su piel se ve mucho más pálida y respira agitado.

—No me lo puedo creer… —Mira al vacío y su pose, hasta ahora imperturbable, se quiebra— La reunión ha quedado cancelada hasta mañana por la tarde. —Ni siquiera parpadea. Parece en *shock*—. Dos de los notarios tienen que marcharse en una hora y no hay tiempo para buscar otro lugar donde ejecutar la reunión.

—*Oh là là!* ¿Hablas en serio? —La boca de Valentin cae por la sorpresa—. Pero… ¿Estás seguro? —No se lo cree hasta que el padre asiente y grita a la vez que le abraza.

—Tenemos un ángel de la guarda, hijo. Es increíble. —Los tres miramos en dirección a Nerea y esta nos sonríe. No sé qué diablos habrá hecho, pero si sale bien el ángel habrá sido ella para todas esas familias—. Tienes que volver a hablar con el inversor. ¿Cuándo te daba la respuesta?

—Mañana por la tarde.

—Vamos muy justos de tiempo...

—Lo sé, papá, pero al menos ahora tenemos una oportunidad. —Valentin pone una mano a cada lado del rostro de su padre y le besa en la frente—. Hoy mismo le enviaré un mensaje para comunicárselo.

—No puedo creérmelo, hijo. —Se aparta y, colocando las manos sobre su cintura, se gira para tomar una gran bocanada de aire mirando hacia el hotel—. Esto solo puede tratarse de un acto divino.

—O de uno vandálico —espeta Julia y las tres cubrimos nuestras bocas para ocultar las carcajadas. Tengo a las amigas más desequilibradas del planeta, pero no las cambiaría por nada.

Varios policías cargados con megáfonos nos piden que nos alejemos más del edificio mientras marcan un perímetro de seguridad.

—¿Has logrado saber qué es lo que está ocurriendo en el hotel? —pregunta Valentin.

—Sí. Alguien ha avisado que en el interior podría haber un artefacto sospechoso y temen que pueda tratarse de una bomba.

—¿¡Una bomba!? —Julia y yo miramos a Nerea esperando una explicación, pero esta solo se encoje de hombros.

—Espero que en prisión siga funcionando el truco de esconder una lima en el pastel —le dice Valentin—, pero si no es así cuenta con que

pagaré tu fianza.

—Te tomo la palabra —responde ella.

—¿De qué habláis? —nos pregunta el padre de Valentin, pero antes de que le podamos contestar su teléfono vuelve a sonar y tiene que atenderlo—. Son los padres de Nicolle… —dice mirando a su hijo y suspira—. ¿Qué querrán ahora? —Lo coloca en su oreja y, tras saludarles de mala gana, cierra los ojos con fuerza—. Lamento deciros que hoy no firmaremos nada. La reunión se ha suspendido. —Satisfecho con la respuesta, mira de nuevo a Valentin mientras escucha, pero no tarda en arrugar la frente y eso me preocupa—. Prefiero estar muerto antes que daros ese gusto. —Cuelga y tras frotarse los párpados con fuerza intenta mantener la calma.

—¿Qué querían? —pregunta Valentin sabiendo que algo no va bien.

—Hijo. —Pone la mano en su hombro—, tienes que conseguir por todos los medios que ese inversor acepte nuestra propuesta.

Capítulo 37

Cuando nos queremos dar cuenta ya es tarde y las chicas tienen que marcharse a toda prisa para evitar una riña en el trabajo. Con todo el jaleo ni siquiera nos habíamos dado cuenta de la hora que era. Valentin y yo nos quedamos con su padre y mientras esperamos a que todo se aclare en el hotel, el teléfono de Valentin comienza a sonar.

—¿Quién es? —le pregunta su padre con rapidez y antes de que pueda descolgar, le sujeta la mano.

—Los padres de Nicolle… —responde con la frente arrugada—. ¿Qué coño querrán ahora?

—No atiendas la llamada —le pide.

—¿Por qué?

—No lo hagas, hijo.

—Pero ¿por qué? ¿Te han presionado de nuevo para que vuelva con ella?

—¡Tú no descuelgues y punto! —zanja con seriedad—. Hazme caso por una vez. Cada vez que te llame ella o sus padres ignóralo hasta que yo te diga lo contrario.

—No entiendo nada…

—Ya lo harás, no te preocupes, pero hasta entonces evita descolgar.

—Está bien… —Se lo guarda en el bolsillo.

Sin decir nada más, ambos se giran de nuevo hacia el hotel y observan cómo los oficiales trabajan para evitar que haya daños. Daños que jamás existirán porque todo ha sido un invento de Nerea. Solo espero que nunca la descubran, ya que es algo demasiado serio. ¿Cómo diablos se le ocurre hacer algo así?

Tras un par de minutos mis piernas comienzan a hormiguear por estar de pie en el mismo lugar y temo que se me hinchen. Últimamente me pasa a menudo y es bastante molesto. Hasta ahora he llevado bien el embarazo, pero comienzo a experimentar síntomas cada vez más pesados.

—Yo… tengo que irme. Debo hacer algunas compras… —Siento que interrumpo, pero necesito empezar a moverme ya.

—Voy contigo —no tarda en ofrecerse Valentin.

—Oh, no, no es necesario. Quédate aquí con tu padre.

—Me harías un gran favor llevándotelo, querida —indica sin dejar de mirar a los bomberos, que están ayudando a uno de ellos vestido de artificiero y apenas puede caminar—. Me gustaría poder tomarme una

copa sin que me recuerde a cada rato que padezco del corazón —protesta y río. Adoro su acento francés. Sobre todo cuando pronuncia la «*r*» como si fuese una «*g*».

—Pero solo una copa, eh —dice en tono burlón y su padre se vuelve hacia nosotros solo para que le veamos blanquear los ojos.

—Largaos ya, anda —exige y, entre carcajadas, hacemos lo que nos pide.

—Tu padre me cae bien —confieso mientras caminamos por la acera—. Parece un buen tipo.

—Y lo es.

—Tu madre no tanto… —Cuando aprieta los labios creo haber metido pata.

—Mi madre también es una buena persona, pero muchas veces no toma las decisiones correctas. Le pasa un poco como a tu amiga Nerea. Lo que piensa lo dice o hace sin valorar las consecuencias, hasta que después llegan los problemas.

Tentada a decirle lo que ocurrió en su consulta, decido morderme la lengua. A estas alturas solo serviría para provocar un enfrentamiento entre ellos y lo que menos necesita ahora mismo Valentin es eso.

Mientras paseamos por la Gran Avenida un escaparate llama mi atención y me detengo frente a él.

—¿Qué ves? —Se coloca a mi lado y señalo unos pequeños patucos de bebé blancos—. ¿Sus pies serán tan minúsculos? —inquiere al ver el tamaño.

—Sí —sonrío—. Y es posible que incluso sean más pequeños. Esos son para un bebé de tres meses.

—¿Sabes ya cuál será su sexo? ¿O es pronto para eso?

Me sorprende su pregunta, hasta ahora no se había preocupado por ello.

—Debería saberlo desde hace semanas, pero cada vez que me hacen una ecografía nos da la espalda.

—Entiéndelo, es tímido, como su padre —bromea.

—¿Tú, tímido? —río con su ocurrencia.

—Es que lo sé disimular muy bien. —Levanta las cejas al tiempo que se aparta de mí y veo que abre la puerta de la tienda.

—¿Dónde vas? —pregunto, sorprendida.

—A comprarle sus primeros patucos. —Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y el corazón me da un vuelco.

Una hora después prácticamente tengo que obligarle a salir de la tienda porque todo lo que ve le parece bien.

—Al final te arruinarás antes de tiempo y me sentiré culpable por ello. —Tiro de su ropa porque de los brazos no puedo, no le cabe ni una sola cosa más.

—No nos alcanza para mantener a miles de familias, pero todavía puedo vivir bien. —Intenta agarrar el quinto sonajero y no le dejo.

Cuando por fin logro convencerle decidimos llamar a un taxi porque sería imposible viajar con tantas bolsas en transporte público.

De camino a casa abre una de las cajas y saca un gorrito. Lo mira, sonríe y después se pone serio.

—¿Estás bien? —le pregunto al darme cuenta. No sé qué ha pasado por su cabeza, pero por su gesto estoy segura de que nada bueno.

—No deberías pasar por esto sola —responde sin mirarme.

—Ya lo hemos hablado. —Acaricio su hombro—. Podré hacerlo.

—¿Y yo? —Ahora sí, sus ojos me buscan—. ¿Podré hacerlo yo sabiendo esto? —Me muestra el gorrito y entiendo a lo que se refiere. Para mí será duro prescindir de su compañía, pero para él lo será aún más tener que prescindir de la nuestra. Después de todo, yo al menos podré disfrutar de mi bebé.

Su teléfono comienza a sonar, interrumpiéndonos, y cuando revisa la pantalla, resopla.

—Es el padre de Nicolle. —No digo nada y tras unos segundos, habla—. Nunca imaginé que pudiese llegar a odiarlos tanto. —Aprieta los puños—. Me lo han robado todo…

Notando su dolor, coloco las manos sobre las suyas y el contacto de mi piel parece que le relaja.

—No puedo imaginar cómo te debes de estar sintiendo —susurro cerca de su oído—, pero debe ser horrible.

—No te haces una idea… —Tensa la mandíbula.

—No dejes que esto te hunda. Debes ser fuerte…

—Eso intento. —Mira al frente.

—Ahora mismo no te queda más remedio que ceder a sus chantajes, pero estoy segura de que más adelante encontraréis una solución. No tiene por qué ser algo eterno.

—Si tan solo encontrásemos socios dispuestos a apostar por nuestra empresa…, podríamos quitarnos a la familia de Nicolle de encima, pero nadie se atreve a dar el paso. Llevamos meses buscando inversionistas y todos se echan atrás en el último momento. —Peina

hacia atrás su cabello—. Es demasiado dinero y les asustan los riesgos. Entiendo que no estamos en nuestro mejor momento y que eso puede hacerles pensar en ello, pero deberían darnos un voto de confianza. Estamos creciendo de nuevo, lo pueden comprobar. Aquello solo fue un error y se enmendó en el momento. —Arruga la frente.

—¿Qué ocurrió? —Quizás no debería haber preguntado, pero me ha podido la curiosidad.

—Hace un par de años tres de nuestros mejores modelos sufrieron defectos de fábrica y eso provocó un desplome en las ventas y la estampida de nuestros mejores inversores. Nos quedamos solos y los padres de Nicolle, aprovechándose de nuestra necesidad, nos ofrecieron un rescate. —Exhala—. Al principio nos negamos, pero al ver que seguíamos cayendo y que todo a nuestro alrededor se tambaleaba no tuvimos más remedio que agarrarnos a un clavo ardiendo y ahora ya no solo controlan nuestra empresa, también nuestras vidas.

—Guau…

—Ya no sé qué más hacer, Valeria. He hablado con cientos de personas buscando una solución y, por alguna razón, todos se echan atrás en el último momento. —Niega con la cabeza—. No entiendo nada. Es un negocio seguro y las condiciones son buenas. Muchos de ellos se han puesto en contacto con nosotros al comprobar que estábamos remontando… ¿Qué coño está pasando? ¿Por qué todos terminan cancelando? —Expulsa el aire de su pecho—. Si antes lo teníamos difícil ahora que hemos anunciado la quiebra en nuestras fábricas de España ya no hay nada que hacer.

—Te queda el inversor con el que estabas negociando, ¿no?

—Sí, es nuestra única y última esperanza, pero he pasado tantas veces por lo mismo que ya ni siquiera me causa sensación. Estoy seguro de que al final hará lo mismo que todos y dirá que no.

El coche se detiene y, sorprendida, descubro que ya hemos llegado. Íbamos tan metidos en la conversación que ni siquiera he sido consciente del viaje.

Sacamos las compras y nada más abrir la puerta de casa, Ucho salta sobre Valentin moviendo la cola.

—¡No! ¡Ucho! —lo riño un poco más fuerte de lo que debería y Blanquita se asusta—. ¡Ay, no! Pobrecita —exclamo y justo cuando voy a inclinarme para calmarla, Valentin se resbala y cae al suelo—. Mierda… ¿estás bien? —Me acerco a él y rápidamente descubro lo que ha pasado. Blanquita se ha meado de nuevo.

—Dios, ¿qué es esto? —Alza los codos, se los mira y cuando ve que

los tiene empapados hace un gesto de asco. Se levanta como puede y descubro que tiene gran parte de su ropa mojada.

—Lo siento, Valentin. Lo siento mucho. —Saco varios pañuelos de papel del bolso y trato de secarle con ellos.

—No te preocupes —dice al notar mi apuro y me los quita de las manos para continuar secándose él—. Oh, Dios, esto no se va a ir así como así… por no hablar de cómo apesta.

—Mierda. ¿Llevas prisa?

—No, ¿por qué? Hoy ya no tengo nada que hacer.

—Dame toda tu ropa y métete en la ducha —indico sin pensar.

—Me gusta cómo suena eso… —Al levantar la mirada y encontrarme con sus cejas arqueadas soy consciente de mis palabras y las mejillas me arden.

—Es para lavarla… —apunto con las mejillas encendidas.

—Te recuerdo que todavía soy un hombre libre —bromea.

—Y yo una mujer embarazada.

—Sí. De mí. —Tira de mi brazo para acercarme a él y cuando mi barriga queda pegada a su cuerpo, susurra—: Y creo que empieza a gustarme.

Enreda los dedos en mi pelo y, muy despacio, me besa en los labios.

Capítulo 38

—Voy a por una toalla —susurro, ruborizada, en su boca y camino hasta el armario. Saco dos por si acaso, una de ellas es pequeña; cuando regreso ya se ha quitado la ropa y está cubriéndose los genitales con las manos.

—¿En serio? ¿No podías haber esperado? —río esforzándome para no mirar su perfecto cuerpo.

—Todo lo que hay aquí ya lo has visto. Que no te acuerdes es otra cosa.

—Por esa regla de tres tú también has visto el mío y no por ello me desnudo en medio del pasillo.

—Porque no quieres. Hazlo.

—No. No pienso hacerlo —carcajeo—. Ve a ducharte, anda. Tienes jabón y champú en la cesta que hay colgada en la pared.

—Ah, ¿pero no vienes a frotarme la espalda?

—No, no voy a frotarte la espalda —río de nuevo—. Tengo que lavar tu ropa, ¿recuerdas? —Hace una mueca divertida de protesta y se marcha moviendo las nalgas exageradamente de un lado a otro.

—¡Estás loco! —le grito y en cuanto cierra la puerta aprovecho a meter la ropa en la lavadora. Mientras se activa el programa busco un pantalón de chándal—. Este estaría bien… —Lo dejo sobre la cama y busco ahora una camiseta amplia—. Sí, esto también le valdrá —balbuceo pensando en si necesitaré algo más y, tras dejárselo colgado en el pomo de la puerta del baño, regreso a la habitación. Antes de llegar la luz de su teléfono llama mi atención y cuando paso por su lado veo que su padre le ha escrito un mensaje en francés. Solo medio segundo después llega otro de Nicolle en español y, aunque mi intención no era leerlo, mi cerebro me obliga.

Nicolle: *Mi familia está bastante cabreada y es posible que se planteen retirar más capital. Deberías atender sus llamadas.*

—Jodida manipuladora…

La puerta del baño se abre y me aparto a toda prisa para evitar que me vea husmeando. Blanquita se acerca a Valentin, cortándole el paso y, tras olerle, se echa en el suelo con intención de reclamarle mimos.

—Huelo bien, ¿eh? —Se inclina para acariciarla y la toalla que lleva alrededor de su cintura se abre.

—¡Valentin! —grito cubriéndome los ojos y estalla en carcajadas.

—No sabía que eras tan delicada —se burla.

—No soy delicada, es que no me esperaba una exhibición así.

—Pues si esto te asusta no quiero imaginar la impresión que te hubieses llevado si llegas a conocer mis naranjas guasintonas.

—Dios mío… —Me cubro el rostro con las manos y escucho sus pasos viniendo hacia mí. Me abraza y noto que su piel todavía está húmeda.

—Vamos, no te pongas así, es una broma —ríe a la vez que apoya los labios en mi cabeza y ese gesto tan cercano despierta unas agradables sensaciones en mí—. Soy un hombre, ¿qué esperas? No estoy acostumbrado a andar en falda. —Señala la toalla y aunque me esfuerzo por seguir dramatizando para continuar recibiendo sus atenciones, comienzo a reírme con él—. ¿Te han dicho alguna vez que tienes la sonrisa más bonita del mundo? —Acaricia mi rostro y lo hace con tanta ternura que me quedo mirándolo embobada—. Y me muero por volver a besarla.

Se inclina y cuando su lengua se abre paso a través de mis labios, el calor de su boca me transporta a otro lugar, uno donde los problemas que arrastramos no existen y podemos estar juntos sin más. Dejándome llevar, rodeo su cuello con mis brazos como si así pudiese retenerlo a mi lado y, tras un gruñido de protesta, se aparta.

—¡No! ¿Qué haces? —jadea, asustándome, y cuando me mira puedo ver sus pupilas dilatadas.

—Yo creí que... —No sé cómo reaccionar. ¿Me está rechazando?

—¿No te das cuenta de que no hay nadie en la casa?

—Sí, pero… —No entiendo a qué se refiere.

—¿Quién te salvará esta vez?

—¿Qué…? Oh, vamos —digo al entender que está bromeando. Me encanta verle así, siendo tan él.

—En casa de Marcus te escapaste por muy poquito gracias a Julia. —Rodea mi cintura a la vez que apoya la frente sobre la mía para continuar hablando—, pero te recuerdo que hoy estás sola ante el peligro. —Succiona despacio mi labio inferior y mis piernas se debilitan—. No sé qué diablos tiene tu boca para hacerme sentir así, pero cada vez que la pruebo —hace una pequeña pausa para tragar saliva— necesito más y más… y mucho más… —Sin esperar a que responda, sujeta mi nuca con la mano, provocando un escalofrío en mis brazos, y me besa con mayor intensidad—. Estás a tiempo de huir —susurra, casi más para él que para mí.

—No tengo intención de hacerlo. —Le provoco con la lengua en respuesta.

—Valeria… —me avisa. Se está perdiendo, igual que yo—. Estamos demasiado extasiados —gime entre besos y cuando me quiero dar cuenta estoy atrapada entre su cuerpo y la puerta de mi cuarto—. En cuanto abra ya no habrá marcha atrás —intenta persuadirme, sin embargo, asiento. Mi cuerpo clama a gritos por el suyo y no me puedo centrar en otra cosa—. Piensa en el bebé...

—El bebé estará bien. No vamos a hacerle daño. —Antes de que pueda terminar la frase escucho la manilla del picaporte doblarse y empuja la puerta con tanta fuerza que choca contra la pared—. Vale… pero tampoco te pases, eh… —bromeo sabiendo que solo ha sido por los nervios.

—No sabes lo que has hecho —ríe en mi boca—. Llevo desde que te conocí fantaseando con esto… Es deprimente saber que un día fuiste mía y no recuerdo nada.

—Te entiendo perfectamente —sonrío.

—Pues es hora de enmendarlo. —Me levanta en brazos y, con cuidado, me guía hasta la cama—. Merecemos un recuerdo y pienso esmerarme para que no lo olvidemos jamás.

Se echa sobre mí y mientras acaricia sin prisa mi cuerpo, alimentando cada vez más mi deseo, el extraño anhelo que había estado experimentando los últimos meses desaparece lentamente.

Durante horas nos entregamos a una continua e ininterrumpida pasión, acompañada de gemidos y temblores abrumados. Ambos sabemos que quizás nunca más volveremos a tener la oportunidad de estar juntos y nos esforzamos por atesorar cada instante.

—Oh, Dios —jadea sobre mí—. Oh, Dios. ¿Estás bien? —Besa mi nariz sosteniéndose en los codos.

—Sí —respondo sintiéndome agotada. Nunca imaginé que pudiese llegar a alcanzar tantos orgasmos—. Ha sido… increíble.

—¿Solo increíble? Ha sido demasiado increíble —puntualiza y, con cuidado, se echa hacia un lado para descansar—. Mil veces mejor de cómo lo había imaginado. Creo que por un segundo he llegado a notar cómo el alma se me salía por los pies —ríe.

—A mí casi se me sale otra cosa —bromeo sujetando mi barriga y no duda en poner la mano sobre ella.

—Quiero estar en el parto —dice sin que lo espere—. Quiero sostener tu mano y darle la bienvenida a mi hijo cuando llegue al mundo. —«Mi hijo», repito, emocionada, en mi mente. Me mira y sus ojos se ven empañados—. Necesito que sepa que nunca quise dejarle solo, que fue por algo impuesto y superior a nosotros.

—Lo sabrá. —Las lágrimas pican en los míos.

—¿Podré enviarle regalos?

—Podrás enviarle lo que quieras. Pase lo que pase nunca le negaré quién es su padre.

—No quiero apartarme de vosotros, Valeria. —Me abraza.

—Ni yo quiero que lo hagas —confieso en un murmullo y besa mi frente—. Me consuela creer que esta separación quizás no sea para siempre.

—El contrato con la familia de Nicolle es por más de treinta años… —Sus palabras rompen mi corazón, pero me esfuerzo para que no lo note. Acabamos de vivir un momento maravilloso y no quiero que nada lo estropee.

—Ya encontraremos la forma.

—Los padres de Nicolle quieren que me case con ella.

—¿Qué? —Me levanto para mirarlo.

—Mi padre cree que no lo sé y por eso no quiere que atienda sus llamadas, pero ya se encargó su familia de ponerse en contacto conmigo el día antes.

—¿No le vale solo con que estés con ella? —Mis músculos se tensan a la vez que cierro los ojos con fuerza. Duele demasiado.

—Casándome con su hija mis acciones les darían casi el control absoluto de la empresa.

—Hijos de puta… —Ahora entiendo todo. En cuanto supieron de su quiebra vieron la oportunidad de robarles la empresa y ahora que están en su momento más débil les sueltan esta bomba. Lo tenían todo planeado—. Me niego, esto no puede quedar así. —Me pongo de pie y cubro mi cuerpo con la sábana.

—Valeria, no te alteres así. No sirve de nada, créeme. —Se pone de pie y viene detrás de mí, solo que él no se molesta en taparse—. Ya hemos buscado todas las alternativas posibles.

—Es que no pueden ganar, Valentin —digo con esfuerzo debido al nudo que oprime mi garganta—. No puede resultarles tan fácil. Esos cabrones no pueden salirse con la suya e irse de rositas.

—No podemos hacer nada. Debemos aceptarlo.

—Acéptalo tú si quieres. Ya sé que no es mi empresa, pero mi hijo todavía no ha nacido y ya se está viendo envuelto en toda esta mierda. —Abro el cajón de escritorio y saco mi portátil—. Tendrá que vivir sin ti por culpa de su egoísmo.

—¿Qué vas a hacer? —inquiere cuando ve que me siento delante de él y se acerca a la pantalla.

—Investigar. El cuerpo no me permite quedarme de brazos cruzados. Algo debe poder hacerse para recaudar dinero.

—Estamos hablando de cientos de millones de euros.

—¡Como si son miles! Soy profesional en *marketing*, algo se me ocurrirá. Y si me quitas el pene de mi hombro quizás pueda pensar.

—¡Ups! —dice al darse cuenta de que es verdad lo que estoy diciendo y, riendo, se aparta—. Perdón.

Su teléfono comienza a vibrar donde lo dejó y mientras abro el buscador le escucho hablar con alguien.

Tres minutos después regresa y lo hace como si hubiese visto un fantasma.

—¿Qué ocurre? —le pregunto al notar que algo pasa, pero está tan conmocionado que ni siquiera habla.

Capítulo 39

Durante varios segundos me mira como si pudiese atravesarme con la mirada y cuando por fin reacciona habla tan bajo que no le escucho.

—¿Qué? —intento que lo repita mientras camino hacia él—. ¿Qué ocurre? —La primera persona que viene a mi mente es su padre.

—Era el inversor…

—¿Qué te ha dicho? —No sé si eso me alivia o me preocupa aún más. Valentin no esperaba su llamada hasta mañana, aunque le comentó a su padre que intentaría ponerse en contacto con él esta misma tarde.

—Me ha preguntado si estábamos bien. —Su mirada queda fija en el vacío.

—¿Cómo? —El corazón me late en las costillas.

—Ha visto en las noticias lo que ha ocurrido en el hotel. —Traga saliva—, y también me ha preguntado si hemos podido llevar a cabo la firma, y al decirle que no me ha citado para dentro de tres horas.

—¿Qué?

—En cuanto termine lo que sea que esté haciendo volará de regreso a España.

—Ay, Dios. —Apoyo las manos sobre mi pecho—. ¿Eso quiere decir qué…?

—No quiero hacerme ilusiones, pero… Suena demasiado bien.

—¡¿Te imaginas?! —No puedo disimular la emoción.

—Si logramos esto le hago un monumento a tu amiga Nerea.

Al escuchar su nombre recuerdo lo que ha dicho antes.

—¡Joder! ¡Que el inversor lo ha visto en las noticias! —exclamo al entender la magnitud que está tomando todo esto. Estaba tan nerviosa que ni siquiera le había prestado atención—. Madre mía, qué locura. Nerea está fatal de la cabeza. ¡La que ha liado ella solita! Para mí que debe tener algún trauma infantil, porque si no, no entiendo cómo diablos se le ocurren estas cosas.

—Es mi ídolo —ríe.

—Al final nos llevarán a todos presos por su culpa —resoplo.

—Será por una buena causa. —Me rodea con los brazos para robarme un beso.

—Mi hijo nacería en la cárcel.

—Y yo no tendría que casarme con Nicolle. Todo son ventajas. —Me levanta en volandas y me lleva hasta la cama—, pero como todavía no sabemos si tendremos esa suerte, sigamos trabajando para crear el recuerdo que hemos dejado a medias.

—¿Otra vez? —Me sorprende que sea capaz de continuar.

—Umm… —ronronea en mi cuello—. Contigo todas las veces que hagan falta. —Se echa sobre mí y no tardo en descubrir que dice la verdad.

Tres horas después, y mientras esperamos al inversor en la cafetería donde nos ha citado, Valentin vuelve a levantarse. Es la cuarta vez que lo hace con la excusa de estirar las piernas y sé que lo hace porque está demasiado nervioso. Mira el reloj una vez más y después hacia la ventana.

—Creo que ya viene —dice sentándose a mi lado con rapidez, como si no llevase los últimos diez minutos al borde de la histeria—. Sí, es él —susurra cuando entra por la puerta y le saluda para que nos vea.

El hombre al vernos mueve la cabeza ligeramente y viene hacia nosotros. A medida que se acerca puedo observar sus facciones. Ojos rasgados, nariz larga, barba espesa y unas cejas perfectamente depiladas. Debe tener alrededor de sesenta años, aunque se conserva bastante bien. Me conformaría con llegar a su edad con el uno por ciento del dinero que aparenta tener. Solo el reloj que lleva en su muñeca debe valer más que la casa que tengo arrendada con Julia y Nerea.

Tras los saludos iniciales compartimos un par de bromas para romper el hielo y cuando comienzan a hablar no puedo evitar sentir que no debería estar ahí, pero recuerdo que Valentin me lo ha pedido para sentirse más tranquilo y me centro en dejarlo pasar.

—Bien, vayamos al grano. —El inversor abre una carpeta y le entrega unos papeles a Valentin—. Nuestros contables y ejecutivos de cuentas han estado valorando todo y, aunque implica un alto nivel de riesgo, podemos ofrecerte el cincuenta por ciento de lo acordado.

—¿Solo el cincuenta? —Puede apreciarse la decepción en su voz.

—En caso de fracaso no podríamos asumir la totalidad de la pérdida de una inversión de esas características. Si todo va bien en un par de años ya podríamos hablar del resto, pero de momento solo puedo ofrecerte eso.

—Pero de esa forma la mitad de las familias quedarían fuera…

—Y la otra mitad se salvaría de la ruina. Piensa que con esa

cantidad levantarías parte del negocio y a medida que la empresa vaya recuperándose podrás reconstruirla. Casi todos vuestros empleados llevan más de un año cotizando y tienen derecho a una ayuda del gobierno.

—Imposible, con esa ayuda solo aguantarían unos meses. —Se golpea la barbilla con el índice mientras piensa—. Dos años es demasiado… si no hay forma de conseguir la inversión completa debo buscar a alguien más para que se haga cargo de la otra mitad.

—Creo que lo más sensato sería esperar esos dos años, o al menos hasta que nosotros podamos hacer un balance correcto. Entiende que necesitamos saber qué tan rentable sería seguir invirtiendo antes de continuar. —Al inversor no parece gustarle demasiado que Valentin hable de incluir a otro inversor.

—Lo siento, pero no podemos esperar más. —Valentin también parece darse cuenta e insiste para presionarlo—. Las bolsas no mienten. Tenéis la oportunidad en vuestra mano. Reconozco que nos está costando, pero estamos despegando de nuevo y quien no se suba al carro con todo ya, no podrá más adelante. Estáis a tiempo de quedaros con gran parte de los beneficios. Inversores interesados tenemos, lo único que nos hacía falta era tiempo y esta inyección de capital nos lo dará. Háblalo con tu equipo, sabes que es una gran oportunidad, pero no podéis pedirnos algo así. Dos años son demasiado para nosotros y no podemos permitirnos trabajar a medio gas. Si solo puedes ofrecerme la mitad me estás obligando a buscar el resto.

Observo a Valentin y temo que los latidos en mi cuello delaten la emoción que siento. Nunca le había visto desenvolverse así y está siendo toda una sorpresa. Sobre todo porque mi cuerpo está reaccionando de un modo extraño. Al principio creí que la nube en la que estaba flotando era el inicio de un mareo, pero las mariposas que han comenzado a revolotear en mi estómago han despejado todas mis dudas. Estoy completa y locamente enamorada del hombre más increíble del mundo y, aunque él me corresponde, no podemos estar juntos. ¿Se puede tener más mala suerte?

—Me gusta tu sinceridad. —La voz ronca del inversor me saca de mis pensamientos—. Me recuerdas mucho a mí cuando era joven. ¿De cuánto tiempo disponemos?

—Hasta mañana por la tarde.

—Dame unos minutos. —Valentin asiente con gesto firme y mi espalda no puede estar más tensa.

El inversor se pone de pie y, tras marcar un número, camina hacia la calle con el teléfono en la oreja.

—Oh, Dios mío —exclamo cuando me aseguro de que no me escucha—. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —Le miro como quien ve un fantasma.

—No lo estoy. —Me muestra una de sus manos y tiembla tanto como mis piernas—, pero guárdame el secreto, ¿vale? —Me guiña uno de sus preciosos ojos azules y me derrito por dentro.

Solo unos minutos después el inversor regresa y lo hace con un gesto tan serio que temo lo peor. Apoya las manos en la mesa y tras exhalar mira a Valentin a los ojos.

—Mi equipo acaba de tacharme de loco y me han amenazado con encerrarme en un psiquiátrico, así que ya puedes hacer que esto funcione o después de todo lo que te gritaré tendrán que encerrarte conmigo. —Eleva la comisura de los labios mientras Valentin le mantiene la mirada—. Cuenta con la inversión completa.

—Oh. —Mi boca se abre y trato de reprimir cualquier sonido o emoción. Si Valentin no se mueve, yo tampoco.

—No te arrepentirás, y lo sabes. —Valentin se pone de pie con una tranquilidad asombrosa para extenderle la mano y este se la toma—. Nuestro equipo de directivos preparará una reunión urgente esta tarde. Apenas nos quedan unas horas y debemos darnos prisa.

—Perfecto. ¿A la seis está bien?

—Sí, no habrá problema. Te confirmaré la dirección por correo electrónico.

Asiente antes de despedirse de nosotros y cuando sale por la puerta, Valentin, como si hubiese estado sufriendo apnea, toma una gran bocanada de aire y se deja caer en el asiento.

—Jo-der. Joder. ¡¡Joder!! —Aprieta los puños y puedo ver varias lágrimas correr por su cara—. ¡Sí! ¡Síí! ¡¡Síííí!! —Vuelve a ponerse de pie y apoya las manos en sus muslos mientras hiperventila—. Lo tenemos… ¡Lo tenemos! —Me mira, cubre su rostro con las manos y se deja caer de rodillas al suelo—. ¡Lo tenemos! Lo tenemos, Valeria.

Llora como si fuese un niño y cuando me acerco a él para calmarlo nos fundimos en un fuerte abrazo. No me puedo creer que lo haya conseguido.

Capítulo 40

VALENTIN

Mientras Valeria y yo caminamos hacia el hotel me acompaña la rara sensación de estar viviendo dentro de un sueño. Tantos meses ahogados sufriendo y por fin hemos encontrado a alguien dispuesto a apostar por nosotros.

Tras tranquilizarnos intenté llamar a mi padre para contárselo, pero Valeria me quitó la idea. Cree que al estar delicado del corazón es mejor que le dé la noticia en persona, no vaya a ser que por la impresión comience a sentirse mal estando solo, pero me siento tan impaciente que no veo el momento de contárselo, sé que se volverá loco de alegría. Ama demasiado nuestras fábricas en España, tanto como las de Francia. Ha trabajado y viajado mucho para mantenerlas y si las pierde sería una de las peores cosas que le pudiese pasar. Él siempre dice que tiene el corazón dividido en dos países y desde que comenzamos con los problemas en la producción no ha levantado cabeza. Estoy seguro de que esa es la razón por la que parece haber envejecido diez años en solo unos meses.

—¿Estás seguro de que está aquí?

—Sí, me escribió un mensaje mientras me duchaba para comunicarme que ya estaba regresando al hotel. Según la policía ha sido una falsa alarma. —Levanto las cejas y cuando ríe siento una felicidad inmensa. Adoro ese gesto en ella, sobre todo cuando soy yo quien lo provoca.

—Valentin, creo que es mejor que yo me vuelva ya. Si quieres nos vemos después, pero siento que no debería estar aquí. Quizás a tu padre le moleste. Sé demasiadas cosas que no debería.

Al escucharla decir eso me detengo y frena conmigo antes de mirarme con sus preciosos ojos marrones, pestañea y solo puedo suspirar.

—¿Ya te has cansado de mí y quieres marcharte? —bromeo.

—No es eso, y lo sabes. —Arruga la frente fingiendo enfado y acuno sus mejillas en mis manos. ¿Por qué diablos tiene que ser tan condenadamente bella?

Sin poder contenerme, me inclino para besarla y se aparta.

—Valentin… —susurra mirando hacia los lados—. Te recuerdo que estamos en la calle y puedes buscarte un problema.

—Me da igual. —La sujeto por el cuello para evitar que se mueva de nuevo y saboreo sus labios con empeño. Cada día me vuelvo más adicto a ellos.

El día que me explicó cómo era estar enamorado creí que exageraba. Hoy, más que nunca, estoy convencido de que decía la verdad, y aun así se quedó corta. En lo único que puedo pensar desde que nos separamos en Francia es en ella. Ocupa mi cabeza la mayor parte del tiempo.

¿Cómo es posible que haya logrado calarme tan hondo? Ni siquiera la idea de pensar que estaba embarazada de otro me echó para atrás. Incluso cuando creí que solo vino a buscarme para aprovecharse de mí no pude sacarla de mi cabeza. Necesitaba hablar con ella, que me confirmase que eran ciertas mis sospechas… pero jamás hubiese podido imaginar que el hijo que espera es mío. Es cierto que después de nuestro encuentro en el hotel el día de San Valentín, al descubrir que no me faltaba ningún condón en la cartera, me asusté y se me pasó por la cabeza, pero a medida que pasaban los días y no tenía noticias fui perdiendo el miedo y me relajé. Quizás tomaba la píldora... ¿Quién sabe? Estadísticamente no podía tener tan mala suerte.

Siempre he sido una persona muy responsable en el sexo. Mi madre desde que notó que comenzaban a gustarme las chicas me lo grabó a fuego, mostrándome los estragos que provocan algunas enfermedades de transmisión sexual, y mi padre siempre me alertó de que alguien podría valerse de eso para aprovecharse de nuestra posición. Lo ha visto demasiadas veces.

Cuando escuché a Valeria contárselo a Marcus se me partió el corazón. Me dolió tanto aquello que en vez de quedarme para averiguar más o pedirle explicaciones, salí corriendo. Me sentía tan sumamente traicionado que solo quería desaparecer. Nunca me había sentido así por una mujer y reconozco que no supe lidiar con mis emociones. Me encerré en mi cuarto y esperé a que sus amigas y ella se fuesen, confiando en que todo quedaría en un mal sueño. Ironías de la vida, ahora parece que ese mal sueño es lo mejor que me tenía reservado la vida y no sé cómo voy a hacer para seguir respirando sin ellos. ¿Por qué ha tenido que tocarme esto a mí? Solo quiero vivir y ser feliz. Si tan solo pudiésemos hacer lo mismo en Francia…, pero el contrato que tenemos con los padres de Nicolle es claro: treinta malditos años y una indemnización millonaria si decidimos cancelarlo. Mi hijo para entonces ya se habrá casado y posiblemente Valeria tendrá otra pareja.

Pensar en ello me obliga a disimular una mueca de dolor. Es curioso cómo de la noche a la mañana puede cambiar la mentalidad de una persona. Hace tan solo unos meses huía de todo lo que llevase la palabra «niños» y ahora en lo único que pienso es en si algún día lograré cargarlo en mis brazos.

—Sigo pensando que no debería estar presente, es algo que debéis celebrar solos.

Tuerzo los ojos y vuelve a reírse. Le pedí que me acompañase y, aunque aceptó, noté desde el principio que no le gustó demasiado la idea. Cree que está fuera de lugar y que debería hablar con mi padre a solas, pero no sé cómo decirle cuánto me cuesta respirar si ella no está cerca.

—Ya sabía yo que algo raro había entre vosotros.

La voz ronca de mi padre suena a nuestra espalda y abro los ojos, asustado.

—Em… hola, papá —disimulo al tiempo que miro sus manos. Lleva un par de bolsas en ellas.

—Necesitaba unas camisas nuevas y me han dicho que por aquí hay unas tiendas estupendas —dice al notar hacia donde he dirigido la mirada.

—Sí… esta zona está muy bien. Yo también las he comprado alguna vez. —Me rasco la cabeza sin saber dónde meterme—. Íbamos a verte ahora —digo por fin.

—Pues si queréis entramos y comemos algo. Me han traído unos dulces increíbles. —Señala el hotel y me sorprende que no haga más comentarios respecto a lo que acaba de descubrir.

—No… En realidad solo veníamos a comunicarte algo. —No puedo esperar más. Debe saberlo ya. Necesito borrar la tristeza de su rostro como sea.

—¿El qué? —Cuando sus ojos, por instinto, se dirigen hacia la barriga de Valeria no puedo evitar ponerme aún más nervioso. No le hablaré sobre nuestro bebé, pero algo me dice que no hará falta porque ya lo intuye.

—Acabo de terminar de hablar con el inversor. —Me esfuerzo por ocultar la emoción.

—¿Y qué te ha dicho? —Por la forma en que contesta sé que espera lo peor.

Miro hacia Valeria y esta asiente con una sonrisa.

—¿Prometes no alterarte?

—¿Qué? —Un brillo cruza sus ojos.

—Prométeme que no te alterarás… —insisto al notar que comienza a emocionarse.

—¿Qué ocurre, hijo? No me tengas así. ¿Qué te ha dicho? —Suelta una bolsa en el suelo y cuando cubre su pecho con la mano mi pulso se acelera.

—Parece que… —Siento que se está sobreimpresionando demasiado y dudo en si debería continuar.

—¿Parece que qué? —reclama dando un paso hacia nosotros.

—Parece que está interesado… Me acaba de decir que… acepta.

—¿Qué estás diciendo?

—Esta misma tarde debería quedar todo cerrado. —Mis ojos se llenan de lágrimas, imitando los suyos.

—Oh, Dios mío. —Mira al vacío—. No puede ser cierto.

—Lo es, papá. —Me acerco a él al notar que comienza a ponerse pálido—. Me ha dicho que sí. Nuestras fábricas están a salvo.

—Oh, Dios mío… —repite en bucle mientras busca un lugar donde sentarse. Por suerte, hay un banco de madera a solo unos metros y, sujetándole por el brazo, le guio hasta él—. Esto es… Esto es increíble, hijo. —Saca un pañuelo de su bolsillo y comienza a secarse las lágrimas—. No me lo puedo creer. Alguien de ahí arriba nos debe estar echando una mano. —Mira al cielo y da las gracias. Desde siempre ha sido muy creyente—. Debemos hablar con nuestros notarios para prepararlo.

—No te preocupes, yo me encargo. Solo quería que lo supieses.

—Oh, Dios mío… Hijo de… La próxima vez empieza por ahí. ¡Que me vas a matar!

—Eso es precisamente lo que trataba de evitar.

—Pues lo has hecho fatal. —Inspira profundamente y se recuesta en el respaldo del banco.

—Al principio he tenido que negociar, pero ha terminado accediendo. ¡Lo tenemos, papá!

Le doy un abrazo rápido y Valeria, al notar que cuando me aparto mi padre todavía está temblando, se acerca a nosotros y toma su mano.

—Tiene un hijo maravilloso, señor Renard. Debe sentirse muy orgulloso —le dice y mi padre asiente.

—No sabes cuánto, hija. No sabes cuánto. Ojalá la vida algún día le devuelva todo lo que le está robando.

—Confío en que así sea —responde a la vez que me mira apenada y siento unas ganas terribles de abrazarla.

Mi teléfono comienza a vibrar y al sacarlo del bolsillo para revisar la pantalla veo que es Marcus quien me llama. Por el momento que estamos viviendo valoro si dejarlo sonar y devolverle la llamada después, pero al ver que también tengo varios mensajes suyos

presiento que es urgente. Le pedí que se acercase a una de nuestras oficinas centrales para recoger unos documentos y debe estar teniendo algún problema.

—*Allô,* amigo. ¿Cómo estás?

—Valentin, acabo de descubrir algo importante. —Su voz agitada me preocupa.

—¿Cómo? ¿Algo de qué?

—Necesito hablar contigo, es muy urgente. ¿Cuándo regresas?

—Tengo que estar aquí toda la semana. ¿Qué ocurre? —Mi preocupación aumenta cada vez más.

—No puedo decírtelo por teléfono, tiene que ser en persona. Mañana volaré hasta allí. No te muevas del hotel.

Capítulo 41

En el momento en que le doy la mano al inversor tras finalizar la reunión el alivio me recorre el cuerpo y la increíble sensación de haberme quitado un gran peso de encima me acompaña el resto del día. La preocupación que he arrastrado todas estas semanas ha desaparecido y en mi cabeza solo hay liberación.

Cuando abro la puerta de la sala donde hemos estado encerrados las últimas dos horas Valeria me sonríe desde una de las sillas que hay fuera y mi pecho se hincha. Sabiendo que algunas reuniones pueden llegar a alargarse horas, le pedí que se marchase a casa, pero se negó y ha preferido esperar. Aunque no lo ha admitido en ningún momento, en el fondo sé por qué lo ha hecho y eso todavía me enamora más. Temía que algo saliese mal y ha querido estar aquí para mí. De pronto, la tristeza regresa al recordar que tengo el tiempo contado con ella y la sonrisa que hasta ahora lucía desaparece de mi cara.

—¿Todo bien? —Viene hacia mí y asiento.

—Todo ha ido perfecto. Ya está —sonrío con amplitud y me abraza. Nada debe estropear este momento.

—¿En serio? ¿Ya está todo?

—Todo. Solo queda avisar a los socios que hoy pretendían firmar su renuncia para decirles que nuestro acuerdo con ellos ha terminado. Si no han querido estar en las malas ahora que hemos conseguido dar este paso tan grande no los aceptaremos de nuevo. Estoy seguro de que en cuanto sepan la noticia querrán permanecer en el barco, pero ya hemos decidido zarpar sin ellos. —Beso su cabeza y el dulce aroma que desprende su cabello me relaja.

—Oh, presiento que se van a tirar de los pelos —bromea.

—Por mí como si lo hacen hasta que se queden calvos. Dejaron de confiar en nosotros y, por supuesto, nosotros hemos dejado de confiar en ellos. ¿Te apetece que vayamos a celebrarlo?

—Por supuesto. —Sonríe y al estrecharla entre mis brazos noto el momento exacto en el que el bebé se mueve—. ¿Lo has notado? —Sus ojos brillan por la emoción.

—Creo que está celoso. —Ahora quien bromea soy yo—. Me ha empujado para que me aparte. —Carcajea y su risa llena la fría sala en la que nos encontramos.

—Bueno, pues parece que ya están avisados todos. —Mi padre aparece tras la puerta guardándose el teléfono en el bolsillo del pantalón—. Enhorabuena, hijo. Hoy me has demostrado quién eres. —Apoya la mano en mi hombro y me mira a los ojos—. Ya me puedo

morir tranquilo.

—Papá… —le riño. Siempre está igual, se cree que se va a morir mañana.

—No imaginas la paz que me da saber que si algún día me pasase algo la empresa quedaría en las mejores manos. —Cuando voy a protestar de nuevo levanta los dedos y me detiene—. Valeria, si no es indiscreción, ¿de quién es el hijo que esperas?

—¿Eh? —Me mira asustada y yo hago lo mismo. Nunca pensé que se atreviese a hacerle una pregunta así. No lo he visto venir—. Yo… eh… —Vuelve a mirarme con los ojos abiertos.

—Papá… la estás incomodando —intento salvar la situación.

—Pues dímelo tú. —Se gira ahora hacia mí y solo logro balbucear —. ¿Ninguno de los dos pensáis hablar?

—No sé si… —Valeria lo intenta, pero cuando sus ojos se detienen en los míos niego con la cabeza. No me atrevo a decírselo porque no tengo ni idea de cómo va a reaccionar.

—Así que… parece que mis sospechas son ciertas. —Cruza los brazos escudriñándonos con la mirada—. ¿Voy a ser abuelo?

—Oh, eh… —Me rasco la cabeza—. Verás…

—¿No lo niegas?

—Pues mira, no —digo, harto de intentar disimular—. No lo voy a negar. Nos conocimos una noche, una cosa llevó a la otra… Bebimos demasiado y lo demás ya te lo puedes imaginar.

—Arregla esto como sea, Valentin. —Aprieta el mentón, amenazante—. Evita a toda costa que los padres de Nicolle se enteren o tendremos graves problemas.

—Lo sé… —resoplo, sintiéndome mal por cómo pueda estar sintiéndose Valeria.

—Y espero por tu bien que a esta criatura no le falte de nada. —Expulsa el aire por la nariz—, así que más te vale ingeniártelas para hacerte responsable, porque jamás permitiré que te desentiendas de él.

—Yo no quiero desentenderme de él, pero los padres de Nicolle...

—¡Arréglatelas, Valentin! —levanta la voz, asustándome; no suele gritarme así—. Me da igual cómo lo hagas, pero arréglatelas para que a mi nieto no le falte de nada o te aseguro que a quien le faltará será a ti.

Se marcha dejándome con la palabra en la boca y cuando busco a Valeria con la mirada parece estar tan impresionada como yo.

A la mañana siguiente, y mientras tomo una taza de café en la cafetería del hotel, veo entrar a Marcus por las puertas y me pongo de pie para que vea donde estoy. Camina hacia mí y, tras saludarnos, se sienta a mi lado.

—¿Qué ocurre? —No puedo esperar más, desde que ayer me dijo que había descubierto algo no he podido sacarme esa frase de la cabeza. Sobre todo porque no quiso darme ni una sola pista por teléfono, lo que me hizo sospechar que debe ser algo bastante grave.

—Cuando te lo cuente te vas a caer de espaldas. —Abre una carpeta de cuero negra y busca algo en ella—. ¿Recuerdas que hace unos días me pediste que fuese a las oficinas a por unos informes?

—Sí.

—No estaban donde me dijiste y me costó bastante dar con ellos. —Los coloca sobre la mesa—, pero gracias a eso también encontré algo más.

—¡¿El qué?!

—Cuando estaba saliendo del ascensor escuché a alguien hablar por teléfono en las escaleras de emergencia.

—¿Quién? ¿Con quién?

—Valentin, creo que vuestra ruina no vino por casualidad. No fue un error de fabricación.

—¿Cómo?

—Esa persona estaba hablando con alguien de manera acalorada y juraba y perjuraba que contaría todo si no le pagaban lo que habían acordado.

—¡¿Qué?!

—Escúchalo tú mismo. —Coloca el teléfono sobre la mesa y presiona la pantalla—. Cuando noté que se refería a la empresa decidí grabarle porque quizás os puede servir como prueba.

La grabación comienza y escucho con atención.

—… *Te lo digo en serio. Si no quieres que hable págame de una jodida vez. Me da igual todo ya… Estoy en la puta ruina y si hice lo que hice fue solo por necesidad.* —Silencio—. *¡Que me da igual ir a la cárcel! ¿Cómo te lo explico ya? Al menos allí me darán de comer, pero tú no te vas a quedar con mi dinero porque no me da la gana.* —Parece que escucha de nuevo—. *Yo he cumplido. Cuando me pediste que manipulara los planos de esos coches, lo hice, así que ahora págame o te delataré.*

—¿¡Quéé!? —Mis ojos casi se me salen de las órbitas—. ¿Fue él? ¡¿Fue él quien saboteó nuestros coches?! —Reconozco su voz, es uno de nuestros mejores ingenieros. Confiábamos plenamente en él. Lleva

con nosotros más de veinte años.

—Lo siento, Valentin.

—*Oh, mon Dieu, Oh, mon Dieu…* —Me pongo de pie y camino en círculos—. Esto es muy fuerte… Debemos denunciarlo a las autoridades.

—Tenemos dos opciones. —Me hace un gesto para que vuelva a sentarme—. O lo denunciamos ya o esperamos hasta tener más pistas. Presiento que vamos a descubrir algo muy desagradable.

Justo cuando acaba de hablar mi teléfono comienza a vibrar y al ver que es el inversor arrugo la frente. No hemos quedado hasta dentro de una semana para ver el plan de acción a partir de ahora.

—*Allô.* —Yo y mi maldita manía de responder en francés. Nunca recuerdo que hablo con un español.

—Hola, Valentin.

—Hola, ¿cómo estás? —La seriedad en su voz me preocupa. Apenas estoy empezando a conocerlo, pero las veces que hemos podido hablar en las reuniones o por teléfono no se escuchaba igual.

—No sé qué decirte, la verdad.

Mis alarmas se disparan. Algo ocurre, lo tengo claro.

—Pues tú dirás en qué puedo ayudarte…

—Acaban de llamarme por teléfono para avisarme de que tu empresa es una estafa. ¿Puedes explicarme eso?

—¡¿Qué?!

—Me han asegurado que si no rectifico me vais a llevar a la ruina.

—¿Cómo? —No doy crédito a lo que estoy escuchando—. Pero… eso no es cierto. ¿Quién te ha llamado? ¿Quién te ha dicho algo así?

—No lo sé, era un número desconocido.

—No puede ser…

—¿Crees que me lo estoy inventando?

—No, no. No estoy poniendo en duda lo que dices… —De pronto soy consciente de algo—. Mierda…

—¿Qué? —Su voz al otro lado me saca de mis pensamientos.

—Nos están boicoteando. —Trago saliva—. ¿Recuerdas que te comenté que nuestros posibles inversores se echaban para atrás en el último momento?

—Sí.

—Sospecho que les han estado infundiendo miedo para evitar que sigan adelante, pero esta vez ha sido todo tan rápido que a ti no han

podido localizarte antes. Solo nuestros notarios sabían del nuevo acuerdo y hasta esta mañana no se han añadido los archivos firmados a los ficheros. Necesito que nos reunamos de nuevo. Estoy seguro de que alguien está pretendiendo que quebremos.

Capítulo 42

Tras pasar la mañana con Marcus hablando sobre el tema y valorando qué hacer, ambos llegamos a la misma conclusión: debemos mantener silencio por ahora e investigar por nuestra cuenta hasta que obtengamos más pruebas. No podemos arriesgarnos a que alguien se entere y se esmere en hacerlas desaparecer.

Aprovechando que está en España decide darle una sorpresa a Nerea y, tras hablar con Valeria para que nos ayude, nos pide que vayamos hasta su casa. Tiene turno de tarde y todavía está metida en la cama. Llevan semanas sin verse y sabe que se volverá loca de alegría.

Mientras esperamos al taxi, Marcus se fija en una pequeña joyería que hay en la misma acera y decidimos entrar. Quiere llevarle un regalo a Nerea para que la sorpresa sea completa.

Mientras espero a que le atiendan observo los colgantes que hay en una estrecha vitrina de cristal y me fijo en uno en especial, un precioso corazón de oro rodeado por piedras preciosas y con un Cupido tallado en el interior. Sin dudarlo ni un momento, pienso en Valeria y le hago un gesto a uno de los dependientes para que lo prepare. Es una joya preciosa, pero sé que el mensaje que guarda le gustará aún más. Marcus se decide por unos elegantes pendientes de diamantes y cuando estamos terminando de pagar un mensaje nos avisa de que el taxista ya está esperándonos fuera.

Durante el trayecto el padre de Nicolle trata de ponerse en contacto conmigo por teléfono y, cansado, le quito el sonido. Ojalá le pudiese bloquear, pero eso solo lo empeoraría más y no tengo ninguna intención de que me arruine el día.

—¿Te puedes creer que estoy nervioso? —confiesa Marcus frente a la puerta de Valeria mientras cambia el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿Por qué? —río, aunque creo que lo sé porque yo siento lo mismo. Cada vez que Valeria me mira, me toca o me sonríe, mi cuerpo reacciona de un modo desproporcionado, por no hablar de lo rápido que me late el corazón cuando, como ahora, sé que voy a verla. No creo en los hechizos, pero a veces he llegado a pensar que me tiene embrujado porque no he podido sacármela de la cabeza desde la noche de los enamorados. ¿Será que Cupido se vengó de mí por fingir ser él?

—Hola. —Valeria sonríe ampliamente a la vez que susurra para no hacer ruido—. ¡Qué alegría verte! —Abraza a Marcus y al apartarse este observa su barriga con la mano en la frente.

—Madre mía, Valeria, te ha crecido una pelota en el ombligo.

—Más que crecerme parece que me la he tragado.

—Como sea tan grande como el padre, prepárate. —Marcus me mira y, de pronto, abre los ojos tan grandes como platos—. Mierda…

—Tranquilo, ya lo sabe —media Valeria al darse cuenta.

—Dios, qué alivio. —Me mira.

—Que sepas que jamás te perdonaré que me lo hayas ocultado —le anuncio fingiendo enfado.

—No me correspondía a mí… Entiende que es un tema muy delicado…

—Creí que éramos amigos… —Aun sabiendo que tiene razón, vuelvo a meter el dedo en la llaga.

Es cierto que no era él quien debía decírmelo y ha sabido mantenerse al margen, pero en el fondo me duele que me haya ocultado algo tan importante.

—Y sabes que lo somos. —Aprieta los labios formando una sonrisa —. Supongo que si estás aquí es porque al final te lo has tomado bien.

—¿Tenía otro remedio? —Junto las cejas y ríen.

En realidad lo que más me costó aceptar fue suponer que Valeria estaba embarazada de otro. En mi cabeza eso me cerraba todas las puertas con ella y me rompió el corazón, sobre todo cuando malinterpreté. Admito que enterarme de la verdad ha sido un gran *shock* para mí, pero en el fondo me siento más aliviado, a tal punto que hasta a mí mismo me ha sorprendido mi reacción. Yo no quería hijos, lo tenía más que claro, huía incluso de los hijos de los vecinos, pero algo cambió dentro de mí cuando supe que este llevaba mi sangre. Es extraño, pero siento que ya lo amo y sería capaz de matar a cualquiera que quisiese hacerle daño.

Cuando Marcus nos pregunta por la habitación de Nerea, esta le señala la segunda puerta y en cuanto la abre escuchamos un grito de emoción. Reímos, cómplices, y, aprovechando que nos hemos quedado solos, rodeo su cintura con mi brazo y, acercándome a su cuello, le susurro al oído.

—Tengo una cosa para ti.

—¿Una cosa para mí? —Sus ojos brillan de emoción y no puedo evitar besarla. Sé que no debería hacerlo, al menos no tomarme tantas confianzas, pero es el cuerpo el que me obliga. Me falta el aire si no está cerca—. ¿Qué es? —pregunta todavía con los ojos cerrados y cuando me aparto siento un fuerte revoloteo en el estómago. No sé si se deberá al embarazo, pero cada día está más hermosa.

Meto la mano en el bolsillo y, sin hacerla esperar más, decido entregarle la pequeña caja. Quita el papel con cuidado y al abrirla me mira con los ojos agrandados.

—¿Te gusta? —intervengo al notar que no habla.

—Esto… esto es demasiado, Valentin. Es precioso, pero no puedo aceptarlo, ¡te debe haber costado una fortuna!

—Eso es lo de menos. —Se lo quito de las manos para colocarlo alrededor de su cuello—. Quiero que lo tengas siempre contigo. —Acaricio su hombro despacio y soy testigo de cómo la piel de sus brazos reacciona a mi tacto—. Y así cada vez que lo veas te acordarás de mí.

—Nunca podría olvidarme. —Se gira forzando una sonrisa y contengo el aire—. Tendré una mini versión tuya a mi lado el resto de mi vida, ¿recuerdas? Y, aunque no fuese así, nunca podría hacerlo. —La comisura de sus labios cae y desaparecen sus hoyuelos—. Nunca… Valentin. —Baja la mirada y no hace falta que me diga nada más. Sé lo que está tratando de ocultar porque yo estoy igual. No quiero separarme de ella.

Por un momento, y ante la impotencia de no tener otra opción, por mi mente pasan mil ideas. Entre ellas la de seguir viniendo a verla a escondidas. A ella y al bebé, pero rápidamente la desecho. Valeria no se merece algo así. Si en un futuro tengo que casarme a la fuerza con Nicolle, debo dejarla ir. No puedo convertirla en el segundo plato de nadie porque merece ser el primero de quien la ama. De ese modo solo estaría dándole migajas y forzándola a pasarse la vida esperándome. Pensar en ello me mata, pero si la quiero debo hacer lo correcto.

Dándose cuenta de que ambos estamos comenzando a decaer, entra en su habitación para mirarse en el espejo y la sigo. Me siento sobre la cama mientras mira la joya y yo la observo a ella.

—Por cierto —comento al darme cuenta de lo pequeño y estrecho que es el espacio que queda entre la pared y su cama—, ¿dónde dormirá el bebé? —Es imposible que ahí quepa una cuna.

—De momento tendrá que dormir aquí conmigo. —Viene hacia donde estoy y se sienta a mi lado—. No tenemos mucho espacio en la casa, pero con una cuna estrecha creo que podremos arreglarnos.

—¿No habéis pensado en mudaros a otro lugar?

—Sí, pero el presupuesto que tenemos es bastante reducido y si queremos seguir viviendo en esta zona, que nos encanta, no podemos optar a otra cosa. Aquí los pisos son demasiado caros. —Se encoje de hombros—. De todos modos, Julia me ha propuesto cambiarme el cuarto. El suyo es un poco más grande, aunque no demasiado, pero

podría servir. —Pensar que estarán pasando fatigas me preocupa. Necesito saber que estarán bien y eso no ayuda.

—¡Valeriaaa! —Nerea sale de la habitación y viene corriendo a buscarnos—. ¡Mira lo que me ha regalado Marcus! —Emocionada, le enseña los pendientes a su amiga y esta los toma en sus manos.

—¡Son preciosos, Nerea! —dice, admirándolos—. Mira, de mí también se han acordado. —Le muestra el colgante y esta cubre su boca con la mano. Parece que les ha gustado.

—Por cierto, Nerea —la interrumpo—, yo también te debo un regalo, aunque cualquier cosa que pueda comprarte no pagará lo que has hecho para salvar mi empresa.

—¿Que ha hecho qué? —pregunta Marcus.

—¿No te lo ha dicho? —Ahora el extrañado soy yo.

—Ah, se me había olvidado —interviene como si nada, y eso me sorprende aún más. ¿Cómo puede quitarle importancia a algo tan serio? Podría ir presa.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué dice Valentin que has salvado su empresa? —comienza a sospechar. Ya la conoce demasiado bien como para saber de lo que es capaz.

Desde que llegó esta mañana solo hemos hablado de lo que descubrió en las oficinas y lo único que sabe es que el inversor aceptó, pero desconoce todo lo demás.

—Nah, ni caso. Valentin es un exagerado. —Apenas le presta atención para continuar admirando su regalo—. Solo hice una llamada.

—¿Una llamada? ¡¿A quién?! —Marcus no sale de su asombro.

—Al hotel ese donde se alojan. Ni siquiera sé quién me atendió, pero por la que se montó debió de ser el gerente. —Mi amigo me mira espantado esperando una explicación y levanto las cejas—. Solo le comenté que había escuchado a uno de sus inquilinos decir: «ya está lista la bomba», y lo demás vino solo.

—¿¡Qué!? —exclamamos los tres a la vez. Su versión es todavía más retorcida de lo que creía.

—¿Qué esperabais? ¿Qué dijese que la había puesto yo? ¿Sois idiotas o qué?

—Oh, Dios mío… —Valeria golpea su frente con la mano.

—Sé cuidarme, ¿vale?

—Estás loca… —Marcus ni siquiera parpadea.

—Pero de amor por ti. —Se lanza a sus brazos y lo besa—.

Vámonos a dar una vuelta por ahí. Quiero estrenar estas bellezas. —Mueve los pendientes en el aire mientras sonríe, satisfecha—. Uy, ¿ese que suena es mi teléfono? Creo que alguien me está llamando. —Se marcha a por él y cuando regresa lo hace con los ojos abiertos de par en par—. Mierdaaa, chicos. ¡Es la policía!

Capítulo 43

Corretea de un lado para otro sin atreverse a descolgar.

—Mierda, mierda, mierda… ¡Es que lo sabía! ¡Sabía que te iban a encontrar! —Lejos de ayudar, Valeria la altera aún más.

—Dios mío… ¿Qué le diré a mi familia? Tú. —Me señala—. ¡Todo esto es por tu culpa!

—¡¿Mía?! —La miro con asombro. No me puedo creer lo que acabo de oír—. Yo nunca te pedí que hicieses algo así.

—Espero que al menos cumplas con tu promesa y pagues mi fianza.

Descuelga.

—Buenos días —responde con la voz temblorosa—. Sí, soy yo. —Nos mira—. Sí. —Pestañea mientras escucha—. ¿Cómo? —Arruga la frente y la miramos intrigados—. ¡Aaah! —Coloca la mano sobre su pecho—. Entonces ¿el jueves de la semana que viene a las once? —Me mira—. De acuerdo. Allí estaré. Gracias por avisarme.

Cuelga y, como si no se creyese lo que acaba de pasar, inspira profundamente antes de hablar.

—Era para cambiarme la fecha de la renovación del pasaporte. —Se sienta sobre la cama, coge uno de los libros que Valeria tiene sobre la mesilla y comienza a abanicarse con él—. Casi me da algo.

—¡Uh! —lanzo un pequeño grito de alivio y Marcus hace lo mismo

—Madre mía… —Valeria apoya sus manos en las piernas. No gana para sustos con ella— Menos mal…

—Ya estaba marcando el número de mis abogados —bromeo con intención de relajar el ambiente, pero solo me ignoran.

—De momento te has librado —interviene Marcus—. Dime, por favor, que no se te ocurrió llamar desde tu teléfono.

—¿Cómo voy a hacer eso? —espeta con los brazos en jarra.

—¿Y desde dónde llamaste entonces? Porque si lo hiciste desde una cabina no tardarán en dar contigo. Hay cámaras por todas partes.

—Pues por eso no lo hice —replica en tono burlón.

—¿Y cómo lo hiciste entonces? —Mi curiosidad crece por momentos. Si no llamó con su teléfono ni tampoco desde una cabina, ¿cómo diablos lo consiguió?

—Con la ayuda de un señor que pasaba por allí.

—¡¿Qué?! —Los tres la miramos con desconcierto. Con cada respuesta nos sorprende aún más.

—Le dije que mi teléfono se había quedado sin batería y si me prestaba el suyo para hacer una llamada, y me dijo que sí.

—¡Joder! —exclamo y Valeria la observa, inmóvil.

—¿De verdad me creéis tan tonta? Porque esto ya me ofende —se queja a la vez que cruza los brazos a la altura de su pecho.

—Ahí no le falta razón —la defiende Marcus—. Mi chica es muy lista y sabe bien cómo hacerle cargar con las culpas a otro. —Pasa un brazo por encima de sus hombros y Nerea, sin entender su sarcasmo, sonríe, satisfecha.

—¿No sientes remordimientos por ese hombre? —le pregunta Valeria—. Le has buscado un problema.

—¿Un problema? ¿Por qué? Ya estás con tus dramas, hija... Solo tiene que contar la verdad y quedará libre de toda pena. —Sacude su pelo hacia atrás como si la conversación no fuese con ella y se coloca los pendientes—. Vamos a comer algo por ahí. Tengo hambre y necesito un poco de aire.

—Yo no puedo —se disculpa Valeria—. En una hora tengo cita con mi ginecólogo. Hoy me toca ecografía. —Acaricia su barriga.

—¿Ecografía? —Mi corazón da un salto—. ¿Puedo… ir contigo? —Sé que es mi hijo, pero al ser Valeria quien se hará cargo de todo siento que debo pedirle permiso.

—Claro —dice con una sonrisa y ese gesto me llena de alivio—. Será bonito que estés ahí.

—Pequeñín. —Nerea se acerca a la barriga de Valeria y, apoyando un dedo sobre ella, le habla—, déjate ver de una vez. Queremos buscarte un nombre bonito y necesitamos saber qué guardas entre las piernas.

Aunque dicho así suena horrible, lo pronuncia de tal forma que no podemos evitar reírnos.

Una hora más tarde, y mientras esperamos, no paro de mover las piernas. Valeria me mira de reojo y coloca sus manos sobre las mías.

—Todo irá bien.

—Lo sé. —Levanto las cejas, avergonzado. Más que nervioso creo que estoy abrumado. Hace unos días no sabía que estaba esperando un hijo y ahora estoy a punto de verlo.

—Te entiendo. Me pasó algo parecido cuando descubrí que estaba embarazada —sonríe con tanta ternura que el cuerpo me pide que la abrace, pero decido contenerme. Tengo miedo de agobiarla—. No te voy a mentir. Por mi cabeza pasó varias veces la idea de interrumpir

la gestación, pero cuando escuché su corazón ya no fui capaz. Ese día supe que, contra viento y marea, iba a ser mamá.

Antes de que pueda decir algo más la doctora nos llama y entramos en la consulta. Una de las enfermeras le pide a Valeria que se acomode en la camilla que hay detrás de unas cortinas y cuando termina la exploración me piden que me acerque para dar paso a la ecografía.

Estoy más que acostumbrado a ver los ecógrafos que tiene mi madre en todas las salas de su clínica, pero este me impone demasiado. En solo unos minutos podré observar a través de él el rostro de mi hijo.

—Mirad. —La doctora llama nuestra atención y al fijarme en la pantalla puedo observar su preciosa y moldeada carita en 3D. Está de perfil y se le pueden apreciar las facciones.

—¡Tiene tu nariz! —exclama Valeria con una sonrisa y mi garganta se tensa—. Ay, Dios mío, ¡mira eso! —Cubre su boca cuando el bebé abre la suya.

—¡Está bostezando! —anuncia la doctora y la tensión en mi garganta se acentúa—. Creo que acabamos de despertarlo.

Presiona un botón y cuando sus latidos se escuchan en toda la sala cientos de sentimientos se agolpan en mi pecho y me veo forzado a reprimir unas intensas ganas de llorar. ¿Por qué me ha tocado vivir esto a mí? No quiero renunciar a ellos.

—¿Acaba de darse la vuelta? —pregunta Valeria al verlo de frente.

—Eso parece. —La doctora cambia el transductor de posición—. ¿Queréis saber su sexo?

—¡Sí! —respondemos a la vez que nos miramos y sé que este momento va a quedar grabado para siempre en mi memoria.

—Es un varón. Vais a tener un precioso niño.

Sus palabras son música para mis oídos.

—Oh, Dios mío, un niño… —Valeria comienza a llorar y esta vez no puedo reprimir los impulsos. La abrazo y comienzo a emocionarme con ella.

—Un niño… —Al repetir las palabras de Valeria soy cada vez más consciente de la situación.

Llevo días viviendo en una nube. El *shock* por la noticia me conmocionó tanto que hay momentos en los que todavía no sé si lo que estoy viviendo es real o se trata solo de un sueño. Lo único que tengo claro es que debo hacer algo, y debo hacerlo ya. Necesito luchar por ellos, o al menos asegurarles un futuro. Valeria no tiene medios y, de algún modo, tengo que hacérselos llegar.

Cuando salimos de la consulta lo hacemos con una sonrisa marcada en la cara y en cuanto llegamos al coche llama a sus amigas.

—Les prometí que cuando lo supiera, lo haría —dice antes de marcar y celebran por videollamada las buenas noticias. Al terminar guarda el teléfono en el bolso y me mira—. Es un niño —suspira y sus ojos brillan.

—Sí. —Conmovido, tomo su mano—. Un precioso niño que nos llenará de orgullo. —Exhalo—. Valeria, aunque no podamos estar juntos voy a necesitar saber de él.

—No sé si es buena idea… —Baja la mirada.

—Estoy seguro de que no lo es, pero de verdad que lo necesito. Todavía no ha nacido y saber que no podré disfrutar de él me parte el alma en dos. Voy a perderme su primera sonrisa, su primera palabra, sus primeros pasos… —Hago una pequeña pausa para deshacer el nudo que se está formando en mi garganta—. No es necesario que él sepa que estoy ahí, ni siquiera que le hables de mí, solo déjame saber sus progresos. Buscaremos la forma de poder comunicarnos sin riesgo.

—Está bien. —Aprieta mi mano con la suya—. Lo haré, te lo prometo.

—Quiero darle mi apellido.

—¿Qué? No. Eso sí que sería peligroso. De nada serviría todo lo que vamos a sacrificar si lo descubren.

—Quiero que lo tenga. Le corresponde por derecho y nadie más tiene por qué saber de dónde proviene.

—Créeme que si Nicolle y su familia llegan a escuchar su nombre lo sabrán.

—Nicolle y su familia nunca lo escucharán. Me quieren a mí, Valeria, y en el momento en que lo consigan dejarás de existir para ellos. Ni siquiera se preocuparán en saber si algún día llegaste a tener familia.

—No sé, Valentin…

—Si me ocurriese algo él sería mi heredero y la verdad es que hasta moriría feliz sabiendo que no les dejaré nada a ellos —río para rebajar la tensión. Temo estar presionándola demasiado.

—Deja que lo piense. Es algo que debemos meditar.

El sonido de su teléfono nos interrumpe y vuelve a sacarlo del bolso.

—Es mi padre —comenta a la vez que descuelga. Habla con él y todo fluye hasta que, de pronto, se calla y la expresión de su rostro cambia. Ni siquiera parpadea—. ¿Mañana? —Escucha—. Sí, sí…

Estaré en casa. No, no… No tengo planes. Es solo que… había pensado en ir a veros en unos días, pero no importa… así me ahorráis el viaje.

Mantiene como puede la conversación y cuando se despide me mira con el rostro pálido.

—¿Ocurre algo?

—Mis padres vienen mañana…

—Oh, eso está bien, ¿no?

—No, Valentin, no está bien. —Aplasta la frente con las manos mientras niega—. Te recuerdo que todavía no saben que estoy embarazada.

—¡Joder! ¡Es verdad! ¿Qué vas a hacer?

—Llorar…

—¿Quieres…? —No me puedo creer lo que voy a decir, pero tengo que hacerlo. No puedo dejarla sola en un momento así—. ¿Quieres que esté contigo?

—Mi padre no es nada agradable y temo su reacción. Escucharías muchas cosas que no te gustarían.

—Creo que podré soportarlo...

Capítulo 44

A la mañana siguiente, y aunque le propongo hacer varias cosas con intención de distraerla, no hay forma. Su mente está en otro lugar y eso me preocupa. ¿Tanto le asusta la reacción de sus padres? Imagino que no tener pareja lo empeora, pero si ha decidido seguir adelante es porque lo ve viable y sus padres deben aceptarlo. Valeria no es una persona que tome decisiones a la ligera.

—Mierda, creo que ya están aquí. —Se aparta de la ventana y camina de un lado a otro del salón—. Ese es su coche. —Se ahueca la camiseta con intención de disimular la barriga y niega con la cabeza cuando entiende que no hay forma. Tres minutos después tocan el timbre y carraspea—. Allá vamos…

—¿Abro yo?

—Eso será peor, créeme. —Inspira dos veces seguidas y a la tercera toma la fuerza suficiente para dirigirse a la puerta.

Al abrir sus padres no reparan en ella y, tras besar sus mejillas, entran en el salón.

—Hola —me saluda su madre al verme y yo hago lo mismo.

—¿Y tú quién eres? —Su padre, un hombre tan alto como corpulento, me habla con aspereza y trato de mantener la calma. Valeria tenía razón, impone bastante.

—Mi nombre es Valentin; encantado. —Extiendo la mano en su dirección, pero se limita a mirarme.

—¿Eres el novio de alguna de las tres?

Esa pregunta hace que me tense.

—No, señor, yo no tengo pareja.

—Papá, es solo un amigo…

—Creo que eso ya ha quedado claro. —Me echa un último vistazo antes de girarse para continuar hablando con su hija—. ¿Cómo han ido estas semanas, cielo? ¿Tienes mucho trabajo? —Arruga la frente —. ¿Qué te pasa en los ojos? ¿Has llorado?

—No, ¿por qué? —Valeria sonríe tan falsamente que hasta yo me doy cuenta.

—Tienes mala cara —insiste.

—Ah, no, es solo que no estoy durmiendo bien.

—¿Tienes algún problema? —Ahora es la madre quien se preocupa.

—No, no. Todo está bien… —Mira al suelo—. Bueno, quizás no del todo, pero lo estará.

—¿Cómo que lo estará? —Los ojos de su padre repasan el contorno de Valeria y se detienen donde ella más teme—. Santo Dios, tienes la barriga hinchada, seguro que estás comiendo demasiadas porquerías.

La madre hace lo mismo y de pronto abre los ojos a la vez que lanza un pequeño grito.

—¡Ay, Dios mío! —Coloca la mano sobre su frente y busca una silla para sentarse—. ¡Ay, Dios mío de mi vida!

El padre, visiblemente preocupado, se acerca a ella.

—¿Qué ocurre? ¿Te estás mareando? —La mujer solo niega y Valeria permanece inmóvil. Ambos sabemos que ya se ha dado cuenta —. ¿Quieres un poco de agua?

—Ay, Dios mío… Ay, Dios mío…

—Pero ¿qué te pasa? —Espera una explicación que no llega.

—Por favor, sí. Necesito agua. Tráeme agua. —El hombre, sin pensarlo dos veces, se marcha a la cocina—. Hija de mi vida… ¿qué está pasando? —Aprovecha que ya no está para preguntarle y entiendo su estrategia. Se lo ha quitado de encima para estar unos segundos a solas con ella—. Dime que eso solo son gases.

—No, mamá, no son gases. —Valeria ni siquiera se atreve a mirarla a la cara.

—Esto va a acabar muy mal. Lo sabes, ¿verdad? Pero que muy mal… —Se balancea y traga saliva—. ¿Quién te ha hecho esto?

Sintiéndome mal por ella, decido intervenir. La mitad de la culpa es mía.

—Yo, señora. Yo soy el responsable.

—¿El responsable de qué? —habla su padre a mi espalda y mi piel se eriza.

—Yo… señor… Verá… —Me alejo por precaución. El instinto me pide que lo haga.

—La niña. La niña está embarazada. —La madre, cada vez más angustiada, se echa a llorar.

—Pero que estás diciendo, mujer. ¿Te has vuelto loca o qué? —La observa inmóvil—. Valeria, llama a un médico inmediatamente, a tu madre le está dando algo.

—No le está dando nada, papá. Lo que dice es cierto. —De nuevo, baja la mirada.

—¿Qué? —Arruga la frente, ni siquiera parpadea—. ¿Cómo que estás embarazada? —Levanta la voz a la vez que presta más atención a su cintura y sus párpados se abren—. Dime que ese desgraciado no te

preñó antes de separaros, porque si es así ¡lo mato!

—No, papá, Tomás no tiene nada que ver.

Antes de que Valeria pueda terminar la frase el hombre de casi dos metros se gira hacia mí con los ojos inyectados en sangre y, temiendo por mi integridad física, doy un paso atrás. Por suerte, no tiene en sus manos la escopeta de la que tanto me habló ayer Valeria porque con cada segundo que pasa estoy más que seguro de que no le importaría usarla.

—Dime que no has sido tú el que le ha hecho esto a mi hija.

—Papá, por favor. —Valeria se coloca entre él y yo y, estirando una mano en dirección a su padre, lo detiene—. Ha sido decisión mía seguir adelante con esto. Él ni siquiera lo sabía. Se ha enterado esta semana.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritáis tanto? —Nerea sale de su habitación frotándose los ojos. Hoy, al igual que ayer, tiene turno de tarde y por la cara que trae debía de estar dormida.

—Señor… yo no quería que esto ocurriese…

—Si de verdad no hubieses querido que ocurriese habrías dejado tu puto gusano guardado dentro del pantalón. ¡Maldito irresponsable!

—Papá, esto es cosa de dos —intenta mediar Valeria de nuevo.

—No, hija, esto es solo cosa suya. ¡Se ha aprovechado de ti!

—¡Uy! —vuelve a hablar Nerea y por lo poco que la conozco me preparo para cualquier barbaridad—. Que se ha aprovechado de ti, dice —ríe señalando a Valeria—. Yo estaba allí y le puedo asegurar que fue al revés. Su hija se puso fina, casi lo viola esa noche.

—¡No! ¡Nerea! ¡No! ¡Maldita sea! —Se sujeta las sienes y se mueve como si quisiese borrar esa imagen de su cabeza—. ¡Mi hija no hace esas cosas! ¡Mi hija es una santa!

—La Virgen María también lo era cuando quedó en cinta de Dios y Valeria, siguiendo sus pasos, ha hecho lo mismo, pero con un dios griego. Seguro que hasta le rezó de rodillas...

—¡¡¡Nerea!!! —gritamos todos a la vez y carcajea.

—¿Cuál es la diferencia? ¿Que a María le picó una paloma y a Valeria le ha atravesado una flecha? —continúa y tengo que aguantar la respiración para no reír con ella. Adoro ese don que tiene de convertir las dificultades en comedia. Cada día me cae mejor—. Gritéis o no, una nueva y maravillosa vida está en camino, y eso es algo que deberíais celebrar. Y ahora, si no os importa, me gustaría seguir durmiendo. Ojalá que todo lo malo que nos ocurra siempre sean cosas así.

Se da la vuelta e, igual que vino, se marcha, dejándonos pensativos.

—Te harás cargo, ¿verdad? —vuelve a dirigirse a mí el padre de Valeria en tono amenazante.

—Papá, esas cosas debemos solucionarlas Valentin y yo —le interrumpe y se lo agradezco con un gesto. Si hubiese tenido que contarle la verdad enloquecería de nuevo.

—Y tu futuro, ¿quién lo soluciona ahora? Porque te lo has arruinado por completo.

—Mi futuro sigue ahí, papá, no se ha ido a ninguna parte. Solo tendré que ajustarlo un poco más.

—No sabes dónde te has metido.

—Es cierto, no lo sé, pero ya estoy deseando saberlo. —Acaricia su barriga—. Este pequeñín va a ser un niño muy querido.

—Pero ¿ya sabéis su sexo? —habla la madre, que hasta ahora permanecía callada.

—Sí. —Valeria sonríe y sus ojos brillan—. Es un varón.

—Al menos llevará mi nombre, ¿no? —Escucharle a su padre decir eso me sorprende tanto que no logro distinguir si bromea o lo dice en serio.

—Jamás. —Su madre y ella ríen y poco a poco el ambiente comienza a destensarse.

—¿Por qué no? —Ignorante de mí, trato de integrarme ganándome a su padre—. Sería bonito que llevase el nombre de su abuelo.

—¿Hermenegildo?

—¿Qué?

—Así se llama mi padre, Valentin.

—Oh. —No sé dónde meterme y lo último que quiero es insinuarle que tiene un nombre horrible—. Hermenegildo… —me cuesta mucho pronunciarlo—. Hermenegildo Renard. No suena mal… —Finjo una sonrisa.

—¿Eres francés?

—Sí, señor, por parte de padre.

—Bueno, al menos llevará por apellido la marca de mis coches favoritos. Algo es algo…

—Y la sangre —digo sin pensar.

—¿Cómo? —Frunce el ceño en mi dirección.

—Ay, Dios, ¡esto no me lo pierdo! —Nerea vuelve a entrar—. Díselo, quiero ver su cara.

—Pero ¿tú no estabas en la habitación? —la recrimina Valeria.

—Habláis demasiado alto. Continuad, por favor. —Cubre su boca y Valeria blanquea los ojos antes de volver a hablar.

—Papá, hay algo que todavía no sabes…

Capítulo 45

—¿Es eso cierto? —me pregunta con un hilo de voz tras la explicación de Valeria y cuando asiento busca una silla para sentarse. Mira al vacío mientras trata de procesar lo que acaba de escuchar, niega con la cabeza, balbucea algo que no entiendo y de nuevo se pierde en sus pensamientos.

—Le has fundido el cerebro a tu padre, Valeria. —Nerea ríe a carcajadas, arrastrándonos a los demás.

—Así que… ¿mi nieto será un Renard? ¿Un Renard de los de verdad?

—Eso parece —sonríe Valeria.

—Entonces… A ver que me sitúe. Tu novio es el hijo de los Renard...

—¿Novio? —Me mira jugando con sus manos—. Eh… Papá, de eso te quería hablar…

—¡Podré conducir sus coches! —Se pone de pie, interrumpiéndola —. Tengo que contarle esto a mi cuñado. ¡Se va a pudrir de la envidia! ¿Quién es el fracasado ahora? ¿Eh? ¿Quién? ¡Se va a cagar!

—Papá. No… No es cómo crees. Valentin y yo no…

—Voy a llamarlo. —Dejando a Valeria con la palabra en la boca, saca su teléfono del bolsillo y, marchándose a la cocina, nos deja solos.

—Herme… Hermenegildo, espera. Eso está muy feo. No lo hagas… —Su madre camina tras él.

—Mamá, papá, escuchad. ¡Joder! —Coloca las manos en su cintura y se gira hacia Nerea buscando ayuda—. Deben saber que no será así… Valentin y yo no somos nada, ni nunca lo seremos. —Valeria me mira y, aunque disimulo, no puedo evitar que me duelan sus palabras. Sé que es cierto, pero escucharselo decir me daña. No quiero separarme de ella.

Hace el intento de ir tras ellos y Nerea la detiene.

—Guárdate eso para otro día, tu padre no aguantará más asaltos hoy. ¿No viste que casi te lo cargas antes? Dale un respiro, mujer.

—Pero es que se está haciendo ilusiones y cuando sepa la verdad se llevará un gran batacazo… —indica bajando la cabeza.

—Bueno, tú déjale que vaya a joder a su cuñado un rato. Le vendrá bien mientras lo asimila. —De pronto alguien llama a la puerta y Nerea parece saber quién es—. ¡Voy yo!

Se marcha, dejándonos solos, y Valeria resopla mirando al techo.

—Tranquila, lo peor ha pasado ya. Acabas de darles la noticia y no parece que se lo hayan tomado muy mal. —Me acerco a ella para tomar su mano y me mira con tristeza—. ¿Estás bien? —le pregunto al darme cuenta.

—No, no estoy bien. Creo que esto me está empezando a superar ya. —Traga saliva—. ¿Y si en el fondo mi padre tiene razón? Tú estás a punto de volver a Francia y yo me quedaré aquí, sola, cuidando a un bebé al que tendré que entregar la mayor parte de mi tiempo.

—¿Te arrepientes? —La miro atento. Me preocupa eso.

—No. No es eso —responde masajeando su sien—. No me arrepiento, pero admito que tengo miedo. No sé si sabré hacerlo bien. ¿Qué le diré cuando me pregunte por ti?

—La verdad.

—¿La verdad? Un niño jamás podrá entender eso. ¿Cómo le explico que su padre…?

—Hola, chicos —nos saluda Marcus.

Estábamos tan metidos en la conversación que ni siquiera le hemos escuchado entrar.

—¡Ey! —le devuelvo el saludo, pero noto algo extraño en él—. ¿Todo en orden, amigo? —Su semblante es demasiado serio.

—Necesito que hablemos, es importante. ¿Tienes un momento?

—Emm, claro. —Disimulo el escalofrío que acaba de recorrerme la espalda. Algo debe de haber pasado para que Marcus actúe así.

—Entrad si queréis en mi cuarto, nadie os molestará allí —sugiere Valeria al ver que sus padres regresan y, con rapidez, asiento.

Nada más entrar cerramos la puerta y Marcus mira hacia el interior de la habitación.

—Este cuarto es demasiado pequeño, ¿no te parece? —Se fija en lo mismo que me fijé yo—. ¿Cómo hará Valeria para dormir aquí con el bebé? ¿Dónde acomodará la cuna?

—Me comentó que le cambiaría el cuarto a Julia.

—Apenas es unos centímetros más grande. No hay espacio…

—Ya lo sé, buscaremos una solución. Ahora dime, por favor, ¿qué es eso tan importante que me tienes que contar? Estoy en ascuas.

Acomoda su cabello y me mira.

—Valentin. —Se detiene para tomar una bocanada de aire—, he descubierto algo más.

—¿El qué?

—Anoche le pedí a mis ingenieros que revisasen todos los planos de vuestros nuevos lanzamientos. Ya sé que son confidenciales y que no deberían haber salido de vuestras fábricas, pero después de escuchar al tipo ese hablar sentí que debía hacerlo y… adivina qué.

—¿Qué? —El corazón me late tan rápido que comienza a faltarme el aire.

—Los han manipulado también. Tienes que detener la producción ya o volverá a ocurrir lo mismo que la última vez. Todos portarán errores y defectos terribles en su mecánica.

—¡¿Quéééé?!

—Están tratando de arruinaros y debemos dar con ellos antes de que lo consigan.

—¡¿Quién puede estar buscando algo así?! No lo entiendo.

—¿Y los padres de Nicolle? ¿Podrían tener algo que ver?

—No, imposible. Si nosotros quebramos, ellos también.

—Pues no parece haberles importado demasiado cuando han retirado la inversión en todas vuestras fábricas de España.

—Ya, pero en el fondo eso tiene lógica. Desde el principio ellos no querían que siguiésemos creciendo aquí. Llevan años presionándonos para que traslademos nuestras fábricas a Andorra y han encontrado la forma de conseguirlo. Tienen contactos allí y los impuestos son mucho menores.

—Pues ya no sé, Valentin. Si no son ellos ya no sé en quién más pensar. Lo único que tengo claro ahora mismo es que alguien está intentando acabar con vosotros y debemos detenerlo o lo conseguirá.

—Sí… eso también lo tengo claro yo. ¿Qué propones? —Estoy tan impresionado que ni siquiera puedo pensar. ¿Quién querría hacernos daño? ¿Y por qué?

—Lo principal ahora mismo es dar la orden para detener la producción o no podréis hacer frente a las demandas.

—Sí, voy. —Intento centrarme y al sacar el teléfono del bolsillo me doy cuenta de que tengo al menos quince llamadas perdidas. Cinco de mi padre y las demás del padre de Nicolle. Lo silencié anoche para no molestar a Valeria y me he olvidado de volver a activarlo. Preocupado, decido dar prioridad al mío marcando su número, pero los tonos terminan y no atiende la llamada.

Con intención de intentarlo después, busco el número de los jefes de producción y les ordeno que paralicen todo. Esto supondrá una gran pérdida de dinero, pero nada que ver con lo que ocurrirá si

continuamos con ello.

Contacto con el equipo de ingeniería de España y tras contarles lo ocurrido solo necesitan un par de minutos para localizar algunos fallos. La semana pasada, cuando enviaron los planos a la fábrica no encontraron ningún error. En cambio, ahora parece que hay defectos hasta en la aerodinámica y se muestran tan sorprendidos como yo.

Preocupado, vuelvo a llamar a mi padre. Nunca insiste tantas veces y eso es algo que me extraña.

Espero y espero y cuando estoy a punto de desistir le escucho.

—Valentin, ¿dónde estás?

—Estoy con Marcus y Valeria. ¿Estás bien?

—Sí. Bueno, no lo sé. Tenemos un problema. Uno muy serio.

—¿Ya te has enterado? —pregunto alzando las cejas y miro a Marcus. Debe de haber hablado con él antes que conmigo—. Acabo de detener la producción.

—¿La producción de qué?

—¿No me hablas de los planos?

—¿Qué planos? —Parece que estoy dando por hecho algo que no es. No tiene ni idea—. No sé a qué te refieres, hijo. ¿Cómo que has detenido la producción?

—Oh, nada, nada. No te preocupes, después te cuento. —Prefiero decírselo en persona.

—Yo te hablo de los padres de esa loca… —No hace falta que me diga a quién se refiere. Siempre la llama así—. Ya se han enterado de que hemos conseguido la inversión.

—Sí, lo imagino… Deben de habérselo notificado ya los gestores. —Sigo escuchando, estoy seguro de que no me ha llamado solo para eso.

—Saben que han perdido la guerra y están volviendo a presionarnos.

—¿Cómo? ¿Con qué? —No me puedo creer que no nos den ni siquiera un respiro.

—Han amenazado con retirar la mitad de la inversión en Francia.

—¡¿Qué?! —Peino mi cabello hacia atrás con intención de calmarme, pero no funciona. Miro a Marcus y este aprieta la mandíbula. Está escuchándolo todo.

—La rabia de no haber conseguido lo que quieren les debe haber cegado y están dispuestos a ir a por todas. —Escucho cómo traga saliva—. Pretenden acorralarnos, hijo. Quieren atraparnos. Con la nueva inversión han visto peligrar su futuro en la empresa y no están

dispuestos a dejarnos ir. No esperaban que lo consiguiésemos.

—¿Qué piden esta vez? —Cierro los ojos esperando cualquier cosa.

—A ti… Quieren que Nicolle y tú os caséis en las próximas semanas. —Su voz se quiebra y tengo que sujetarme al codo de mi amigo para no caerme—. Yo no quiero esto para ti, Valentin. No lo quiero, pero ya no sé qué más hacer —llora y eso me asusta. Mi padre nunca lo hace.

—¿Dónde estás, papá?

—En la habitación del hotel.

—Cálmate, ¿de acuerdo? Voy para allá.

Si por culpa de esa gente y sus presiones llega a ocurrirle algo no respondo de mis actos.

Capítulo 46

VALERIA

—Valeria, tengo que volver a Francia. —Escucharle decir eso provoca que mi corazón se parta en mil pedazos.

Hace apenas dos horas que se marchó con Marcus y ya intuí que estaba ocurriendo algo. Trató de disimular, pero le noté demasiado agitado y supe que algo andaba mal.

—¿Volverás? —Aprieto el teléfono contra mi oído con fuerza. Es lo único que me importa.

—Todo se está complicando demasiado —suspira—, pero te prometo que lo intentaré. —Su voz suena tan poco convincente que me temo lo peor. Algo me dice que a partir de ahora tendré que ser fuerte y recorrer el camino sola.

—Ya sabes dónde encontrarme. —Me niego a presionarle o hacerle sentirse peor. Desde el principio me ha demostrado que sus intenciones conmigo son buenas. No me está abandonando, le están obligando a hacerlo.

—Valeria. —Escucho la contracción de su garganta al tragar saliva —, eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Y tú en la mía —respondo con contundencia.

—Voy a llevarte siempre en el corazón.

—Valentin… —Trato de contener las lágrimas. Definitivamente, esto es el fin.

—Nunca le he dicho esto a nadie porque hasta ahora nunca había tenido la necesidad y, aunque sea por aquí, necesito que lo escuches. —Su voz se quiebra—. Te quiero, Valeria. Podrán presionarme para hacer cualquier cosa, pero jamás nadie va a poder cambiar mis sentimientos hacia ti.

—Yo también te quiero, Valentin. —Mi garganta se cierra, no puedo emitir ni una sola palabra más.

—Acuérdate de nuestra promesa. Necesito saber de nuestro pequeño, aunque sea a través de Marcus, al menos hasta que encontremos otro medio más seguro.

—Así lo haré. —Seco mis lágrimas.

—*Au revoir*, Valeria.

—Adiós, Valentin.

Cuando la conexión se corta no puedo aguantar más y me dejo llevar por el llanto. Esto va a ser más duro de lo que creía.

Semanas después parece que a la familia Renard se la ha comido la tierra. Nadie sabe nada, ni siquiera Nerea, y eso me extraña. Tengo la sensación de que Valentin le ha pedido a Marcus que mantenga silencio, pero si cree que así me evitará más sufrimiento está muy equivocado. Solo espero que a mi bebé no le afecte todo esto. No paro de sufrir altibajos emocionales y eso me da miedo. He leído que el estrés puede inducir a un parto prematuro, dificultades con la placenta o un bebé con bajo peso.

Me preparo para ir a comprar algunas cosas que me harán falta y cuando salgo de mi habitación me detengo en el espejo del pasillo, como hago cada día. Me gusta ver cómo, poco a poco, aumenta mi barriga. Lo cierto es que ya me cuesta bastante hacer algunas cosas, pero me siento bien. Las náuseas quedaron en el pasado y a la hora de comer parezco una aspiradora. La matrona me riñe cuando se lo digo, pero tengo un hambre tan voraz que no logro satisfacerlo con nada.

—Valeria, me acaban de aprobar los dos días libres que solicité para la semana que viene —me habla Julia desde la cocina.

—¡Eso es genial!

Llevamos días organizando el cambio de habitaciones. Su cuarto es unos centímetros más ancho que el mío y ese espacio me vendrá de maravilla. No sé cómo nos las arreglaremos cuando el bebé crezca, pero de momento tendrá que valer así. Solo espero que más adelante nos vayan mejor las cosas y nos podamos mudar. No debe ser muy saludable para el bebé vivir en una casa tan pequeña con tres personas y dos perros.
Blanquita al final se ha quedado con nosotras. Nerea se negó a dejarla marchar, así que ahora somos uno más. Están tan obsesionadas la una con la otra que, aunque creímos haberle encontrado la familia correcta, no hemos sido capaces de separarlas.

Me despido de Julia y cuando abro la puerta de la calle para salir me encuentro de frente con el cartero.

—Buenos días. ¿La señorita Valeria Bermúdez?

—Soy yo —respondo y extiende la mano para hacerme entrega de un pequeño paquete que no recuerdo haber pedido. Lo giro y me extraña que no tenga remitente.

Cuando se marcha regreso al salón para dejarlo sobre la mesa y lo observo durante varios segundos, valorando si abrirlo ya o esperar a la vuelta de la compra, pero la intriga me mata y comienzo a retirarle el papel.

—¿Qué es eso? —Julia entra conmigo y Nerea, al escucharnos, no

lo puede evitar. Cada vez que llegan paquetes a casa le gusta estar delante para curiosear.

—No lo sé. No espero nada.

—¡Pues ábrelo! —me presiona Nerea del mismo modo que lo haría una niña pequeña.

—Esto cada vez se vuelve más raro —bromeo mientras le quito el precinto y saco del interior una tarjeta en la que solo hay escrita una dirección. Arrugo la frente y se la muestro a mis amigas—. ¿Qué clase de broma es esta?

—Esa calle está aquí al lado, ¿no? Me suena haberla visto. —Julia es la primera en darse cuenta.

—Es verdad —confirma Nerea—. Está justo detrás de la nuestra. Hay un parque enorme ahí.

—¿Y para qué querría alguien enviarme la dirección de un parque? —Esto cada vez me confunde más.

—Ni idea —responden a la vez.

—¡Aaaah! —grito al descubrir un minúsculo Cupido dibujado detrás—. ¡Mirad esto! —Se lo muestro y gritan conmigo.

—¿Será algún mensaje subliminal? —deduce Julia.

—Tenemos que ir a comprobarlo —continúa Nerea y no puedo evitar hacerme ilusiones—. ¿Será que quiere verte y es su forma de hacerlo para que nadie os descubra?

—No es por estropear el momento, pero si fuese así debería haber añadido una hora, ¿no crees? —habla Julia de nuevo y toda mi emoción se esfuma.

—Me calzo y vamos a ver qué averiguamos. —Nerea se marcha a su habitación y nos quedamos en silencio.

Vuelvo a mirar la nota y cada vez estoy más segura. No hay duda de que es de Valentin. ¿Quién, si no, dibujaría un Cupido en el reverso?

Nerea no tarda en regresar y tras hablarlo de nuevo decidimos hacer lo que dice. No tenemos nada que perder.

Al llegar descubrimos que la dirección del parque no se corresponde con la que está escrita en la nota y la poca ilusión que me quedaba desaparece. Miro hacia las casas de planta baja que tenemos enfrente y leo el nombre de la calle allí.

—¡Mirad! —Señalo hacia ellas—. Debe ser ahí. —Camino rápido y me siguen—. Diez, once, doce —voy leyendo el número de cada puerta— trece, catorce… ¡Aquí es! La número catorce. —Vuelvo a mirar la dirección y reviso que todo coincide—. Este es el lugar.

¿Qué… es eso…? —Me acerco al buzón y mi corazón se salta un latido al encontrar en él un Cupido exactamente igual al que viene dibujado en la tarjeta.

—Ay, Dios. —Nerea emite una risa nerviosa—. Esto me recuerda a las yincanas que hacíamos en los campamentos cuando era pequeña. —Saca su teléfono y hace una foto—. Esto tengo que inmortalizarlo —la escucho decir mientras Julia y yo tratamos de descifrar lo que sea que todo esto quiere decir.

Varios minutos después, y mientras continuamos con el debate, un hombre de unos cincuenta años sale de la casa y se acerca hasta nosotras.

—Disculpen, señoritas, estoy buscando a Valeria. ¿Es alguna de ustedes?

—Em… Soy… yo… —digo con miedo. Estoy empezando a asustarme. ¿Qué está pasando aquí?

El hombre, sonriente, me hace entrega de un sobre en el que está grabado mi nombre.

—Tengo órdenes de dárselo en persona. —No lo suelta hasta que no se asegura de que lo tengo bien sujeto.

—¿Cómo? ¿Qué está ocurriendo?

—Lo único que puedo decirle es que en el interior encontrará la respuesta. —Se aparta para darnos espacio y niego con la cabeza.

—Esto ya me asusta… —susurro mientras saco varios papeles grapados, uno sobre otro, y comienzo a leer en alto la primera página:

Querida Valeria;

No puedo sacaros de mi cabeza, y aunque sé que esto no te va a gustar, espero que algún día lo entiendas. ¿Qué clase de persona sería si, pudiendo, no lo hago? Mientras pueda evitarlo ni mi pequeño ni tú tendréis problemas de espacio.

Os amo con toda mi alma.

Cupido.

—¡Es él! —grita Julia mientras trato de mantener la calma. No hay duda. Es de Valentin.

—¡Dios mío! —exclamo al ver lo que hay detrás de la nota y los papeles comienzan a temblar en mis manos—. Esto no puede ser... Esta casa… —hiperventilo al ver mi nombre y la dirección en lo que parecen unas escrituras—. Esta casa es… —No acierto a conjugar las frases. El *shock* no me permite ni siquiera respirar.

—Sí, señorita, esta casa es para usted y su bebé. —Me entrega la

llave y tiene que ayudarme a cerrar la mano para que no se me caiga —. Sus amigas también tienen una habitación habilitada para cada una y podrán quedarse con usted hasta que decidan separar sus vidas. Además, Ucho y Blanquita disponen de un espacio acomodado y un gran jardín interior en el que podrán corretear sin problema.

—Oh, Dios mío… —Por un momento dudo de si esto es real o estoy viviendo un sueño. Ni siquiera soy capaz de procesar que sabe el nombre de mis perros.

—Disfrútenla. Mi trabajo aquí ha terminado y debo irme ya.

Se marcha y lo único que hago es tragarme las lágrimas. Ni siquiera recuerdo cómo caminar cuando Julia y Nerea, tan emocionadas como yo, tiran de mis brazos para acompañarme al interior.

Capítulo 47

VALENTIN

Me siento sobre el colchón y apenas tardo tres segundos en volver a ponerme de pie. Desde que mi padre y yo regresamos a Francia no logro centrarme y por las noches me cuesta demasiado conciliar el sueño. Saber que estoy obligado a casarme con Nicolle me consume por dentro y a medida que se acerca la fecha me altero cada vez más. Pensar en que en solo unos días estaré frente al altar, me mata. ¿Quién en su sano juicio obligaría a dos personas a casarse solo por el capricho de una de ellas? ¿Acaso no se dan cuenta de que estamos destinados al fracaso? Van a condenar a su hija a una vida de mierda porque lo único que estoy dispuesto a ofrecerles es una firma. Me casaré como exigen, pero que se olviden de una vida conyugal porque ni siquiera tengo intención de dormir con ella.

Lo único que me ha mantenido cuerdo estos días es haber estado centrado en preparar la casa que recibirá Valeria hoy. Desde que estuve en su habitación y fui consciente de las dimensiones tan minúsculas que alberga no he podido sacármelo de la cabeza. Me niego a permitir que conviva con mi hijo en un lugar así. Las casetas de los perros de mi vecino tienen más espacio que ella.

—Cariño. —Mi madre abre la puerta—, ya está —sonríe—. Acaba de llamarme el tío Carlos. Ha salido todo según lo previsto y las chicas ya están dentro de la casa.

—¿En serio? —La emoción me embarga—. ¿Se ha enfadado mucho? ¿Ha protestado?

—No —sonríe de nuevo, pero esta vez lo hace con ternura—. Parece que las tres están muy emocionadas.

—Oh, Dios… —Exhalo, algo más calmado—. Por fin algo bueno.

Cuando regresé hablé con mi madre sobre lo ocurrido y, tras disculparse por haberme ocultado el embarazo de Valeria, me explicó sus razones y solo pude entenderla. Desde hace meses los padres de Nicolle no han parado de amenazarlos y pensó que lo mejor era ocultármelo para no empeorar más las cosas. Cuando Nicolle y yo empezamos a salir sintió alivio al creer que me estaba enamorando de ella y no quiso que nadie interviniera. Para entonces ya conocía cuál sería mi destino y sintió que si todo fluía nos evitaríamos el trauma. No es lo mismo casar a un hijo por amor que por obligación, aunque al final todo formase parte de la misma trama.

Sabiendo que no tengo escapatoria, y que el futuro de todas esas familias está en mi mano, le pedí a mis padres como única condición

antes de casarme con Nicolle, tener la certeza de que Valeria y el bebé estarían bien y, tras explicarles lo que quería, no dudaron en ponerse manos a la obra. Mi madre contactó con su hermano para que nos ayudase desde allí y gracias a eso no ha habido peligro de que nos descubran.

—Todo saldrá bien, cielo. —Acaricia mi espalda—. Estás haciendo lo correcto.

—¿Lo correcto? —río con sarcasmo—. Lo correcto sería estar con Valeria.

—Lo sé. —Toma mi mano—. Debes ser fuerte, cariño. No nos queda otra opción.

—Si tan solo pudiese escaparme algún día para ir a verlos…

—Eso solo nos pondría en riesgo. Si llegasen a descubrirte se acabaría todo y el sacrificio que estás a punto de hacer no serviría para nada —suspira—. Piensa que a Valeria y al bebé no les faltará de nada. Papá y yo nos encargaremos de ello. Ya tenemos su número de cuenta bancaria y a cada pocos meses pediremos que le hagan una transferencia.

—Mamá… —Exhalo, agotado, y busco refugio en ella—. ¿Cómo puede alguien arruinar la vida de otra persona así solo por darle un capricho más a su hija? —No dejo de hacerme esa pregunta, cada vez lo entiendo menos.

—Esto no es por capricho, cariño. —Acaricia mi rostro con una sonrisa alicaída—. Es por interés.

—¿Por interés? ¿Qué interés pueden tener si con sus amenazas ya están consiguiendo todo lo que quieren?

—Desde que caímos en picado están obsesionados con comprarnos la empresa...

—¿Qué? ¿Y por qué no me lo habíais dicho antes?

—Porque no tenemos ninguna intención de hacerlo, y menos cuando han esperado a que estemos al borde de la ruina para venir a ofrecernos solo el diez por ciento del valor real.

—Hijos de puta… Han querido aprovecharse de nuestra desgracia. —Las palabras de Marcus hacen eco en mi mente y, aunque intento desecharlas, no puedo. ¿Y si tiene razón?

—Papá y yo lo tenemos claro, no vamos a aceptar. Si se hunde el barco, se hunde con nosotros dentro. Esta empresa lleva más de doscientos años en la familia y no vamos a regalársela a nadie, y menos a ellos, que lo primero que pretenden hacer es despedir a media plantilla y reducir el sueldo a la otra mitad. —Aprieta los puños

con fuerza, marcando sus uñas en la piel—. Con la boda han encontrado nuestro talón de Aquiles. Al ser tú el mayor accionista... está claro lo que buscan.

—Malditos bastardos… —Nos quedamos en silencio y mi cabeza no para de lanzarme mensajes. Las palabras de Marcus vuelven a mi mente y comienzo a tener la firme creencia de que los padres de Nicolle están detrás de la quiebra y el declive de nuestra empresa—. Necesito ver a Marcus —digo sin más y tras guardarme el teléfono en el bolsillo, me marcho. Está claro que aquí hay gato encerrado.

Una hora más tarde Marcus y yo estamos de camino a las oficinas y, aunque no sabemos muy bien qué es lo que buscamos, tenemos clara una cosa: necesitamos hablar con el ingeniero. Él es el único que sabe lo que está ocurriendo y puede darnos las pistas que necesitamos. Si los padres de Nicolle están detrás de lo que creo todo daría un giro tremendo y quedarían resueltos nuestros problemas.

Al llegar preguntamos por él al equipo de Recursos Humanos y nos sorprende saber que lleva más de quince días sin acudir a su puesto de trabajo. Les pedimos su número de teléfono para contactarle, pero la ficha que contiene sus datos no aparece por ninguna parte.

—Qué extraño —balbucea Marcus y no puedo evitar pensar lo mismo.

—Quizás…, quizás alguien de la plantilla tenga forma de dar con él —comenta una de las chicas—. Esperen un momento. Voy a hablar con ellos. —Asentimos y varios minutos después regresa trayendo con ella el número de teléfono anotado—. Esto es lo único que he podido conseguir. —Me lo entrega—. No sé si esta información será relevante, pero uno de sus compañeros está bastante preocupado. Llevan años viniendo juntos al trabajo y desde hace un par de semanas no sabe nada de él ni de su pareja, así que vamos a esperar un par de días más y, si les parece bien, procederemos a su despido.

—Entonces ¿no ha emitido ningún parte de baja? ¿Alguna lesión, accidente laboral o noticia de algún tipo?

—Nada de nada, señor. Simplemente dejó de venir y parece que no tiene familia con la que podamos contactar.

—De acuerdo…

Miro a Marcus, tiene el ceño fruncido. La cosa se pone cada vez peor.

Tras agradecerle la información, Marcus y yo buscamos un lugar más seguro para contactarle y decidimos hacerlo desde mi despacho. Tecleo su número varias veces, pero en todas una locución me avisa

de que el teléfono está apagado o fuera de cobertura.

—Esto huele fatal —digo en alto y Marcus asiente.

—Y más cuando sabemos que está metido en algo tan serio… —Rasca su cabeza—. ¿Crees que deberíamos avisar a la policía?

—Sería lo más correcto. —Pienso por un momento y decido presionar el intercomunicador de mi mesa—. Rocío, necesito que envíes una notificación por desaparición a la policía.

—Claro, señor, ¿de quién se trata?

—Habla con los chicos de Recursos Humanos. Ellos te lo dirán.

—Ahora mismo.

Miro hacia el ventanal que da al pasillo y, pensativo, observo el despacho que utilizan los padres de Nicolle. Solo vienen un par de veces por semana y hoy parece estar vacío. Miro ahora el reloj de pared que tengo delante y al descubrir que solo faltan unos minutos para que todos se marchen se me ocurre algo.

—¿Te apetece que infrinjamos un par de normas?

—¿Qué? —Marcus me mira con una ceja levantada.

—Necesito entrar en el despacho de los padres de Nicolle. Siento que en él podríamos encontrar la respuesta que buscamos.

—Mierda… Creo que mi novia se está convirtiendo en una mala influencia para ti.

—Hablo en serio —replico.

—Ya sé que hablas en serio, y sé que me voy a arrepentir, pero sí, acepto tu propuesta. Siempre que pueda mearme en uno de sus cajones.

—¿Y luego dices que el mal influenciado soy yo? —reímos—. Nerea estaría orgullosa de nosotros ahora mismo.

—¡Ya lo creo!

Volvemos a reírnos y nos sentamos a esperar a que llegue la hora.

Capítulo 48

Para evitar levantar sospechas, Marcus y yo salimos a la vez que lo hacen todos, nos despedimos de varios de ellos y subimos a mi coche. Esperamos un poco más y cuando decidimos entrar recibe una llamada.

—Dame un segundo —se disculpa y al ver su cara no hace falta que me diga de quién se trata—. Hola, preciosa. —Nada más descolgar, Nerea grita tan fuerte que por un segundo nos miramos preocupados.

—Marcusss. Marcusss, ¡tienes un amigo maravilloso! ¡Tenemos casa! Le ha dado una gran sorpresa a Valeria. ¡Y qué sorpresa! —Me busca con la mirada esperando una explicación. Mi madre y yo decidimos llevar esto con tanta discreción que ni siquiera él sabe nada.

—Nerea, cálmate, por favor. No entiendo de qué me hablas.

—Valentin. ¡Valentin le ha regalado una casa a Valeria!

—¿Qué? —Vuelve a mirarme con los ojos muy abiertos y mientras Nerea le pone al día su boca se abre—. No me lo puedo creer —relata una y otra vez con una sonrisa amplia—. Em… Nerea… —La conversación se calma—, ya sé que habíamos hablado sobre esto y acordamos que lo mejor era que no tuviesen noticias el uno del otro, pero… —Mi corazón, como si supiese lo que viene, comienza a aletear en mi pecho—. ¿Está Valeria por ahí?

—Sí, la tengo aquí al lado.

—¿Puede… ponerse un momento al teléfono?

—Marcus… —Niego con la cabeza y susurro—, sabes que no puedo…

—Lo sé, pero la situación lo merece. —Escucharle provoca que mi respiración se acelere y, al notarlo, masajea mi hombro. Son tantos los sentimientos que tengo hacia Valeria que no logro controlarlos. Ansío escuchar su voz, pero estoy tan nervioso que ni siquiera sé si podré centrarme en la conversación—. Hola, Valeria, ¿cómo estás? —En el momento en que Marcus la saluda tengo que abrir la ventanilla para oxigenarme—. Me preguntaba si te gustaría hablar unos minutos con Valentin… está aquí conmigo y, bueno… creo que ambos lo necesitáis. —Mi amigo me mira a sabiendas de que lo estoy pasando mal y veo preocupación en sus ojos—. ¡Genial! Te paso con él.

Me aprieta el hombro de nuevo para hacerme saber que no estoy solo y cuando me pasa el teléfono tengo que hacer un gran esfuerzo para controlarme. Mi mano tiembla tanto que al acercarlo a mi oreja me golpeo con él.

—Ho… Hola, Valeria. —Ni siquiera puedo pronunciar con claridad. Solo ella es capaz de hacerme sentir tan vulnerable.

—Valentin. —No parece estar mejor que yo y antes de que pueda continuar su voz se rompe y comienza a llorar.

—Tranquila, preciosa —digo como si yo fuese capaz de controlarme.

—Ojalá estuvieses aquí —pronuncia ahogada por las lágrimas y ahora sí tengo que salir del coche. Sabía que esto pasaría y no quiero que Marcus me vea así.

—Ojalá pudiese estar. —Sorbo por la nariz—. Te echo tanto de menos…

—Y yo a ti...

—¿Cómo está nuestro bebé? —Necesito sacarla de ese estado, no es bueno para ella.

—Bien —ríe a la vez que llora y mi pecho se atora por las emociones—. No para de moverse, sobre todo cuando me siento a descansar. Creo que odia que deje de moverme.

—Si se parece a mí cuando era pequeño presiento que te va a robar muchas horas de sueño —bromeo. Hablar con ella hace que sienta que no ha pasado el tiempo. Parece que fue ayer cuando hablamos la última vez—. Mi madre siempre dice que los primeros años apenas dormía y me pasaba las noches en vela.

—Oh, Dios, todo menos eso —ríe y poco a poco noto que ella también se relaja—. Necesitaré descansar para poder trabajar.

Sonrío al recordar que de aquí a unos días solo tendrá que hacerlo si así lo desea. La primera transferencia debería hacerse efectiva, a más tardar, la próxima semana, solo espero que la acepte.

—Valentin… —Cada vez que pronuncia mi nombre contengo la respiración. Nunca me había gustado, hasta que se lo escuché la primera vez—, Esto que has hecho ha sido… demasiado. No tengo palabras para agradecértelo. Las chicas y yo estamos… conmocionadas —llora de nuevo—. Seremos muy felices gracias a ti. Ojalá hubieses estado aquí, aunque solo hubiesen sido cinco minutos. Me duele el pecho por no poder abrazarte.

—Y a mí el cuerpo entero, Valeria. No te imaginas cuánta falta me haces. —Sé que esto no ayuda, pero necesito soltarlo o explotaré por dentro.

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho.

—Disfrutándolo —indico con sinceridad.

—Esto es increíble. Hace tan solo unos días estábamos sufriendo

por la falta de espacio y ahora nos sobra. No puedo creérmelo todavía. —Percibo su emoción.

—¿Has podido revisar el cuarto del bebé? ¿Está bien así? —Le pedí a mi tío que cargara los armarios con pañales, ropas y toallas.

—¡Sí! Y es perfecto, no le falta de nada. La cuna, el cambiador, la cama… Has pensado en todo. Por cierto… —Hace una pequeña pausa y me tenso—. ¿Cómo va todo por allí? ¿Ya te has…?

—No, todavía no. —Sé a lo que se refiere—, pero está más cerca de lo que me gustaría. —Evito darle más detalles. No quiero hacerla sufrir.

—¡Mira, Valeria! —escucho a Nerea gritar de fondo. Debe de haber descubierto algo más. Pedí que metieran en los armarios cientos de cosas que sabía que iban a necesitar.

—Oh, Dios mío… Valentin. —Su emoción eriza mi piel. Daría lo que fuese por ver su cara—, ¿cuánta leche y papilla has comprado?

—Según mi madre, toda la que necesitará hasta que comience a comer sólido.

—¿Tu madre sabe esto? —Su tono cambia.

—Sí, de hecho, ella ha sido quien me ha ayudado.

—Vaya… Eso sí que no me lo esperaba…

—La verdad es que yo tampoco, pero cuando les dije lo que pretendía no tuvo problema.

—¡Valeria! ¡Mira! —Ahora es Julia quien busca su atención y entiendo que ha llegado el momento de despedirnos. Disfrutar esto con sus amigas le ayudará a desconectar.

—Ve con ellas, tengo que marcharme.

—¿Volveremos a hablar? —pregunta al instante.

—Seguro que sí. —Me esfuerzo por transmitirle seguridad, aunque ambos sabemos que lo mejor para nosotros es evitarlo. Ya lo habíamos acordado.

Tras colgar maldigo en alto y cierro los ojos con fuerza. Si tan solo fuese capaz de encontrar una sola prueba que señalase a los padres de Nicolle...

Regreso al coche, golpeo la ventanilla para que Marcus la baje y, tras entregarle su teléfono, le hablo.

—Vamos dentro. Tenemos que desactivar las cámaras de seguridad. —Me mira incrédulo, apuesto a que no esperaba que llevase esto tan lejos.

—Pero… para eso tendríamos que quitarnos de encima al vigilante

de seguridad.

—Creo que se cómo hacerlo. —Saco el teléfono del bolsillo y marco su número—. Pierre, necesito que me hagas un favor —le pido nada más descolgar.

—Por supuesto, señor. Dígame.

—Em… Creo que hay una fuga de agua en el ala derecha. ¿Podrías ir a comprobarlo? Alguien me ha comentado que una de las oficinas se está mojando, pero no sé cuál, ¿podrías revisarlas?

—Claro, voy ahora mismo.

Desde donde estamos puedo ver el momento exacto en que abandona el ala izquierda y hacemos lo que habíamos acordado. Nos aseguramos de desactivar todas las cámaras, me encargo de coger el manojo de llaves correspondiente y nos dirigimos a la oficina de los padres de Nicolle.

—No sé si serán los nervios —comenta Marcus—, pero lo de orinarme en uno de sus cajones ahora va en serio. Me estoy meando como un niño pequeño.

—Me pasa lo mismo —confieso—. ¿Te acuerdas cuando éramos unos críos y jugábamos al escondite?

—Sí. Apenas empezábamos las ganas de ir al baño siempre acababan descubriéndonos —carcajeamos tratando de no hacer ruido y nada más girar la llave la puerta se abre.

—Joder, aquí hay demasiadas cosas. ¿Por dónde empezamos? —me pregunta echando un vistazo rápido.

—Tú los armarios y yo los cajones. —Asiente y comenzamos con el registro.

Durante varios minutos abrimos y cerramos todas las puertas y cajones que encontramos a nuestro paso. Buscamos dobles paneles en los muebles o cajas fuertes detrás de los cuadros, pero no hay nada. Reviso uno a uno los papeles de cada carpeta que cae en mis manos y cuando termino, exhalo, agotado. Todo parece estar en orden y me siento muy decepcionado.

—Creo que de ocultar algo no serían tan tontos de guardarlo aquí —indica Marcus y con un gesto confirmo lo que dice. Me he venido arriba creyendo que encontraríamos algo y tenía muchas expectativas puestas en ello.

—¿Oyes eso? —Afino el oído y al dejar de hacer ruido escucho pasos.

—Mierda, es el vigilante. ¡Está volviendo! —Tiro de su ropa y con un movimiento rápido nos escondemos debajo de la mesa.

Los pasos llegan hasta nosotros y no tardo en darme cuenta de que el sonido que emiten no se parece en nada al de las botas del vigilante, sino al de unos tacones. Me muevo un par de centímetros para mirar a través de una rendija y al descubrir que son los zapatos de mi madre me quedo petrificado. Se los regalé en su cumpleaños y podría reconocerlos en cualquier parte.

Capítulo 49

¿Qué hace aquí? ¿A qué ha venido? Intento levantarme para que me lo aclare y Marcus al ver mis intenciones lo impide sujetándome por la ropa, pero calcula mal y en vez de agarrar la tela, aprieta mis testículos. Al darse cuenta me mira con los ojos abiertos y cuando los míos comienzan a llenarse de lágrimas coloca la mano en mi boca para obligarme a guardar silencio. El dolor aumenta y, aguantando como puedo, me mezo.

—Esto sí que es raro —la escucho balbucear—. El vigilante no está, las cámaras desconectadas y ahora esto… ¿Quién puede haberse dejado la puerta abierta?

Deja el bolso sobre la mesa en la que estamos escondidos, camina por la habitación y comienza a retirar un par de muebles.

—¿Qué coño hace? —vocaliza Marcus en mi dirección y, confundido, solo puedo levantar los hombros.

—Dios, cómo pesan —se queja al tiempo que los empuja y, a diferencia de nosotros, ella sí sabe lo que busca—. Aquí estás… —Levanta la alfombra y, sin hacer ningún esfuerzo, desprende una baldosa.

Vuelve a por algo a su bolso y al apartarse deja al descubierto una caja fuerte incrustada en el suelo. Al verla la sangre se me hiela y mi respiración se acelera tanto que temo que nos descubra. ¿Cómo sabía que esa caja estaba ahí? ¿Y por qué se mueve con tanta agilidad en un despacho que se supone que no es el suyo? Los padres de Nicolle nos tienen totalmente prohibida la entrada.

Marcus me mira y por la expresión de su rostro sé que está pensando lo mismo que yo, pero solo puedo negar con la cabeza. No puedo aceptar que esté implicada en algo tan grave. Admito que algunas veces no ha hecho las cosas de la forma correcta, pero esto es demasiado.

Mi madre regresa con un papel arrugado en las manos y cuando teclea el código en el sistema de apertura mi vello se eriza. En el momento en que la caja se abre no puedo más y salgo de mi escondite para enfrentarla.

—¿Qué cojones se supone que es esto? —Debido a la impresión, mi madre tiene que sujetarse a un mueble para evitar caerse. Sabe que la he descubierto y se puede apreciar el temor en sus ojos.

—Valentin, hijo… —Con la voz temblorosa, mira hacia la puerta—, ¿qué haces aquí? Creí… Creí que estabas con Marcus…

—¿Que qué hago yo aquí? No, mamá, ¿qué haces *tú* aquí? —Ni

siquiera me molesto en calmarme. Estoy tan alterado que me da igual que nos descubra el vigilante—. Vas a tener que explicarme qué es lo que guardas ahí porque esto es demasiado sospechoso.

—Te estás confundiendo, Valentin. —Se echa hacia atrás a medida que me acerco—. Esa caja no es mía. Yo ahí no guardo nada.

—¡Pero si acabamos de ver cómo la ha abierto! —Marcus sale de su escondite y los ojos de mi madre se agrandan todavía más.

—¿Marcus? ¿Tú…? ¿Tú también estás aquí?

—Sí, señora, yo también estoy aquí y ya puede tener una buena excusa para esto.

—Valentin, hijo. —Busca apoyo en mí y niego con la cabeza—, esto es un error… Solo vine a confirmar una teoría.

Marcus camina hacia la caja y en el momento en que comienza a sacar todo lo que hay dentro mi madre deja de hablar para observarle y cuando intenta hacerse con una de las carpetas, me adelanto.

—¿Esto es lo que quieres? —Se la muestro y al darme cuenta de que alguien ha escrito sobre ella las palabras «Planos mecánicos», la abro. Reviso lo que hay dentro y al ver que se trata de unos planos antiguos decido cerrarla, pero mi madre me lo impide colocando una mano sobre ella.

—Espera —me pide, acercándose más—. ¿Qué es eso de ahí? —Señala una página en la que hay una pequeña marca. Me quita los planos de las manos y los revisa con tanto esmero que solo puedo prestarle atención—. ¿Y esto? —Parece ver algo que yo no—. Dime si esto es una flecha, hijo. —Me los acerca y, extrañado, asiento. Ni siquiera sé por qué le estoy haciendo caso cuando todavía nos tiene que aclarar muchas cosas, pero es cierto, parece que alguien ha escrito algo sobre ellos y después ha tratado de borrarlo—. Estos planos tienen todos los fallos de los coches marcados… —Cubre su boca con la mano—. Dios mío, Valentin… Mira esto, ¡son indicaciones para cambiarlos! Alguien lo anotó a propósito para manipularlos —susurra en alto y Marcus y yo nos miramos—. Lo sabía. Sabía que nuestro trabajo estaba bien desde el principio. Fueron ellos quienes nos boicotearon.

—¿Cómo? —preguntamos dejando atrás todo lo demás.

—Lo que ocurrió con nuestros coches no fue un fallo… Los padres de Nicolle los han manipulado. ¡Han intentado arruinarnos!

—¿Tú también lo crees? —digo sin pensar y asiente cuando entiende que hemos venido a lo mismo.

—Llevo semanas sospechándolo, pero esto me lo acaba de confirmar.

—¡¿Y por qué no me lo has dicho antes?! —me quejo.

—Porque bastante tienes ya… —indica sin darnos más explicaciones y sé a qué se refiere—. Mirad. —Señala un centro de mesa, se acerca a él y saca algo del interior parecido a una mini cámara—. Gracias a esto he descubierto dónde guardaban la caja y cuál era la contraseña.

—¡Joder! —exclamo mientras dejo salir el aire de mi pecho. Nunca habría imaginado a mi madre jugando a los espías. Ahora todo cobra sentido.

—Debemos desenmascararlos ya —interviene Marcus—. Llevemos esto a la policía. —Levanta la carpeta y mi madre niega con la cabeza.

—No serían pruebas suficientes... —responde mientras revisa todo lo que queda—. Necesitamos más.

—Un momento… ¿Qué es eso? —Mis ojos quedan fijos en la parte trasera de la carpeta cuando la mueve para cambiarla de sitio. Sobre ella se puede apreciar un número anotado y parece que han utilizado el mismo lapicero con el que escribieron dentro—. Déjame ver… —Marcus me la entrega y mi corazón da un vuelco—. Este es el número de… No puede ser… —Sin atreverme a confirmar nada, busco mi teléfono y reviso las últimas llamadas—. ¡Joder! ¡Sí que lo es! Es el número del ingeniero. Deben de haberse olvidado de borrarlo.

—¡*Wow*! Eso sí que es una buena prueba. ¡Es la conexión que necesitamos! —exclama Marcus—. Esto confirma nuestras sospechas. Estaba claro que habían sido ellos.

—El problema ahora es demostrarlo —indica mi madre mirando a la pared—. Sigue sin ser suficiente, podrían alegar que marcaron los fallos y anotaron el teléfono del ingeniero para llamarlo.

—Mierda, es cierto. —Mi euforia se esfuma.

—Os estáis olvidando de un detalle importante… Hoy hemos descubierto que ese mismo ingeniero está desaparecido —escucho a Marcus y la idea inicial vuelve a mi mente.

—¡Es cierto! —exclamo y mi madre nos mira con las cejas levantadas. No estaba enterada—. Creo que ha llegado el momento de contarle todo esto a la policía. No podremos seguir avanzando sin el respaldo de una investigación. —Mi teléfono vibra, interrumpiéndonos, y al ver que se trata del vigilante pido que guarden silencio.

—Señor —habla—, he revisado todo y parece que no hay fugas. O al menos no las encuentro por ninguna parte.

—Bien… —Pienso rápido. Necesitamos un poco más de tiempo—. ¿Revisaste las cisternas de todos los baños?

—Sí, señor.

—Oh, bien. ¿Puedes…? —No se me ocurre nada y cierro los ojos con fuerza—. ¿Puedes revisar… también las duchas de los vestuarios? Quizás el problema esté ahí.

—Am… Señor, creo que sería mejor avisar a un técnico. Llevo demasiado tiempo fuera de mi puesto y la verdad es que yo de fontanería no tengo ningún conocimiento.

—Sí, claro… Tienes razón. Lo haré. Gracias por todo. —Cuelgo y, haciendo un gesto rápido con las manos, no tengo que decir nada más. Lo han escuchado y los tres sabemos que debemos correr para dejarlo todo como estaba. No tardará en llegar al ala en el que nos encontramos y debemos evitar que nos sorprenda.

Cuando por fin terminamos dejamos la llave en su sitio y logramos salir del edificio sin ser vistos.

—¿Dónde está la carpeta? —pregunta mi madre entre jadeos. Ya no tiene edad para esto.

—Volví a dejarla en su lugar.

—¿Qué? Era nuestra única prueba —protesta Marcus.

—Por eso mismo. Si descubren que la carpeta ya no está sabrán que está ocurriendo algo y es cuestión de tiempo que empiecen a sospechar. Es mejor que continúen creyendo que todo está bien.

—Tiene razón —me defiende mi madre—. Es la única forma que tenemos de atraparlos. Si continúan creyendo que tienen todo bajo control será más fácil que cometan errores… ¡Ay, no! —grita, asustándonos—. ¡Mi bolso!

—¡¿Qué?! —Nos giramos para mirarla a la vez.

—¡Me he dejado el bolso en el despacho!

—¡No! ¡Joder! Eso sí que es un error. —Resoplando, marco de nuevo el número del vigilante y, aún a riesgo de que me tome por idiota, le pido otro favor. Esta vez todavía más ridículo que el anterior. Cuando el hombre, sin opciones a negarse, acepta, Marcus y yo regresamos al despacho, cogemos el maldito bolso y tras conectar de nuevo las cámaras y dejar la llave en su lugar, nos dirigimos al exterior, pero al ver que están entrando Nicolle y su padre no nos queda más remedio que volver corriendo a la sala de vigilancia.

—¿Y si Valentin se niega? —la escucho decir cuando pasan por la puerta.

—Entonces correrá la misma suerte que el ingeniero —responde su padre y mi corazón se detiene.

Capítulo 50

Marcus me mira con los ojos agrandados y yo hago lo mismo. No damos crédito a lo que acabamos de escuchar. ¿Qué han hecho con él? ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Acaso se han atrevido a acabar con su vida? Esto se ha vuelto demasiado turbio y debemos actuar con mucha precaución. Las autoridades deben estar informadas y no podemos demorarlo más.

—Espera un momento, hija. Necesito hablar con el vigilante. —Entendiendo que viene a la sala donde nos encontramos, con rapidez buscamos un lugar para escondernos y, como podemos, nos embutimos detrás de la puerta—. Enrique. —Asoma la cabeza y puedo verlo a través de la rendija que queda entre la pared y el marco—. No está aquí —le dice a Nicolle—. Debe estar dando una vuelta por el edificio.

—Viene por ahí —le avisa su hija y esperan.

—Señor —le saluda el vigilante al llegar—. Disculpe, estaba en la otra ala. Valentin me llamó para pedirme que buscase una fuga.

—¿Una fuga? —Hace una pequeña pausa antes de continuar—. ¿Valentin ha estado hoy aquí?

—Sí, señor. Estuvo aquí con su amigo hace aproximadamente una hora, pero ya se fue.

—¿Con su amigo? ¿Y a qué vinieron?

—No lo sé, señor.

—¿Viene mucho con él?

—Umm… juntos no. Los habré visto un par de veces más en todo el tiempo que llevo aquí, pero su amigo sí se pasó hace poco por la oficina.

—¿Cuándo?

—Hace… no sé, unas semanas quizás. El señor Valentin le encargó recoger unos informes mientras estaba en España y me pidió permiso para entrar.

—¿Te dijo qué informes eran? —No para de intentar sonsacarle y eso me preocupa.

—No, señor, ni yo tampoco le pregunté.

—Entiendo… —Piensa por unos segundos—. ¿Y dónde dices que está esa fuga?

—Dijo que en la otra ala, pero no especificó mucho más.

—Qué extraño… —Me tenso al notar que comienza a sospechar—.

Llámale y pregúntale en qué zona se encuentra. Revisaré yo mismo.

—Claro.

El vigilante saca su teléfono y mi corazón martillea tan fuerte en mi cabeza que por un momento dejo de oír. Saco el teléfono del bolsillo tan rápido como puedo y cuando intento desbloquearlo para quitarle el sonido se me resbala de la mano y cae al suelo. Por suerte, logro amortiguar el golpe con la puntera del zapato y apenas hace ruido. Marcus me mira aterrado y, con un cuidado extremo, me inclino despacio para cogerlo, pero al notar que la puerta se mueve conmigo no me queda más remedio que dejarlo donde está y rezar mentalmente sabiendo que estamos perdidos. El sonido de las llamadas nos delatará.

—De todos modos… —continúa explicándole mientras busca mi número—, hablé hace unos minutos con el servicio técnico y estaban aquí al lado, así que no deberían de tardar en llegar.

—Ah, vale, pues entonces que se hagan cargo ellos.

—Sí, es lo mejor. ¡Mire! —Señala hacia la puerta—. Creo que ya están ahí.

—De acuerdo, estaré en mi despacho. Cuando sepas algo avísame.

—Por supuesto.

El vigilante se marcha y cuando creo que ya ha pasado el peligro habla de nuevo con su hija.

—Entra y coge las llaves.

Los huevos que antes me pellizcó Marcus, y que hace tan solo unos segundos tenía de corbata, vuelven a subir a mi garganta cuando Nicolle entra en la sala y me aprieto más contra mi amigo, sin embargo, el espacio es tan pequeño que apenas cabemos y por más fuerza que hago no puedo evitar que un brazo y una pierna se me queden fuera. Por suerte, los rezos parecen surtir efecto y, sin apartar la mirada de su teléfono, coge las llaves y se marcha sin vernos.

Cuando sus pasos se alejan tomo una gran bocanada de aire y mis piernas poco a poco comienzan a recuperar su fuerza. Esta vez sí que ha faltado poco, y después de lo que intuimos que hicieron con el ingeniero no debemos jugárnosla.

Esperamos un tiempo prudencial y cuando parece que ya no están por la zona presiono el costado de Marcus con el codo y, tras hacerle un gesto, decidimos regresar al coche. Recupero el teléfono y nada más salir a la calle me doy cuenta de que, aunque la piel de Marcus es bastante oscura, ha perdido el color de su cara.

—¿Estás bien?

—No, y creo que nunca más voy a estarlo. —Mira al vacío—. ¿Has escuchado lo que han dicho? ¿Y si lo han matado…? Esto es muy serio, Valentin.

—Lo sé…

—No podemos seguir arriesgándonos así. Esta gente está loca. Podrían hacernos algo si descubren que lo sabemos. —Se mueve de un lado a otro.

—¿Y qué hacemos? No podemos permitir que se salgan con la suya.

—Que lo resuelvan otros, nosotros no debemos implicarnos ya. Vamos a la comisaría, se lo contamos y esperamos a que hagan su trabajo.

—Sí, creo que es lo mejor. Vamos. —Caminamos hacia el coche—. Solo una cosa… —Me detengo—. Ni una palabra de esto a mi madre. Si se entera hará un drama y no tengo ganas de aguantarla.

—Tranquilo.

Mientras conducimos lo hacemos en silencio, y aunque mi madre intenta hablar varias veces, nadie la escucha. Hemos quedado tan impactados por lo que ha ocurrido en la oficina que no somos capaces de pensar en otra cosa. Al llegar le pedimos que nos espere en el coche y está tan cansada que acepta sin protestar.

Desde unas incómodas sillas les narramos a los policías todo lo que sabemos y, tras una hora en la que nos hacen varias preguntas, nos despedimos con la sensación de que la investigación va a tardar en iniciarse mucho más de lo que nos gustaría. Adiós a mi esperanza de anular la boda. Confiaba en encontrar algo realmente suculento, pero la fecha se me echa encima y sigo igual que al principio.

Está claro que algo grave ha ocurrido, pero con las pruebas que hemos logrado recopilar no hay forma de demostrar nada porque sería su palabra contra la nuestra, y, según uno de los policías hasta que la investigación no marque otro rumbo el ingeniero puede estar en cualquier lugar, incluso haberse marchado por gusto.

A la mañana siguiente, y sin haber logrado conciliar el sueño, me levanto de la cama y camino por la habitación con la única intención de calmar la ansiedad. La impotencia me acompaña desde que ayer descubrimos todo lo que está ocurriendo y me cuesta trabajo hasta respirar. ¿Cómo diablos vamos a demostrarlo si no tenemos pruebas suficientes? Salgo de mi habitación y, aunque es muy temprano todavía, me cruzo con mi madre en el pasillo.

—¿Tú tampoco puedes dormir, hijo? —Sabe lo que me ocurre.

—Me temo que no…

—Vamos a por un café, anda. —Coloca la mano sobre mi hombro y me guía hasta la cocina.

—¿Cuándo se lo diremos a papá? —Anoche acordamos contárselo, pero debemos buscar el mejor momento. Tenemos que evitar que se altere demasiado, aunque no sé cómo diablos lo conseguiremos.

—¿Qué tenéis que decirme? —le escuchamos hablar a nuestra espalda y nos miramos asustados.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto. No es normal que madrugue tanto.

—Si tu madre no hubiese dado tantas vueltas en la cama es posible que sí, pero como la conozco desde que éramos unos críos sé que algo pasa, así que dejad de ocultármelo y hablad de una vez. —Cruza los brazos sobre su pecho—. Es peor la incertidumbre que el saber.

Definitivamente, no podemos alargarlo más, ha llegado el momento.

—Verás, papá… —Miro a mi madre y cuando esta asiente comienzo a contarle todo lo que sé, exceptuando que el ingeniero puede estar muerto o en peligro para evitarles la impresión.

—Malditos hijos de la gran puta. —Le observo con atención, aunque no parece afectarle demasiado—. Estábamos en lo cierto. —Se gira hacia mi madre y entiendo que lo han hablado. De hecho, mi madre ayer comentó algo parecido.

—¿Se te ocurre algo? —Busco en él lo que todavía no he encontrado en mí. Quizás al tener muchos más años de experiencia que yo sepa cómo intervenir en una situación así.

—No. Nada. No podemos hacer nada. —Aprieta los puños—. Lo tienen todo bien atado. Supieron agarrar la sartén por el mango desde el minuto uno.

—¿Y si les decimos que lo sabemos y tratamos de amenazarlos con ello? —Aunque sé que sería peligroso, la necesidad de hacer algo para evitar la boda es más fuerte que mi razonamiento. Prefiero estar muerto antes que casado con Nicolle—. ¿Y si les decimos que solo guardaremos silencio si rescinden el contrato?

—Si hacemos eso acabaríamos todavía peor. —Rasca su barba—. Piensa que si llegasen a aceptar perderíamos su inversión al momento e iríamos directos a la ruina.

—¡Joder! —Tiene razón, dependemos de su dinero. Nos hace falta para continuar—. Ya no puedo más… —digo tratando de controlar una fuerte crisis de ansiedad—. Necesito sacar fuerzas de donde sea

porque ya no puedo seguir con esto. —A mi mente viene la única persona que me reconforta—. Necesito ver a Valeria. Me voy a España.

—No, hijo. —Mi madre se acerca a mí con intención de calmarme —. No puedes arriesgarte, no tan cerca de la boda.

—Es eso o me cuelgo de un árbol, porque te juro que no puedo más. —Mis ojos se empañan por las lágrimas—. Necesito ir a España. —Intento avanzar, pero me lo impide agarrándome por el brazo.

—No, cariño… utiliza la sensatez —insiste, angustiada—. No vas a solucionar nada así.

—Al menos durante el tiempo que esté con ella me sentiré mejor. —El nudo que se está formando en mi garganta cada vez se agranda más.

—Déjale ir —interviene mi padre, sorprendiéndonos a los dos—. Lo necesita. —Con suavidad, toma la mano de mi madre y la aparta de mí.

—Pero… ¿y si le descubren?

—Nuestro hijo no es tonto —gruñe—, y si quiere a esa chica tanto como yo te quiero a ti créeme que puedo imaginarme su dolor — indica, desarmándonos—. Ve, muchacho. No esperes más y abraza a Valeria de mi parte.

Asiento, emocionado, y, agradeciendo su comprensión, me marcho a toda prisa.

Capítulo 51

Cuando me bajo del avión todavía me tiemblan las piernas. No me puedo creer que esté haciendo esto. Durante el viaje he sentido remordimientos y, sobre todo, he tenido miedo. ¿Y si por mi imprudencia los descubren? ¿Y si les hacen daño? Con la duda latente todavía, por mi cabeza pasa varias veces la idea de regresar a Francia, pero ansío tanto estar con ella que el cuerpo no me deja.

Ni siquiera me he atrevido a avisarla para que no quedase reflejada la llamada. Después de todo lo que he visto y escuchado en las últimas horas no me extrañaría que me hubiesen pinchado el teléfono. Por precaución, decido apagarlo para evitar que alguien pueda dar con mi ubicación y, con el único deseo de estar con Valeria, no pierdo ni un solo minuto más.

Al salir de la terminal detengo un taxi y le recito al conductor su dirección, que, para no dejar pistas, grabé en mi mente junto a todos los recuerdos que atesoro con ella.

A medida que nos acercamos el corazón me late cada vez más rápido y en cuanto se detiene en su puerta contengo la respiración. Sabía que algún día vendría a verla, lo que no esperaba era hacerlo tan pronto.

En el momento en que abro la puerta escucho gritar a Nerea y al mirar hacia la casa la veo asomada en una de las ventanas. Hace tanto calor que las tienen todas abiertas.

—Valeriaaaa —vocea—. ¡Valeriaaa!

«Adiós a la sorpresa», me digo.

—¿Qué coño te pasa ahora? —Al reconocer su voz río. Parece cabreada por los gritos.

—¡Tienes un paquetón en la puerta! ¡Abre! ¡Corre! —miente y carcajeo al caer en el doble sentido. Esta mujer es un circo.

—¿Un paquete? Yo no he pedido nada.

—¡Oh, sí! Seguro que esto se lo has pedido a Dios todas las noches.

—¿A Dios? Cada día estás más zumbada, vas a tener que plantearte ir al psiquiatra.

Río de nuevo al escucharlas y, convertido en un manojo de nervios, me coloco frente a la casa. Apenas un minuto después la puerta se abre y Valeria, más hermosa que nunca, aparece al otro lado. Me mira, pestañea sin parar y mi corazón, frenético, amenaza con salirse del pecho.

—¿Val…? ¿Valentin? —No se atreve ni siquiera a mover un dedo

—. ¿Valentin? —repite una vez más y al ver que sonrío grita mi nombre—. ¡Valentin! —Cubre su boca con las manos y una punzada de rabia me atraviesa por dentro cuando mira en todas las direcciones sin atreverse a venir hacia mí. Sabe que no debería estar aquí—. Eres tú… —llora y tengo que ser yo quien se acerque a ella para fundirnos en un fuerte abrazo.

En el instante en que su dulce aroma penetra en mis fosas nasales algo en mi pecho se expande y la grata sensación de que estoy en casa me embarga. La estrecho aún más contra mi cuerpo y cuando su enorme barriga hace tope contra la mía no puedo sentirme más feliz. Definitivamente, no hay nada mejor que abrazar a las dos personas que amo a la vez.

—Me haces tanta falta, Valeria —susurro contra su cuello y permanecemos así varios minutos más.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo es que has venido? —me pregunta apartándose y el vacío que eso me provoca me obliga a besarla. Es tal mi necesidad que todo lo que no sea ella me importa una mierda.

—Me urgía respirar, Valeria —balbuceo contra su boca—, y solo tú puedes darme el oxígeno que necesito. Me estoy muriendo sin ti. —Vuelvo a besarla y ella hace lo mismo.

—¿Y… esto? —Julia habla a nuestra espalda. Por supuesto, ella tampoco sabía nada—. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Acaso no lo ves? —no tarda en responder Nerea—. Al demonio de Nicolle solo le faltaban los cuernos y parece que ya le están saliendo.

Al escucharla Valeria y yo nos miramos serios mientras analizamos lo que acaba de decir y no tardamos en estallar en carcajadas. Visualizar a Nicolle como un demonio es demasiado gracioso como para dejarlo pasar y, dado que entre esa mujer y yo no existe una relación formal, excepto una fecha para una boda impuesta, jamás podría tratarse de una infidelidad, pero he de admitir que la ocurrencia ha sido buena.

Durante el resto del día Valeria y yo no nos apartamos ni para comer. Beso tras beso tratamos de recuperar el tiempo perdido y, aunque no me hace ninguna pregunta, tengo la necesidad de desahogarme. Siento que solo puedo hacerlo con ella.

—¿Y si ya sabéis todo esto por qué no rescindís el contrato? Tenéis pruebas más que suficientes para hacerlo.

—No son suficientes… y, aunque lo fueran, su dinero es lo único que nos mantiene a flote. Si perdemos su inversión no habría forma de continuar —le explico lo mismo que me ha contado mi padre.

—¿Y si buscáis otra fuente que os suministre? Algo parecido a lo que hicisteis con el inversor español.

—Créeme que lo hemos intentado, pero ya has visto cómo nos boicotean.

—Es cierto… —balbucea al recordar las llamadas que han estado recibiendo los posibles inversores—. Pues entonces… —Piensa por un momento—. ¡Creo que…! —Se pone de pie—. ¿Y si dividís las acciones? Quizás de ese modo sea más fácil encontrar...

—No te molestes, Valeria, tardaríamos años en conseguirlo y la boda es este fin de semana. —La frase me sale sola y me arrepiento al momento de haberla pronunciado. Es lo único que no quería contarle.

—¿Cómo? ¿Este fin de semana...? —Su rostro palidece.

—Sí…

—Este fin de semana… —repite y la tristeza se marca cada vez más en su mirada—. Creí que… —Traga saliva—. Creí que tendrías más tiempo.

—Sus exigencias fueron claras. —Bajo la mirada—. Apenas nos han dado margen.

—Entonces ¿ya no hay nada que hacer…? ¿Tienes que casarte? —Sus preguntas dejan entrever que todavía guardaba alguna esperanza.

—Eso me temo. —Me siento tan mal que ni siquiera me atrevo a mirarla.

—Bueno… —Escucho salir el aire de su pecho—. Sabíamos que tarde o temprano esto tendría que ocurrir... —Finge una sonrisa para evitar que me sienta mal—. Tienes que hacerlo, Valentin.

Toma mi mano para colocarla en su barriga y, por instinto, busco sus ojos.

—Recuerda que no es por nosotros, sino por el futuro de cientos de niños como él. —Con esas palabras logra inflar mi pecho y el ánimo que creí haber perdido poco a poco regresa—. No des todo por perdido, ¿vale? —Con ternura, besa mis labios—. Según se están dando las cosas es cuestión de tiempo que esto explote por algún lado, y este pequeñajo y yo —como si el bebé supiese que habla de él, da una patadita en mi mano— vamos a esperarte.

—Oh, Valeria. —La abrazo con fuerza—. Conseguiré librarme de ellos como sea. Te lo prometo.

—Lo sé —susurra en mi oído—. Sé que lo harás.

—¿No te importará que regrese a tus brazos como un hombre divorciado? —bromeo.

—Y si es como viudo tampoco creo que pase nada.

—¿Qué acabas de decir? —Me aparto, asustado.

—Es broma, idiota —carcajea—. Tú solo regresa, me da igual como sea.

—Um… —Enarco una ceja—. Definitivamente, el influjo de Nerea os está afectando demasiado.

—¿Por qué dices eso? —ríe.

—Yo sé de qué hablo. —Vuelvo a abrazarla, dejándome extasiar por su aroma—. Te amo tanto… —suspiro.

—Y yo a ti…

—Chicos… ¿estáis visibles?

Nerea toca nuestra puerta y no puedo evitar pensar en *Beetlejuice*. Cada vez que la nombramos, si está cerca, aparece.

—No es por estropear el momento, pero acaba de llamarme Marcus y parecía bastante preocupado. Dice que no logra contactarte y teme que te haya ocurrido algo.

—¡Mierda! —exclamo al recordar que tengo el teléfono apagado y corro hasta la puerta—. ¿Le has dicho que estoy aquí?

—No… no me he atrevido. Me ha parecido extraño que no lo supiese, así que he preferido guardármelo.

—¿Puedes prestarme tu teléfono? —Asiente y cuando me lo entrega marco su número.

—Hola, preciosa, ¿qué te has olvidado? —La voz de Marcus me llega desde el otro lado y es tan tentador que no puedo dejarlo pasar.

—Nerea ya no te quiere, ahora está conmigo —espeto riéndome por lo bajo mientras Valeria niega con la cabeza.

—¿Eh? ¿Quién habla?

—Su nuevo novio.

—¿Qué? Pedazo hijo de puta, ¡te voy a partir la cabeza!

—Marcus, cálmate, hombre, que soy yo —río.

—¿Eh?

—Soy Valentin.

—¿Valentin? ¿Eh? ¿Tú? ¿Estás con Nerea? —Se muestra tan confundido que solo puedo volver a reír.

—Sí, amigo, soy yo. Estoy en España con las chicas.

—*Mon Dieu…!* —Expulsa el aire—. ¿Por qué no me lo has dicho? Llevo todo el jodido día intentando dar contigo y ya estaba empezando a asustarme.

—Porque ni yo mismo sabía que vendría.

—¿Y qué haces ahí?

—Necesitaba cargar las pilas antes de… ya sabes...

—La policía ha localizado a la mujer del ingeniero —suelta sin más y la conversación se detiene unos segundos.

—¡¿Qué?! —pregunto tratando de procesarlo.

—Los agentes han intentado llamarte, pero como tienes el teléfono apagado han hablado conmigo.

Capítulo 52

Mientras Marcus habla, guardo silencio y, apretando el teléfono contra la oreja, escucho con atención. Entendiendo dónde estoy, me explica sin demasiados detalles lo que sabe y tras pedirme que llame al policía, anoto el número.

—¿Todo bien? —Valeria me habla y solo cuando se coloca frente a mí, reacciono. Ni siquiera recuerdo haber colgado.

—Em… Sí, sí. Han surgido un par de cosas, pero se están solucionando bien. Nada de qué preocuparse… —Decido seguir ocultándoselo. No puedo crearle más tensión—. Tengo que… salir a comprar un par de cosas. No tardo. —Beso su frente y me mira extrañada. No hay nada que odie más que mentirle, pero es por una buena causa. Tengo hacer lo que sea para protegerla a ella y al bebé de toda esta mierda.

Nada más salir a la calle subo en el primer transporte público que encuentro y cuando calculo estar lo suficientemente alejado de la casa conecto el teléfono. Quizás me estoy comportando como un paranoico, pero toda precaución es poca después de lo que estamos viviendo. Si llegan a hacerle algo no me lo perdonaría jamás.

Bajo en la primera parada, y ya sin miedo a que alguien localice mi ubicación, marco el número que anoté antes.

Tras ponerme en espera durante varios minutos, por fin localizan al policía que intentó contactarme antes y tras identificarme comenzamos a hablar. Mientras me explica que la mujer del ingeniero ha aparecido en una comisaría de la zona para denunciar la desaparición de su marido mis ojos se abren con sorpresa y las pocas esperanzas que hasta ahora mantenía se esfuman. Pensar en que quizás hubiese huido del país con ella me hacía sobrellevarlo mejor, pero esto lo cambia todo.

—¿Cree que…? —Trago saliva y, sabiendo a qué me refiero, no duda en responder a mi pregunta.

—Según el informe llegó bastante alterada y asegurando que temía por sus vidas, ya que alguien había estado amenazándolos de muerte, así que todas las hipótesis están abiertas. —Escucho cómo teclea—. Parece que su marido le pidió que viajara hasta Alemania, donde se reencontrarían, pero han pasado varias semanas desde entonces y no ha vuelto a tener noticias de él.

—Joder… Esto no pinta bien… —balbuceo.

—Nada bien, la verdad, pero al menos ahora tenemos las pruebas suficientes para comenzar con la investigación. Está claro que esto no

ha sido una desaparición voluntaria. —Hace una pequeña pausa mientras mi mente intenta encajar todo—. Necesito que venga a la comisaría. Me gustaría hacerle algunas preguntas más. ¿Podemos vernos esta tarde?

—Em… Ahora mismo estoy fuera de Francia, aunque no me queda más remedio que regresar mañana… —digo con rabia.

—La boda es en un par de días, ¿cierto?

Cuando Marcus y yo estuvimos con él, le conté todo. Necesitaba que supiese hasta dónde habían llegado sus extorsiones porque estoy seguro de que en algún momento servirán como prueba.

—Por desgracia... —resoplo.

—Lamento escucharle decir eso. Ojalá todo se solucione pronto.

—Eso espero porque no creo que pueda soportarlo mucho tiempo. —Aprieto el mentón hasta que mis labios se convierten en una línea recta.

—¿Dónde dará lugar la ceremonia?

—Aquí, en España. La mayoría de la familia de Nicolle vive en este país y han decidido celebrar el enlace en el mismo lugar en el que se casaron sus padres.

—Qué bonito… —lanza con sarcasmo—. ¿Conoce la dirección? —Se la dicto, pero al desconocer el idioma tengo que deletreársela en francés—. Bien, creo que ya lo tengo —anuncia al terminar—. Quedo entonces a la espera de su llamada.

—Sí, no se preocupe. Me pondré en contacto con usted en cuanto esté allí.

—Tenga mucho cuidado, ¿de acuerdo?

Mi vello se eriza al escuchar su advertencia.

—Lo tendré.

Cuelga y mi mente divaga con la teoría de que el ingeniero está muerto. Alguien debe haber decidido quitárselo del medio. Sabía demasiado… El miedo me invade a la vez que esa idea cobra cada vez más fuerza en mi cabeza y sé que debo proteger a Valeria. Me aterra pensar en lo que podrían hacerle si algún día descubren que estamos esperando un hijo.

Al levantar la mirada me fijo en que delante de mí hay una pequeña tienda de telefonía y decido entrar. La situación cada vez pinta peor y si en algún momento empeora o tengo que alertar a Valeria al menos podremos estar comunicados. No puedo depender constantemente de Marcus para saber de ella. ¿Y si ocurre alguna urgencia o debo avisarla por algo? Definitivamente, debemos estar

conectados. Convencido, compro un par de terminales con tarjetas de prepago y me prometo protegerlos de Nicolle y su familia. Nunca deben saberlo. Los guardo en una bolsa, vuelvo a desconectar el mío y regreso con Valeria.

—¿Y esto? —me pregunta cuando le entrego el suyo.

—Esto será nuestra forma de mantenernos en contacto.

—¿Hablas en serio? —Sus ojos brillan por un instante—. Pero ¿y si…? —La emoción da paso a la preocupación.

—Tranquila —respondo antes de que formule la pregunta—. Si algún día descubren que tengo otra línea nunca sabrán a quién pertenece el número al que llamo. Me he asegurado de que tu nombre no aparezca por ninguna parte.

—Oh, Valentin, no imaginas lo que significa esto para mí. ¡Podré saber de ti! —Me abraza por sorpresa y siento unas terribles ganas de llorar. Se conforma con tan poco que no puedo evitar sentirme mal. ¿Cómo pude siquiera llegar a pensar semanas atrás que buscaba atraparme? Es la persona más noble, honrada y sincera que he conocido en mi vida.

A la mañana siguiente me despierto temprano y voy hasta la cocina a por un poco de agua. Últimamente, y debido a la ansiedad, las pesadillas se apoderan de mis noches y apenas puedo descansar. En mi nuevo teléfono reviso los pasajes de vuelta y reservo un billete para última hora de la tarde. Mi intención era regresar esta misma mañana, pero me hace tanto bien estar cerca de ella que necesito pasar a su lado al menos unas horas más.

—¿Valentin? —Adormilada, aparece al otro lado de la puerta y solo puedo observarla. Si existe la mujer perfecta sin duda es ella. Camina hacia mí y abro los brazos para acogerla.

—¿Qué haces despierta? —Beso su frente y se acurruca sobre mi hombro.

—No estabas en la cama y creí que… —Me mira—. Tenía miedo de que ya te hubieses ido.

Aunque sé que sufre, la sinceridad con la que habla me provoca escalofríos de bienestar. Saber que siente lo mismo que yo y, sobre todo, que quiere estar conmigo, me proporciona tanta felicidad que creo que me he vuelto adicto. No ha pasado ni un solo día sin que no me haya acordado de la conversación que mantuvimos en Francia. Esa conexión especial de la que hablaba… o incluso pensar en formar una familia. ¿Quién me iba a decir entonces que algún día acabaría sintiendo por ella todo eso que me describió?

Las siguientes horas pasan tan rápido que solo podemos lamentarnos cada vez que miramos el reloj. Ninguno de los dos está dispuesto a separarse del otro y, con la única intención de pensar en otra cosa, hablamos incluso de mi traje de novio. Hace más de quince días que el diseñador que eligió Nicolle me lo envió a casa y ni siquiera me he molestado en abrirlo, es algo que me importa tan poco que estaría dispuesto a ir en chándal y zapatillas si hiciese falta.

—¿Cuándo te toca la siguiente ecografía? —pregunto dejándome caer a su lado mientras acaricio su enorme barriga.

—La próxima semana —sonríe y sus mejillas sonrojadas, producto de nuestro último orgasmo, se elevan. No puede estar más bella.

—Ahora podrás enviarme fotos.

—¡Sí! —responde con una sonrisa al recordar que ya tenemos los medios para hacerlo.

—Hermenegildo Renard Bermúdez… —murmuro en alto y, como imaginaba, no tarda en reaccionar.

—¿Qué? —Se sienta sobre la cama para mirarme y tiro de ella para que se eche de nuevo a mi lado. No me gusta la sensación que me queda cada vez que se aparta.

—Suena bien —bromeo.

—¿Estás loco? ¡Es horrible!

—Lo siento por tu padre, pero es cierto —río sin poder aguantar más—, es el nombre más feo que he escuchado en mi vida —carcajeamos a la vez y aprovecho para besarla. La amo tanto que todavía no sé cómo diablos voy a poder seguir respirando sin ella. Me siento tan completo a su lado que estoy convencido de que he encontrado a mi alma gemela—. Me voy a morir sin ti… —musito a la vez que repito el beso y acerco aún más su cuerpo desnudo al mío. Nuestro tiempo está llegando a su fin y quiero llevarme todo lo que pueda conmigo.

—Oh, Valentin… —jadea cuando mis dedos acarician el interior de sus muslos y me preparo de nuevo. No importan las veces que lo hayamos hecho, para ella siempre estoy dispuesto.

Capítulo 53

MARCUS

Día de la boda…

Miro el reloj una vez más y mi estómago se encoge. Mi mejor amigo se casa esta misma tarde y todavía no he tomado el vuelo. Debería estar ya en España, pero no me siento con fuerzas para mirarle a la cara. Sé cuánto sufrimiento le está produciendo esto y, más que a una boda parece que voy a asistir a su entierro. Sus padres me entregaron la invitación hace apenas unas semanas y, aunque Valentin me ha pedido que no vaya, no puedo dejarle solo en un momento así. He intentado llamarle un par de veces para saber cómo está, pero tiene el teléfono apagado. Imagino que en un momento así lo último que le apetece es hablar con alguien.

—¡Maldita familia de Nicolle! ¡Maldito dinero y maldita su avaricia! —exclamo lanzando contra la pared los zapatos que estaba a punto de ponerme. Lo único que buscan son sus acciones para manejar la empresa a su antojo y una vez que Valentin forme parte de su familia les será todo mucho más fácil.

Mi teléfono me avisa de que tengo una llamada y al ver que es Nerea no dudo en descolgar. Hablar con ella es como un bálsamo para mí, aunque a veces me crispe los nervios. Su modo de tomarse la vida, tan diferente al mío, me ha enseñado tantas cosas que ni ella misma se lo creería. ¿Quién me iba a decir a mí que la mayoría de las veces que sufrimos depende únicamente de la actitud con la que nos tomamos las cosas? Cada vez que le ocurre algo tiene una capacidad innata para dejarlo ir. Solo sufre por lo que realmente tiene que sufrir y, lejos de hundirse, busca soluciones. Es cierto que algunas veces se pasa, sobre todo con eso, con las soluciones, pero ella es feliz así.

Todavía no he logrado sacarme de la cabeza lo que fue capaz de hacer para cancelar la reunión del hotel. Yo ni siquiera viviría pensando en que en cualquier momento podrían descubrirme, pero ella cada vez que hablamos del tema, con la parsimonia que la caracteriza, me dice lo mismo: «Ya me preocuparé si eso llega a ocurrir. ¿Para qué voy a perder el tiempo pensando en cosas que ni siquiera sé si van a pasar?». Definitivamente, y aunque me cueste admitirlo, la mayoría de las veces deberíamos actuar así.

—¡Hola, cielo! —me saluda al otro lado—. ¿Ya tienes el pasaje? —Sabe que hoy es la boda y que todavía estoy en Francia.

—Sí, ya lo tengo… —resoplo. Todavía no concibo que a mi mejor amigo le esté pasando esto. ¿Cómo diablos hemos llegado hasta aquí? Y, para colmo, aunque sabemos quiénes están detrás de todo, ni

siquiera hemos encontrado pruebas suficientes que puedan ayudarnos. Y en caso de hacerlo Valentin me contó que dependen totalmente de su dinero, así que ya no sé qué es peor. Si logran imputarles automáticamente lo perderían todo... No hay forma humana de que puedan salir bien parados de esto. Si una opción es mala, la otra no es mejor.

—¿Sobre qué hora llegarás?

Hemos quedado en vernos unos minutos en el aeropuerto. La boda se celebra a doscientos kilómetros de allí y en cuanto el avión aterrice tendré un taxi esperándome en la puerta.

—Llegaré sobre las seis de la tarde.

—¿Te dará tiempo? Vas muy justo.

No le falta razón, debí haberlo reservado antes, pero cuando por fin me decidí me había demorado tanto que ya no había vuelo.

—Espero que sí… —resoplo, desanimado, y se da cuenta.

—Todo irá bien, ya verás —dice con el optimismo que la caracteriza.

—Esta vez no… —resoplo de nuevo.

—Ais… —suspira—. Hombre de poca fe, en esta vida todo tiene solución, solo hay que buscarla.

—Ah, ¿sí? ¿Y para ti cuál sería esa solución? —pregunto casi ofendido. ¿Acaso no se da cuenta de que a veces no es tan fácil como ella cree?

—Quemar la iglesia.

—Joder, Nerea… —Blanqueo los ojos aprovechando que no puede verme y cambio de tema, es inútil seguir por ahí—. ¿Cómo está Valeria? —Desde hace días le duele la cabeza e imagino que se deba a la tensión. La pobre chica está teniendo un embarazo demasiado agitado. Solo espero que el bebé no esté sufriendo demasiado.

—Mal, lleva todo el día llorando. Debe ser muy jodido saber que el amor de tu vida se va a casar con otra. Valeria nunca ha estado tan enamorada y lo está pasando bastante mal…

Mientras habla mi teléfono me avisa de que tengo un mensaje y al ver por el rabillo del ojo que se trata del padre de Valentin conecto el manos libres mientras lo leo.

Padre de Valentin: *Marcus, no sé si todavía estás en Francia, pero si es así, ¿me harías el favor de acercarte a la oficina y traerme algunos documentos que necesito? Cuando termine toda esta mierda quiero resolver algunos asuntos que quedaron pendientes con el inversor español*

—Toda esta mierda… —balbuceo en alto mientras Nerea sigue

hablando de fondo y respondo.

Marcus: *Claro, no se preocupe. ¿Dónde están?*

En el siguiente mensaje me indica el lugar y al terminar de leer vuelvo a escuchar a Nerea.

—¿Estás ahí? —me habla creyendo que la conexión se ha perdido y tras explicarle lo que acaba de pedirme el padre de Valentin, nos despedimos. La oficina no está lejos, pero me llevará tiempo y ahora mismo eso es lo que menos tengo.

Mientras conduzco no puedo sacarme a mi amigo de la cabeza. En cuanto aparco frente a la oficina intento marcarle de nuevo, pero su teléfono continúa apagado. Me preocupa su estado de ánimo. Bajo del coche y al llegar me doy cuenta de que la puerta está entreabierta.

«Qué raro», me digo. El vigilante debería tener más cuidado con eso y más hoy, que, debido a la ceremonia, todo el edificio está vacío y cualquiera podría entrar a robar.

Camino hasta el cuarto del vigilante con intención de avisarle de que estoy aquí y observo que está vacío, pero si algo me extraña todavía más es ver las cámaras apagadas. Valoro la posibilidad de llamarlo, pero escucho a alguien hablar y, por instinto, me escondo. Esto empieza a convertirse en costumbre.

—Llevo toda la semana buscándolos y no están donde dices, alguien debe habérsenos adelantado. —Al reconocer la voz del vigilante doy un paso al frente para salir, pero al notar que no está solo me detengo —. Deberías hablar con la policía, te están buscando desde hace días.

—No puedo hacer eso porque volvería a ponerme en el punto de mira. Y, créeme… después de escuchar cómo se encasquilla una pistola en tu sien se te quitan las ganas de pasar por lo mismo otra vez —relata con sarcasmo y mis ojos se abren de par en par al darme cuenta de que se trata del ingeniero. ¡Está vivo!—. Escapé por muy poco… así que no pienso volver a jugármela.

Sin pensarlo dos veces, busco el teléfono y comienzo a grabar.

—Pero ¿y tu mujer? ¿Has hablado con ella? Debe de estar preocupada.

—Lo sé, pero si aparezco ahora la pondría en riesgo, y eso es lo último que quiero. Estoy convencido de que ya la tienen localizada y están esperando a que me reúna con ella.

—¿Y si le pides protección a la policía? No puedes seguir así.

—¿Y de verdad crees que me la darán? —Expulsa el aire del pecho —. Para eso debería encontrar los malditos planos primero, son la única prueba que tengo en contra de ellos y la única que me puede

salvar la vida. Desde la cárcel no podrán hacerme daño.

—Ya no sé qué más hacer para ayudarte —responde el vigilante con voz triste y por la confianza con la que hablan intuyo que son amigos. Nunca se me hubiese ocurrido.

—Ya has hecho bastante…

Tras un pequeño silencio que se me hace interminable no puedo seguir escuchando como si nada, y más cuando es posible que yo tenga la respuesta.

—Sé dónde están esos planos —digo a la vez que salgo de mi escondite y cuando el vigilante echa mano a su pistola los testículos se me atascan en la garganta.

—¿Hola…? —balbucea a la vez que la suelta y mi corazón comienza a recuperar su ritmo. Por un segundo vi cómo mi vida pasaba por delante de mis ojos—. ¿Qué…? ¿Qué haces aquí? —Al reconocerme mira al ingeniero y este, paralizado, no sabe qué hacer.

—Tranquilo, no voy a hacerte daño —me dirijo a él sabiendo lo que está pensando—. Al contrario, creo que puedo ayudarte. —En sus ojos se intuye la necesidad de huir y, temiendo que lo haga, continúo—. Confía en mí. Nosotros fuimos quienes denunciamos tu desaparición y tengo información sobre los planos. —Poco a poco parece calmarse y eso me da la confianza suficiente para seguir—. ¿Tenían marcas y anotaciones?

—Sí, sí —afirma con el cuerpo tenso.

—También tu número de teléfono...

—¡Son esos! —confirma con la voz temblorosa—. ¿Dónde están? Es la única prueba que tengo para demostrar que fueron ellos quienes me pidieron que… ¿Dónde están? ¡Los necesito! En ellos aparecen marcados de su puño y letra todos los fallos.

—Vale… Te llevaré hasta donde están con la única condición de que permitas que sea la policía quien venga a buscarlos y testifiques hoy mismo.

—Es lo único que quiero.

Capítulo 54

Mientras esperamos a que llegue la policía, el ingeniero comienza a relatarnos lo que ha vivido en las últimas semanas y parece el guion de una película. Alguien lo retuvo en contra de su voluntad durante al menos dos días y cuando llegado el momento intentó acabar con su vida, el arma falló y gracias a eso pudo escapar. Parece que la familia de Nicolle lo tenía todo bien atado y creyó que matando al ingeniero eliminarían las pruebas, pero no contaron con los imprevistos.

Varios minutos después llega la policía y tras hacerle algunas preguntas más descubrimos, no solo que fue obligado a manipular los planos, sino que, además, le ofrecieron dinero y una vez que terminó nunca le pagaron.

—Entonces… ¿dice usted que se negó a hacerlo? —Un par de agentes toman nota mientras que otros dos intentan abrir la caja de seguridad que hay en la oficina de los padres de Nicolle. Habría sido más fácil si la madre de Valentin me hubiese cogido el teléfono para pedirle la contraseña, pero al intentar contactar con ella y su marido no ha habido forma. Deben de estar preparándose ya.

—Así es. Yo siempre me opuse, por eso escondí los planos. Confiaba en que algún día todo saldría a la luz y podría defenderme con ellos. De hecho, envié varios *emails* anónimos al señor Paul para prevenirle antes de que ocurriese todo eso, pero nunca me respondió y al final los planos desaparecieron.

—Da la orden para que lo comprueben —le pide el agente más alto a su compañero y continúan con el interrogatorio.

—Señor. —Uno de los policías que estaban intentando acceder al interior de la caja regresa con los planos y expulso con alivio el aire de mis pulmones. Temía que al haber pasado varios días ya no estuviesen ahí—, ¡los tenemos! —Se los muestra—. Y, además… —Le enseña otra carpeta que no había visto hasta ahora—, hemos encontrado varias fotos que demostrarían que este señor ha estado retenido —dice dirigiéndose al ingeniero a la vez que las deja caer sobre la mesa. En ellas puede apreciarse que, tal y como narró hace un momento, estuvo maniatado en una casa en ruinas.

—¿Cuándo los detendrán? —pregunto dando por hecho que lo harán. No puedo aguantar la incertidumbre ni un minuto más.

—El juez debe revisar todas estas pruebas antes de dar la orden —responde observando una a una las fotografías.

—Oh, Dios mío… —Miro el reloj—. Mi amigo se casa en menos de cuatro horas. ¿Cree que podrán arrestarlos antes?

—Eso no depende de mí.

—Joder, joder, joder… —Camino por el pasillo—. Necesito detener esa boda ya mismo. —Busco en el teléfono el número de Valentin y, como imaginaba, continúa apagado. Lo intento con sus padres y ocurre lo mismo—. Mierdaaa. —Aprieto los dientes con fuerza—. Debo irme ya —le indico al agente y, sabiendo lo que pretendo, asiente, dándome permiso.

Corro hasta el coche rezando para no perder el vuelo y, aun a riesgo de que me multen, conduzco todo lo rápido que puedo hasta el aeropuerto. He gastado demasiado tiempo en la oficina.

Dejo el coche donde puedo y nada más entrar soy testigo de cómo despega mi vuelo.

«Mierda, mierda, mierda, mierda…», repito como un mantra en mi mente y me siento en una silla, bloqueado.

Una hora después todavía permanezco en el mismo lugar y por más que me esfuerzo en buscar una solución soy incapaz de pensar con claridad. Al darme cuenta de que todavía tengo el teléfono en la mano observo la pantalla.

—¿Y si…? No. Definitivamente, no. —Cuando estoy a punto de guardarlo vuelvo a pensar en lo mismo y, al haberme quedado sin opciones, no tengo más remedio. Ha llegado el momento de llamar a las Supernenas. Nadie mejor que ellas, con Nerea a la cabeza, pondría interrumpir esa boda.

—¡Hola, cariño! ¿Ya estás en el avión? —me pregunta nada más descolgar.

—No...

—¿Va con retraso?

—No… Lo he perdido.

—¿Qué? ¿Cómo que lo has perdido? ¿Y ahora qué vas a hacer?

—No lo sé. Bueno, sí lo sé… —Allá voy, solo espero no arrepentirme después—. Ha surgido algo y necesito que me hagas un gran favor.

—¿Un gran favor? ¿Estás bien? —se preocupa, sabe que nunca le pido nada.

—Sí, sí, es solo que… —No soy religioso, pero por instinto me encomiendo al cielo—. Tienes que ayudarme a impedir la boda. —Si a mi amigo no se le va a excusar perder la empresa, que al menos la pierda soltero.

—¡Qué me estás diciendo! —La emoción en su voz me inquieta.

—Estoy intentando localizar a Valentin, pero deben de tener el

teléfono apagado o están en una zona sin cobertura.

—Dame la dirección. —Me asusta que ni siquiera me pregunte la razón.

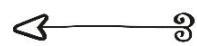
—Nerea…

—Dame la dirección —insiste—. Déjalo todo en mis manos.

—Pero tendrás que darles alguna explicación, ¿no? O piensas aparecer allí y comenzar a gritar como una loca. —Algo me dice que exactamente eso es lo que tenía en mente.

—Oh, bueno… Sí, claro. Claro, cuéntame. —Finge que le interesa, pero en el fondo le importa una mierda. Ella solo quiere venganza porque odia tanto a Nicolle como yo.

Le explico todo y tras prometerme que no montará ningún espectáculo innecesario, nos despedimos. Solo espero que lo consiga. Valentin no puede terminar casado con esa arpía.



VALERIA

—Vamos, Valeria. —Julia tira de mi brazo—. Las cosas no van a cambiar porque te pases el día encerrada y lloriqueando. Tienes que comer algo, llevas muchas horas sin ingerir nada.

—¡No puedo! —protesto. A medida que pasan las horas mi estómago se cierra cada vez más. Saber que Valentin está a punto de casarse con Nicolle me llena de rabia.

—Si no es por ti, hazlo por el bebé. —Trata de levantarme una vez más y niego con la cabeza. Creí que podría soportarlo, pero no puedo con tanta impotencia. Él quiere estar conmigo y yo con él. ¿Por qué el mundo es tan cruel?

De pronto la puerta de mi habitación rebota contra la pared, provocando un gran estruendo y Julia y yo miramos a la vez.

—¡Preparaos, chicas! —aparece Nerea gritando al otro lado con un bate de béisbol en las manos—. ¡Nos vamos de fiesta!

—Pero ¿qué diablos te pasa? —Julia la riñe mientras yo intento recuperar el aliento—. ¡Casi nos matas del susto!

—¡Tenemos una misión que cumplir!

—Yo sí que tengo una misión —indica cada vez más cabreada—. Hablaré con tus padres y hasta que no consiga que te encierren en un psiquiátrico no pararé.

—¡Qué dramática! —ríe—. Daos prisa. ¡Tenemos que evitar una

boda!

—¿¿Qué?? —Esa palabra remueve mis entrañas.

—Acaba de llamarme Marcus para pedirme que le ayudemos a detener el casamiento. Es posible que mañana arresten a Nicolle y a su familia.

—¡¿Qué?! —Mis ojos se abren como platos—. ¿Han descubierto algo?

—Sí, pero os lo cuento de camino. —Mira el reloj—. Daos prisa o no llegamos. Voy a por el coche.

—¡Dios mío! —exclamo mirando a Julia, parece tan impresionada como yo.

—Será una jodida loca, pero no suele mentir… —habla por fin—. Hagamos lo que dice, no tenemos nada que perder.

—¡Sí! ¡Vamos! —Me pongo de pie y tras coger lo necesario salimos a toda prisa de la casa, pero justo cuando vamos a cerrar la puerta de la calle Blanquita hace de las suyas y en un descuido se escapa. Es la tercera vez que nos hace algo así desde que estamos aquí.

—¡Noooo! —Julia y yo gritamos a coro. No ha podido elegir un día peor.

—¡Blanquita! ¡Ven! Blanquita, bonita… toma… —la llamo, pero pasa de mí y comienza a alejarse calle abajo.

—Mierda… Así no conseguiremos nada. —Julia comienza a desesperarse y cuando Nerea llega con el coche, observa la escena.

—¿Esa es…? —nos pregunta y cuando asentimos a la vez, la llama —. ¡Blanquita! —grita, pero, al igual que a nosotras, la ignora—. ¡Ven aquí, coño! —Lejos de obedecer, comienza a correr y la perdemos de vista—. ¡Joder! ¡Subid al coche!

—Pero… no podemos dejarla en la calle. —Me preocupa que esté pensando hacer algo así. Podría atropellarla un coche.

—No lo haremos. Subid, vamos a por ella.

Mientras callejeamos los minutos pasan y cada vez nos ponemos más nerviosas. La perra no aparece y apenas nos queda tiempo para llegar a la boda. Buscamos por todas partes y cuando por fin la encontramos está tumbada en el césped de un parque bastante alejado.

—Hija de… —Julia se baja a toda prisa y, aprovechando que está dormida, la sorprende sujetándola desde atrás—. ¡Eres muy mala! —la riñe mientras regresa con ella en brazos—. ¡Te pienso castigar!

—Pues ya tendrá que ser a la vuelta —indica Nerea—. Ponedle el cinturón.

—¿Qué?

—Que le pongáis el cinturón, no nos da tiempo a llevarla a casa. Hemos perdido demasiado tiempo ya y la iglesia queda muy lejos, así que le toca venirse con nosotras.

—Pero… se va a mear en el coche. —Aunque su esfínter ha mejorado todavía se le escapa, sobre todo cuando tiene miedo o se emociona.

—¿Qué prefieres? ¿Limpiar una meada o que tu amorcito se case con otra? —pregunta mirándome a través del retrovisor

—Pisa el acelerador a fondo —respondo sin dudar y sonríe, satisfecha.

Capítulo 55

De camino Nerea nos cuenta todo lo que sabe y debido a la escasa información que posee, decido llamar a Marcus. Necesito que alguien me explique con pelos y señales lo que está pasando. ¿Quién es ese ingeniero y por qué estaba desaparecido?

Mientras Marcus me narra toda la historia ni siquiera parpadeo y comienzo a comprender todo. Nicolle y su familia serán detenidos en unas horas y si nadie hace nada todo indica que será después de la boda. Valentin no puede casarse con esa arpía, es capaz de aprovecharse de ese matrimonio incluso entre rejas.

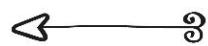
—Oh, Dios mío. —Exhalo al colgar. Miro la hora y niego con la cabeza, si Nerea no se da prisa no vamos a llegar y tampoco puedo pedirle que corra más porque desde hace rato ya estamos sobrepasando el límite de velocidad.

—Agarraos, chicas, que viene una recta —nos pide como si pudiese leerme la mente y Blanquita comienza a alterarse por el ruido del motor.

—Mierda, se va a mear —anuncia Julia—. Debemos parar.

—No hay tiempo —responde Nerea centrada en la carretera y solo dos segundos después veo aparecer el charco en la alfombrilla.

Presiento que va a ser un viaje muy largo.



Como imaginaba, la cosa cada vez se complica más y Blanquita, que no está acostumbrada a viajar, también vomita. Sin contar que al menos tres radares han disparado el flash a nuestro paso. Esas denuncias acabarán arruinándonos.

—Según el GPS debe ser por aquí —comenta Julia y poco a poco nos adentramos en una especie de aldea—. Mierda, he perdido la señal, aquí no debe de haber cobertura…

—Um… Ahora entiendo por qué el teléfono de Valentin no emite ninguna señal… —digo refiriéndome a la cantidad de veces que hemos intentado contactarle durante el viaje.

—Nada. —Toquetea la pantalla—. Nos hemos quedado sin señal. Por suerte, estamos cerca y este lugar parece ser bastante pequeño. Solo tenemos que buscar la… ¡Eh! ¡Mirad! —Señala una preciosa ermita de piedra—. ¡Debe ser ahí!

—¡Sí! —exclamo al comprobar que es cierto. El aparcamiento está repleto de coches caros y algunos de los invitados, engalanados para la ocasión, esperan fuera de la ermita.

Nerea detiene el coche y mientras bajamos observo cómo saca el bate de béisbol de debajo del asiento.

—¿Qué coño haces? Deja ese palo ahí. —Julia intenta impedírselo, pero no sirve de nada.

—No quiero. —Lo coloca sobre su hombro al más puro estilo Harley Quinn—. No sé vosotras, pero yo no pienso quedarme con las ganas de batearle la cabeza a esa zorra.

—¡Chicas! ¡Chicas! —Me tenso al escuchar aplausos dentro de la ermita—. ¡Que no llegamos!

Julia y Nerea corren hacia el lugar mientras yo me hago cargo de Blanquita. Por suerte, siempre tenemos correas de sobra en el coche y utilizo una para sujetarla. Debido a mi enorme barriga cuando intento alcanzarlas mis caderas protestan y tengo que conformarme con caminar detrás de ellas. Cuando la perra y yo estamos a punto de alcanzar la puerta escucho un grito y mi vello se eriza, solo espero que Nerea no haya sido capaz de cumplir su promesa porque golpear a Nicolle, por muchas ganas que tenga, solo podría traerle problemas.

—¡Alto! ¡Esta boda no se puede celebrar! ¡Es una farsa! —escucho a Nerea y me preparo para lo que me pueda encontrar. Nada más cruzar el umbral la imagen parece sacada de una comedia romántica y niego con la cabeza observando la escena. Mi amiga, como si estuviese poseída, golpea varios centros de flores mientras se acerca al altar y los invitados, asustados, optan por apartarse mientras otros tratan de escapar—. ¡Alimaña! ¡Sabandija! ¡Manipuladora! —le grita a Nicolle y cuando Valentin, lejos de la reacción que esperaba, la abraza en un claro gesto de protección, mi corazón se parte en dos. ¿Por qué hace eso? ¿La quiere? ¿Ha estado mintiéndome todo este tiempo?—. ¿Qué haces, imbécil? —le grita Nerea, visiblemente cabreada, al darse cuenta de lo mismo que yo—. ¿Acaso te has olvidado del hijo que esperas?

—¿Qué hijo? —le pregunta en respuesta; su voz suena diferente.

—¡El hijo que estás a punto de tener con ella! —me señala Nerea y, por instinto, cubro mi barriga.

—¡¿Qué?! —La novia se aparta de él como si tuviese la lepra—. ¿Tienes una maldita amante? ¿Y además vas a ser padre?

—No, no, no, cariño, yo no tengo ninguna amante…

—Ups… mierda. —Nerea me mira y en sus ojos puedo apreciar que algo no va bien.

Una bofetada rompe el silencio y cuando la novia, convertida en un mar de lágrimas, pasa llorando a mi lado me doy cuenta de que ni ella es Nicolle ni él Valentin.

—¡Ay, no! —exclamo al descubrir que acabamos de arruinarles el momento más bonito de sus vidas a las personas equivocadas. Nos hemos confundido de boda.

Varios minutos después y, tras explicarles nuestro error, comienzan a tranquilizarse y algunos de los invitados que viven en la zona nos guían hasta la iglesia que hay en el centro de la aldea. Todo parece indicar que el enlace entre Valentin y Nicolle se celebrará allí.

Regresamos al coche y, con la cara todavía ardiendo por la vergüenza, nos dirigimos hasta la iglesia.

—Debe ser aquí… —Nerea se detiene en la puerta.

—Pero esta vez el bate se queda en el coche, ¿de acuerdo? —Julia, en tono amenazante, trata de evitar otra desgracia.

—Pero… yo quiero…

—Ni peros ni nada. Se trata de detener una boda, no de abrir cabezas como si fuesen melones.

—¡Mirad! —las interrumpo—. ¿Esa de ahí no es la madre de Valentin?

—¡Sí! ¡Lo es! —indican a la vez.

—Tenemos que hablar con ella, ¡vamos! —Sujeto a Blanquita por la correa antes de abrir la puerta y cuando bajamos del coche ya no está.

—Ha entrado en la iglesia —señala Julia y cuando estamos a punto de hacer lo mismo dos hombres tan grandes como dos armarios nos cortan el paso.

—Y ustedes… ¿quiénes son?

—Unas amigas del novio —responde Nerea—. ¿La boda ha empezado ya? —Se pone de puntillas para ver si puede ver algo por encima de sus hombros, pero estos no la dejan.

—Muéstrennos su invitación.

—Oh, la invitación… —Me rasco la cabeza mientras uno mira a Blanquita y después a mí—. Verán… Nos… la hemos dejado olvidada en casa.

—Ya, claro. —En el instante en que sonríen, cómplices, mi corazón da un vuelco—. Venid con nosotros. —Sin darnos opción a nada, nos agarran por el brazo y prácticamente nos arrastran hasta una puerta que hay varios metros más allá—. Esperen aquí, alguien vendrá a comprobar que es cierto lo que dicen.

—Estos dos saben perfectamente que no estamos invitadas —comenta Nerea tras asegurarse de que ya no están cerca.

—No me digas… —espeta Julia con sarcasmo—. ¿Quién vendría a

una boda de esta categoría con un perro y nuestras pintas? —Señala sus ropas y después la mía. Ni siquiera recordaba ya que, debido a las prisas, salí de casa con la camiseta del pijama.

De pronto la puerta que tenemos a nuestro lado se abre y un sacerdote de unos sesenta años con un teléfono en la mano sale de ella. Nos saluda como si nos conociese de toda la vida y, sin preocuparse por cerrar, comienza a hablar con alguien. Mientras se aleja Nerea vuelve a hacer de las suyas y cuando nos queremos dar cuenta ya está dentro.

—Pero ¿qué haces? —la increpamos desde fuera.

—Guau… esto parece la sacristía. —Observa todo con atención mientras camina hacia el interior sin que podamos detenerla—. Y si es la sacristía… debe de tener algún acceso al altar. —Empuja una pequeña puerta y al notar que está cerrada, protesta—. Mierda, debe de haberla cerrado antes de salir, hubiese estado genial entrar por aquí —comenta mientras camina hacia una mesa y toma en sus manos un cáliz—. ¡Coño! ¿Quién quiere un traguito de vino? —Lo huele antes de mostrárnoslo—. ¡Es del bueno!

—¡Deja eso ahí! —interviene Julia—. Debe ser el vino sagrado ese que dicen convertir en sangre durante la ceremonia.

—Pues como todavía no es sangre... —Ante nuestro asombro, le pega un largo trago—. Está cojonudo, ¿de verdad que no queréis? —Nos ofrece y, espantadas, negamos con la cabeza.

—Nerea, por favor… que ahí bebe el cura. —Miro hacia atrás con miedo, pero al ver que el sacerdote está lejos, respiro—. ¡Sal de ahí! ¡Ya!

—Un momento. —Abre su bolso como si no llevase ninguna prisa, busca algo en él y saca lo que parecen dos sobrecitos. Los abre y vacía el interior en la copa mientras la remueve con el dedo.

—¡Nerea! —le habla Julia cada vez más cabreada—. ¿Qué cojones haces?

—Crear un plan B por si falla el primero. Dudo mucho que ese par de osos nos deje entrar a la iglesia.

—¿Qué dices de un plan B? —Reviso de nuevo y al darme cuenta de que el cura está regresando las aviso como puedo—. Mierda, viene. ¡Viene! —anuncio alzando la voz y balanceo los pies—. ¡Sal de ahí! ¡Corre!

Por fin me obedece y cuando el hombre llega hasta nosotras lo hace mirando su pantalla y no parece haberse dado cuenta de nada.

—No vuelvas a hacer algo así. —Julia sujeta su pecho, tiene la respiración agitada—. Me vas a matar de un jodido infarto. Hija de…

¿Qué coño le has puesto a la copa?

—Ah, nada malo, no te preocupes. Es todo natural.

—Nerea… —insiste en saber.

—El laxante ese que me recetó el digestivo —dice sin más y los ojos prácticamente se nos salen de las órbitas. Apenas lo toma ya porque se queja de que es demasiado fuerte y solo lo usa en casos extremos.

—No, no, no. No… —Me acerco a la puerta, que todavía está entreabierta, con la esperanza de poder hacer algo y, con espanto, descubro que la copa ya no está.

Capítulo 56

—¿Y ahora qué hacemos? —Asustada, miro a Julia y esta se encoge de hombros. Ese hombre no tardará ni cinco minutos en empezar a sufrir retortijones.

—Esperar a que le haga efecto —responde Nerea.

—¡Hablo en serio! —le digo.

—Y yo también —contesta con total tranquilidad y la sangre me hierve.

—Pero ese pobre hombre no tiene ninguna culpa. —No me puedo creer que ni siquiera tenga remordimientos.

—Ya, Valeria, no seas exagerada. —Chasquea la lengua—. Ese cura no se va a morir por una cagada.

—Ay, Dios. —Agotada, niego con la cabeza a la vez que busco a Julia con la mirada para que me eche una mano, pero esta ni siquiera se molesta en hacer nada. Sabe que nunca dará su brazo a torcer.

—Oh, oh… problemas —habla Nerea por encima de mi hombro y el instinto me obliga a girarme—. Los osos regresan —balbucea y no tardo en darme cuenta de que esta vez no vienen solos, los acompaña un hombre que, incluso de lejos, me eriza el pelo.

Cuando llegan hasta donde estamos nos sonríen de un modo que no me gusta y cuando escucho a Blanquita gruñir algo dentro de mí se activa. Jamás había hecho algo así, es una perra muy tranquila.

—Así que vosotras sois las famosas pesadillas de mi hija… —¿Pesadillas de su hija? Debe de tratarse del padre de Nicolle. Hemos escuchado hablar de él, pero nunca le habíamos visto la cara.

—La pesadilla es ella, créame. Le acompaño en el sentimiento. —Nerea no tarda en defendernos.

—¿Qué estás diciendo? —El padre de Nicolle aprieta los puños y se enfrenta a ella.

—Que la debisteis de engendrar con el espermatozoide más tonto de tus cojones porque es imbécil. —Con rapidez, sujeto a Nerea, que cada vez habla más cerca de su cara y el padre de Nicolle no tarda en fijarse en mi barriga.

—¿Qué es eso?

—Eso sí que es un hijo bien engendrado y no como la tuya, pringado —vuelve a intervenir Nerea, y Julia, para evitar males mayores, se coloca en medio.

—¿Estás embarazada?

—¡No! ¡Son gases! —Nerea no se calla y Julia, con disimulo, le da un codazo.

—¿Es de él? —Sus ojos proyectan fuego y el miedo provoca que me cubra la barriga—. ¡Habla! ¿Ese hijo es de Valentin?

—No. Es de tu put… madr… —Julia trata de cubrirle la boca a Nerea al tiempo que forcejean.

—No sabéis con quién estáis hablando —gruñe y cuando un lujoso coche se detiene frente a la puerta de la iglesia lo observa por un instante—. Ya está aquí. Encerradlas hasta que la boda termine, después nos encargaremos de ellas.

—¡¿Qué?! —Antes de que pueda reaccionar, los hombres que lo acompañan comienzan a empujarnos hasta obligarnos a entrar en la sacristía.

—¡Es Valentin! Valeria, ¡es Valentin! —Julia se resiste a entrar mientras Blanquita trata de morderlos—. ¡Valentin acaba de salir de ese coche! ¡Valentin! —grita para intentar que la escuche, pero antes de que eso ocurra la puerta se cierra delante de nuestras narices—. Mierda. —Intenta abrirla de nuevo, pero no hay forma.

Corre a empujar la que da al interior de la iglesia, pero el cura debió de cerrarla de nuevo al salir para impedir que los fieles entren.

—¡Aquí hay otra! —Tira de ella, pero dentro solo hay un minúsculo baño—. Mierda. ¡Mierda! ¿Qué hacemos ahora? —Su angustia me provoca unas incontrolables ganas de llorar y solo puedo negar con la cabeza. No hay nada que hacer ya, se va a casar con esa arpía.

—¿Qué creéis que ha querido decir ese payaso con eso de «después nos encargaremos de ellas»? —rompe el silencio Nerea mientras se acerca a tocar una sotana que hay colgada en una percha y, como si la cosa no fuera con ella, se la prueba—. Si han intentado acabar con el ingeniero, ahora que han descubierto que estás esperando un hijo de Valentin… ¿qué nos harán a nosotras? —Sus palabras me provocan todavía más miedo. Ya no por mí, sino por mi bebé. Temo que le puedan hacer daño.

—Tenemos que salir de aquí. —El nerviosismo de Julia me altera. Es la más tranquila del grupo y verla en ese estado solo me hace prever que esto no pinta nada bien.

Golpeamos con fuerza la puerta con la esperanza de que alguien nos escuche, pero debe de haber tanto alboroto fuera que nuestros golpes pasan desapercibidos.

—¿Qué es eso? ¿Lo oís? —Nerea coloca la oreja en la madera y yo hago lo mismo para descubrir el sonido de un organillo marcando la marcha nupcial—. Debe de haber empezado la ceremonia ya… —Se

aparta y yo, con la esperanza de escuchar a Valentin hablar, aunque solo sea para decir lo que sé que me romperá el corazón, decido continuar.

Unos segundos después el sacerdote da la bienvenida a los invitados a través del micrófono y, tras una breve introducción, anuncia el nombre de los novios. Al oír el de Valentin mi estómago se encoje y el bebé se mueve inquieto. El párroco, con la voz entrecortada, comenta que conoce a Nicolle desde que era pequeña y no puedo evitar pensar en que si la conociese de verdad no se emocionaría de ese modo al hablar de ella. Unos segundos después su voz vuelve a entrecortarse mientras gimotea e interpreto que está llorando. Nunca había conocido a un cura tan dramático. Espero un poco más mientras miro a las chicas y de pronto escucho algo parecido a una moto acercarse. Arrugo la frente sabiendo que algo así no puede ser viable y presiono más la oreja contra la puerta. ¿Una moto en un pasillo de la iglesia?

—Chicas. —Les hago un gesto con la mano y se inclinan para escuchar conmigo—, ¿qué es ese ruido? Parece el de un motor cada vez más cerca.

—Suena como si estuviese averiado, ¿verdad? —Julia se esfuerza en escuchar mejor y cuando parece detenerse un quejido nos sobresalta.

—¡Ayyy! —Alguien al otro lado mueve un manojo de llaves mientras gimotea—. ¡Ayyy! ¡Pero qué es esto! —El motor vuelve a arrancar y si no es porque en el último momento nos apartamos la persona que está intentando entrar nos hubiese golpeado con la puerta —. ¡Que me cago! ¡Que me cagooo! —El cura, con el rostro desencajado y enrojecido, entra en la sacristía como si estuviese poseído y desaparece en el baño.

Las chicas y yo nos miramos y solo necesitamos una décima de segundo para hilar todo. La moto, el motor y las carreras de este señor.

—¡Ay, golosón! —Nerea comienza a reír—. Si es que estos hombres de Dios son todos iguales. No pueden evitar beberse el vino antes y después rellenan —vuelve a reír—. Parecía una estrella fugaz, vaya estela de peste que ha dejado. —Se airea con la mano—. Hoy no le va a hacer falta el botafumeiro.

—¡Nerea, un poco de respeto! —la riño sintiéndome mal por el hombre.

—Y nosotras creyendo que era un repartidor —vuelve a carcajearse mientras seca sus lágrimas.

—¡Chicasss! ¡Mirad! —llama Julia nuestra atención—. ¡Mirad! ¡Que se ha dejado la puerta abierta! ¡Corred! —Se adentra en el pasillo y no

dudamos en ir tras ella.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! —gritamos mientras corremos hacia el interior de la iglesia. No podemos perder la oportunidad.

—Dios mío, la peste aquí es peor… —Nerea cubre su nariz a la vez que reprimo una arcada. El hedor es tan denso que incluso a Blanquita parece molestarle—. ¡Es por ahí! —Una gran puerta aparece frente a nosotras y mi corazón se detiene cuando diviso a los novios sentados frente al altar.

—Valentin… —balbuceo. Sobre sus piernas ligeramente abiertas tiene apoyados los antebrazos y se muestra cabizbajo. Debe de estar pasándolo realmente mal.

—¡Vamoosss! —grita Nerea al tiempo que se levanta la sotana para no pisársela y corre hacia la ceremonia. No sabemos qué diablos se le habrá ocurrido ahora, pero la verdad es que ya todo nos da igual. Hemos venido a detener la boda, así que, que lo haga como quiera.

Blanquita al verla pega un tirón y, soltándose de mi mano, corre tras ella.

—Mierda… ¡Blanquita! ¡Blanquita! —Por supuesto, me ignora y la pierdo de vista junto a Nerea.

Aceleramos el paso y las vemos caminar hacia el altar.

—Oh… oh… —Julia, al igual que yo, sabe que eso no es buena señal.

Nerea se acerca al micrófono, levanta las manos al cielo y comienza a hablar.

—¡Escuchadme! —Solo necesita una palabra para hacerse con la atención de todos—. Por el poder que Dios me ha dado esta boda queda cancelada…

La gente enmudece y Valentin, aunque levanta la mirada hacia ella, no la reconoce. En su mente no debe caber la idea de que Nerea esté ahí vestida igual que el sacerdote que se acaba de ir y diciendo algo así.

—¡…porque Nicolle es una *zorra*! —añade, señalándola, y el padre de Nicolle no tarda en reaccionar enviando a sus matones.

Blanquita, con gran valentía, se coloca delante de ella y comienza a ladrar.

—¡No os acerquéis o mi perra os arrancará una pierna! —advierte, pero la ignoran—. ¡Alto o disparo! —lo vuelve a intentar y, viendo que nadie le hace caso, sujeta a Blanquita por las patas delanteras y comienza a dar vueltas con ella mientras que esta, debido al miedo, se mea sobre los matones, Nicolle y varios de los invitados.

—Santo Dios… —Sacudo la cabeza para borrar la imagen y Julia, petrificada, no puede apartar la mirada—. ¡Vamos! —Tiro de su brazo al entender que Nerea está intentando ganar tiempo para que nosotras podamos avisar a Valentin de lo que está ocurriendo y corremos hacia él.

—¿Blan…? ¿Blan… quita? ¿Ne…? ¿Nerea? —le escucho balbucear mientras me acerco. Mira a una y después a la otra tratando de comprender lo que ve.

—¡Valentin! —grito cuando estoy cerca y abre la boca en mi dirección.

—¿Valeria? ¡Valeria! —Corre hacia mí y nos fundimos en un abrazo —. Pero…, pero… ¿Qué hacéis aquí?

—Valentin, no puedes casarte con ella. Nicolle y su familia... —jadeo—. Nicolle y su familia intentaron matar al ingeniero, pero logró escapar y se lo ha contado todo a la policía.

—¿¿Qué?? —Parpadea, todavía más confuso.

—¡La policía está a punto de detenerlos! Solo están esperando la orden judicial.

—¿¿Qué?? ¡¿Hablas en serio?!

—¡Totalmente! —Vuelvo a abrazarlo, pero está tan impresionado que ni siquiera se mueve—. Marcus lleva todo el día intentando localizaros, pero en este lugar no hay cobertura. —Trago saliva—. Perdió el avión y nos pidió que viniésemos nosotras.

Pensativo, observa todo a nuestro alrededor y cuando Nerea grita miramos en su dirección. Uno de los matones la está persiguiendo y viene corriendo hacia nosotros. En el momento en que pasan por nuestro lado Valentin golpea su mentón con el puño cerrado y este cae fulminado.

—Vámonos. —Sacude su mano dolorida ante mi asombro. Lo ha tumbado de un solo golpe y ni siquiera se ha inmutado—, no quiero estar aquí ni un minuto más. —Apretando los labios, le hace un gesto a su padre y llama a mis amigas—: ¡Julia, Nerea! Se terminó el juego. ¡Os espero fuera! —Asienten y cuando estamos a punto de salir el padre de Nicolle nos corta el paso.

—¿A dónde crees que vas? —pregunta a Valentin en tono amenazante—. Si das un paso más te arrepentirás.

—¿Y qué piensas hacerme?

—No tientes a la suerte, no sabes de lo que soy capaz. —La vena de su frente palpita.

—Ni tú de lo que soy capaz yo. —Toma mi mano y nos marchamos.

—¡Vuelve aquí o te destrozaré la vida! ¡Valentin! —grita—. ¡Vuelve!

—Papi, sujétalo, no dejes que se vaya. —Nicolle lloriquea a nuestra espalda—. ¡Detenlo, papi! ¡No puede hacerme esto!

—¡Valentin! ¡Me las pagarás! —trata de intimidarlo, pero solo consigue que Nerea se gire para hacerles un corte de manga.

Subimos al coche y mientras nos alejamos vemos llegar varios coches patrulla. La policía francesa debe de haberles dado el aviso.

Capítulo 57

Durante el viaje Valentin y yo apenas hablamos, solo nos dedicamos a acariciarnos el uno al otro. Ninguno de los dos es capaz de procesar que por fin somos libres. Libres de amarnos y de estar juntos sin necesidad de escondernos. Apoyo la cabeza sobre su pecho y me dejo llevar por el sonido de sus latidos. Está tranquilo, aunque desde hace rato la tristeza se asienta en su rostro y puedo imaginar la razón.

Cuando me quiero dar cuenta el chófer de Valentin aparca delante de nuestra puerta y no puedo evitar sorprenderme. La vuelta se me ha hecho bastante más corta, y es que cada vez que Valentin está cerca el tiempo vuela. Con cuidado, me levanto de su regazo y, adormilada, seco la comisura de mi boca antes de bajar del coche. Solo dos segundos después las chicas aparcan detrás de nosotros y mientras entramos en la casa Marcus se pone en contacto con Nerea. Tras contarle cómo ha ido todo este comunica que acaba de aterrizar en España y mi amiga grita, emocionada. No le esperábamos hasta mañana. Valentin y él hablan durante varios minutos y cuando terminan estoy tan cansada que decidimos entrar en mi habitación. Intento quitarme las zapatillas, pero la barriga cada vez me molesta más y Valentin tiene que ayudarme a sacármelas. Levanta mis piernas para evitarme el esfuerzo y, con delicadeza, me coloca sobre la cama.

—¿Quieres algo de comer o un poco de agua? —me pregunta mientras ahueco los cojines. El dolor de espalda me está matando.

—Solo a ti. —Me hago a un lado y sonríe.

—Deja que me deshaga de toda esta mierda. —Se quita con rapidez el traje de novio, lo lanza contra una esquina y no duda en echarse a mi lado. Pasa un brazo por detrás de mi nuca y casi me obliga a colocar mi rostro sobre su pecho—. Creí que nunca más podría hacer esto. —Besa mi frente.

—Y yo que nunca más lo harías. —Me acomodo mejor para rodear su cintura y le escucho suspirar—. ¿Estás bien? —No puedo evitar preguntarle, su tristeza es cada vez más evidente.

—Sí, solo preocupado. —Exhala de nuevo—. No tengo ni idea de cómo saldremos de esta… Todo por lo que mi abuelo y mi padre han luchado toda su vida se ha perdido y no hay forma de recuperarlo. —Me acerca más a él, como si así notase alivio—. Sin los fondos de los padres de Nicolle ya no hay nada que hacer.

—¿Y si buscas otro inversor, como hiciste aquí? Ahora que sus padres no podrán interferir en esas reuniones quizás sea más fácil.

—Tardaríamos meses en gestionarlo todo y para entonces ya sería

tarde, no podemos retener los salarios tanto tiempo.

—Entiendo… —Su explicación es lógica. Lo empleados no podrían pasar meses sin cobrar—, pero ¿y si…? —Me siento para pensar mejor —. ¿Y si creamos una campaña para recaudar fondos?

—Estaríamos en las mismas, nos perjudicaría el tiempo.

—Pero… ¿y si creamos una campaña donde podáis ir utilizando los fondos a medida que se recauden? ¿Desde el primer ingreso?

—No funcionará, Valeria, ya hablamos de esto. Necesitamos cientos de millones de euros y no se pueden conseguir así como así.

—Déjame intentarlo —insisto—. Hace poco creé un *crowdfunding* para uno de mis clientes y salió mejor de lo esperado…

—Es inútil, no gastes energías —me interrumpe.

—Pero quiero hacerlo. No tienes nada que perder, ¿verdad? — Niega con la cabeza y me tomo un momento para pensar—. Puedo crear una especie de *crowdfunding* de acciones para obtención de capital con la condición de que, a cambio de respaldar tu empresa, los inversores reciban una participación proporcional a su inversión… — Arruga la frente y dejo de hablar para levantarme de la cama, mi cerebro está tan activo que hasta mi cansancio ha desaparecido.

Camino hasta el escritorio, conecto mi ordenador portátil y durante horas hago acopio de toda la experiencia que he logrado adquirir en los últimos años. Sabiendo la fuerza que tienen, utilizo el nombre de su empresa como reclamo y, con esmero, creo líneas de texto con la única intención de convencer a los posibles inversores. Creo eslóganes tan potentes que hasta a mí me sorprenden y cuando los releo sonrío, satisfecha. Nunca había conectado tanto con un trabajo e imagino que se deba a la motivación de ayudar a Valentin con su empresa. Soy su última oportunidad y debo hacerlo bien.

A las cuatro de la madrugada Valentin trata una vez más de que deje todo y me vaya a la cama, pero me niego en rotundo. Necesito acabarlo para que comience a funcionar mañana por la mañana. Cuando creo haber terminado reviso todo con cuidado, pero a la mitad el cansancio me gana la batalla.

—Valeria. —Los dedos de Valentin rozan mi espalda y abro los ojos, agotada. Me he quedado dormida sobre el teclado—. Vamos, cariño, necesitas descansar. —Intento ponerme de pie, pero me cuesta tanto moverme que decide cogerme en brazos y llevarme hasta la cama.

—Creo que… —El sueño me puede—. Mañana tengo que… —Ni siquiera puedo terminar las frases que empiezo y, haciéndome un ovillo junto a él, me duermo hasta la mañana siguiente.

Sobre las once de la mañana la luz que entra por la ventana me da de lleno en la cara, despertándome. Abro los ojos y ver a Valentin a mi lado me provoca una sensación indescriptible. Me cuesta creer que entre nosotros ya no habrá más trabas y el miedo a que ocurra algo de nuevo no me permite relajarme del todo. Es demasiado bonito para ser verdad.

Me levanto despacio para no despertarlo y cuando estoy a punto de llegar a mi escritorio, le escucho hablar.

—¿Dónde vas, señorita? —Frota sus ojos—. Vuelve, necesitas descansar más.

—¡¿Más?! ¿Tú has visto la hora que es? —río.

—No, pero me da igual. Ven. —Golpea la cama con la palma de la mano y río.

—Deja, que miro una cosa… —Clico con el ratón sobre la campaña y, con decepción, observo que no hay ni un solo ingreso.

—Valeria, no te cargues con esto —me pide al leer en mi rostro lo que está ocurriendo—. No te corresponde y al bebé no le debe estar haciendo nada bien.

—Quería ayudar… —Desilusionada, miro al suelo y viene hasta mí.

—No nos va a quedar más remedio que aceptarlo. —Peina mi cabello con los dedos—. Al menos ahora nos tenemos...

—Pero ¿a qué precio? —Me pueden los remordimientos. Por alguna razón, en parte me siento culpable. Si no hubiese aparecido en su vida esto no habría ocurrido.

—Ya no hay vuelta atrás, no lo pienses más. —Eleva mi mentón para besar mis labios—. Hemos hecho todo lo que podíamos. —Mi estómago protesta y ambos lo escuchamos—. Nuestro bebé tiene hambre. —Coloca la mano en mi barriga y sonríe—. Vamos a la cocina.

Asiento y, dejándome llevar por la cintura, caminamos hasta la nevera.

—Quiero… un vaso de leche —digo al ver la botella—, y esa fruta también, y ese trozo de queso… y ese yogurt de ahí…

—Vaya, nos ha salido tragón —bromea.

—Te recuerdo que anoche no cené y estas son las consecuencias —bromeo con él y cuando tenemos todo en las manos nos dirigimos a la mesa.

Mientras desayunamos tratamos de eludir el tema y nos centramos

en nosotros y en el futuro que nos espera. Hasta ahora ni siquiera nos habíamos llegado a plantear una vida juntos, pero por las pistas que me da parece que no le importaría.

—Buenos días, chicos —nos saluda Marcus desde la puerta. Debió de llegar anoche, pero estaba tan centrada en la campaña que ni siquiera le escuché entrar. Le devolvemos el saludo y se sienta a nuestro lado—. Una noche salvaje, ¿eh? —Señala toda la comida que hay sobre la mesa y comenzamos a reír.

—Qué más quisiera yo… —se queja Valentin y carcajeamos.

Su teléfono le avisa de que tiene una llamada y al ver que es su madre no tarda en presionar el botón para descolgar.

—Dime, mamá. —Escucha.

—Valentin, hijo, no sabemos qué está pasando. —Al estar todo en silencio podemos escuchar la conversación—. No paramos de recibir llamadas de gente interesada en comprar acciones. Dicen que han visto no sé qué en una plataforma.

—¿¿Qué?? —Me mira.

—Llevamos más de cien llamadas en lo que va de mañana. Todo el mundo dice querer comprar participaciones.

—¡¿Qué?! —Sus ojos me atraviesan para perderse en el vacío.

—¿Sabes de qué te hablo? ¿Tienes algo que ver? Todo esto es muy extraño.

—Oh, Dios… —Su pecho se eleva.

—¿Cómo que en la tele? —Su madre habla con alguien de fondo—. ¿De dónde han sacado eso? —Un hombre responde, pero está tan lejos que no entendemos nada—. Valentin, dice papá que están dando la noticia por la televisión.

—¿Qué…? ¿Qué noticia? —pregunta. No es capaz de salir de su asombro.

—¡Pues esa! Dicen que estamos vendiendo participaciones y la gente se está volviendo loca por hacerse con ellas.

—¿Que la gente qué? —Se pone de pie a la vez que yo.

—¡No he refrescado la página! La miré sin actualizar —grito llevada por la emoción y corro hasta mi habitación. Valentin y Marcus me siguen y nada más sentarme delante del ordenador presiono F5—. ¡Dios mío! —exclamo al ver la cantidad de números que aparece ante mis ojos.

—¡Joooder! —Valentin cubre su boca y Marcus apenas pestañea. Ante nosotros baila una cifra de más de ocho dígitos y con cada actualización aumenta—. ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! Mamá, te llamo

después, creo que sé de dónde viene. —Suelta el teléfono en la mesa, me abraza, me suelta y me vuelve a abrazar al menos tres veces más. Luego camina hasta la puerta, coloca la mano en su frente y regresa—. Dime que esto no es un sueño. —Jadea y niego con la cabeza—. No me lo puedo creer. ¡No puede ser! —Sus mejillas se mojan por las lágrimas.

—¡Lo vas a lograr, amigo! —Ahora es Marcus quien lo abraza.

—Ella... —Su barbilla tiembla—. Ella es quien lo está logrando. Solo ella. —Se arrodilla entre mis piernas, abraza mi barriga y comienza a llorar sobre ella.

Capítulo 58

Varias semanas después.

Los días pasan sin que nos demos cuenta y es que todo va tan bien que no podemos sentirnos más afortunados. Está claro que después de la tormenta siempre llega la calma, aunque Nicolle y su familia no deben de estar pensando lo mismo. Todo indica que su condena será larga, al igual que la indemnización que tendrán que pagar, que casi dobla la cantidad que invirtieron en la empresa, pero, como todo el mundo sabe, la justicia es lenta y para eso tendrán que esperar. Por suerte, la campaña continúa en alza y si todo sigue como hasta ahora no tendrán que volver a pasar por lo mismo nunca más. Parece que todo el mundo quiere tener un trocito de la empresa de los coches más lujosos de Europa.

Todavía recuerdo cómo lloramos todos al descubrir que las primeras acciones las compraron sus mismos empleados. Fueron ellos quienes, en diferentes grupos, corrieron la voz para evitar que la empresa terminase en la ruina. Estamos seguros de que sin su ayuda jamás hubiésemos conseguido ese capital en tan poco tiempo y es por eso que Valentin y su padre han decidido repartir gran parte de las ganancias entre todas esas familias. Daría lo que fuese por ver sus caras cuando vayan a cobrar la mensualidad y es que cada día estoy más convencida de que el universo está conectado. Todo lo que das vuelve siempre multiplicado. Cuidaron a sus empleados y estos, en cuanto han visto la oportunidad, se lo han devuelto con el mismo cariño. Así que, como siempre dice mi padre: «es mejor no ir esparciendo espinas por el camino por si algún día tienes que volver descalzo».

—¿En qué piensas? —me pregunta Valentin al sorprenderme sonriendo.

—En lo muchísimo que te quiero. —Doy un paso hacia él y me rodea con sus brazos, aunque solo en parte porque la barriga no nos deja acercarnos demasiado. El bebé cada día crece más y mi cintura parece un tonel.

—Eso me gusta… —Me roba un beso, después otro y otro más. No se ha separado de mí ni un instante desde que volvimos de su maltrecha boda. Lleva desde entonces teletrabajando desde casa y no parece echar de menos Francia—. ¿A qué hora tienes la consulta con la ginecóloga? —ronronea en mi cuello.

—En un par de horas, todavía tenemos tiempo para… —Levanto las cejas y antes de que pueda terminar de insinuarme, me corta.

—Ah, no, ya te dije que hasta que no nazca el bebé nada de nada.

—Lleva días sin querer mantener relaciones conmigo. Se está obsesionando con el bebé—. No quiero hacerle daño.

—¡Vaya autoestima, machote! —exclama Nerea desde el pasillo—, ni que tuvieses por pene una *baguette*…

—Oh, Dios mío —carcajeo. No sé si por la vergüenza de que nos haya escuchado o por su ocurrencia.

—¡Qué sabrás tú si no me lo has visto! —le responde y espero la vuelta.

—Dime de qué presumes y te diré de qué careces. Seguro que la tienes como un cacahuete.

Valentin resopla para que le escuche.

—Está bien, Nerea, no puedo competir contigo. Mi pene es pequeño, pero muy juguetón. ¿Verdad, Valeria?

Intento responder, pero un calambre en los riñones me saca por un momento de la conversación.

—¿De qué pene habláis? —interrumpe Marcus su pelea. Vino esta mañana a verla y llevan toda la tarde encerrados en su habitación.

—Del tuyo no, campeón —le responde y escuchamos a la perfección cómo le da un azote en el culo—, haces honor a la sangre africana que llevas. —Estallamos en risas sabiendo que su abuelo era senegalés, de ahí el color de su piel.

El timbre nos interrumpe y cuando Valentin se aparta de mí para abrir la puerta, el calambre vuelve, pero dura poco y no le doy importancia. Habla con alguien y regresa con una caja.

—Es para ti. —Me la entrega y al ver que no intento cogerla y que solo sonrío lo mueve cerca de su oído con curiosidad—. ¿Qué es?

—Un autorregalo para mi cumpleaños —entono con guasa a la vez que levanto las cejas con picardía.

—Pero si todavía falta un mes.

—Lo sé, pero tenía el antojo —río imaginando su rostro cuando descubra lo que hay dentro y achina los ojos en mi dirección.

—¿Qué es?

—Algo en lo que no quieres participar, así que me temo que te quedarás sin saberlo.

—Oh, vamos, no seas así. Dime que no es un juguete sexual.

—Casi.

—¿Cómo que casi? ¿Lo es?

—Te dejo ver lo que hay dentro si te lo pruebas.

—¿Que me lo pruebe…? No será un… —Señala su ingle.

—No —río—. No es eso, pero te aseguro que me plantearé comprarme uno si tú no accedes —bromeo.

—Valeria… ¿qué hay en la caja?

—Te dejaré saberlo solo si te lo pruebas.

—¿Ahora mismo?

—¿Por qué no? A nadie le amarga un dulce.

—¡Eso es jugar sucio!

—¿Aceptas o no? —le presiono. No sé si será por las hormonas, pero llevo días imaginándole así y no veo el momento de que se lo ponga.

—¿Me prometes que no es nada raro?

—Te lo prometo... ¡pesado! Venga, que me estoy estresando.

—Está bien. —Coloca la caja sobre mi cama y mientras me mira de reojo, comienza a abrirla—. Como sea algo que no me guste te aviso que se va a la basura… —Tira del cartón y lo primero que aparece ante sus ojos son unas alas—. ¿Qué coño? —Me mira sonriente y continúa sacando el resto del disfraz—. ¿En serio, Valeria? —carcajea —. Tienes unos antojos muy raros.

—Pruébatelo. —Muerdo mi labio, insinuante, y vuelve a reírse.

—Pero solo probármelo, no esperes nada más.

—Eso ya lo veremos. —Me siento sobre la cama y adopto una postura sexi.

—Esto es una encerrona. —Finge que no le gusta, pero en el fondo le está encantando—. ¡Esto es acoso!

—Cierra la puerta, querido. —Levanto las cejas y, negando con la cabeza, comienza a quitarse la ropa para colocarse el disfraz.

—Date la vuelta que si no no tiene gracia.

Río haciendo lo que me pide y, con esfuerzo, me coloco de cara a la pared.

—Ya está —dice al cabo de unos minutos y cuando me giro no puedo evitar babear.

—Oh, Dios mío. —Se ve espectacular, todavía más impresionante que en mis recuerdos—. Te queda… guau. Te queda increíble. —Mis hormonas vuelven a la carga y le hago un gesto para que se acerque. Obedece, y cuando está a solo unos centímetros le agarro por las correas de las alas y tiro de él hasta que su pecho queda a la altura de mi cara.

—Valeria… —se queja cuando acaricio sus abdominales marcados —, no me hagas esto. Soy débil.

—No más que yo. —Beso su pecho y jadea.

—Para… o no podré contenerme.

—¿Quién te ha dicho que lo hagas? —Me pongo de pie y sus manos acarician mis nalgas.

—Oh, Dios, eres una tramposa…

En mi ombligo puedo notar que está perdiendo la batalla y eso me excita aún más. Rodea mi cuello con su enorme mano y, dejándose llevar, por fin, me besa con ansia.

—Me las vas a pagar —susurra en mi boca y un fuerte dolor en mi vientre provoca que me encoja—. ¡¿Qué ocurre?! —Mira al suelo a la vez que yo y mueve los pies con una mueca de desagrado—. Mierda, ¡Blanquita! —se queja a la vez que levanta un pie y después el otro— ¡Se ha vuelto a mear!

—No, no ha sido Blanquita… ¡He sido yo!

—¿Te has meado? —Abre los ojos con espanto—. ¿De la emoción?

—¡No, idiota! Acabo de romper aguas.

—¿Qué?

—¡Que ya viene el bebé!

—¡¿Qué?! —No se mueve.

—¡Vamos! ¡Tenemos que ir al hospital! —Me mira como si estuviese en *shock*, ni siquiera respira—. ¡Valentin! —le grito al ver que está poniéndose completamente blanco—. ¡Tenemos que irnos!

Un nuevo calambre en la parte baja de mi abdomen le hace reaccionar y cuando intenta ir a alguna parte se resbala con el líquido amniótico y cae al suelo de boca.

—¡Mierda! —Intenta ponerse en pie, pero se vuelve a resbalar y tiene que salir del cuarto como si fuese una culebra—. ¡Chicos! ¡Valeria está de parto! —grita en el pasillo mientras camino con cuidado detrás de él y Julia es la primera en aparecer.

—Valeria, ¡¿por qué coño hay una mariposa tan gorda en el suelo?! —me pregunta y no puedo evitar reír. La imagen, desde luego, es de pura comedia.

—¿Qué ocurre? —Nerea, junto a Marcus, llega hasta donde estamos.

—¡El bebé! ¡El bebé ya está de camino! —exclamo, angustiada.

—¡Ah! Pero ¿no lo has parido ya? Entonces… ¿quién es ese que viene gateando en pañales? —Señala a Valentin y volvemos a reír,

pero esta vez tengo que sujetar mi barriga para que no me duela. ¿Acaso no puede ponerse seria ni siquiera en un momento así?

Cuando Valentin por fin logra ponerse de pie intenta quitarse las alas, pero está tan nervioso que al apretar el enganche de plástico, este se rompe.

—En la cocina hay tijeras —le indico y cuando intenta ir por ellas una fuerte contracción me obliga a sujetarme a su brazo y todos me miran.

—Tenemos que irnos ya —digo, asustada.

—Marcus, ¡dame las llaves de tu coche! —grita Valentin y sin importarle cómo va vestido, sale de la casa—. Coged todo lo que necesite —nos grita ya desde fuera—. ¡Os espero en la puerta!

—¡Uff! ¡Qué vergüenza… —balbucea Nerea y la miramos preocupadas. Es la primera vez que pronuncia esa palabra— vais a pasar! —continúa y solo podemos carcajear. Era demasiado bonito para ser verdad.

Capítulo 59

—Hazte a un lado. —Cuando llegamos al coche Marcus casi tiene que empujar a Valentin para que se siente en el lugar del copiloto—. Estás demasiado nervioso para conducir.

—¡No estoy nervioso! —protesta—. ¡Estoy bien! —Su respiración cada vez se acelera más—. ¿Y Valeria? ¿Dónde está Valeria?

—Estoy detrás de ti… —Toco su hombro para que se tranquilice y se gira para apretar mi mano.

—¿Te duele?

—¡Claro que me duele! —Aprieto los dientes para soportar la nueva contracción. Esto va cada vez más rápido. ¿No se supone que un parto empieza despacio?

—Aparta las plumas de mis ojos y estate quieto. —Marcus empuja sus alas hacia un lado, pero son tan grandes que no tardan en volver a molestarle—. ¡Quítatelas de una vez, joder!

—¿Te crees que no lo intento? —Vuelve a tirar de las cuerdas sin éxito. Necesita unas tijeras o no se las podrá quitar—. No se os ha ocurrido cogerme un poco de ropa, ¿verdad?

—Pues no, la verdad —le responde Marcus—, pero no te preocupes, en cuanto os deje en el hospital iré a comprarte algo.

—¿En serio tengo que entrar así? —Se señala.

—¿Y… por qué coño te lo has puesto?

—No preguntes… —Se gira de nuevo para mirarme, esta vez con el ceño fruncido, y las alas vuelven a molestar a Marcus.

—¡Valentin! ¡Las plumas! —le riñe una vez más.

Una contracción más fuerte que las demás tensa mi barriga y me quejo.

—Ya queda poco, cielo. —Julia toma mi mano y se la aprieto con tanta fuerza que comienza a gritar—. ¡Ahhh! ¡Pero qué haces! Suéltame, hija de pu…

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Valentin, haciendo caso omiso a la petición de su amigo, se gira una vez más y una de sus plumas impacta en el ojo de Marcus.

—¡Mierda! ¡No! —Se lo frota y para evitar chocar gira el volante con rapidez sin darse cuenta de que un señor está cruzando la calle, con tan mala suerte que le golpea en el costado con uno de los espejos.

—¡Ay, nooo! —Por la ventanilla puedo ver que se ha quedado

tendido en el suelo—. ¡Le hemos matado!

—¡Qué vamos a matarle! Si apenas le hemos rozado —anuncia Nerea—. Está tan borracho que cualquier cosa le tira. Mira, ya se está levantando. —Al ver que es cierto el alivio vuelve a mi cuerpo.

—Vayamos a ver si necesita ayuda. —Julia sale del coche y los demás la imitan.

Apenas están a un metro de mí, pero siento que si me bajo con ellos el bebé se me caerá al suelo.

—¿Está bien, señor? —Los chicos se preocupan y en el momento en que se fija en Valentin comienza a gritar.

—¡Dios mío! ¡Nooo! ¡Me habéis matado! —Sus chillidos penetran en mis tímpanos, haciéndome daño.

—Lo que le va a matar es el alcohol. —Nerea trata de calmarle a su manera—. Está usted muy vivo y si continúa gritando así nos va a dejar sordos.

—¡Viene a por mí! —la ignora y continúa señalando a Valentin—. ¡Estoy muerto! ¡El ángel de Dios está aquí!

—¿Eh? Señor… ¡señor, no! Es solo un disfraz… —Marcus intenta sacarlo del trance, pero debido a la impresión el hombre termina desmayándose.

—¡Señor! ¿Oiga? —Ahora es Nerea quien le zarandea y cuando por fin parece que reacciona, se sienta de nuevo. Asustado, vuelve a torcer la vista en dirección a Valentin y cuando sus ojos se encuentran pierde una vez más el conocimiento—. ¡Joder! ¡Valentin! ¡Métete en el coche de una vez o al final te lo vas a cargar de verdad!

—¡Pero si yo no estoy haciendo nada!

—Es por tu disfraz, cree que eres un ángel que viene a por él. Vete con Valeria, anda. —Coloca la mano sobre su pecho para comprobar si se eleva—. Mierda… ¡No respira! —Se pone de pie y busca algo a su alrededor. De pronto mira hacia sus pies, se descalza y se quita un calcetín.

—¿Qué coño vas a hacer con eso? —Julia y todos los que están rodeándole la miran atónita cuando lo acerca a la cara del hombre—. ¿Despertarle con olor a queso?

—¡No! ¡Es para oxigenarlo!

—¿Con un calcetín sucio?

No responde y, boquiabiertos, observamos cómo lo extiende sobre su boca antes de santiguarse.

—Pero ¡¿qué haces?! —Marcus, al igual que los que estamos contemplando la escena, no damos crédito—. Si no la ha palmado ya

¡le vas a matar de asco!

—Me niego a hacerle el boca a boca a pelo, debe de llevar meses sin bañarse. —Se inclina sobre su pecho—. Si tenéis huevos, hacérselo vosotros. —Al no obtener respuesta inhala con fuerza y comienza a reanimarlo—. Por Dios, ¡no tiene ni dientes! —grita entre arcadas y entendemos la función del calcetín—. ¡Llamad de una vez a emergencias o a la que vais a tener que enterrar es a mí!

Pocos minutos después una ambulancia se detiene frente a nosotros y, tentada a irme con ellos, decido esperar un poco más. Estamos a tan solo un par de kilómetros del hospital y no deberíamos tardar en llegar. Cuando los chicos regresan estoy tratando de controlar una contracción y Valentin, más nervioso que antes, se acomoda a mi lado.

—¿Cómo sigues? —Toma mi mano—. ¿¿Te duele??

—¿Tu qué crees? —Le miro con odio mientras jadeo y me retuerzo del dolor. La presión en la pelvis es cada vez mayor y, aunque soy primeriza, siento que algo no va bien.

—¡Ya hemos llegado! —anuncia Marcus por fin y cuando Valentin abre la puerta del coche para ayudarme a salir no puedo estirar las piernas.

—Vamos, Valeria. —Me extiende su mano y niego con la cabeza. El dolor es tan grande que soy incapaz de moverme—. Vamos, cielo, estamos a solo dos metros. —Niego de nuevo y tiene que pedirles a las chicas que vayan a buscar ayuda.

—¡Ay, Dios! —exclamo al notar que algo suave sale de entre mis piernas—. Valentin, algo está pasando —grito, asustada. Es blando y no parece la cabeza.

—¿Está naciendo ya? —Me mira con los ojos muy abiertos y antes de que pueda responder escucho hablar a Julia. Levanto la mirada y puedo ver que las chicas vienen con una doctora.

—¿Quién es ese hombre y por qué está vestido así? —pregunta la mujer.

—Ah, ignore eso, es la cigüeña —responde Nerea y ella ríe.

—Bonita forma de dar la bienvenida a un bebé... —sonríe a Valentin y este se aparta para dejarle paso—. Hola, Valeria, tus amigas me han dicho que te llamas así. Soy la doctora Méndez...

—Doctora, algo está saliendo de mi cuerpo y no es el bebé. —Estoy tan asustada que no la dejo seguir hablando. Al escucharme su expresión cambia y, con gran seriedad, vuelve a dirigirse a mí.

—Déjame ver qué está ocurriendo. —Asiento y, como puedo, levanto el vestido—. Mierda… es un prolapso del cordón umbilical.

—¿Un qué?

—El bebé está aplastando el cordón. No le está llegando oxígeno. —Mira hacia atrás, hace un gesto a dos celadores que hay en la puerta, y estos, sabiendo lo que tienen que hacer, corren hacia nosotros con una camilla—. Tenemos que hacerte una cesárea de urgencia.

—¿Eh?

No responde y en cuestión de segundos logran sacarme del coche y echarme sobre la camilla.

—Valeria, todo saldrá bien. —Valentin agarra con fuerza mi mano y no se aparta de mí hasta que llegamos a la zona de quirófanos.

Una vez allí le obligan a quedarse fuera y lloro sin parar mientras me conectan a varios monitores y colocan una máscara sobre mi cara. Tengo demasiado miedo.

—Bradicardia fetal. ¡Debemos sacarlo ya! —escucho gritar a la doctora y mi corazón se encoge solo un segundo antes de que mis ojos se cierren.

VALENTIN

Los minutos pasan y mis nervios empeoran cada vez más. El personal médico y algunos pacientes cuchichean cuando pasan a mi lado, pero estoy tan preocupado que ha dejado de importarme lo que piensen los demás. Solo quiero que Valeria y nuestro bebé estén bien. Vuelvo a preguntarle a Marcus la hora y no me puedo creer que tan solo hayan pasado dos minutos desde la última vez. ¿Por qué diablos el tiempo no pasa más rápido?

—¿Familiares de Valeria Bermúdez?

—Somos nosotros. —Julia corre hasta la doctora que ha salido a buscarnos y, como esperaba, aunque intenta mantener las formas, al verme una sonrisa se dibuja en su cara.

Hace más de una hora que estamos aquí y ni siquiera se me ha ocurrido pedir unas tijeras para cortarme las alas.

—¿Cómo están? ¿Están bien? —preguntamos todos a la vez.

—Ha habido complicaciones y…

—Pero ¡¿están bien?! —El corazón se me sale por la boca.

—La mamá sí. —Hace una mueca sutil con el labio inferior y no puedo evitar interpretarlo como algo malo—. Al bebé lo están evaluando ahora mismo en la planta de neonatos.

Esa frase me corta la respiración.

—¿Por qué? ¿Qué tiene? —volvemos a preguntar a la vez.

—El cordón se posicionó delante de la cabeza del bebé, quedando comprimido, y eso le ha provocado una pequeña disminución del aporte de oxígeno.

—No… —Angustiado, me cubro la frente con la mano.

—Tranquilo. Cuando se lo llevaron iba llorando y eso es muy buena señal, pero ya saben cómo funciona esto. Los médicos debemos asegurarnos de que todo esté bien. —Exhalo con fuerza y Marcus me da pequeños golpecitos en la espalda.

—Todo va a estar bien, amigo. —Asiento y me abraza.

—Pronto tendremos noticias y podréis verlo.

—Y a Valeria ¿cuándo podremos verla? —pregunta Julia.

—En cinco minutos. Ya deben de estar trasladándola a la sala de recuperación.

La doctora vuelve a entrar por donde salió y las piernas me tiemblan tanto que tengo que sentarme en el suelo.

—Vaya, eres padre. —Marcus se sienta a mi lado y me mira con ternura—. Siempre pensé que yo sería el primero, o el único de los dos.

—Quién lo iba a decir, ¿verdad? —Me permito reír. Las palabras de la doctora en el fondo me han calmado.

—Tú, el tipo que odiaba a los niños y que aseguraba que jamás iba a tener uno —se burla—, serás el mejor padre del mundo.

La emoción provoca que varias lágrimas corran por mis mejillas y cuando levanto la mirada las amigas de Valeria se ven tan emocionadas como yo.

—Toma. —Nerea me acerca lo que parece un pijama—, no querrás conocer a tu hijo vestido así, ¿verdad?

—Pero… ¿Y esto? ¿De dónde lo has sacado? —Lo miro con sorpresa.

—De ahí. —Señala un carro lleno de ropa doblada.

—¿Cuándo lo han traído? —Estaba tan nervioso que ni siquiera me he dado cuenta.

—Lleva aquí desde que llegamos.

—¿Qué? ¿Y por qué coño no me lo has dicho antes?

—Porque te veías demasiado gracioso así —ríe y siento unas ganas terribles de matarla.

Capítulo 60

Mientras me estoy cambiando de ropa en el baño soy incapaz de controlar el temblor de mis manos, y es que con cada minuto que pasa soy más consciente de lo que acaba de ocurrir. Por momentos un miedo latente en el pecho me hace creer que no estoy preparado para esto y me siento frágil. ¿Y si no sé hacerlo bien? ¿Y si no soy buen padre para él? Nunca presté atención a los niños y no sé qué hay que hacer.

—Valentin, ¿estás listo? —Julia toca la puerta—. La doctora está fuera y nos ha dicho que ya podemos entrar a ver a Valeria.

—Voy, voy. Dame un segundo. —Termino de abrocharme los botones todo lo rápido que puedo. No sé cómo los pacientes son capaces de hacer esto con los cables del suero colgando por todas partes.

Dejo las alas en una esquina y cuando salgo todos me están esperando con una amplia sonrisa.

—Ya no pareces un perturbado disfrazado de cacatúa... —se burla Nerea.

—Podría haber dejado de parecerlo antes si me hubieses avisado de que había un carro lleno de ropa a tu lado.

—Qué rencoroso. —Chasquea la lengua y me da la espalda.

—Tengo buenas noticias —escucho a la doctora y cuando levanto la mirada hacia ella veo cómo presiona varios botones de su teléfono—. Acaban de notificarme que el pequeño está perfectamente.

—¡Sí! —Salto de alegría y, entre abrazos, todos lo celebramos. Mi pequeño está bien y eso no puede hacerme más feliz—. ¿Cuándo nos dejarán estar con él? Me muero por conocerlo.

—Muy pronto —sonríe de nuevo y me hace un gesto para que la siga—. Vamos primero a ver a la mamá. —Camino en silencio tras ella y observo todo a mi alrededor. Tomamos un largo pasillo, después otro, y en el tercero tengo la gran certeza de que si me hubiese tocado venir solo ya me hubiese perdido—. Es aquí. —Abre una puerta blanca y la luz en el interior es tan escasa que apenas puedo ver nada—. Cama cuatro. Os veo después. —Se marcha y cuando entro mis ojos tardan unos segundos en habituarse a la poca luz.

—Valentin... —La inconfundible voz de Valeria me llama. Se escucha agotada, pero no hay duda de que es ella.

—Valeria. —Me giro y ahí está, completamente despeinada y cubierta hasta el cuello con varias mantas. En la calle todavía hace

buena temperatura, pero siempre le he escuchado decir a mi madre que los fármacos anestésicos pueden provocar hipotermia—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien... —Sus dientes castañetean y apenas puede vocalizar. Tiro de las mantas un poco más y cubro su cuerpo hasta la barbilla—. Todavía no siento nada. —Traga saliva a la vez que sus ojos se cierran y cuando creo que se ha dormido vuelve a abrirlos—. ¿Lo has podido ver? ¿Has podido estar con nuestro hijo?

—No, todavía no. —Dudo un momento, pero al final decido preguntar—. ¿Y tú?

—Se lo llevaron antes de que despertarse, pero la doctora acaba de decirme que está bien. —Una lágrima corre por su sien y se la seco con cuidado—. Quiero verlo ya.

—Yo también. —Apoyo los labios en su frente y al notar que está helada tomo su mano y, aun a riesgo de que me llamen la atención, me echo a su lado. Si no entra pronto en calor podría enfermar.

Una hora después, y tras haberme turnado con nuestros amigos, regreso con ella y la doctora no tarda en entrar en la habitación. Revisa a Valeria y tras darle el visto bueno avisa a un par de auxiliares para que la suban a la planta de maternidad.

—¿Y el bebé? ¿No deberíamos esperar a que lo traigan? —preguntamos, ansiosos. No vemos el momento de estar con él y sentimos que nos están haciendo esperar demasiado.

—Vuestro pequeño ya os está esperando allí. —Las palabras de la doctora nos llenan de gozo y, con una gran sonrisa, Valeria y yo nos tomamos de las manos. Nunca había estado tan nervioso. ¿Y si no le gusto? ¿Y si llora cuando le tome en brazos? Las dudas regresan, pero esta vez me niego a dejar que me venzan. Sé que me esforzaré para hacerlo bien.

Cuando las puertas del ascensor se abren Valeria continúa sujetando mi mano y en el momento en que escuchamos el llanto de varios bebés nos miramos, emocionados. Mientras los auxiliares empujan la cama observo las minúsculas cunitas que pueden verse desde fuera y tengo que esforzarme por contener las lágrimas. Nunca me han gustado los hospitales, pero reconozco que esta planta es distinta a las demás.

—Aquí es. —Se detienen y al ver que el número que hay en la puerta de nuestra habitación coincide con la fecha de mi cumpleaños, la comisura de mis labios se eleva sola. Número «14-2».

Nada más entrar busco en la cunita y al ver que está vacía uno de los auxiliares parece leer mi mente, o más bien la expresión de

decepción que debo de tener en la cara.

—Voy a avisar en control de que ya estáis aquí para que os traigan a vuestro hijo.

«Vuestro hijo». Me va a costar acostumbrarme a esas palabras, pero me encanta.

Asentimos y mientras esperamos los chicos llegan.

—¿Dónde está mi sobrino? —Nerea hace lo mismo que yo y al no verlo en la cuna nos mira esperando una respuesta.

—Están a punto de traerlo —responde Valeria con la voz todavía apagada por la anestesia.

—Uy, ¡cuánta gente hay aquí! —Una enfermera bastante joven aparece tras la puerta con el ansiado bulto en sus manos y gritamos, emocionados.

—¡Dios mío! ¡Mi bebé! ¡Démelo! —Valeria extiende los brazos y el cansancio que podía apreciarse en su rostro hace tan solo unos segundos desaparece como por arte de magia.

La enfermera, sonriente, viene hacia nosotros y en el momento en que pasa junto a nuestros amigos se lo muestra a Marcus y todos abren los ojos demasiado.

—¿Qué ocurre? —pregunto, asustado, y cuando Marcus sujeta su pecho con las manos mi corazón da un vuelco. Algo muy malo debe de estar pasando para que reaccionen así.

—Houston, tenemos un problema... —Nerea me mira—. A partir de ahora alguien va a cambiar las alas por los cuernos. —Levanta una ceja—. Habrá que llamar al presentador de Cuarto Milenio para desentrañar el misterio.

—Pero ¡¿qué está pasando?! —insisto en saber.

—El padre es él, bonita —le indica a la enfermera a la vez que me señala—. ¿No ves que son como dos gotas de agua? —carcajea y eso me preocupa aún más.

La enfermera me mira, impresionada, después a Marcus y abre tanto la boca que creo que no podrá volver a cerrarla. Se acerca con temor y en el momento en que se inclina para dejar al bebé sobre Valeria mi respiración se detiene y todo me da vueltas.

Miro a Valeria buscando una explicación y parece tener un *shock* todavía mayor que yo.

—Oh, Dios mío... ¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser! —Sus ojos buscan los míos—. No puede ser... —La piel del bebé es exactamente igual de oscura que la de Marcus. Definitivamente, el bebé no es mío, sino de mi amigo.

—Marcus... ¿qué es esto? —Un cúmulo de sentimientos se arremolina dentro de mi pecho. Rabia, traición, dolor, tristeza... Quiero que el mundo arda. Me pongo de pie con los puños apretados y Marcus niega con la cabeza.

—No, amigo, ni se te ocurra pensar eso. No pienses que... —Da un paso atrás a la vez que me acerco y arrastra un mueble con la espalda —. Te juro que nunca la toqué. Sácate eso de la cabeza...

—¿Qué pasó esa noche? —Alterado, levanto la voz y cuando estoy a punto de agarrarle por la pechera otra enfermera entra en la habitación.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué hay tanto jaleo? —Nos fulmina con la mirada y no tardo en darme cuenta de que también trae a un pequeño en sus brazos—. María, ¿qué haces en esta habitación con ese niño?

—Me pidieron que lo trajera...

—Es el bebé de la habitación de al lado. La 14-1. Llevan toda la tarde esperándolo.

—¡¿Qué?! —No nos podemos creer lo que estamos escuchando.

—Oh... —Mira su pulsera—. ¿No es usted el señor Rakotomalala? —le pregunta a Marcus y este niega con la cabeza—. Disculpe... al verlo supuse que era el padre, y... al estar las habitaciones tan cerca... —Su rostro se tiñe de rojo—. Lamento la confusión. —Baja la mirada y cuando sale de la habitación mi pulso comienza a normalizarse, al igual que mi respiración, para solo un segundo después volver a dispararse.

—¿Quién se hace cargo de esta criatura? Tengo que irme. —Sin esperar una respuesta, la enfermera coloca al nuevo bebé en mis brazos y las piernas me tiemblan tanto que tengo que sentarme. Solo he necesitado ver su rostro un segundo para saber que es él.

—*Oh, mon Dieu, Oh, mon Dieu, Oh, mon Dieu...* —repito una y otra vez acercándolo a mi pecho. Su pequeño peso, el calor que desprende su cuerpo, sus minúsculas facciones... Nada puede ser más perfecto, o eso creía hasta que miro a su madre y descubro el hermoso brillo que desprenden sus ojos mientras nos observa.

Epílogo

VALERIA

Día de San Valentín.

Busco entre las maletas de nuevo y comienzo a ponerme cada vez más nerviosa. El vuelo sale dentro de un par de horas y todavía estamos preparándonos. Valentin se ha empeñado en que celebremos el día de los enamorados en París y, aunque la verdad es que siempre tuve ganas de ir, es la primera vez que me separaré de mi bebé y no me convence la idea.

—Mamá, ¿recuerdas dónde están los biberones de Julián?

—Julien —me corrige Valentin y, como siempre, le ignoro.

Desde que nuestro bebé nació hemos peleado por la pronunciación de su nombre. A mí me gusta más cómo suena en español y a su padre, en francés. Al final conseguiremos que nuestro pequeño se vuelva loco.

—En el armario de la derecha… —la escucho resoplar.

Mis padres van a cuidarlo mientras estamos fuera y llevo toda la mañana preguntándole cosas así. Necesito asegurarme de que tiene todo bajo control. Solo serán tres días, pero se me van a hacer eternos.

—¿Y los pañales?

—Hija, por Dios, ¡qué ganas tengo de que te vayas! —protesta, y no le falta razón. Si yo fuese ella estaría igual o peor. Reconozco que últimamente no me aguanto ni yo, me he convertido en toda una maniática obsesiva. Justo lo que siempre juré que nunca sería, sobre todo porque mi madre es igual.

—Debemos salir ya o perderemos el avión. —Valentin vuelve a repetirme lo que ya sé y, volteando los ojos, asiento.

Me acerco a mi madre y beso repetidas veces a mi pequeño. Lo abrazo y cuando me aparto de él comienza a llorar. Sabe que me marcho y verle así me parte en dos. Valentin hace lo mismo y con su manita le agarra del pelo.

—Lo pasarás genial con los abuelos —sonríe, tan apenado como yo —. Sé bueno. —Acaricia sus mejillas y, pasando su brazo por encima de mi hombro, nos marchamos sin mirar atrás.

Cuando llegamos al aeropuerto nuestro vuelo sufre un pequeño retraso y no nos queda más remedio que sentarnos a esperar. Reviso mi teléfono por última vez y los únicos mensajes que encuentro son los de Julia y Nerea en el grupo en común que tenemos. Nerea pasará

el día junto a Marcus y Julia decidió tomarse unos días para visitar a su familia. Desde que las conozco siempre habíamos planeado viajar a París juntas, pero Valentin insistió tanto en que lo hiciese con él que no pude decirle que no. Llevamos semanas sin dedicarnos tiempo a nosotros y la verdad es que ya nos lo pide el cuerpo, sobre todo porque los dos últimos meses apenas hemos podido estar juntos. Su empresa está creciendo muy rápido y ha tenido que viajar más de lo esperado.

Una vez dentro del avión abrocho mi cinturón y cuando levanto la mirada Valentin me está observando.

—He visto una casa preciosa que…

—No. Olvídalo. Ya te dije que me encanta la nuestra. —Lleva semanas insistiendo en que nos mudemos a una casa más grande y yo llevo el mismo tiempo negándome. Me encanta la casa en la que vivimos ahora y no tengo ninguna intención de marcharme, tiene un gran valor sentimental para mí y cabemos todos perfectamente—. Soy muy feliz ahí.

—¿De verdad lo eres? —sonríe a la vez que me habla.

—Sí, mucho. —Le devuelvo la sonrisa—. ¿Acaso no me crees?

—Sí, pero me gusta escuchártelo decir. —Besa mi frente, acomodo la cabeza en su hombro y lo último que recuerdo es haber cerrado los ojos hasta el momento en que tocamos tierra. Llevaba demasiado tiempo sin descansar y me ha sabido a poco.

En el taxi me vuelve a pasar lo mismo y cuando llegamos al hotel Valentin tiene que despertarme.

—Estoy agotada. —Me desperezo como puedo y hago una mueca de dolor al salir del coche. Le ayudo con las maletas y tras pasar por recepción subimos a nuestra habitación.

—¿Quieres dormir un poco más? —me pregunta y cuando veo mi reflejo en uno de los espejos entiendo la razón, mis ojeras casi llegan al suelo. La maternidad me está sentando fatal.

—No, estoy bien. —Camino hacia la ventana y cuando miro a través de los cristales lanzo un pequeño sonido de impresión—. Dios mío… —Le miro y sabiendo lo que está ocurriendo, ríe—. ¿Eso es…? ¿Eso de ahí enfrente es la torre Eiffel? —Vuelvo a mirarla y por un segundo mi cerebro cree que las impresionantes vistas que tengo delante no son reales. Son exactamente igual a las fotografías que tantas veces he admirado en mi ordenador.

—Sabía que te gustaría. —Se coloca detrás de mí y acaricia mis hombros—. Me costó mucho encontrar el lugar perfecto, pero creo que ha merecido la pena. —Besa mi cuello y, aunque no quiero dejar de

mirar lo que estoy viendo, cierro los ojos. Adoro que me haga eso—. Tengo otro regalo para ti. —Me gira y comienza a desabrocharse los botones de la camisa—. ¿Prefieres desenvolverlo tú? —sonríe pícaramente y no dudo en darle lo que quiere mientras que, poco a poco, sustituimos las palabras por caricias.

—Guau —jadeo intentando recuperarme mientras Valentin, exhausto, se deja caer sobre la cama—. Ha sido increíble —balbuceo todavía con la respiración agitada. Hacía tanto tiempo que no nos dejábamos llevar así que ya casi me había olvidado cómo era entregarse en cuerpo y alma.

—Sí que lo ha sido —sonríe sin apartar su mirada de mí—. Dame un par de minutos más y repetimos.

—Admítelo, me has traído aquí solo para esto —bromeo.

—¿Lo dudas? —Muerde mi hombro a la vez que me abraza y me dejo arropar por el calor de su cuerpo.

Las horas pasan y no vemos el momento de salir de debajo de las sábanas. Y es que desde que nos convertimos en padres abandonamos nuestras vidas para darle prioridad a la de nuestro hijo y solo nos han bastado unas pocas horas a solas para darnos cuenta de que no íbamos por buen camino. Ser padres es totalmente compatible con tener una vida en pareja y no pienso permitir que volvamos a descuidarnos así. Necesito más de esto.

Cuando nos queremos dar cuenta está anocheciendo y no puedo esconder mi sorpresa. Me levanto de la cama, enrollo la sábana alrededor de mi cuerpo y camino hacia la ventana. Si a plena luz del día la torre Eiffel ya se veía hermosa, su iluminación al atardecer la convierte en todo un espectáculo.

—¡Mira! ¿Qué es eso? —Señalo, emocionada, el cielo.

—Parecen… ¿drones? —Achina los ojos para enfocarlos mejor—. ¡Sí! ¡Lo son! Cuando entramos en el hotel vi algo en un cartel. Creo que esta noche harán un espectáculo y deben de estar preparándolo.

—¿Podemos bajar a verlo? —pregunto con la esperanza de que me diga que sí.

—No hará falta, podremos verlo mientras cenamos —sonríe, satisfecho—. Tenemos reservada mesa en el segundo piso de la torre. Justo ahí. —Señala lo que parece un lujoso restaurante y mis ojos se abren como platos—. Espero que no tengas miedo a las alturas porque está a ciento veinticinco metros del suelo —se burla y el corazón me da un vuelco.

—Oh, Dios mío… ¡Te costará una fortuna!

—Fortuna fue conocerte. —Sin que lo espere, cachetea mi nalga—. Ve a prepararte, anda, me has hecho gastar demasiadas energías y ya tengo hambre.

—¡¿Yo?! —finjo sorpresa antes de marcharme a la ducha y escucho cómo ríe—. ¿Valentin? —le llamo nada más abrir el baño—. ¿Qué es esto? —No me puedo creer lo que estoy viendo. Del techo cuelga un elegante y precioso vestido rojo y sobre un taburete de madera reposan unos maravillosos tacones de tiras doradas.

—No estás obligada a ponértelo —habla detrás de mí—. Simplemente, me gustó y pedí que lo dejaran aquí por si te apetecía estrenarlo.

—Me encanta… —Me acerco al vestido y, asombrada, acaricio su suave tela para descubrir que tiene una apertura lateral que llega hasta la cadera—. Me lo pondré. Solo espero que sea de mi talla.

—Lo es, me he asegurado. —Se marcha, dejándome sola, y tengo que esforzarme para centrarme. Me tiene tan fascinada que me cuesta pensar con claridad.

Al terminar de arreglarme me miro en el espejo y no me puedo creer que sea yo la que aparece en el reflejo. Nunca me había sentido tan hermosa. Al salir del baño escucho un silbido y al mirar en la dirección de donde proviene solo puedo hacer lo mismo. Valentin lleva un traje azul de corte entallado y su corbata es de la misma tela que mi vestido.

—¿Preparada para celebrar nuestra noche? —Me ofrece su brazo y, asintiendo, no dudo en tomárselo.

Mientras esperamos a que el elevador de la torre baje observo todo a mi alrededor y solo puedo pensar en mis amigas, hubiesen disfrutado de esto tanto como yo. Las puertas se abren y al ver quién sale del interior me quedo petrificada.

—¡Ay, Dios! ¿Ese no es Henry Cavill? —digo tan alto que el actor se vuelve para regalarme una sonrisa que me corta la respiración—. ¡Ay, Dios! ¡Ay, Dios! —repito sin parar y Valentin tiene que tirar de mi brazo para que entre en el elevador.

—¿Quieres dejar de mirar a otros hombres? —Entorna los ojos.

—Pero ¡¿tú has visto quién es?! —No me puedo creer que no me entienda.

—Sí, y debería darte igual porque yo soy más guapo. —Alisa su corbata.

—¡Ya quisieras!

—¿Qué? —Levanta una ceja y en ese momento soy consciente de mis palabras—. ¿Acabas de llamarme feo?

—No, eh… No… —Cuando estoy a punto de disculparme descubro que está conteniendo la risa y niego con la cabeza—. Eres un idiota…

—Lo sé, pero debes admitir que por eso me amas. —Me abraza por la cintura y sin importarle que haya más gente delante, besa mis labios con dulzura.

Cuando el elevador llega a su destino abro la boca, impresionada. Desde las grandes ventanas acristaladas puede verse todo París. Antes de que me dé tiempo a pestañear un camarero viene hasta nosotros y, tras saludarnos, nos guía hasta nuestra mesa.

Mientras cenamos no puedo dejar de elogiar los platos. Cada uno de ellos es una explosión de sabores, pero, sin duda, el postre es mi favorito*; macarons* de crema acompañados con castañas caramelizadas y cubiertas por una fina capa de chocolate crujiente.

—Esto ha sido demasiado bueno —comento mientras dejo la servilleta sobre la mesa—. ¡Ey! ¡Mira! —exclamo al ver algo moverse y señalo un par de drones que han aparecido junto a nuestra ventana.

—El espectáculo debe de estar empezando ya. —Valentin los observa y, tras unos segundos, se acercan más formando un círculo.

—Somos unos privilegiados —sonrío y toma mi mano para besarla.

—Yo sí que soy un privilegiado. —Me devuelve la sonrisa y un destello cruza sus preciosos ojos. ¿Hoy está más feliz que otras veces o es solo mi percepción?

Vuelvo la atención a los drones y estos comienzan a bailar al son de la música, lo que me lleva a intuir que el espectáculo pertenece al restaurante. Las personas que hay allí aplauden con nosotros y mientras disfrutamos del *show* Valentin toma de nuevo mi mano. Tras el baile inicial los drones comienzan a crear figuras y no puedo evitar emocionarme con algunas. Una réplica de la torre Eiffel, una pareja, una mujer embarazada, un hombre con alas, una flecha atravesando un corazón… un bebé…

Arrugo la frente en dirección a Valentin y su sonrisa me indica que esto no es casual.

—¿Qué está pasando aquí? —le pregunto con las manos temblorosas y cuando la gente comienza a gritar me doy cuenta de que los drones han formado una frase en el cielo.

«Valeria, ¿quieres casarte conmigo?».

Tan atónita como sombrada, le busco con la mirada y al encontrarlo con la rodilla hincada en el suelo mi corazón da tal vuelco

que tengo que sujetarme a la mesa para no caerme.

—¿Aceptas, cariño? —me pregunta y comienzo a llorar como si fuese una niña pequeña.

—Oh, Valentin… —Seco mis ojos, pero es inútil porque no paro de lagrimear—. Oh, Dios mío, Valentin, no me puedo creer que hayas hecho esto. Claro que sí, mi vida. Claro que quiero casarme contigo.

Se pone de pie, coloca el anillo en mi dedo y cuando me besa todos aplauden.

—¡Así se hace, machote! —Una voz llama mi atención entre todas las demás—. Esta noche dale duro, Valeria. —Me giro y cuando veo a Julia, a Nerea y a Marcus a solo unos metros de mí siento que podría desmayarme.

—Pero… Pero ¿qué hacen aquí? —Las sorpresas no dejan de impresionarme.

—Les pedí que vinieran, no podían perderse un día tan especial para nosotros.

—Oh, Valentin. —Le abrazo y lloro sobre su hombro hasta que alguien toca el mío.

—Enhorabuena, cariño. —Me giro y al ver que son mis padres con nuestro bebé en brazos me cubro la cara, emocionada.

—*Félicitations, Valentin.* —Los padres del que será mi futuro esposo también están aquí y no puedo sentirme más arropada. Todas las personas que amamos están siendo testigos de nuestro compromiso.

Nuestros amigos se acercan y, tras sentarnos todos alrededor de una mesa, pasamos una de las noches más maravillosas de nuestras vidas.

—¡Valeria! ¡Valeria! —Nerea golpea la puerta de nuestra habitación a la vez que me llama. Valentin preparó todo para que nuestros familiares se alojasen en el mismo hotel que nosotros y empiezo a pensar que fue una mala decisión.

—¿Qué diablos te pasa? Ni siquiera ha salido todavía el sol —la riño. Hace apenas dos horas que nos hemos metido en la cama y estoy cansada.

—Creo que la he liado. Mucho.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Marcus y yo estábamos jugando y… digamos que… entró algo en una de sus cavidades y ahora no quiere salir.

—¿Y pretendes que se lo saque yo?

—No, idiota, solo que le digas a Valentin para que nos lleve donde

puedan ayudarlo.

—¿Qué ha sido?

—El vibrador que llevo en el bolso.

—¡¿Qué?! ¿El que tiene forma de pintalabios?

—Ese mismo... Quería experimentar y… bueno, ya sabes.

—Santo Dios. —Me golpeo la frente con la mano.

No sé cómo diablos se las arregla, pero siempre que Nerea está cerca ocurren cosas como esta. Definitivamente, la vida de esta mujer da para un libro, pero esa será otra historia.

Mis otras historias

Doctor Engel
El tormento de Álex
La marca de Sara
Absolutamente única
Con S de Secretos
¡Déjame verte!
La manguera que nos unió
Corazón de tiza

Sígueme en Instagram y Facebook para más información. Allí además anunciaré nuevas historias y os mantendré informados de todo.
Instagram: ***@elenaggggggg***
Facebook: ***@elenagggg***
Grupo de Facebook**: Elena García (Novelas)**

Miles de gracias por vuestras maravillosas reseñas y, sobre todo, por darle una oportunidad a mis historias.

[1] ¿Quieres tomar algo?
[2] Dios mío
[3] Mierda
[4] Dios mío. Esto no es posible.
[5] Sí, muchas gracias